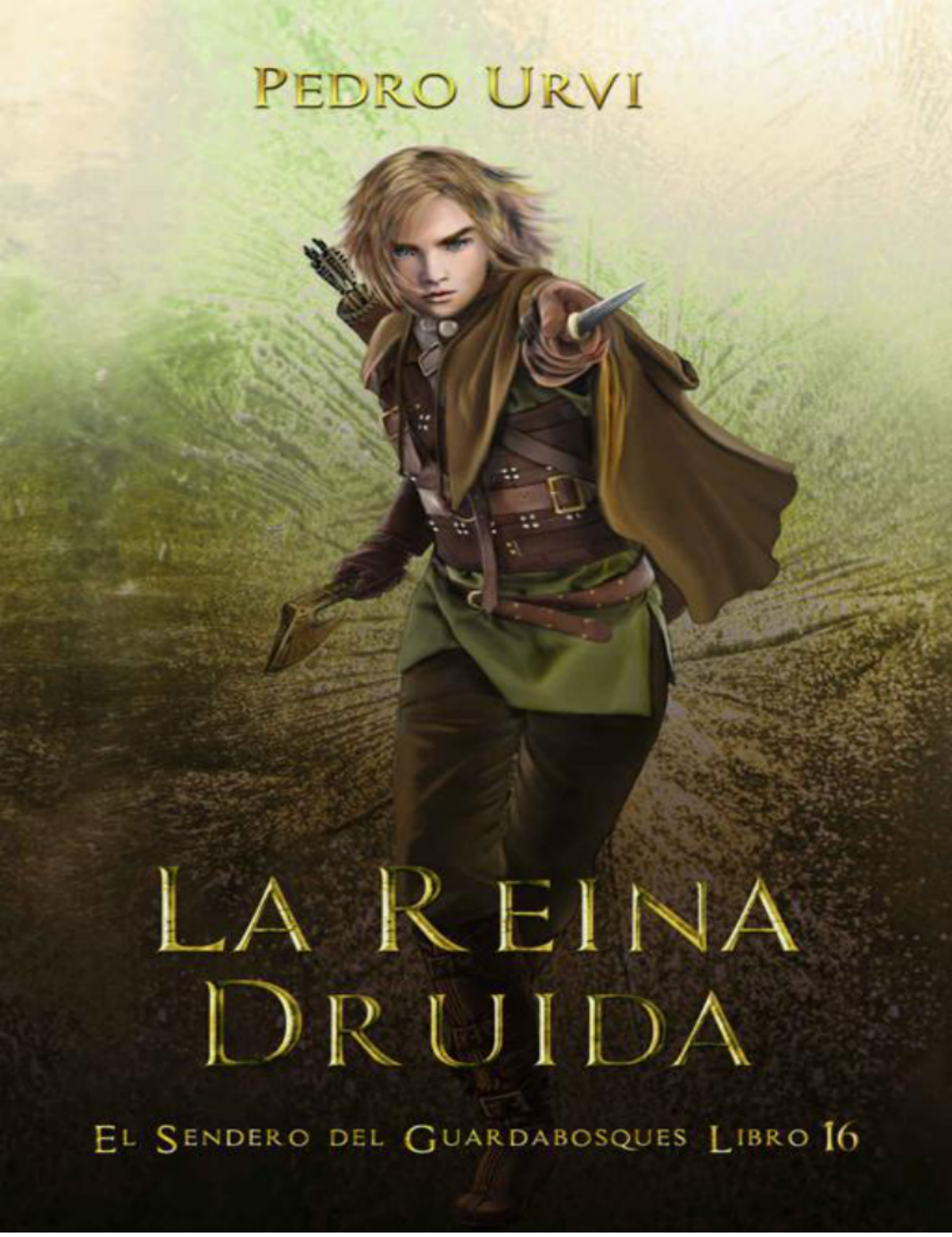
PEDRO URVI



LA REINA DRUIDA

EL SENDERO DEL GUARDABOSQUES LIBRO 16

La Reina Druida

El Sendero del Guardabosques, Libro 16

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: http://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: http://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2023 Pedro Urvi

Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Sarima

Corrección y edición por Olaya Martínez

Otros libros de Pedro Urvi:

Serie El enigma de los Ilenios

Serie Los Dioses Áureos:

Índice

Otros libros de Pedro Urvi:
Índice
Mapa
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
La aventura continua en:
El Secreto del Dragón (El Sendero del Guardabosques, Libro 17)
Nota del autor:
Agradecimientos
El Secreto del Dragón (El Sendero del Guardabosques, Libro 17)

Mapa

TREMIA
Norriel Lands
Norghana
Rogdon
Masig Steppes
WEST TREMIA
Kingdom of Zangria
Thousand Lakes
EAST TREMIA
Confederation of Free Cities
Kingdom of Moontian
Central Sea
Nocean Empire

Silanda
Mahand
Nocean Empire
Alfasa
Kiafa
Lamura
Stambus
Abyss
Jafarshi
Cinders Island
South Tremia

Dedicatoria

Esta serie está dedicada a mi gran amigo Guiller. Gracias por toda la ayuda y el apoyo incondicional desde el principio cuando sólo era un sueño.

Capítulo 1

—¡Tres al este, yo me encargo! —avisó Astrid en un murmullo cargado de urgencia mientras desaparecía rauda entre la maleza mojada del bosque, que ya perdía la nieve caída durante el invierno.

—Tres más al oeste —anunció a su vez Lasgol, que los había localizado usando su habilidad Ojo de Halcón. Astrid ya había desaparecido entre el boscaje, pero Lasgol sabía que lo había escuchado. Los sentidos de la Asesina estaban muy desarrollados y siempre alerta.

Ona gruñó indicando el norte con su mirada felina.

Lasgol se agachó junto a la pantera y observó en la dirección que indicaba.

«¿Detectas algo más al norte?» preguntó. El gran edificio de roca medio derruido impedía que su vista detectara lo que había detrás.

La pantera de las nieves himpló una vez.

«Yo no captar poder» transmitió Camu a la espalda de Lasgol.

«Eso no es buena señal. Si el dragón está aquí deberías ser capaz de sentir su poder. La información que ha conseguido Egil indica actividad sospechosa en esta área».

«Yo saber. Egil buena información siempre. Yo no captar poder» insistió Camu.

Que la criatura no fuera capaz de captar el poder de Dergha-Sho-Blaska no era un buen augurio. Sin embargo, Egil había conseguido información relevante por lo que debían investigar aquel lugar. Se encontraban al noreste de la capital, entre la ciudad de Olstran y la aldea de Cuatro Vientos.

«Avancemos con cuidado, si descubren que nos aproximamos tendremos que combatir y prefiero saber primero a qué nos enfrentamos» dijo Lasgol.

«De acuerdo» fue la respuesta de Camu.

Ona gruñó una vez.

Se abrieron paso entre los matorrales del bosque sin hacer ruido. En una explanada algo más adelante podía verse un enorme edificio en ruinas y a su derecha una cabaña de caza de las que se usaban para cazar grandes depredadores como osos o panteras de las nieves. Un

riachuelo pasaba junto a la cabaña, que debía de tener capacidad para albergar a una docena de cazadores. Tras el gran edificio derruido y la cabaña se alzaba una imponente montaña de picos nevados y faldas ya deshelándose por la llegada de la primavera.

Lasgol avanzó hasta alcanzar los últimos árboles antes de llegar a la explanada y se detuvo agazapado. Ona y Camu se pararon junto a él y se tumbaron en el suelo a la espera de órdenes.

«Ya distingo a los del norte, hay dos. Gracias por el aviso, Ona».

La pantera no emitió ningún sonido, observaba atenta entre los arbustos lo que sucedía frente a ellos.

—Curioso grupo —comentó Lasgol observando a los hombres que trabajaban en el edificio derruido.

Por lo que podía apreciar parecía haber sido una casa señorial destruida tiempo atrás, bien por la mano del hombre o de la naturaleza. Varias paredes semiderruidas todavía aguantaban estoicas el paso del tiempo. Se podía distinguir la planta del edificio y lo que en su día habían sido estancias cuyos restos perduraban. En la esquina noroeste quedaba media torre que parecía sostenerse mediante magia y que daba la impresión de poder venirse abajo en cualquier momento.

Varios hombres trabajaban cavando y extrayendo la tierra de una de las estancias interiores para transportarla en carretilla y depositarla luego a un lado de la cabaña. Por la cantidad de tierra que habían sacado ya, la profundidad del agujero que estaban cavando y los restos que podía observar, Lasgol dedujo que llevarían allí más de una semana.

«¿Qué estarán haciendo?» preguntó más para sí que para sus compañeros, pero al usar la habilidad Comunicación Animal les llegó a los dos.

Ona himpló dos veces indicando que no lo sabía.

«¿Buscar tesoros?» propuso Camu.

«¿Buscar tesoros? ¿Has estado hablando de oro con Viggo otra vez?».

«Yo hablar con Viggo de oro, plata y tesoros. Mucho interesante».

«No es muy interesante y no debería importarte para nada la riqueza».

«Sí interesante. Viggo decir mucho interesante conseguir tesoros».

«Como sigas hablando con Viggo vas a terminar muy mal, ya verás».

«Viggo divertido. Un día tesoro».

«Sí, tú vete creyendo todo lo que te cuenta ese y verás qué bien te

va. ¿Y para qué quieres tú plata? Todavía no me lo has explicado».

«Yo explicar cuando saber».

Lasgol puso los ojos en blanco. Camu ni siquiera sabía para qué quería la plata, pero no le sorprendió lo más mínimo sabiendo cómo era.

Ona gruñó en aviso señalando al oeste.

Lasgol observó en aquella dirección entrecerrando los ojos para distinguir mejor entre el boscaje y los árboles.

«Vienen dos de patrulla» advirtió a sus compañeros.

«¿Camuflaje?» preguntó Camu.

«Sí, ocúltanos. Ona, quieta y en silencio, estaremos de camuflaje» indicó Lasgol. La pantera se quedó quieta, casi petrificada.

Camu destelló en plata y los tres desaparecieron de la vista de cualquier ojo humano que pudiera intentar encontrarlos.

Dos vigías armados con arcos cortos se acercaron despacio por el oeste. Iban atentos al entorno, buscando algo que pudiera ser sospechoso. Lasgol pudo apreciar que estaban vestidos con ropajes no muy buenos y portaban armadura ligera de cuero acolchado. A la cintura llevaban cuchillo y hacha corta de leñador. Por el atuendo parecían bandidos más que otra cosa. Por un momento Lasgol pensó que podrían ser mercenarios o desertores, pero estos solían llevar ropaje y armamento militar que habían robado. Y no era el caso.

Pasaron por detrás sin verlos. Lasgol aguardó a que estuvieran dándoles la espalda.

«¡Ahora!» dijo a sus compañeros.

Lasgol se lanzó a la espalda del bandido más a la derecha y Ona sobre el de la izquierda. De un golpe seco con la empuñadura del cuchillo, Lasgol dejó sin sentido a su objetivo. Se volvió hacia Ona y vio que tenía las fauces sobre el cuello del suyo, que permanecía quieto en el suelo con ojos como platos.

«Estrangular. No matar» indicó Lasgol a Ona.

La pantera dirigió una rápida mirada a Lasgol y apretó las fauces. El bandido se quedó sin aire y no pudo llevar más a sus pulmones por la presión que Ona ejercía sobre su cuello. Los ojos del bandido se cerraron al perder la consciencia y Ona abrió la mandíbula, liberándolo.

Lasgol se acercó y comprobó que seguía vivo.

«Muy bien hecho» le dijo a Ona, con la que había estado entrenando varios tipos de ataque de un tiempo a esta parte. Lasgol se había percatado de que cuanto más avanzaba él en su dominio y conocimiento sobre su magia, mejor comprendía Ona cuando le

transmitía mensajes mentales. Habían mejorado tanto la comunicación y el entendimiento que ahora Lasgol podía indicarle que hiciera ataques y movimientos muy específicos que la pantera llevaba a cabo tal y como él le había enseñado y sin errores.

«Atar rápido. Movimiento campamento» advirtió Camu.

Lasgol se apresuró a atar y amordazar a los dos vigías y se acercó a observar lo que sucedía.

«¿Qué movimiento?» preguntó Lasgol.

«Líder llegar» indicó Camu.

Lasgol pudo identificarlo de forma clara. Era un hombre grande y fuerte, con barba pelirroja y melena del mismo color. Si no fuera por lo desaliñado que iba, y la cara de bruto Norghano que tenía, hubiera podido pasar por alguien del reino de Irinel. El líder ladró unas órdenes a dos de sus secuaces y estos desaparecieron, uno fue al interior de la cabaña y el otro descendió por el agujero que estaban haciendo. Por la forma en que lo hizo, Lasgol dedujo que estaban cavando escaleras, algo que le pareció curioso.

El de la cabaña apareció al cabo de un momento con otros dos secuaces que arrastraban a dos hombres maniatados. Los arrojaron al suelo de malas maneras frente al líder.

—¿Dónde está? —preguntó el líder con voz grave y severa.

—No… lo sabemos… —dijo uno de los dos prisioneros desde el suelo. Llevaban las manos atadas a la espalda y su aspecto era lamentable. Les habían golpeado con saña.

—Será mejor que esté ahí abajo donde estamos cavando o lo vais a pasar mucho peor de lo que lo habéis hecho hasta ahora —amenazó el líder señalando con el dedo índice. En su mirada se percibía la frialdad de quien es capaz de una maldad manifiesta.

—Está… ahí abajo… —dijo el otro prisionero con temblor en la voz. Estaba roto y el miedo le obligaba a hablar.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los secuaces.

—¡Seguid cavando! —ordenó el líder a sus hombres.

—A la orden —dijo el secuaz.

—¡Y con más brío, lo quiero ya y cuando digo ya me refiero a ya mismo!

Lasgol se sintió mal por aquellos dos infelices. No sabía quiénes eran, pero estaba seguro de que no merecían encontrarse en aquella situación. Nadie lo merecía, si bien pudiera ser que tampoco fueran de fiar, cosa que no le extrañaría. Los ladrones y forajidos tendían a rodearse y tratar con otros de su condición.

Examinando el atuendo de los dos prisioneros, o lo que quedaba de

sus ropajes rotos, rasgados y cubiertos de sangre, Lasgol dedujo que parecían de bastante buena posición. Sus botas y pantalones eran de buena calidad, así como sus cintos. No tenían manos finas, pero tampoco curtidas por el trabajo. Los rostros ensangrentados y cubiertos de moratones eran de Norghanos de clase media-alta.

—Más vale que esté ahí abajo o lo vais a pagar muy pero que muy caro —amenazó de nuevo el líder propinando sendas patadas a los costados de los prisioneros en el suelo.

«¿Notas si el líder tiene poder?» preguntó Lasgol a Camu temiendo que fuera un brujo que de alguna forma estuviera relacionado con los Iluminados, si bien su atuendo no indicaba tal cosa.

«No notar, pero no saber».

«Sí, yo tampoco noto que sea un mago, pero está un poco lejos todavía para poder asegurar que no lo sea».

Gracias a las enseñanzas de Eicewald, ahora estaban muy atentos a cualquier mago e intentaban descifrar su rango y nivel. Lo hacían con los Magos de Hielo del rey y la verdad era que no se les daba del todo mal. Si se hacía con disimulo, y sin utilizar excesivo poder, los magos no se percataban, lo que evitaba conflictos. Pronto serían capaces de captar con bastante exactitud el rango de un mago y lo poderoso que era y, en consecuencia, lo peligroso que podía llegar a ser para ellos de ocurrir un enfrentamiento. Era un conocimiento muy importante y evitaba posibles sorpresas de lo más desagradables.

«No creer ser mágico».

Lasgol asintió. A él tampoco le parecía que ninguno de ellos tuviera el Don.

«Tampoco parecen Iluminados o Defensores…» se lamentó.

Ona gruñó dos veces, a ella tampoco le parecía que lo fueran.

A menos que fuera un engaño, que pudiera ser. Si no lo era, sería una lástima que no fueran de ninguna de las dos sectas que servían al Dragón Inmortal. Llevaban todo el duro invierno Norghano buscando al dragón. Persiguiendo cada pista que Egil lograba. Hasta ahora no habían conseguido más que apresar a unos pocos Defensores e Iluminados que habían quedado esparcidos por el reino. Lasgol tenía la esperanza de que los fanáticos les pudieran conducir hasta su señor todopoderoso: Dergha-Sho-Blaska. Sin embargo, no había sido el caso. El dragón parecía haberse desvanecido en el cielo después de reencarnarse y abandonar el volcán de la Ira Candente en la isla de Ascuas. Sus seguidores no sabían dónde estaba y ellos tampoco.

Las Panteras de las Nieves eran conscientes de que el dragón no se había desvanecido en el aire. Sin embargo, no conseguían encontrar rastro alguno que les condujera hasta la mítica criatura. Todos se

preguntaban qué era lo que el dragón tramaba, qué razón le había llevado a ocultarse. Solo podían especular y teorizar en base a lo que habían visto y el conocimiento que poseían. Lo que tenían todos muy claro era que tarde o temprano Dergha-Sho-Blaska haría su aparición y en ese momento tendrían que enfrentarse a la criatura y derrotarla, algo que todavía no habían descubierto cómo hacer. Si todo lo que se contaba sobre los dragones era verdad, y muy desencaminados no iban por lo que habían visto, sería algo casi imposible de lograr.

Lasgol suspiró. Las misiones casi imposibles eran parte de su vida, pero ésta en concreto, cazar y matar a un dragón inmortal, le ponía la carne de gallina. No por lo que pudiera sucederle a él, sino a sus compañeros y amigos. Según los escritos, y Egil había leído cuanto había encontrado sobre el tema, los hombres con sus armas de acero no podían hacer ni un rasguño a los dragones. Lo que era todavía más aterrador era que el poder mágico y físico de estas criaturas era inmenso. Cuanto más lo pensaba, más creía Lasgol que detener a Dergha-Sho-Blaska iba a resultar una misión suicida.

Arrugó la nariz y alejó los pensamientos negativos de su mente. Tenían una misión de extrema importancia que cumplir y lo harían.

Se centró en la tarea que debía realizar. Que aquellos hombres que estaban observando no parecieran fanáticos de una de las dos sectas tampoco era halagüeño. Que estuvieran cavando le daba alguna esperanza, aunque no mucha. Una de las teorías de Egil era que el dragón podría haberse escondido bajo tierra, en alguna gran cueva, con intención de recuperarse. Era una teoría que Lasgol compartía, ya que en los cielos de Norghana no había aparecido, que era lo que todos esperaban.

Se animó. Quizá hallaran la entrada a la madriguera donde se escondía el dragón en aquel lugar ruinoso. Si lo encontraban débil y recuperándose aletargado, tal vez podrían acabar con él antes de que volviera a disponer de todo su poder. Esa era la esperanza de todos. De no hacerlo, las cosas se iban a poner muy feas. Que no diera señales de vida por el momento era una buena noticia que les proporcionaba esperanza y ánimos para seguir buscándolo.

En cualquier caso, fuera lo que fuese que estuviera sucediendo allí, no parecía muy lícito. Su obligación como Guardabosques era investigarlo, más cuando había personas siendo torturadas y amenazadas de muerte.

El ulular de una lechuza avisó a Lasgol de que Astrid ya estaba en posición y aguardaba la señal para pasar a la acción.

«Vamos a intervenir» avisó a Ona y a Camu.

«Yo preparado».

Ona gruñó una vez.

«Muy bien. Nos encargamos del líder primero y liberaremos a los prisioneros después».

«De acuerdo».

Se prepararon para asaltar el enclave.

Capítulo 2

Nilsa bajaba de recibir los mensajes de las palomas y búhos mensajeros en la parte alta de la torre de los Guardabosques. Descendía las escaleras de dos en dos dando ligeros saltos que combinaba con alguna cabriola. La mejor forma para mantener sus torpes instintos en jaque era forzarlos, y eso lo hacía a diario. Bajaba animada, quería entregar los mensajes a Gondabar cuanto antes para poder saber si había alguna nueva interesante.

Los últimos escalones hasta la planta inmediatamente inferior los atajó con un salto prolongado. Estuvo a punto de no parar a tiempo, chocar y llevarse por delante a un Guardabosques de guardia en la puerta que daba acceso al que era el último piso de la torre.

—¡Guardabosques de enlace! —se sobresaltó el guardia y se apartó a un lado con cara de susto.

—¡Buenos días, Guardabosques de guardia! —saludó Nilsa recuperando el equilibrio y pasando por delante sin rozarlo.

Siguió descendiendo por las escaleras contenta de haber conseguido corregir su trayectoria y no chocar con el guardia. Cada día se sentía un poco más ágil y coordinada. Ya no se ponía nerviosa ni se intranquilizaba tanto como antes, lo que ayudaba mucho con sus torpezas que poco a poco iban desapareciendo de su día a día, pero no de su recuerdo.

Continuó bajando las escaleras en dirección a la planta donde estaba el estudio de Gondabar tan rápido como pudo. Iba dando saltos largos con impulso o apoyándose en las paredes de roca. Siempre intentaba dar un susto a los Guardabosques de guardia en cada nivel de la torre. Le gustaba hacerlo para mantenerse en forma y mejorar su coordinación y equilibrio. Subir y bajar escaleras a toda velocidad dando saltos y hasta haciendo alguna pirueta le venía genial. A ellos no les hacía mucha gracia, pero Nilsa caía muy bien a casi todos y se lo perdonaban.

Llegó hasta la planta donde Gondabar tenía el despacho y entró tras saludar a los dos Guardabosques de guardia. Vigilaban las estancias de trabajo del Líder de los Guardabosques y sus ayudantes y se lo tomaban muy en serio. Pasó entre las mesas de los ayudantes de Gondabar, que trabajaban sin descanso. Parecían tener siempre la nariz pegada a una misiva o a un tomo, o a ambos.

Al ver a todos trabajando Nilsa se preguntó cómo estarían sus compañeros y qué tal les iría en sus misiones. Hacía semanas que nos los veía y no podía sino preocuparse por su suerte. Ella era la única de las Panteras de las Nieves que permanecía en el castillo. Tampoco era por gusto, ya que ella preferiría estar con sus compañeros, pero Gondabar no se lo había permitido y había requerido de su ayuda.

Desde el regreso a Norghania tras lo sucedido en el volcán en la Isla de Ascuas las cosas habían cambiado para las Panteras. Después de explicar a Gondabar y al Guardabosques Primero Raner Olsen lo sucedido se tomó declaración a los prisioneros de las sectas que habían traído de vuelta. Hasta ese momento los dos líderes de los Guardabosques habían tratado el asunto como un posible peligro grave que pudiera llegar a darse, pero más en lo relativo a las dos sectas y el peligro que estas suponían, sin creerse del todo la posibilidad de la existencia de Dergha-Sho-Blaska, el dragón inmortal.

Sin embargo, tras los extensos interrogatorios que se realizaron a los prisioneros rescatados en el volcán, más las explicaciones detalladas de las Panteras de las Nieves, parece ser que la posibilidad de la existencia del dragón por fin había calado tanto en Gondabar como en Raner. Su preocupación ya no eran solo las dos sectas, sino también el propio dragón. Esto era un paso importante, pues iban a necesitar de todo el apoyo de los Guardabosques.

Por desgracia, no eran todo buenas noticias en cuanto a la ayuda que las Panteras tendrían. La única prueba de la existencia del dragón era el testimonió de los que estuvieron presentes en la reencarnación, y Gondabar no se atrevía a ir ante el rey Thoran solo con eso. Por mucho que las Panteras habían intentado que Gondabar alertase al rey, no habían conseguido convencerlo.

Ellos entendían su miedo. El rey no era precisamente una persona abierta de miras, más bien todo lo contrario. Gondabar temía que Thoran achacara lo sucedido a una enajenación o alucinación colectiva, debido a la inhalación de gases del volcán o algo similar. No se iba a creer semejante historia y su hermano tampoco. Además, no se lo iban a tomar bien. Gondabar no quería estar a malas con Thoran, eso no beneficiaría al reino. Conociéndolo como lo conocía, no podía ir con una historia semejante sin tener pruebas irrefutables. Tanto el monarca como su hermano se reirían de él y su enfado no se haría esperar si insistía.

Como no se habían producido más avistamientos del dragón, ni ataques que pudieran atribuirse a semejante criatura, Gondabar se mantenía cauto en cuanto a contárselo al rey. De momento prefería investigar hasta tener constancia física y demostrable de la existencia del mismo. Gondabar era prudente por naturaleza y, con el rey

Thoran, por necesidad. Su temperamento no se prestaba a ponerlo a prueba.

Por otro lado, Gondabar se lo había contado todo al resto de los líderes de los Guardabosques, y estos sí se habían tomado la amenaza en serio. Tanto Sigrid en el Refugio, como Dolbarar en el Campamento estaban al tanto y colaboraban en la búsqueda del dragón. Gondabar había requerido un esfuerzo importante de todos y que se priorizara esto sobre otros asuntos de los Guardabosques, sin descuidar del todo la protección del reino. Si los Guardabosques siempre tenían trabajo a mares, ahora lo tendrían más.

Gestionar las comunicaciones, recoger posibles apariciones, recabar información y noticias relacionadas, investigar historias y otras tareas adicionales iba a requerir de mucha coordinación y de alguien de entera confianza y seriedad que pudiera llevarlo a cabo sin desfallecer. Gondabar había seleccionado a esa persona, y no era otra que Nilsa.

Ella estaba muy contenta de que se le diera tamaña responsabilidad. El único punto negativo era que no podía estar en las misiones de campo con sus compañeros. Gondabar le había reinstaurado en el cargo de enlace, solo que ahora, su cometido principal era coordinar y gestionar toda la inteligencia y los esfuerzos relacionados con la destrucción de Dergha-Sho-Blaska.

Además, Nilsa sospechaba que había otra razón por la que Gondabar le había asignado el puesto: el líder de los Guardabosques no podía con todo. Nilsa veía cada vez con mayor claridad que algo le sucedía a Gondabar. No sabía si era el peso de los años o una enfermedad que intentaba disimular, pero tenía mal aspecto. Se cansaba con facilidad y tenía que retirarse a su alcoba. Eso la tenía preocupada.

Llamó a la puerta.

—Se presenta la enlace Nilsa con las comunicaciones.

—Adelante —llegó la voz de Gondabar desde el interior.

Nilsa entró y vio que estaba acompañado del Guardabosques Primero Raner. Estaban comentando algo sobre un mapa del reino en el que tenían situados varios banderines hechos de madera y tela de diferentes colores. Ella no sabía qué indicaban y le intrigó.

—Mis señores —saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Enlace —correspondió Raner.

—¿Tenemos correo importante? —preguntó Gondabar.

—Lo tenemos —confirmó y le ofreció dos misivas enrolladas y selladas alargando el brazo.

Gondabar las cogió y tras observar los sellos abrió el primero. Lo

leyó con detenimiento y al finalizar se quedó pensativo.

—Es de la Madre Especialista Sigrid.

—¿Hay novedades en el Refugio? —preguntó Raner enarcando una ceja.

—Nada significativo. La Perla Blanca no ha sido activada. Sigrid me pide que le envíe varios Guardabosques Especialistas para poder vigilarla día y noche. Ahora mismo la vigilan los Maestros Especialistas, pero eso interfiere con la formación de los nuevos estudiantes.

—¿No se estaban encargando Loke, Endualdy Galdason?

—Sigrid ha enviado a Loke a investigar una posible pista en el sur, a las afueras del Refugio. Endualdy Galdason están estudiando la Perla y también la cueva dónde la Esfera de Dragón hibernaba. No pueden estar en ambos sitios a la vez día y noche. Si la Perla se activa y surge el dragón o miembros de la secta todos en el Refugio estarán en un grave aprieto. Esa Perla debe estar bien vigilada en todo momento.

—En ese caso será mejor que enviemos a algunos Guardabosques Especialistas —sugirió Raner secundado la petición de Sigrid.

—Sí, estoy de acuerdo. No quiero que la formación de los futuros Especialistas se vea mermada a la larga. Tenemos serios problemas, pero debemos seguir formando tanto en el Campamento como en el Refugio para fortalecer el cuerpo de Guardabosques. Elige a tres Especialistas, Raner, y envíalos. Como solo es tarea de vigilancia, mejor que sean de Naturaleza.

—De acuerdo. Los seleccionaré y enviaré.

Gondabar abrió la otra misiva.

—Es de mi buen amigo Dolbarar —anunció y continuó leyendo.

—¿Necesita ayuda en el Campamento? —se interesó Raner.

—Me informa de que han rastreado todos los alrededores del Campamento sin suerte. No hay rastro del dragón. También están rastreando el norte. Le pedí que se internaran hasta los territorios helados, más allá de las Montañas Inalcanzables.

Raner se quedó pensativo.

—Es un buen lugar para esconderse. Montañas, cuevas y nieve eterna.

—Eso mismo pensamos Dolbarar y yo. Por eso hemos enviado Guardabosques a investigar.

—Eso podría suponer un altercado con los Salvajes del Hielo…

—Podría, sí… pero debemos explorar todo nuestro territorio para

asegurarnos de que el dragón no se esconde en Norghana. El norte sigue siendo nuestro, aunque también estén los Salvajes del Hielo en la zona más helada.

—Esperemos que no haya un enfrentamiento… —deseó Raner con expresión de duda.

—Le he pedido a Dolbarar que envíe Guardabosques competentes y experimentados y que rehúyan cualquier enfrentamiento. Queremos saber si el dragón está en esos territorios, no empezar otra guerra con los pueblos del continente helado.

—Quizá podríamos preguntarles a ellos —sugirió Nilsa.

Gondabar y Raner la miraron con ojos de incomprensión.

—¿Preguntar a quién? —Gondabar la miró extrañado.

—A los pueblos del Continente Helado. A su líder.

—No sabemos quién los lidera ahora —afirmó Raner.

—Es una incógnita quién está al mando —explicó Gondabar.

—Nosotros podríamos intentar saberlo —respondió Nilsa.

—¿Nosotros quién? —Gondabar hizo un gesto de incredulidad.

—Las Panteras de las Nieves.

—Oh… ¿Tenéis algún contacto allí?

—Creemos que sí. Aunque no hemos hablado con él en un largo tiempo.

—Nada se pierde por intentarlo —dijo Gondabar.

—Lo comentaré con el resto cuando regresen de sus actuales misiones.

Gondabar asintió.

—¿Alguna novedad de las Panteras? ¿Han descubierto algo? —preguntó interesado Raner.

—De momento no he recibido noticias, lo que significa que sus misiones no han sido fructíferas o que no han terminado todavía. Si hubieran descubierto algo habrían enviado una misiva de inmediato —explicó Nilsa.

—Cierto —asintió Gondabar.

—El resto de los Guardabosques que tenemos peinando la zona este y oeste y ambas costas no han reportado nada inusual, ¿verdad? —preguntó Raner.

—Nada, señor. Todos los informes que han llegado son negativos —confirmó Nilsa—. Aunque tampoco saben muy bien qué están buscando, señor.

—Se les ha dicho que busquen la presencia de una peligrosa bestia

de gran tamaño con la habilidad de volar que puede matar a un hombre con facilidad —dijo Gondabar—. He preferido no utilizar el término dragón. Bastantes rumores corren ya entre la gente por el mensaje aterrador que la secta de los Iluminados estaba distribuyendo por todo el reino.

—¿No sería mejor decirles que buscamos un dragón? —sugirió Nilsa.

Gondabar y Raner se miraron un momento. Luego Gondabar negó con la cabeza.

—Peligrosa bestia voladora de gran tamaño es una descripción acertada que evita que haya histeria.

—Además, convencer a los Guardabosques de que están persiguiendo a un dragón inmortal va a resultar muy difícil, si no imposible, y crea dudas sobre la integridad racional del mando —explicó Raner.

—No lo entiendo, señor…

—Raner quiere decir que los Guardabosques pueden pensar que hemos perdido la cabeza si les decimos que tiene que encontrar un dragón —explicó Gondabar.

—Oh, ya veo.

—A nosotros mismos nos cuesta mucho hacernos a la idea de que es así, imagina a un Guardabosques veterano —continuó Gondabar, que abrió los brazos e hizo un gesto de que no era muy creíble.

—Perderíamos mucha credibilidad. Es mejor evitarlo en lo posible —afirmó Raner.

—Pero Sigrid y los Maestros Especialistas y Dolbarar y los Guardabosques Mayores nos creen, ¿verdad? —preguntó Nilsa, a la que le entró la duda de si realmente tenían o no todo el apoyo que ella creía que tenían.

Gondabar suspiró hondo.

—Quieren creernos, que es diferente —puntualizó.

—Como comprenderás, Nilsa, a los que no lo hemos visto nos cuesta aceptar que tal criatura mitológica exista —confesó Raner—. Estamos realizando un acto de fe en vosotros, en vuestra palabra.

—Bien explicado —convino Gondabar—. Es una apuesta a ciegas y en contra de nuestras creencias el pensar que estamos en grave peligro porque una criatura con un poder destructivo sin igual ha aparecido. Apostamos a que estáis en lo cierto y a que no sois parte de un engaño en nuestra contra.

—Entiendo. Puedo asegurar que nos somos parte de un engaño. Gracias por confiar en nuestra palabra, señor —Nilsa se sintió muy

honrada de que sus líderes confiaran en ellos así.

—Y en vuestro criterio —añadió Gondabar con una leve sonrisa.

—No penséis que no confiamos en vosotros, al contrario, confiamos plenamente. La duda que siempre vamos a tener es si os han engañado de alguna forma. Eso va a ser difícil de sobrellevar —explicó Raner.

—Hasta que veáis al dragón por vosotros mismos… Entonces toda duda desaparecerá —afirmó Nilsa con tono de que iba a suceder—. Es solo cuestión de tiempo —añadió.

Gondabar asintió despacio varias veces.

—Espero que lo que presenciemos sea el cuerpo sin vida del dragón. Ese es mi deseo.

—Un deseo al que yo también me uno. Y si puedo ser parte de quienes le den muerte, aún mejor —deseó Raner.

Nilsa asintió.

—Una vez lo encontremos, no escapará —afirmó deseosa y cerró la mano con fuerza.

—Hasta ese momento tenemos que seguir buscando. Hay que rastrear todo el reino: de este a oeste y de sur a norte. No quiero que se escape si está escondido aquí —dijo Gondabar.

—Lo coordinaré, señor —aseguró Nilsa.

—Muy bien. Confío plenamente en ti y en tus habilidades.

—Deberíamos contemplar la posibilidad de que se esconda en otro punto de Tremia, señor —propuso Raner.

—Ojalá fuera así. Pero para ello tendríamos primero que asegurar que no está en nuestro territorio —razonó Gondabar—. Una vez podamos constatarlo, estaré mucho más tranquilo. No me gusta nada el hecho de que todo esto comenzó porque el orbe estaba congelado en el Refugio. Me intranquiliza y me da mal agüero. No soy de los que creen en premociones, supersticiones y cosas similares, pero no me gusta que haya despertado aquí, en el corazón de Norghana. Puede que de alguna forma esté vinculado a nuestra tierra y eso no me deja dormir por las noches.

—Podría ser. La teoría de que se esconde aquí por tener alguna relación con nuestra tierra no hay que descartarla.

—También podría usar la Perla del Refugio para regresar aquí —sugirió Nilsa.

—Cierto, por eso hay que vigilarla bien. No hay más perlas en Norghana, ¿verdad? —preguntó Gondabar.

—No que nosotros sepamos, pero tampoco las hemos buscado activamente —dijo Nilsa.

—Es decir, ¿podría haber otra sin descubrir? —preguntó Gondabar arrugando la frente.

—No tendría mucha lógica. Si las usaban como creemos, para desplazarse largas distancias sin tener que volar, ¿para qué poner dos cercanas? —razonó Raner que movía un dedo sobre el mapa en la mesa de lado a lado.

—Eso pensamos nosotros también —se unió Nilsa.

—Bien, mejor que sea así —Gondabar se relajó un poco.

—Tenemos otro tema importante que tratar. Los prisioneros que rescatamos ya están repuestos y bien de salud. No podemos retenerlos mucho más. Hasta ahora hemos utilizado la excusa de que era por su propio bien, pero ya ha pasado toda la estación invernal y reclaman su libertad —explicó Raner.

—Lo sé… —Gondabar lo meditó—. ¿Crees que conseguiremos sacar más información relevante de alguno de ellos?

Raner arrugó la nariz.

—Lo dudo, por más que les hemos preguntado sus respuestas no han sido de gran ayuda. Los que son fanáticos siguen proclamando el fin de los días de los hombres y la llegada del todopoderoso, que suponemos es el dragón que ha renacido. Los que estaban prisioneros, forzados a trabajar en el interior del volcán, no comprenden lo que les ha sucedido y muchos apenas vieron lo que pasó del terror que sentían. Los que vieron a la criatura, pese al terror que pasaron, confirman que vieron un dragón surgir de la pared, caer en el foso de plata líquida y luego salir volando hacia los cielos tras destrozar el techo de la gran caverna. Todos coinciden en el relato. Los detalles mencionados por las diferentes personas concuerdan, por lo que debemos de darlos por buenos, si bien no aportan mucha luz a la solución del problema.

—Múltiples personas narrando un evento con detalles muy similares se considera un hecho o una verdad muy posible —asintió Gondabar—. Es por eso por lo que creemos en lo que nos habéis contado —explicó a Nilsa.

—Gracias, señor —Nilsa se daba cuenta de la importancia que tenía que los esclavos hubieran sido testigos del renacer del dragón. De lo contrario, las Panteras habrían sufrido para convencer a Gondabar y a Raner, ya que no había rastro del ser ni se había producido el esperado ataque trayendo muerte y destrucción en todo el invierno.

—Ya los hemos retenido suficiente tiempo. Déjalos ir —dio la orden Gondabar.

—Muy bien, señor —asintió Raner.

—Nilsa, asegúrate de que se da a cada uno de ellos una pequeña cantidad de oro para que puedan seguir con sus vidas y recuperarse de tan nefasta experiencia. Mis ayudantes te proporcionarán el oro necesario.

—Muy loable, señor —Nilsa agradeció el gesto del Líder de los Guardabosques. No era algo nada común que se recompensara con oro, y menos entre los Guardabosques, donde la paga era más bien escasa y no solía darse ningún extra.

—Debimos haberlos protegido mejor —se culpó Gondabar.

—No volverá a suceder. Tengo a varios Guardabosques de confianza dedicados específicamente a buscar sectas y organizaciones clandestinas similares en Norghana. Evitaremos que se repita —aseguró Raner.

—Eso espero —asintió Gondabar.

—Ahora mismo me encargo de los preparativos para que puedan reanudar sus vidas —dijo Nilsa.

—Te acompaño, Nilsa —dijo Raner.

—Muy bien. Id y organizadlo todo. Si recibís noticias referentes al dragón o a sus sectas, quiero saberlo de inmediato.

—A la orden, señor —le dijo Nilsa.

—Por supuesto, señor —se unió Raner.

El Guardabosques Primero y Nilsa salieron del despacho de Gondabar. Ella tuvo el presentimiento de que no tardarían en regresar a informar, y de que las noticias no serían nada buenas.

Capítulo 3

Ingrid y Viggo cabalgaban hacia la ciudad de Ostangor. Viggo iba más huraño de lo que era habitual, algo que sorprendió a Ingrid. Últimamente había estado de muy buen humor en las cacerías de bichos, como él las llamaba, pero por alguna razón esta no le gustaba. Estaban al aire libre disfrutando del comienzo de la primavera en una operación de caza, como Egil las había denominado, que seguramente acabaría en combate. No había razón para que el Asesino estuviera de mal humor.

—Precioso día para una cacería, ¿verdad? —comentó Ingrid sobre su montura mientras inhalaba el dulzón aroma de la brisa que les llegaba desde el este.

—No entiendo por qué tenemos que investigar todos y cada uno de los supuestos avistamientos de dragón o monstruos similares que los agentes de Egil reciben —protestó Viggo frunciendo la frente.

—Porque uno de esos avistamientos podría ser Dergha-Sho-Blaska. ¿Qué es tan difícil de entender?

—Pues que nunca lo es. Hemos investigado ya… ¿veinte avistamientos? ¿Y qué pasa siempre? ¡Que no son el dichoso Dergha-Sho-Blaska!

—Aun así, hay que revisar cada suceso porque uno de ellos podría serlo. Tenemos que ser concienzudos. Nuestra oportunidad de descubrirlo y acabar con él puede estar en un rumor cualquiera.

—Ya, eso es lo que dice el sabiondo, pero no tiene por qué ser verdad. Hasta ahora se ha demostrado que no es así. Te recuerdo que no lo hemos encontrado y tengo el trasero plano de tanto montar a caballo reino arriba y reino abajo persiguiendo rumores insustanciales.

—Nadie dijo que sería fácil. Y Egil tiene razón, debemos perseguir e investigar toda posible ocurrencia. De lo contrario el monstruo se escapará.

—Pero si siempre es algún troll, lagarto gigante, araña peluda descomunal, oso albino rabioso o pura fantasía de algún chalado que ha creído ver un dragón —protestó Viggo realizando movimientos con los brazos que asustaron a su caballo—. Nunca pensé que había tanto loco suelto que veía dragones y criaturas de pesadilla —dijo mientras tiraba de las riendas para que su montura le hiciera caso.

Ingrid negó con la cabeza.

—Es lo que pasa cuando dos sectas han estado esparciendo por todo el reino mensajes apocalípticos de destrucción. Los que lo oyen, y se lo creen, empiezan a imaginar cosas e incluso a verlas.

—Porque están como cabras. Lo mejor es atarlos y amordazarlos a todos y trasladarlos a Zangria, por ejemplo, y soltarlos allí para que den la turrada a los zangrianos. Guerra subversiva, la llamaría yo —sonrió Viggo pensando en su gran idea.

—Se te olvida que no hablan zangriano. Tu plan hace aguas.

—Bueno, un pequeño detalle insignificante. Les darían la turra igual y como no los entenderían, pues mejor que mejor, más turra.

—Probablemente los matarían a todos por espías o similar. Recuerda que estamos prácticamente en guerra con los zangrianos, aunque no se haya declarado.

—Pues mira qué bien, se acabó el problema de los locos para nosotros.

—No puedes matar a los locos o a quien se tropieza accidentalmente con un monstruo en Norghana.

—Yo no los voy a matar. Los van a matar los zangrianos.

—Ya, ya, pero porque tú los has enviado allí. No te escudes tras una excusa —regañó Ingrid moviendo el dedo índice.

—Yo los envío de excursión con toda mi buena voluntad —dijo Viggo poniendo cara de bueno—. Si los matan los brutos zangrianos, no es culpa mía —se encogió de hombros y puso cara de que él no había hecho nada malo.

—Tu forma de pensar es de lo más retorcida.

—¿Yo? Pero si soy todo amor —Viggo le lanzó un beso mientras pestañeaba con fuerza.

—Todo un merluzo es lo que eres.

—Yo también te quiero —respondió Viggo con expresión amorosa.

Ingrid resopló con fuerza y negó con la cabeza.

—Los Dioses de Hielo me castigan por algo que cometí en otra vida —dijo mirando hacia las montañas de picos helados.

—Al contrario, te recompensan con mi amor y devoción por algo increíblemente bueno que hiciste —respondió Viggo, que se señalaba a sí mismo con los dos pulgares.

—Sí, eso mismo —Ingrid resopló con fuerza y acarició la crin de su caballo blanco.

Viggo detuvo su montura y observó hacia el oeste, luego miró al este y finalmente al sur. Asintió para sí mismo.

—Estamos cerca. El Lago de Krystall, donde se supone que han visto a un dragón, queda algo más al norte —dijo entrecerrando los ojos como intentando verlo.

—Veo que conoces bien esta zona de Norghana —Ingrid intentó sonsacar a Viggo la razón—. Para mí es desconocida, nunca he pisado estos valles.

—No te pierdes gran cosa. Aquí de importancia solo hay la ciudad de Ostangor.

Ingrid sabía que Ostangor era la segunda ciudad más grande de Norghana después de la capital, si bien nunca la había visitado. Recordó que la había oído mencionar por alguna otra razón.

—¿De qué me suena esa ciudad?

—De nada —replicó de inmediato Viggo.

—¿No eres de por ahí? —preguntó Ingrid que empezaba a recordar que había sido el propio Viggo quien había hablado de ella.

—Puede, ¿y qué?

—Umm… ¿es por eso por lo que estás de mal humor? ¿Porque llegamos a tu tierra natal?

—No, para nada —negó Viggo levantando la barbilla—. Por mí puede arder toda la ciudad con todos sus habitantes dentro. Yo mismo le daría fuego y atrancaría desde el exterior todas las puertas para que nadie pudiera salir.

—Ya sé que no tuviste una infancia feliz. Entiendo que no estés emocionado de volver a estar por estos lares —expresó con tono amable.

—Infancia infeliz no consigue ni empezar a describir la mía. No me tires de la lengua que no me apetece hablar del tema…

—Es precisamente lo que estoy haciendo. Cuéntame qué te sucedió de pequeño, no nos diste demasiadas explicaciones. Me gustaría saberlo, entenderlo…

—No estoy de humor para relatos de horror, y menos los míos propios. Quizás otro día cuando esté más animado. Necesitaré una caja de vino o un barril de cerveza.

—Muy bien, no insistiré. Si quieres un oído amigo, aquí estoy —dijo Ingrid con tono amable y amistoso.

Viggo la miró un instante. Pareció que iba a decir algo, pero no lo hizo. Asintió y señaló el altozano que tenían enfrente y por donde seguía el camino.

—Veremos la ciudad de Ostangor una vez estemos sobre esa loma.

—Muy bien, veamos qué pinta tiene esa ciudad tuya —dijo Ingrid y

azuzó a su montura para que subiera por la colina a galope.

—No sé para qué tantas prisas… para lo que hay que ver… —comentó Viggo avanzando con desgana por el camino sin ninguna prisa por llegar.

Ingrid observaba la ciudad en la distancia con la mano sobre los ojos para resguardarlos de la luz del sol. Hacía una temperatura estupenda y hasta el astro rey brillaba con intensidad en un cielo cada vez más despejado. Los vientos iban empujando las nubes hacia las montañas, despejando la llanura que comenzaba a los pies de la loma y en cuyo centro se alzaba la ciudad.

—No tiene mala pinta. Pensaba que sería… no sé, más tétrica —comentó Ingrid mientras Viggo subía a paso de tortuga por la cuesta. Parecía que estaba obligando a su pobre montura a ir tan lenta como pudiera.

—Si tú lo dices… —masculló entre dientes.

—Es la típica ciudad norghana. Robusta, rustica, rocosa y algo oscura, de un tamaño respetable. No la veo tan peligrosa —continuó comentando Ingrid mientras examinaba la ciudad en la distancia.

—Espera que se haga de noche y verás si es peligrosa o no.

—Entiendo que eso quiere decir que lo es —Ingrid miró a su espalda esperando recibir la respuesta de Viggo.

—No podría decirte si lo es ahora, solo que lo era, y mucho, cuando yo era un crío. Espero que las cosas hayan mejorado, pero lo dudo.

—¿Por qué lo dudas? Ha pasado mucho tiempo. La ley del rey habrá puesto en orden la ciudad.

Viggo sonrió y se le escapó una pequeña carcajada.

—¿Te he dicho alguna vez lo guapísima que te pones cuando eres tan crédula?

—¿Cómo que crédula?

Viggo llegó hasta ella y detuvo su montura junto a la de Ingrid. Sonrió y la miró con ojos amorosos.

—Tú crees en el bien, el honor y la justicia. En que el rey, sus nobles y los soldados cumplirán con sus obligaciones.

—Por supuesto que lo creo.

Viggo asintió varias veces.

—Por eso mismo lo digo. Menos mal que me tienes a mí…

—¿Para hacerme la vida imposible? —replicó Ingrid con tono de que no le había gustado la insinuación.

—Para salvarte de ti misma y tus ideales altivos y nada realistas.

Los reyes, nobles y soldados, todos te decepcionarán. Ya deberías saberlo con todo lo que hemos vivido y lo que hemos visto.

—Sé muy bien cómo son, y lo que hemos vivido todos, no creas que no lo veo. Sin embargo, mantengo la esperanza de que un día no sea así.

—Eres libre de soñar, pero ten en cuenta que tus sueños pueden terminar en pesadillas. En cualquier caso, yo guardaré tus espaldas y te defenderé.

—Vaya, te ha salido la vena de trovador poeta de nuevo —Ingrid lo miró con ojos de sorpresa.

—No puedo evitarlo cuando estoy a tu lado, mi preciosa rubita de temperamento norteño.

Ingrid puso los ojos en blanco. Luego miró a Viggo a los suyos y con firmeza le aseguró:

—Un día reyes, nobles y soldados honrarán a sus súbditos y cumplirán sus deberes con honor, como les corresponde.

—Eres adorable —dijo Viggo con cara de enamorado.

—Y tú un merluzo.

—Pero soy tu merluzo.

—Eso siempre —dijo Ingrid y su mirada pasó del enfado al amor—. Acércate más y bésame con esos labios de bribón que tienes.

Viggo sonrió con ojos centelleantes.

—Al instante, mi rubita belicosa —Viggo la besó con pasión.

Los cielos primaverales fueron testigos de una escena de amor tan profunda y verdadera como improbable. Dos seres tan diferentes que pese a todo lo que tenían en contra y sus propias diferencias no podían evitar amarse. Una fuerza superior a ellos, la de sus sentimientos, los arrastraba inexorablemente a amarse, nada podía evitarlo. Ambos sabían que nada les separaría, pasara lo que pasase. Sus corazones estaban unidos, eran uno y así seguirían para siempre, aunque nadie entendiera cómo podía ser cierto.

—Si alguien me hubiera dicho hace un tiempo que me enamoraría de ti…

—Le hubieras tumbado de un directo a la mandíbula —interrumpió Vigo.

—Eso seguro —sonrió Ingrid.

—Me gusta verte sonreír, lo haces demasiado poco.

—No soy de sonrisa fácil, lo sé. Así me ha hecho la agria vida que me ha tocado vivir. Sin embargo, mi corazón está alegre, y tú me haces sonreír.

—En ese caso, intentaré que sonrías todos los días de tu vida. Lo convertiré en un objetivo.

Ingrid frunció el ceño, pensativa.

—Mejor pensado, tampoco hace falta que te esmeres.

—Ya está dicho, no me puedo echar atrás ahora. Sonreirás todos los días al menos una vez, o no estaré haciendo bien mi trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo es ese?

—El de ser tu enamorado, por supuesto —respondió Viggo con un gesto de convencimiento.

Ingrid no pudo evitar sonreír al oír aquellas palabras.

—Bésame otra vez.

—Feliz y contento lo hago —respondió Viggo volviendo a besar a Ingrid.

Se quedaron sobre la loma observando la ciudad en la distancia un rato más, juntos, enamorados y felices. Eran conscientes de que en cuanto entraran en la urbe aquel momento tan dulce que estaban compartiendo se desvanecería y volverían a ser dos Guardabosques llevando a cabo una misión oficial.

Pasado un rato, Ingrid suspiró y entrecerró los ojos.

—Entremos en la ciudad y consigamos información de las autoridades locales —dijo utilizando su característico tono de determinación.

Viggo arrugó la nariz y resopló.

—Mejor si vamos directos al lago. Se dónde está, no necesitamos entrar en la ciudad.

—Tenemos que hablar con las autoridades y recabar la información antes de ir al lago. Además, debemos pedir refuerzos, son órdenes de Gondabar.

—Ya, nuestro viejo y achacoso líder no quiere que nos enfrentemos solos a un dragón. Aunque, por otra parte, tampoco es que se crea del todo que el dragón exista. Serán cosas de la edad y de sus achaques, me imagino.

—No te pongas ácido que te veo venir.

—Sólo estoy diciendo las cosas como las veo. Probablemente piensa que estamos chalados y por eso quiere que vayamos con refuerzos, para poder luego preguntarles a ellos.

Ingrid inclinó la cabeza.

—No me parece una mala precaución. Si a mí me vinieran con una historia tan poco probable como esta, también querría asegurarme de que no hay juego sucio detrás.

—Más que poco probable la historia es disparatada. Siempre que se la contamos a alguien solo hay que ver cómo reacciona. Se les pone cara de que están hablando con unos chiflados.

—Ya, mejor no contarlo a menos que sea necesario. Y ahora vamos a la ciudad, no sé por qué no quieres visitarla siendo donde creciste. Seguiremos el procedimiento que nos ha indicado Gondabar. Investigaremos con apoyo local y nunca solos.

Viggo masculló algo entre dientes para sí mismo y luego miró a Ingrid.

—Como quieras, pero ya te adelanto que en esa ciudad no merece la pena entrar, no vas a encontrar ayuda alguna.

—No será tan malo.

—No, será peor, ya lo verás —advirtió Viggo y comenzó a descender la loma en dirección a la ciudad.

Ingrid se quedó pensativa un instante. Las palabras de Viggo le habían provocado malas sensaciones. Sacudió su cuerpo y se las quitó de encima. Fuera lo que fuese que se iban a encontrar, lo superarían, de eso estaba segura. Además, tenía mucha curiosidad por conocer la ciudad donde Viggo había crecido. Quizás visitándola podría entender mejor su personalidad. Se animó, sería una visita interesante.

Capítulo 4

Cruzaron las puertas de la gran urbe y se adentraron en ella por la entrada sur. La ciudad estaba rodeada por una muralla robusta de doce varas de alto por tres de ancho. No tenía foso ni grandes torres defensivas y tampoco una almena muy elaborada. La muralla la protegían una docena de pequeñas casetas situadas equidistantes a lo largo de todo su perímetro con una almena que era un largo parapeto de roca sin pulir. Habían construido aquella muralla para que sirviera de defensa, pero sin ninguna filigrana. Era funcional y tosca, como muchas de las construcciones norghanas.

Por lo que Ingrid sabía, era una ciudad que vivía de las minas y el comercio de toda la materia prima que obtenían de ellas, así como de los materiales y personal que se necesitaba para operarlas. Como en toda buena ciudad comercial, las puertas de entrada estaban abiertas de par en par y todo tipo de comerciantes, buhoneros, mercaderes y similares entraban y salían de la urbe con carros tirados por mulas o bueyes en un continuo tránsito que dotaba a la ciudad de mercaderías. También se apreciaban campesinos y ganaderos que entraban en la ciudad a vender los frutos de sus cosechas y el ganado ya listo para ser sacrificado.

Los guardias apostados en la puerta estaban más atentos a que la circulación fuera fluida que a posibles amenazas, por lo que Ingrid y Viggo pudieron entrar sin tener que detenerse y presentar rango. Avanzaron por la calle principal despacio, siguiendo a un comerciante que guiaba a tres caballos de montar. Había gente yendo y viniendo en ambas direcciones y los transeúntes cruzaban de un lado a otro de la calle.

—¿Siempre está esto tan concurrido? —preguntó Ingrid a Viggo.

—Sí, la ciudad es próspera en el aspecto mercantil, pero decadente en otros…

—¿A qué te refieres? —Ingrid miraba alrededor.

—Tranquila, ya lo irás descubriendo. Es un sitio interesante…

—No sé si me gusta mucho lo que tu tono insinúa.

Viggo sonrió.

—No adelantemos acontecimientos. Observa y deja que el lugar te embauque con su encanto.

Ingrid torció el gesto.

—Yo no dejo que nada me embauque.

—Por eso eres mi preciosa belicosa.

Un resoplido y una mirada dura fue la respuesta que Viggo recibió a su piropo.

Según se adentraban en las calles de Ostangor, Ingrid se fue percatando de que, para ser una ciudad comercial y populosa, tenía un aspecto bastante decadente. Las casas estaban sin pintar y descuidadas, se apreciaba la suciedad y el mal estado de las fachadas. Los balcones parecía que se iban a caer si soplaba el viento con fuerza.

—¿Por qué las casas tienen ese aspecto en este barrio? ¿Acaso estamos pasando por un barrio malo? —preguntó mientras observaba a la gente que deambulaba de un lado para otro. Parecían trabajadores normales, de los que se encontraban en todas las ciudades del reino. No tenían ninguna característica fuera de lo común. Quizás sí que iban un poco más sucios de lo que era normal, pero Ingrid lo achacó a las minas y a toda la suciedad que soltaban.

Viggo se atragantó con una carcajada.

—¿Barrio malo? Este es un barrio de los buenos, de los de la gente trabajadora.

Ingrid seguía observando a su alrededor según avanzaban por la calle, cuyo empedrado era desigual causando que el caballo tuviera problemas para mantener el equilibrio.

—¿Por qué tienen las casas tan descuidadas? —dijo señalando una a su derecha que tenía un balcón colgando que se sujetaba solo de un lado.

—Se debe al impuesto de mantenimiento.

—No me suena que exista ningún impuesto de mantenimiento de una casa —dijo Ingrid extrañada.

—Aquí existe hace mucho, ese y otros muchos impuestos. Llenan las arcas del magistrado que gobierna la ciudad, que a su vez llena las del duque Pilman Wrotoson, a quien pertenece, pues está en medio de su ducado.

—Una ciudad no pertenece a un noble, tiene derechos sobre ella, pero no le pertenece —aclaró Ingrid.

—Bueno, se lo puedes explicar a Wrotoson, pero no es de los que les gusta escuchar. Ni él ni sus dos hijos, Lars y Angus. Desde luego siempre se ha comportado como si la ciudad fuera suya, y sus hijos lo mismo. Ya cuando yo era niño abusaban libremente de su poder y solo eran unos años mayores que yo. Ahora, después de estos años, no quiero ni pensarlo.

—Lamentable. Que los nobles y sus familias se aprovechen de su situación privilegiada para fines personales es detestable. Y que sean unos déspotas, lo es todavía más.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

—¿Quién gobierna la ciudad?

—Si no ha cambiado, que pudiera ser porque llevo sin venir por aquí desde que ingresé en los Guardabosques, será el magistrado Mustrel y su guardia.

—¿Soldados del duque?

—No exactamente. El duque y sus soldados residen en el castillo que su señoría tiene más al norte, cerca de las grandes minas.

—Oh, ¿entonces el magistrado gobierna la ciudad?

—De cara al duque y al rey así es, pero en realidad la gobiernan un par de sindicatos de los bajos fondos.

Ingrid miró a Viggo frunciendo la frente.

—Explícame qué quieres decir con eso. Los bandidos y ladrones no gobiernan ciudades y menos una tan grande y rica como esta.

Viggo sonrió con dulzura y miró a Ingrid.

—Hay mucho que todavía no sabes de este duro y cruel mundo. No me gusta ser yo quien tenga que mostrártelo.

—Lo que deba saber y entender lo haré. Prefiero que me lo expliques tú, en ti confío plenamente. Si tengo que aprenderlo de otra forma puede que sea peor.

Viggo hizo un gesto y lo meditó.

—De acuerdo, te lo explicaré según vayamos tropezándonos con ello. Aunque me siento como el que arruina el cumpleaños de una niña pequeña.

—No te preocupes, esta niña pequeña te pondrá un ojo morado como no le expliques todo con detalle —Ingrid mostró su puño derecho.

—Ya se me ha pasado el momento de reparo, ¿me pregunto por qué será? —la ironía en el comentario iba bien remarcada.

—¿Dónde están acuartelados los soldados de la ciudad? —preguntó Ingrid irguiéndose sobre su montura para ver mejor.

—Algo más al noroeste, en la parte más alta. Ahí está situada una fortificación con un regimiento. Junto a la fortaleza hay otro gran edificio de aspecto militar pero que en realizad es una cárcel. Ahí tienen a todos los que apresan.

—Eso ya me gusta más.

—Bueno, espera a verlo y me dices.

Ingrid se quedó intrigada por la respuesta.

Continuaron atravesando el lugar. Viggo iba guiando a Ingrid y tomaba atajos que recordaba por calles menos concurridas para evitar a toda la gente que deambulaba de un lado a otro. Las que iba cogiendo eran más estrechas y menos transitadas por los comerciantes. No es que la gente molestara de forma consciente, pero impedían que los caballos mantuvieran un paso estable.

Viggo dio un giro a la izquierda y bajaron por una calle hasta aparecer en una gran zona sin edificios, pero atestada de puestos de mercaderías.

—Y esto es el gran mercado central —anunció Viggo con un gesto de su mano abarcando toda la enorme plaza.

—Esto es enorme —Ingrid observaba barriendo la plaza cuadrada de lado a lado.

—Dicen que es uno de los mayores mercados de Norghana, si no el mayor.

—Es el mayor que yo haya visto.

—No solo es grande, sino que está así de concurrido cada tres días. Hemos llegado en día de mercado, por lo que podrás disfrutarlo. Mañana y pasado la mayoría de los puestos desaparecerán para volver a aparecer al tercer día.

—Curioso sistema —asintió Ingrid pensativa.

—Es para que les dé tiempo a reponer las mercaderías que quieren vender. Es tanto lo que se comercia que la mayoría de las existencias desaparecen en una sola jornada.

Ingrid escuchaba las explicaciones de Viggo mientras observaba el lugar. Habían detenido los caballos a la entrada al gran mercado y se habían apartado un poco para dejar pasar a la gente y los carros. Cuanto más observaba el sitio, mayor le parecía, no solo en tamaño sino también en gentío. Había centenares si no más de un millar de puestos donde se comercializaba con todo tipo de productos.

—¿Me lo parece a mí o está organizado en varios cuadrantes? —comentó Ingrid, que observaba con ojos entrecerrados intentando captar detalles del ajetreado lugar.

—Buen ojo, lo está, aunque ahora hay muchos más cuadrantes de los que yo recuerdo, por lo que estoy viendo.

En la parte superior izquierda de la plaza había puestos agrícolas que vendían diferentes variedades de hortalizas locales, algunas frutas, trigo, cereal y similares. Los residentes se acercaban a los puestos a conseguir verdura fresca. Los que tenían más dinero podían permitirse fruta dulce, el resto se conformaba con lo básico: mucha legumbre,

zanahorias y cebollas, principalmente.

Junto a los puestos de verduras y frutas vieron los de carnes. Aquí se veían a mineros buscando un buen trozo de carne que llevarse al estómago. Eran inconfundibles pues iban sucios de pies a cabeza, cubiertos de una capa de polvo oscura que solo dejaba ver sus ojos. Las salchichas y el codillo, así como las costillas de cerdo, parecían triunfar entre los trabajadores hambrientos. También podía ser porque las chuletas eran demasiado caras para ellos. Curiosamente, los pollos y aves de corral no tenían tanto éxito entre los mineros.

En la parte superior derecha los ganaderos utilizaban pequeños cercos para mostrar sus caballos, vacas, bueyes, mulas, burros y otros animales a los posibles compradores. Aquí no había mineros, sino clientes de aspecto algo más limpio y con mejores vestimentas, de una clase social más acomodada.

Viggo e Ingrid se acercaron a ver los animales que tenían en venta.

—Esta sección es la que menos me gusta, siempre huele horrible a boñigas de caballo y buey —comentó Viggo con expresión de disgusto.

—Deberías estar acostumbrado, pasamos media vida sobre un caballo.

—Ya, pero el nuestro es solo uno y no caga todo el rato en el mismo sitio como todos estos —señaló a los caballos que rebufaban en la cerca.

Ingrid inclinó la cabeza y vio cómo una vaca soltaba en ese momento un cargamento oloroso.

—En este caso voy a tener que darte la razón. Continuemos.

Viggo hizo un gesto cómico tapándose la nariz con dos dedos y continuaron por el mercado.

En la parte inferior izquierda se vendían los trabajos de panaderos, cuyos panes, pasteles y postres hacían la delicia de muchos, sobre todo de los más jóvenes. Muchos ciudadanos se acercaban a comprar pan, la mayoría del barato y algunos incluso pan duro de varios días para sopas. Lo metían en leche y era un desayuno o cena muy potente. Los postres deliciosos solo estaban al alcance de los más adinerados.

En la parte inferior derecha era donde se negociaba sobre los recursos obtenidos en las minas. Era la zona más grande y se distinguía de forma clara por los montones de mineral recién extraído que se mostraban junto a los puestos. Los había de mineral de plata, plomo, cobre, zinc y hierro que luego se transformarían en objetos de uso doméstico, armas de todo tipo, joyas preciosas y también moneda. Un enjambre de comerciantes rodeaba los puestos de los mercaderes, que parecían estar negociando a gritos.

—Ya veo que el comercio mayor de la ciudad se centra en la minería.

—Así ha sido siempre. Esta ciudad es rica y populosa gracias a las minas del norte. Además, no están muy lejos de la ciudad. La puerta norte, que se tuvo que dividir en cuatro para facilitar el tránsito de la minería, da acceso a los caminos que llevan hasta ellas. No te recomiendo que las visites, se traga mucho polvo y suciedad y huele fatal.

Ingrid asintió.

—Las minas no son mi predilección. De todas formas, encuentro muy curiosa la forma que tienen aquí de vender mineral precioso.

—¿Curioso? Yo lo veo normal, a gritos, a pleno pulmón.

—No lo había visto nunca.

—Como la producción de mineral varía en cuantía y calidad, sobre todo de unas minas a otras, lo traen aquí para competir por precio. Los comerciantes examinan con cuidado la calidad y buscan que haya competencia para que los precios sean más baratos. De ahí todos esos gritos y agitados gestos de los compradores. Si te fijas, los vendedores apenas reaccionan, intentan mantener el precio alto, ignorando la puja. A mí siempre me ha parecido de lo más divertido.

—Ya, porque hay gresca. Si estuvieran comprando un vestido te aburrirías de inmediato.

—Los puestos de vestimenta están en la parte central superior. ¿Quieres acercarte a verlos? Me encantaría regalarte un bonito vestido de gala. Estarías preciosa.

Ingrid le lanzó una mirada dura.

—Más te vale que no estés burlándote de mí.

Viggo levantó las dos manos.

—No me atrevería. Lo digo en serio, nunca te he visto con un vestido. Debes de ser toda una visión, un espíritu de beldad que desciende del reino de los Dioses de Hielo con esa belleza norteña tuya tan dura y fría.

—Dura y fría como el acero que sí me interesa ver. ¿Dónde están los puestos de armas?

—Desde luego… No aprecias mi alma de bardo.

—No es que no la aprecie es que eres un poeta muy malo y tus versos de halago son pésimos.

Viggo resopló e hizo un gesto como si se clavara una daga en el corazón.

—Los puestos de armas están en la parte central inferior de la

plaza.

—Dejemos los caballos ahí, frente a esa posada, y acerquémonos a ver —propuso Ingrid.

—Entonces vestidos nada… y armas sí —comentó Viggo con semblante desmotivado.

—Eso mismo, que no se te olvide nunca. Si prefieres una linda damisela de la nobleza que lleva vestidos y joyas preciosas, te has equivocado de mujer.

—Te puedo asegurar, sin ningún tipo de duda, que no me he equivocado. Estoy con la mujer perfecta para mí —sonrió Viggo con picardía.

—Más te vale —dijo Ingrid y desmontó.

Viggo habló con el mozo de cuadra de la posada y le dio una moneda para que se encargara de sus monturas. Antes de que este se marchara lo sujetó por el brazo y le susurró al oído:

—Si les pasa algo a los caballos, te corto el cuello.

El mozo abrió mucho los ojos.

—No les pasará nada… señor…

—Más te vale —Viggo se volvió hacia Ingrid y dejó ir al mozo.

—¿Qué le has dicho que ha puesto esa cara? —preguntó Ingrid.

—Nada, le estaba pagando por su servicio. Solo le he recordado que mejor que lo haga bien.

Ingrid entendió y su rostro así lo mostró. Le hizo un gesto a Viggo con la cabeza para que la siguiera. Se acercaron a los puestos de armas abriéndose paso entre la multitud de personas que parecían querer verlo todo, aunque no compraran mucho. Ingrid se hacía hueco con los codos sin ningún miramiento y Viggo la seguía sonriendo. Llegaron hasta el puesto de un mercader de hachas norghanas e Ingrid se detuvo a admirar el trabajo artesano.

—Nada como sujetar una buena arma en la mano para sentirse mejor —expresó Ingrid.

—Siempre que te oigo hablar así, recuerdo por qué te amo tanto —bromeó Viggo, que sonrió y cogió otra hacha corta para estudiarla.

—Para que luego digas que no soy romántica —replicó Ingrid.

Viggo soltó una carcajada.

—Tienes toda la razón.

Ingrid dejó el hacha que tenía en la mano y cogió otra más grande mientras el vendedor le daba todo tipo de explicaciones y detalles sobre lo excepcional que era. De pronto, Viggo se deslizó hacia Ingrid como si fuera a agarrarla por la espalda con su brazo. Sin embargo, lo

que agarró fue el brazo de otra persona.

Ingrid se percató del movimiento y se giró rauda con el hacha en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó observando cómo Viggo tenía sujeto por la muñeca a un chaval que no tendría más de diez años.

—¡Suéltame, yo no he hecho nada! —pidió el niño de cabello rubio como los rayos del sol y piel blanca como la nieve, aunque la llevaba llena de mugre. Estaba muy sucio, parecía haber salido del interior de una mina.

—Claro que has hecho algo —discutió Viggo que apretó el brazo con más fuerza.

—¡No he hecho nada! —insistió el joven, que intentaba escapar y tiraba, pero tenía el brazo preso.

—¿Qué has hecho? —preguntó Ingrid con tono duro.

—¡Nada de nada! —gritó el muchacho mientras seguía intentando liberar la extremidad del agarre de Viggo.

—Devuélvele la bolsa —dijo Viggo muy serio.

—¡Yo no tengo ninguna bolsa!

Varias personas se habían vuelto y observaban la escena interesados, aunque no intervenían. El mercader también estiró el cuello para ver qué sucedía y uno de sus ayudantes le imitó.

—Si no le devuelves la bolsa y te la encuentro encima después de desnudarte aquí mismo, te cortaré este brazo —amenazó Viggo con tal tono que el muchacho se quedó helado. Ya no negaba nada.

Ingrid se llevó la mano libre a su cinturón de Guardabosques y buscó la bolsa con su paga. No la encontró.

—¡Pequeño maleante! —exclamó enfadada—. ¡Me has robado! ¡Te has metido en un buen lío!

—¡Un ladrón! —gritó uno de los clientes del puesto de al lado y más gente se acercó a ver qué sucedía.

—Aquí está —dijo el chico y con la mano libre hizo aparecer la bolsa como si de un truco de magia se tratara.

Ingrid cogió la bolsa y miró al ladronzuelo con incredulidad.

—Pero si eres todavía un niño.

—No lo creas, es un ladronzuelo profesional. Lleva años haciendo esto —explicó Viggo.

—No, señor, es mi primera vez, me han obligado —dijo lloriqueando.

—No hagas caso, está mintiendo. Es todo cuento —Viggo negaba con la cabeza.

—¡Malditos ladrones, son una plaga peor que las ratas! —exclamó otro de los presentes.

—¡Entregadlo al magistrado, que lo cuelgue! —dijo el mercader—. Estoy cansado de que roben a mis clientes y no me dejen hacer negocio.

Ingrid miró a Viggo.

—No lo colgarán por esto, ¿no? Lo enviarán a los calabozos un tiempo…

—No aquí, hay demasiados como él. Cuando los pillan se hace un castigo ejemplar. Siempre ha sido así.

—¡Para que aprendan! —dijo otro comprador.

—¡Es lo mejor que se puede hacer con ellos! —se unió otro.

—¡Déjeme marchar, señor! —pidió el chico mirando a Viggo a los ojos. Ahora lloraba con lágrimas que parecían de verdad.

—Si te entrego a la guardia o a estos no verás un día más —dijo Viggo señalando con un gesto hacia los que pedían la cabeza del muchacho.

—¡No, por favor! ¡Déjeme ir!

—Dime primero para quién trabajas.

—¡Para nadie, señor, lo juro!

—Ya estás mintiendo otra vez —Viggo tiró del brazo del muchacho para atraerlo hacia él.

—¡No miento! —intentó soltarse y escapar, pero no pudo.

—¡Todos mienten, son mentirosos y ladrones desde la cuna! —gritó otro hombre.

Viggo cogió al muchacho del cuello con su brazo y lo acercó hacia sí. Le susurró al oído para que nadie más pudiera escucharle.

—¿Trabajas para el Sindicato del Zorro Rojo o para el Sindicato del Cuervo Negro?

El muchacho dejó de forcejear y levantó la mirada hacia Viggo intentando descifrar quién era y cómo conocía aquellos nombres.

—Yo…

—Puedes decírmelo, yo también he sido como tú —susurró Viggo.

—No, no es posible.

—Hay vida después de la banda, se puede salir. Yo soy prueba viva de ello.

El muchacho miraba a Viggo y en sus ojos se veía que no confiaba, que las palabras del guardabosques no le convencían.

Viggo lo giró con fuerza hacia el lado donde no había nadie

increpando y le mostró el interior de su brazo izquierdo.

—¿Ves la marca de pertenencia?

El chico encontró el tatuaje en forma de círculo negro.

—¡Eres del Sindicato del Cuervo Negro! —exclamó en un ahogo.

—Lo fui. ¿De qué sindicato eres tú? —preguntó Viggo con otro giro fuerte, como si estuvieran forcejeando, para que los presentes no se percataran de lo que pasaba.

—Del Zorro Rojo.

—Muéstramelo.

El chico se arremangó y le enseñó el tatuaje en forma de un círculo rojo.

—Veo que ya nos vamos entendiendo —susurró Viggo—. ¿Cómo te llaman?

—Tirillas, señor.

—¡Lo arrastraremos de las orejas hasta la ley! —gritó otro de los que se había acercado a ver qué pasaba.

Ingrid observaba intrigada a Viggo mientras con una mano apartaba a la chusma que se les había pegado.

—De acuerdo, Tirillas, escúchame. Las cosas no pintan bien para ti, así que presta atención —Viggo le susurró unas palabras al oído.

—Sí, señor… gracias, señor… —el chico lo miraba con ojos de no saber muy bien si en verdad Viggo iba a cumplir lo que le había susurrado.

—Lo entregaremos a los guardias —dijo Viggo en alto mirando al grupo de gente que les rodeaba.

—¡Eso, que lo ajusticien! —gritó otro de los presentes.

—¡Hay que dar una lección! ¡Que la aprendan todos! —exclamó otro.

En ese momento Tirillas le dio un puntapié a Viggo y éste emitió un aullido de dolor. Abrió la mano que agarraba al muchacho y el chico salió disparado hacia el sur a la velocidad del rayo.

—¡Se escapa!

—¡Perseguidlo!

Varias personas salieron tras Tirillas, que esquivaba gente y se colaba entre los transeúntes a una velocidad impresionante. Nunca lo atraparían.

Mientras los presentes se dispersaban, Ingrid se acercó a Viggo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó enarcando una ceja.

Viggo miró alrededor, ya estaban solos de nuevo.

—Le he dicho que me diera un puntapié en la espinilla y que lo iba a soltar. Que escapara hacia el sur, que no se dejara atrapar o no lo contaría. Parece que ha hecho caso.

—Ya lo he visto. ¿Se puede saber por qué has estado tan magnánimo?

—Bueno, me ha caído bien el ladronzuelo —se encogió de hombros.

—¿Nada más?

—Nada que de momento sea necesario explicar —sonrió Viggo.

—Ya… —Ingrid cruzó los brazos sobre el torso.

—Vigila tus alforjas y tu bolsa de viaje. Según nos adentremos, seremos objetivo de más ladronzuelos de la ciudad.

—¿Ladronzuelos como este?

—Sí, niños y niñas que se dedican a robar a los incautos.

—¿Los niños roban en esta ciudad? —Ingrid frunció la frente.

—Y están organizados. Pertenecen a varios sindicatos del robo. Ahora no sé cómo estarán las cosas, pero dudo que haya cambiado demasiado.

—Las autoridades deberían impedir que las pobres criaturas fueran utilizadas así —dijo Ingrid con cara de no entender cómo aquello era posible.

—Las autoridades aquí son bastante laxas en cuanto a cumplir con sus deberes, ya lo irás descubriendo —Viggo sonrió con ironía—. Sigamos hasta la fortaleza, es hora de que las conozcas. Te van a encantar —e hizo una mueca de que no iba a ser así.

—Me lo estoy temiendo. ¿Me voy a enfadar?

—Bastante —confirmó Viggo yendo a por los caballos.

—No sé si esta ciudad me va a gustar mucho.

—La vas a adorar, ya verás —prometió Viggo, que ya volvía con los animales.

Los dos montaron y abandonaron la plaza del mercado.

—Solo una advertencia: no pegues a las autoridades locales, nos meteríamos en un lío.

Ingrid, lo miró extrañada, aunque entendió la indirecta.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

Capítulo 5

No tardaron mucho en llegar a la fortificación que hacía de cuartel de mando del magistrado Mustrel. Era un edificio mitad fuerte, mitad castillo. Parecía que su arquitecto no tenía las ideas muy claras o quizá alguien lo había comenzado y otra persona con diferente visión lo había terminado. Junto al edifico se alzaba otro, algo más pequeño, también de aspecto militar que resultó ser la cárcel de la ciudad. En las pequeñas ventanas con barrotes se podían ver brazos y rostros que observaban el exterior.

Bajaron de las monturas frente a la puerta reforzada del edificio. Una docena de soldados de la guardia de la ciudad la custodiaban desde el exterior. Sobre ella, en las almenas, había otra docena con arcos de vigilancia.

—Guardabosques en misión oficial —se presentó Ingrid.

Los soldados estudiaron a Ingrid y Viggo de arriba abajo. Uno de ellos, más veterano, dio un paso al frente y los saludó con la cabeza.

—Sargento Lomen, a cargo de la puerta —respondió—. No solemos ver muchos Guardabosques por aquí. Necesitaría ver vuestros medallones, no es nada personal, es mera precaución.

—No es habitual pedirnos tal cosa —replicó Ingrid algo molesta.

—Esta es una ciudad un tanto peligrosa y el engaño y la trampa están a pie de calle, así que tomamos precauciones extraordinarias. Como he dicho, no es nada personal.

Viggo sacó su medallón de Guardabosques, que llevaba al cuello, y se lo mostró. Solo ese, no los de Especialista. Ingrid se resistió un poco más, pero al ver que el sargento la observaba esperando, finalmente cedió.

Lomen observó los medallones.

—Bienvenidos, Guardabosques —dijo al fin.

—Se agradece la bienvenida —respondió Ingrid.

—¿En qué podemos ayudar a los Guardabosques?

—Requerimos ver al magistrado de la ciudad —dijo Ingrid con tono serio.

—Umm… Mustrel es un hombre muy ocupado, no sé si tendrá tiempo…

—Informe de nuestro requerimiento, sargento —ordenó Ingrid.

El oficial miró a Ingrid a los ojos y vio que no se iba a apoquinar.

—Muy bien, informaré. Pueden esperar aquí —dijo y dándose la vuelta se dirigió a la puerta.

—También necesitamos avituallamiento y refrescarnos —añadió Viggo con una sonrisa pícara que el sargento no vio.

—Los Guardabosques tienen derecho a ello en todo fuerte, castillo, fortaleza o campamento militar de cualquier tipo —añadió Ingrid.

Lomar se detuvo y se giró.

—Sí, cierto, lo tienen. Acompáñenme —hizo un gesto hacia la almena—. ¡Abrid la puerta! —pidió con un grito.

La gran puerta tardó un poco en abrirse. Al hacerlo, Ingrid y Viggo vieron a otra docena de soldados que la empujaban.

El sargento hizo un gesto para que lo siguieran y entró en la fortaleza. Ingrid y Viggo lo hicieron tras él. El edificio tenía forma rectangular con un pasadizo cubierto que daba a un gran patio de armas. Los primeros pisos parecían ser barracones donde se alojaban los soldados. Los oficiales y personas con cargo debían estar en los segundos.

Lomen los condujo cruzando el patio de armas a la parte posterior del edificio. Varios grupos de soldados entrenaban con desgana movimientos de ataque y defensa con hacha y escudo redondo de madera. Dos oficiales de la guardia ladraban órdenes, pero tampoco lo hacían con gran interés. Desde luego aquella forma de entrenamiento era muy diferente a la que el ejército realizaba, donde los soldados se esforzaban de verdad o terminaban en los calabozos. Por no hablar del duro entrenamiento por el que pasaban los Guardabosques y la seriedad con la que lo afrontaban. Allí no parecía que fuera el caso. De hecho, daba la sensación de que hacían como que entrenaban. La permisividad de los oficiales puso de mal humor a Ingrid, que estuvo a punto de detenerse y decirles cuatro cosas sobre su falta de disciplina y poca profesionalidad. Ser soldado y oficial de la guardia eran profesiones que requerían de ciertos principios básicos.

Viggo se percató de lo que Ingrid pensaba y con suavidad le puso la mano en la espalda para que continuara y no se detuviera a abroncar a los oficiales y soldados de la guardia de la ciudad. Con la otra mano le indicó que siguiera al sargento y sonrió intentando que se le pasara el enfado. Por fortuna, y tras una breve dubitación, Ingrid continuó avanzando, aunque por el brillo en sus ojos y su frente fruncida no iba muy contenta.

Entraron por una de las tres puertas que daban al patio y ascendieron al tercer piso. Había varios soldados de guardia en los

pasillos. El edificio, al ser militar, no era nada elegante, más bien rudimentario. Las paredes eran de roca con ventanas, barrotes o aperturas para tirar con arco desde ellas y defender la posición. Las puertas que iban pasando eran de madera de roble reforzada con acero para resistir en caso de ataque.

Lomas los condujo hasta una estancia vigilada por dos guardias. Llamó y entró. Viggo e Ingrid aguardaron fuera hasta que el sargento apareció de vuelta.

—Podéis pasar —indicó.

Entraron en la estancia. Era una habitación muy amplia con ventanales que daban a la parte trasera del edificio. Cuatro hombres estaban sentados tras mesas de trabajo rústicas. Un quinto hombre, el magistrado, se hallaba en un butacón disfrutando de la luz del sol que penetraba por uno de los ventanales.

—Magistrado Mustrel, los Guardabosques que desean verle, señor —anunció el sargento Lomas.

—Pasad, por favor — el magistrado hizo un gesto con la mano desde su gran butaca. Los cuatro hombres que trabajaban escribiendo en sendos pergaminos levantaron la cabeza para ver quién entraba y siguieron escribiendo.

—Magistrado —saludó Ingrid con formalidad militar.

El hombre, de unos cincuenta años de edad, estaba rechoncho y tenía ojos oscuros y nariz aguileña. Llevaba el pelo rubio corto y un gran collar sobre prendas de calidad, de las que utilizaban los nobles. De hecho, si no fuera por el gran collar que indicaba su rango en la ciudad, podría pasar por un noble adinerado. El magistrado era reconocido y respetado por esa joya de oro y plata con un zafiro rectangular que siempre portaba al cuello.

—Estaba ocupándome de los asuntos de la ciudad. Como podéis ver, no me dejan descansar. Tengo ya cuatro escribanos y no doy abasto con todos los temas a gestionar. Voy a tener que contratar a un quinto, y no creáis que es fácil encontrar gente preparada para este tipo de trabajo. Llevar la gestión de una gran urbe es difícil y agotador —proclamó mientras seguía disfrutando del calor del sol.

—Los magistrados tienen una labor tan compleja como ardua —dijo Viggo antes de que Ingrid pudiera hablar—, y mucho más en esta ciudad tan populosa y radiante.

Mustrel miró a Viggo.

—Muy cierto. Siempre digo que, sin nosotros, los que aquí pasamos gran parte del día gestionándolo todo, esta ciudad sería un caos y no la potencia comercial que es. Solo Norghania, la capital, es más grande y cuenta con mayor comercio que nosotros.

—Este lugar no es solo radiante, sino un ejemplo a seguir por las otras urbes norghanas que intentan emularlo sin conseguirlo —aduló Viggo.

Ingrid lo miró extrañada. No sabía qué pretendía con aquellos halagos tan poco normales en él.

—Eso le digo yo siempre al señor conde. Esta ciudad es un ejemplo a seguir, un faro en la noche que guía al resto de ciudades del reino. Ninguna puede rivalizar con el buen hacer de nuestra gran urbe.

—Sin duda el duque Pilman Wrotoson agradece el buen hacer de su diligente magistrado —continuó Viggo que ahora parecía estar imitando la forma de hablar de Egil.

—Por desgracia, él y sus hijos piensan que debo obtener más recaudación cada estación. No entienden que no se puede ahogar al comercio con demasiados impuestos. Todo buen magistrado sabe que se ha de tener contento al comercio de la ciudad para que esta prospere. Los mercaderes saben que deben pagar sus impuestos y lo hacen, yo me encargo de que estos no sean tan altos que los ahoguen.

—Una labor delicada y difícil, sin duda —comentó Viggo.

—No sabéis hasta qué punto. Encontrar un equilibrio que satisfaga a los comerciantes y mercaderes, que haga crecer la ciudad y contente al duque y a su familia es dificilísimo.

—Sin embargo, el buen magistrado lo encuentra, algo que habla muy bien de sus capacidades e inteligencia —continuó Viggo.

—Gracias, me alegra que apreciéis mi trabajo. No siempre es el caso de los que me visitan. Decidme, ¿qué os trae a nuestra querida ciudad, guardabosques? ¿En qué puedo ayudaros? —preguntó Mustrel.

Ingrid se dio cuenta de que lo que Viggo había estado haciendo era manipular al magistrado para ponerlo de buen humor y que les facilitara la misión a ellos dos. Le pareció un movimiento inteligente. Que fueran guardabosques no garantizaba la plena colaboración de magistrados y nobles. No podían negarse a las órdenes del rey, pero podían ser poco colaborativos.

—Estamos en misión oficial. Gondabar nos envía a investigar los extraños sucesos del lago Krystall —explicó Ingrid.

Hubo un momento de silencio. El magistrado miró a sus escribas y luego al sargento Lomas.

—Veo que los rumores se han extendido… No pensaba que llegarían hasta la capital y tampoco que fueran del interés del rey… Es un asunto de índole local… —la expresión de su rostro mostraba preocupación.

—Lo son —le aseguró Ingrid.

—Han sido unos incidentes desafortunados… Pero puedo aseguraros de que se han investigado a petición del duque, ya que empañan la buena reputación de su ducado. Su señoría no puede tener muertes y desapariciones que hagan temer a las buenas gentes locales. Puedo confirmaros que, tras las investigaciones, no se ha encontrado nada de interés.

—En cualquier caso, necesitamos hablar con quien haya llevado a cabo la investigación —pidió Ingrid.

—Remover un asunto tan turbio solo provoca que corran más rumores. El duque no lo apreciará.

—Venimos en misión oficial. Debemos investigar, esas son nuestras órdenes —insistió Ingrid.

A Mustrel no le gustó la respuesta de Ingrid. Parecía querer acabar con aquel asunto y dejarlo bien enterrado y olvidado.

—Que venga el capitán Ingers —pidió.

—Al momento —respondió Lomas, que salió a buscarlo.

—Muchas veces me sorprende cómo el buen nombre de un ducado se puede ver afectado por pequeños incidentes aislados. El duque está muy molesto por este asunto y si ha llegado hasta los Guardabosques, lo estará mucho más.

—¿Por qué habría de estarlo? Venimos a solucionar el problema —preguntó Ingrid con una mueca de incomprensión.

—Es un problema que el duque hubiera preferido que no llegara a oídos del rey… ——musitó Mustrel—. Le hace parecer, digamos… incompetente… por no haber podido encargarse del asunto.

—Sus súbditos están desapareciendo y siendo devorados por algún tipo de bestia. El rey debe saber qué está ocurriendo y sus Guardabosques también. Solo así podremos intervenir.

—Sí, pero es un asunto feo, hubiera sido mejor dejarlo en manos del duque… y las mías… Como ya os he comentado, se ha investigado y no se ha encontrado nada relevante.

—Por desgracia ha muerto gente. Se debe buscar el motivo pues la situación podría repetirse. Es un asunto de importancia y los Guardabosques hemos sido enviados a investigar —explicó Ingrid de nuevo con tono firme.

—Muy bien, no insistiré. Veo que sois muy celosos de vuestras obligaciones.

—Como todo buen Guardabosques —aseguró Ingrid.

El capitán Ingers entró en la estancia acompañado del sargento Lomas.

—¿Me llamabais, señor? —preguntó a Mustrel.

—Sí, explica a estos buenos guardabosques los hallazgos que hicisteis en vuestra investigación en el lago Krystall.

Ingers miró a Ingrid y a Viggo.

—Supongo que habéis oído los rumores y por eso estáis aquí —comenzó a decir—. Han desaparecido varias personas en el lago y en sus inmediaciones y los lugareños han empezado a hablar de un monstruo que devora a los incautos. Por lo que nos contaron han sido media docena en diferentes días y a distintas horas, pero siempre alrededor del lago. Encontramos restos de sangre seca, pero ningún cadáver. Los lugareños están muy asustados y hablan de una bestia que devora hombres.

—Eso hemos oído. ¿Qué tipo de bestia? —se interesó Viggo.

—Bueno… veréis… hablan de… un dragón… —expresó el capitán con clara incomodidad.

—Tonterías, los dragones no existen —replicó Mustrel—. Eso lo sabemos todos.

—Bueno… son campesinos y mineros. No es que sean muy ilustrados y temen lo narrado en leyendas y mitología —excusó el capitán—. Si los oís hablar os daréis cuenta de que ellos sí que creen que es un dragón o bestia similar.

—Eso es porque son unos ignorantes analfabetos y se creen cuentos de brujas. Seguro que también creen que las brujas secuestran bebés de sus cunas mientras los padres duermen y los sacrifican para beberse su sangre —comentó Mustrel con tono de superioridad y siendo condescendiente.

—Sí… lo creen… Los aldeanos son muy supersticiosos, señor.

—Bah, probablemente fue un troll que ha vuelto a esconderse en su madriguera. No sé por qué tanto interés —expresó Mustrel gesticulando como si aquel asunto fuera una tontería.

—Si es así, lo verificaremos y apresaremos a la bestia —confirmó Ingrid.

—Si es un troll de las montañas será mejor que llevéis refuerzos —dijo Mustrel—. Lo último que quiero es que les ocurra algo a dos guardabosques en misión oficial. Sería un fiasco enorme y el duque tendría que dar explicaciones.

—Nos vendría bien un destacamento de la guardia de la ciudad —pidió Ingrid.

Mustrel lo meditó.

—Muy bien. Capitán Ingers, coja un destacamento y acompañe a los guardabosques. Encuentren a ese troll o lo que sea y acaben con él.

Terminemos con este asunto antes de que haya más ramificaciones desafortunadas.

—Muy bien, señor.

—Apreciamos la ayuda que nos brinda el magistrado —dijo Ingrid.

—Podéis decir a Gondabar, y que se lo trasmita al rey, que el magistrado Mustrel de la ciudad de Ostangor, fiel servidor del duque Pilman Wrotoson ha colaborado con sus Guardabosques.

—Así lo haremos —dijo Ingrid.

—¿Partimos al amanecer? —preguntó el capitán Ingers.

—Con la primera luz —confirmó Ingrid.

—Os daremos alojamiento en la sección de invitados —dijo Mustrel haciendo un gesto al sargento Lomas para que se encargara.

—Al momento, señor —respondió el sargento—. Acompañadme, por favor —pidió a Viggo e Ingrid.

Abandonaron la estancia y se dirigieron a los aposentos. Con el amanecer partirían al lago Krystall donde, si la suerte les era propicia, encontrarían a Dergha-Sho-Blaska.

Capítulo 6

Egil y Gerd aguardaban sobre sus monturas a ser recibidos frente a la torre gris. La brisa comenzaba a ser cálida en el sur del reino y el sol brillaba con timidez en un cielo casi despejado. La primavera llegaba y con ella la vida renacía en Norghana y en todo Tremia.

—Me encanta esta estación —confesó Gerd a Egil mientras acariciaba su caballo.

—A mí también, sienta genial al alma. Nada como ver la vida renacer en la naturaleza para sentirse bien y animado —sonrió.

—En mi aldea se decía que es la estación de la vida y el invierno la de la muerte. Supongo que porque es una aldea de granjeros.

—Muchos así lo consideran, no solo los granjeros, amigo mío. Yo no veo al invierno como una estación de muerte, más bien como un pasaje hacia una estación de renacimiento y vida.

Gerd asintió. Luego se quedó mirando la estructura de roca.

—¿Crees que nos recibirá? —preguntó Gerd con un gesto de la cabeza hacia la torre, cuya puerta seguía cerrada. No había movimiento ni en el exterior de la alta torre circular ni en el interior, al menos en apariencia.

—No estoy muy seguro. Se ha negado a todas mis peticiones anteriores, pero esta vez puede que acceda.

—¿Has utilizado alguna de tus influencias?

—Más bien he utilizado todas las que tengo. Si esta vez no nos recibe, no creo que lo haga nunca.

Gerd observaba la torre de roca gris, que parecía brillar al contacto con los rayos del sol. Había ventanas a lo largo de la fachada formando una espiral circular ascendente. La torre terminaba en un tejado con una gran punta dorada de más de tres varas de altura.

—La torre en la que vive este erudito es realmente bonita. Hasta tiene un jardín precioso rodeándola.

Egil asintió observando la construcción y los amplios jardines.

—La torre es una construcción singular y ciertamente bonita. Se creía que un poderoso mago de artes oscuras residía en ella. En realidad, no era más que un rumor que el erudito Alvis Dyktig, que es quien vive ahí, creó y difundió para que lo dejaran estudiar en paz.

También hizo creer a la gente que varios hombres habían muerto intentando entrar a robar, y pronto todos los curiosos dejaron de acercarse por miedo a lo que les pudiera suceder.

—No es cierto entonces.

Egil negó con la cabeza.

—Alvis es un sabio con conocimiento en innumerables materias, uno de los hombres con más información de todo Tremia, pero no es un mago, y menos de artes oscuras. Tampoco ha matado a ningún ladrón.

—¿Por qué no quiere ver a nadie?

—No le gusta ser molestado. Vive en esta torre con varios de sus pupilos enfrascado en sus estudios. Sus indagaciones lo son todo para él. Todo y lo único.

—Vaya… Qué poco amistoso.

—No es que no sea amistoso, es que está centrado y para él no hay nada más. No tiene tiempo para otras pequeñeces y distracciones, como él las llama.

—Ya veo, que prefiere los libros a los humanos.

—Eso sí es acertado —sonrió Egil.

—En ese caso no sé si me va a caer muy bien.

—Primero tendremos que cono… —Egil se interrumpió.

La gran puerta de la torre se había abierto. Un hombre apareció y salió al jardín. Los miró. Rondaba los sesenta años y estaba calvo a excepción de un aro blanquecino que le recorría la parte posterior de la cabeza. Vestía una túnica gris con bordados blancos y en su cuello se distinguía una cadena de oro con un medallón con el antiguo símbolo del conocimiento.

—Mi señor, el honorable Alvis Dyktig, les hace saber que está muy ocupado y no desea recibir visitas.

—Lo sabemos, pero tenemos asuntos de suma gravedad que debemos hablar con él —expresó Egil con tono de seriedad.

—Mi señor insiste en que no desea ser molestado y yo, su pupilo mayor, debo pedirles que abandonen este lugar y sigan su camino.

—Sabemos lo importantes que son los estudios que el erudito está llevando a cabo y si hubiera otra forma no vendríamos a molestar.

—¿Traéis la orden firmada que decís tener?

Egil metió la mano en la alforja derecha de su montura y sacó el pergamino enrollado.

—Aquí está.

El hombre resopló.

—Está bien, seguidme. Mi señor os recibirá, muy a su pesar.

Egil sonrió y miró a Gerd, que hizo una mueca de alivio. Desmontaron y dejaron los caballos atados a uno de los árboles del jardín. Entraron en la torre siguiendo al hombre que había salido. Si el exterior de la torre era singular y bello, el interior era el sueño de cualquier erudito.

—Vaya… —se le escapó a Gerd.

Todas las paredes de la entrada de la torre, hasta las propias escaleras que conducían a las plantas superiores, estaban forradas de libros. Era como si hubieran decidido recubrir cada roca con volúmenes. Todos estaban dispuestos de forma que solo se veían sus lomos. Había cientos de volúmenes solo allí, en el recibidor. Gerd estiró el cuello para mirar hacia las estancias interiores y vio que estaban igual, con todas las paredes recubiertas de lomos de libros. Miró hacia arriba por la escalera y vio que toda la roca se había forrado de innumerables tomos.

—Esperad aquí un momento —dijo el hombre y les indicó una habitación interior de la planta baja. Entraron y se encontraron con una estancia con mesas y sillas de estudio.

—No son de adorno, ¿verdad? —preguntó Gerd a Egil en un susurro señalando los libros.

—¿Tú qué crees, grandullón?

—Que usan esos libros, porque están dispuestos como si estuvieran en estanterías. Supongo que los sujetan de alguna forma que no se aprecia.

—Primordial, mi querido gran amigo —sonrió Egil.

—Seguro que tienen un sótano con más libros —dijo Gerd siguiendo con la mirada las escaleras que descendían al subsuelo.

—Ahí tendrán los libros prohibidos —explicó Egil con tono serio.

—Bromeas, ¿verdad? —preguntó Gerd con grandes ojos.

—No, para nada —respondió Egil ojeando los tomos mientras esperaban a ser atendidos.

—Pues qué bien… libros prohibidos… prefiero no imaginar de qué temas tratan —Gerd puso cara de horror.

—Mejor que no lo hagas, ya sabes que no te sienta bien —sonrió Egil y le dio una palmada de ánimo en su enorme espalda.

Gerd resopló.

—Nada bien —convino.

—Lo que daría yo por pasar una temporada en esta torre… —expresó Egil dejando escapar un profundo suspiro.

—Bueno, ahora no es el mejor momento… tenemos que detener al dragón inmortal antes de que arrase Norghana y mate a miles de personas…

Egil volvió a suspirar.

—Sí, lo sé… La vida no te presenta siempre la oportunidad de hacer lo que el alma desearía. En la mayoría de las ocasiones el deber lo impide. La mía llorará por no poder cumplir sus deseos mientras el honor nos fuerza a seguir el camino del deber.

—Ya, es como cuando es tiempo de siembra en mi pueblo, los aldeanos lo dejan todo para ir a sembrar y plantar.

—Es parecido, solo que en ese caso la necesidad es más fuerte que el deseo del alma. Si no cumplen esa necesidad, morirán, ellos y los suyos, y sus almas lo saben.

—Mi señor les recibirá en la biblioteca —dijo el pupilo mayor con tono seco, como enfadado. Estaba claro que no apreciaba la visita.

Gerd hizo un gesto a Egil y lo siguieron escaleras arriba hasta el tercer piso. Pasaron por estancias abiertas llenas de tomos que Egil miraba con ojos de deseo y pena. Gerd no dejaba de pensar cómo se las habrían apañado para conseguir todos aquellos libros y pegarlos a la roca. No veía ninguna madera que los sostuviera, era como si se sujetaran por arte de magia.

Subieron por las escaleras hasta el tercer piso de la torre. Se percataron de que solo tenía una única estancia que cubría toda la amplitud del edificio. El techo era alto y un enorme fresco representando un claro firmamento azul con pocas nubes blancas y un gran sol en medio parecía emitir una luz que bañaba por completo la estancia. En el interior se apreciaban altísimas estanterías de libros de forma circular. Se percataron de que había una decena de ellas concéntricas en forma de anillo con un largo pasillo que las atravesaba de un lado a otro.

—Fiuuu… Vaya sitio… —silbó Gerd con ojos muy abiertos.

—Impresionante, ¿eh? —dijo Egil con una sonrisa.

—Silencio, por favor, mi señor está trabajando —amonestó el pupilo mayor.

Lo siguieron en silencio y se adentraron en el pasillo que recorría las estanterías circulares. Eran de una altura de tres hombres y estaban repletas de libros. Apoyadas a ambos lados había unas escaleras que permitían subir hasta alcanzar los libros más altos. El gran firmamento sobre sus cabezas emitía reflejos azules y dorados de la luz que penetraba por las ventanas y que luego descendía para iluminar la sala. El lugar era tan bello como singular, y así lo mostraba la expresión en el rostro de Gerd.

Llegaron al centro de los anillos y se encontraron con que otro pasillo cortaba las estanterías en perpendicular al que ellos habían usado. Una enorme mesa de trabajo circular de madera de roble con inscripciones grabadas formaba el epicentro de la singular estancia. En ella un hombre de unos setenta años completamente calvo examinaba sentado desde un alto sillón un tomo abierto usando lo que parecía una enorme lupa.

—Mi señor, erudito, la visita —presentó el pupilo mayor con un tono que dejaba de manifiesto su desagrado.

El erudito no levantó la cabeza ni hizo ademán alguno de mirar a los recién llegados y continuó examinando el libro como si fuera lo más importante del mundo en aquel momento.

—Agradecemos en el alma que el erudito nos reciba —dijo Egil con tono humilde y realizó una pequeña reverencia.

Gerd imitó el gesto, pero no dijo nada.

El erudito continuó con su trabajo.

—Os recibo porque estoy obligado por esa orden que traéis, no por mi deseo, así que no hay nada que agradecer —respondió de pronto con tono de reproche.

—Sentimos la molestia, es algo muy importante y urgente, de lo contrario no osaríamos molestarle —dijo Egil intentando aplacar el mal humor del anciano.

—¡Ja! Eso lo he oído un millar de veces y nunca es tal. No hay nada tan importante ni tan urgente que no pueda esperar.

—Puedo aseguraros de que en este caso la situación es crítica y el desenlace puede ser de catástrofe absoluta —insistió Egil.

El erudito continuó con su trabajo sin molestarse en dedicarles una simple mirada. No parecía dispuesto a prestarles la más mínima atención, mucho menos a atenderlos.

—No sé por qué tuve la mala fortuna de nacer en el norte del Tremia. Hace tiempo que comuniqué a la corte que no me considero Norghano. Yo soy un estudioso y un ciudadano de libre pensamiento sin fronteras ni pertenencias. Los reyes norghanos y sus codicias no me interesan lo más mínimo.

—El erudito está en tierra norghana… —recordó Egil—. El rey tiene jurisprudencia sobre este territorio…

—Bah, tonterías. Esta torre ha estado en tierra de nadie durante siglos. Que el rey de Norghana la considere ahora parte de su reino no me convierte en norghano.

—Pero sois de ascendencia norghana, vuestro nombre y apellido son norghanos…

—Eso no me hace norghano. Yo soy ciudadano del mundo, librepensador, y con la mala fortuna de que mi torre está en la frontera del reino de Norghana y las estepas Masig. Estoy por moverla… seguro que las tribus Masig no me anexionan.

—Las tribus Masig tampoco miran con buenos ojos que se construya en sus estepas… Son tribus nómadas…

—Sé perfectamente lo que son y cómo viven los Masig —expresó el erudito con tono de enfado.

—Por supuesto, nadie tiene más conocimientos en todo Tremia.

—Eso es mucho halagar, pero no vas descaminado.

—He enviado multitud de cartas buscando vuestra sabiduría y consejo en situaciones complejas y graves —dijo Egil.

—Y las he ignorado todas. Al igual que las otras miles de peticiones que me llegan de Norghana y otros reinos. Si me pusiera a leer todas esas misivas y responderlas no haría otra cosa. Menudo desperdicio de tiempo… —expresó molesto.

—Lo entiendo, le roban tiempo para sus estudios.

—Para mis importantes estudios —aclaró—. Si hiciera lo mismo y enviara peticiones a todos los sabios de Tremia cada vez que tuviera una duda, les estaría haciendo perder su tiempo y el mío. Además de ser un idiota por no poder resolver mis propios asuntos.

—Algunos problemas son muy complejos para mentes simples como las nuestras —dijo Egil recurriendo al halago y restándose inteligencia.

—Eso es cierto. ¿De qué se trata esta vez? En una palabra —preguntó más calmado mientras seguía con su trabajo.

—Dragón —Egil lo expresó con tono dramático.

Alvis detuvo lo que estaba haciendo y finalmente se dignó a mirarlos.

—¿Dragón? ¿Qué más?

Parecía que el tema le interesaba, pues se quedó esperando una respuesta.

—Un dragón inmortal ha resurgido —explicó Egil utilizando el mismo tono dramático.

—¿Resurgido? —preguntó Alvis enarcando sus dos finas cejas blanquecinas.

—Se ha reencarnado en un cuerpo fosilizado de dragón y ha vuelto a la vida.

El erudito puso cara de extrañeza, se colocó mejor en su enorme sillón e inclinando la cabeza se dirigió a Egil.

—¿Pruebas?

—Lo presenciamos nosotros mismos, fuimos testigos. Siete Guardabosques Especialistas fuimos testigos e intentamos evitarlo.

—¿Fracasasteis?

—Así es, por eso estamos aquí. Necesitamos ayuda para acabar con él.

Alvis se quedó reflexivo mirando a Egil y Gerd… o más bien a través de ellos, pues parecía sumido en sus pensamientos. Tardó un momento largo de silencio incómodo en expresarse.

—Esta es una de las historias más singulares que han llegado hasta mí en toda mi existencia, que ya es larga.

—Os aseguramos que es totalmente cierta —insistió Egil.

—Eso va a ser difícil de demostrar, ¿verdad? ¿Tenéis alguna prueba aparte de vuestra palabra? ¿Algo tangible que enseñarme?

—Tenemos nuestra palabra y la de varios centenares de prisioneros que las sectas del dragón tenían trabajando en el interior de un volcán.

El erudito soltó una exclamación de sorpresa.

—Esto cada vez se pone más interesante e increíble. Parece una de esas historias que se cuentan alrededor de un fuego para que los niños no duerman por la noche.

—Si se me permite, podría narraros todo lo sucedido. Solo así tendrá sentido y será creíble.

—Dudo mucho que cualquier explicación vaya a conseguir que esta historia sea creíble. En cualquier caso, estoy de buen humor hoy y un pequeño descanso para disfrutar de un cuento muy imaginativo me vendrá bien para seguir trabajando. Adelante, deléitame con esta historia.

Egil suspiró. Sabía que el erudito no le creía. Tendría que explicarle todo lo acontecido con el máximo detalle o no obtendría la ayuda que necesitaban. Con tranquilidad y confianza le fue narrando todo lo acontecido mientras este escuchaba atento, sin parpadear apenas, con expresión neutra. Si lo que estaba escuchando le parecía extraño o increíble, no lo exteriorizaba. Se mantuvo con la misma expresión hasta que Egil terminó.

—Es toda una historia, de las más rocambolescas que he escuchado o leído —expresó Alvis al cabo de un momento tras reflexionar sobre todo lo que había oído.

—No por ello menos cierta —dijo Egil para que quedara claro que mantenía lo que le había dicho.

—Estoy convencido de que tanto tú como tus compañeros creéis en

esa historia. Se me hace difícil creer que siete distinguidos Guardabosques, las Águilas Reales del rey nada menos, se inventen una algo semejante.

—¿Entonces nos cree? —intervino Gerd animado por las palabras del erudito.

—Yo no he dicho eso. He dicho que estoy convencido de que vosotros creéis en esa singular historia que para el resto de los humanos resulta, a todas luces, increíble. El por qué lo creéis puede explicarse por diferentes razonamientos. Uno puede ser que todos sufrierais el efecto de una gran y elaborada ilusión, que puede ser inducida por medios químicos o mágicos. Estoy seguro de que estáis familiarizados con pociones que afectan a los sentidos y la Magia de Ilusiones. Es más, podría ser que estuvierais dominados por la Magia de Dominación y ni siquiera lo supierais. No sería ni el primer ni el último caso.

—¿Todos nosotros a la vez? —preguntó Egil con tono de que era muy improbable.

—Es improbable, sí, pero mucho menos que la historia que me habéis traído hoy aquí. Cuando dos cosas son improbables, y no hay ninguna otra opción, la más inverosímil es falsa nueve de cada diez veces.

—Sabemos que es una historia difícil de creer, pero debéis admitir que hay cientos de testigos entre prisioneros y sectarios, aparte de nosotros. Si todos hemos sido víctimas de una gran ilusión, detrás debe haber una criatura o ser de un poder impresionante —razonó Egil.

—En eso estoy de acuerdo.

—Entonces la diferencia radica en que nosotros creemos que es un dragón y el gran erudito no lo cree así.

—Ciertamente —convino Alvis asintiendo con fuerza.

—En cualquier caso, este ser o criatura, debe ser detenido. Por eso estamos aquí —le dio la vuelta al asunto Egil.

Alvis sonrió.

—Muy listo, ya veo lo que intentas. Quieres que os ayude obviando que es un dragón de lo que hablamos.

—Más que obviando, considerando otras posibilidades como un ser o criatura de gran poder mágico —respondió Egil.

—Ya veo que eres inteligente, más de lo que es habitual entre los hombres que van armados.

—Gracias. ¿Nos ayudará el gran erudito? —preguntó Egil intentando que la adulación no resultara demasiado obvia.

Alvis sonrió.

—Por fortuna para vosotros, y no digo que crea en que se ha reencarnado y existe ahora en nuestro mundo, porque no es así, uno de mis temas de estudio favoritos ha sido siempre el de los dragones. Por ello os ayudaré. Compartiré mi conocimiento con vosotros y al mismo tiempo os haré ver que lo que creéis haber vivido no ha sido tal. Os han engañado o, para ser más exactos, han engañado a vuestras mentes y estáis convencidos de algo que no es lo que en realidad ha sucedido. Es mi deber sacaros de vuestra ignorancia.

Egil y Gerd se miraron y la duda afloró en sus ojos.

—Agradecemos que el gran erudito nos ilustre y nos saque de nuestros errores —dijo Egil muy respetuoso.

—Seguidme, iluminaré vuestro mundo con nuevo conocimiento.

—¿Seguiros a dónde? —preguntó Gerd.

—¿A dónde va a ser? Al sótano, a las cámaras de conocimiento prohibido —respondió el erudito.

Gerd tragó saliva y miró a Egil, que le devolvió una mirada pícara.

Capítulo 7

Lasgol invocó sus habilidades una detrás de otra de forma similar a como lo hacía en sus entrenamientos para mejorar su magia. En este caso se centró en aquellas que le ayudaran en la situación a la que se iba a enfrentar: las que mejoraban sus características físicas como Reflejos Felinos o Agilidad Mejorada y las que le proporcionaban protección como Protección de Boscaje.

Aguardó un instante hasta que el líder se situó junto a dos de sus secuaces dándoles instrucciones. Puso una flecha en la cuerda de su arco compuesto, apuntó al torso del líder e invocó Flecha Elemental. Se produjo un destello verde que recorrió brazo y proyectil, soltó y la flecha voló. A medio camino se transformó en un Flecha Elemental de Tierra. Golpeó el torso del líder en el centro y se produjo una explosión de tierra, humo, suciedad y compuesto aturdidor y cegador.

El líder maldijo y dio un paso atrás medio cegado y aturdido. La detonación también alcanzó a los dos secuaces a su lado que quedaron algo afectados y se llevaron las manos a los ojos para intentar limpiarlos y ver algo. Lasgol no desaprovechó la oportunidad y tiró dos veces consecutivas utilizando de nuevo la misma habilidad, pero creando Flechas Elementales de Aire. Dos estruendos seguidos de sendas descargas eléctricas dejaron a los secuaces sin sentido.

En el lado este del claro, de entre unos arbustos húmedos, apareció Astrid con una velocidad sorprendente y se abalanzó sobre uno de los bandidos. Le golpeó en nariz y sien y lo dejó sin sentido antes de que se diera cuenta de lo que había sucedido.

Uno de los vigías cercanos oyó algo y se volvió hacia donde debía estar su compañero. Al no verlo, avanzó hacia él con un hacha corta en una mano y un cuchillo en la otra. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, Astrid apareció a su derecha y con una tremenda patada en la cara lo dejó sin sentido.

El tercer vigía al este levantó la cabeza para observar qué ocurría con sus compañeros. Sospechando algo y con cara de extrañeza comenzó a avanzar hacia su posición. No llegó a dar más de dos pasos cuando Astrid lo barrió con una patada segadora a la altura de los gemelos y el bandido cayó de espaldas. Fue a gritar y tres puñetazos fulgurantes lo dejaron inconsciente.

Lasgol corrió agazapado hasta los prisioneros. El líder se estaba

recuperando y no podía permitirlo.

«Ona, derribar» indicó.

La pantera saltó sobre el líder con una enorme potencia y lo tiró al suelo empleando todo el peso de su cuerpo.

«Sujetar» le indicó Lasgol a continuación.

Ona puso su cuerpo sobre el de su presa ejerciendo presión y le puso las fauces en la cara. El líder se quedó quieto en el suelo.

—La bestia… que no… me mate… —balbuceó con ojos llenos de horror.

De pronto aparecieron tres hombres a la carrera gritando con cuchillos y hachas en las manos. Lasgol mantuvo la calma. Tenía una flecha en la cuerda de su arco lista para ser utilizada e invocó Tiro Múltiple. Se produjo un resplandor verde que cubrió la flecha y el brazo del Lasgol y la saeta salió convirtiéndose en tres que alcanzaron a los bandidos que se acercaban en el hombro derecho. Los tres se fueron al suelo con las flechas clavadas.

Una nueva amenaza apareció sobre el tejado de la cabaña, un tirador que se situaba en posición. Antes de que el bandido consiguiera apuntar, Lasgol tiró usando Tiro Rápido. Era una habilidad que había estado entrenando mucho últimamente y que le permitía tirar una flecha a más del doble de velocidad de lo normal. El tirador recibió el veloz impacto en el torso y cayó rodando del tejado. Golpeó el suelo con un sonido hueco y quedó tendido.

Dos bandidos surgieron de las escaleras que descendían al agujero que habían estado cavando y Camu se encargó de ellos. En estado camuflado dio un salto y según posaba las cuatro patas en el suelo les soltó un Latigazo Mágico. Se discernió un destello de plata y los hombres fueron golpeados con terrible fuerza por la cola de Camu. Astrid apareció de entre las ruinas y los dejó sin sentido en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Queda alguno más? —preguntó Lasgol a Astrid mientras, con el arco cargado, apuntaba alrededor en busca de algún bandido que se les pudiera haber escabullido.

—Me he encargado, no queda nadie en pie —aseguró ella con un gesto de cabeza.

—Muy bien. Veamos qué está sucediendo aquí.

—Esos dos lo sabrán —indicó Astrid acercándose a los prisioneros en el suelo y señalándolos con sus cuchillos.

—¡Nosotros no hemos hecho nada malo! —exclamó aterrado uno de ellos.

—¡Soltadnos, por favor! —rogó el otro.

—Antes quiero saber qué sucede aquí —dijo Lasgol que se acercó hasta donde Ona tenía sujeto al líder de los bandidos.

—¿Tú quieres contarnos algo o le digo a mi pantera que te arranque el cuello? —amenazó Lasgol.

«No ataques» le envió a Ona. No quería que la pantera tomara una de sus amenazas para sacar información por una orden.

—No… tienes derecho… —balbuceó el líder.

—Sí que lo tengo, somos Guardabosques —aseguró Lasgol poniéndose en cuclillas junto a la cabeza del líder.

—¿Sois Guardabosques? Entonces debéis liberarnos —dijo el prisionero más rubio.

—Nos han apresado y torturado contra nuestra voluntad —dijo el otro, de cabello más castaño.

—Eso ya lo vemos, pero queremos respuestas —dijo Astrid observando mientras jugaba con sus cuchillos.

—Yo soy Umber Ilfensen —dijo el prisionero rubio— y este es mi compañero, Lars Kender. Somos… aventureros…

—¿Aventureros? ¿Y qué aventura os ha traído a este edificio semiderruido? —quiso saber Astrid, que lanzó su cuchillo con la mano derecha y dejó que diera varias vueltas en el aire antes de volver a cogerlo por el mango con total tranquilidad.

—Un tesoro… —confesó por fin Lars.

—Vaya, con que sois cazadores de tesoros —dijo Lasgol.

—Sí… algo así… —reconoció Umber.

—Pues no os estaba yendo muy bien —dijo Astrid con ironía.

—Ormag nos ha traicionado —dijo Lars y señaló con la cabeza al líder.

—Así que este es un ladrón de tesoros —comentó Lasgol, que miraba a Ormag en el suelo.

—Parece que no elegisteis bien a vuestro socio —dijo Astrid.

—Necesitábamos… ayuda… y él se presentó y puso a sus hombres a nuestra disposición… —dijo Umber.

—¿Para qué necesitabais tantos hombres armados? —preguntó Lasgol.

«Yo saber» transmitió Camu.

«¿Dónde estás?» preguntó Lasgol, que buscaba pisadas de Camu en el suelo.

«Dentro agujero. Escaleras abajo».

Lasgol se puso de pie y fue hasta el agujero. Le hizo un gesto con la

cabeza a Astrid para que se encargara de la situación y ella asintió.

—Este lugar… estaba ocupado… —dijo Lars.

—¿Ocupado? ¿Por quién? —quiso saber Astrid.

Lasgol bajó las escaleras y se encontró con un túnel iluminado por antorchas bastante amplio.

«¿Estás aquí abajo?».

«Sí, en cámara».

—Por una secta… —dijo Umber—. Solo queríamos que se marcharan para llegar al sótano. Ahí está enterrado el tesoro del conde Ilsmarsen.

—Solo queríamos que los echaran de aquí… —dijo Lars.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Astrid.

—Que los mataron —dijo Lasgol saliendo de la estancia—. Hay cinco Defensores muertos abajo.

—¡Nosotros no queríamos matar a nadie! —exclamó Lars.

—¡Han sido ellos! —acusó Umber.

—¡Porque vosotros no tenéis las agallas, malditos niñatos adinerados y cobardes! —gritó Ormag.

Ona gruñó y de inmediato Ormag recobró la compostura llevado por el miedo.

—Parece que la información de Egil era buena. Había Defensores aquí, aunque llegamos algo tarde para interrogarles —dijo Lasgol pensativo.

—Lástima —se lamentó Astrid.

—Nosotros no tenemos nada que ver con sus muertes, podéis soltarnos —insistió Lars.

—Me pregunto qué hacían aquí los Defensores —dijo Lasgol ignorando la petición.

—¿Buscar el tesoro del conde Ilsmarsen? —aventuró Astrid.

—Me parece más una casualidad que otra cosa…

«Egil decir casualidades no ser» recordó Camu.

«Sí, Egil no es amigo de casualidades. Siempre suele haber un motivo tras ellas, aunque no sea del todo aparente».

—Voy a atar bien a este tipejo y luego lo entregaremos a las autoridades de Olstran —dijo Astrid señalando a Ormag.

Lasgol asintió y siguió indagando.

—¿En qué consiste el tesoro? —preguntó a los dos prisioneros agachándose junto a ellos.

—Por lo que hemos averiguado… oro y joyas… bastantes…

suponemos… —afirmó Lars.

—Lo habitual en un tesoro de una casa noble… además de reliquias familiares valiosas… creemos —explicó Umber.

—¿Reliquias? —preguntó Lasgol enarcando una ceja.

—Se supone que entre el tesoro hay varias reliquias antiguas de la familia —dijo Lars—. Se cree que eran de gran valor. Un cuerno de oro y zafiros que pertenecieron al primer conde Ilsmarsen, Ulworf, apodado 'el destripa osos'.

—Bonito apodo —comentó Lasgol enarcando una ceja.

—Era una familia muy influyente en su día, en el siglo pasado. Una de las familias que apuntalaron el poder del reino de Norghana —explicó Umber—. Con el paso del tiempo sufrieron varias traiciones en su lucha de poder con las otras familias influyentes del Este. El último conde Ilsmarsen, Vendros, se dice que al verse derrotado huyó y escondió un tesoro. Es un rumor de esta zona. Nadie lo ha encontrado… hasta ahora. Llevamos tiempo detrás de él. A nadie se le había ocurrido buscar aquí, una antigua casa de caza donde veraneaban.

—O si se les había ocurrido no encontraron nada —añadió Lars.

—Será mejor que echemos un ojo abajo —dijo Astrid.

—Primero traigamos a todos estos aquí y atémoslos bien. No quiero que alguno escape y nos ataque por la espalda —dijo Lasgol.

Astrid hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se pusieron a ello. No tardaron mucho en tener a todos los bandidos maniatados y encerrados en la cabaña de caza.

Cuando terminaron Lasgol se dirigió a Ona.

«Tú quédate vigilando. Si alguno intenta huir, lo impides y avisas».

Ona gruñó una vez.

«No es necesario que los mates» especificó Lasgol.

Ona gruñó una vez más.

Lasgol asintió. Estaba muy contento de que la comunicación con Ona fuera tan buena. Trotador, que era un pony muy inteligente, captaba muy bien lo que Lasgol le transmitía y que ahora Ona lo hiciera también le llenaba de orgullo. Se preguntó si el obediente pony estaría bien. Lo había dejado a la entrada del bosque, junto con el caballo de Astrid. No debería de ocurrirles nada ya que estaban lo bastante lejos del combate para que así fuera, pero nunca se sabía. Pronto irían a comprobarlo.

—Os vamos a desatar y será mejor que no hagáis tonterías si queréis ver un amanecer más —avisó Astrid a los dos aventureros. Su mirada era tan severa que infundió miedo en el alma de los dos

desdichados.

—No haremos nada, lo prometemos —aseguró Umber de inmediato.

—Estamos a vuestra merced, no osaríamos hacer nada —dijo Lars.

—Recordad que somos Guardabosques y que la pena por ir en nuestra contra o intentar escapar de nuestra custodia es el calabozo —dijo Lasgol.

—Si sobreviven a mí, que no lo harán —dijo Astrid mostrando sus cuchillos.

—¡Ni se nos ocurriría algo así! —dijo Umber muy agitado.

—¡Haremos cuanto nos pidáis, por supuesto que sí! —dijo Lars.

Astrid y Lasgol intercambiaron una mirada. Aquellos dos no iban a intentar nada.

Lasgol cortó las ataduras y los dos aventureros se pusieron en pie.

—Gracias, nos habéis salvado la vida —agradeció Umber mientras estiraba los brazos.

—No olvidaremos esto —dijo Lars, que se frotaba las doloridas muñecas.

—Empezad por guiarnos hasta el tesoro —dijo Lasgol.

Los dos cazatesoros se miraron con ojos de duda y miedo. El miedo no era a la muerte sino a perder el botín.

—Por supuesto —dijo Umber.

«Yo ya abajo» dijo Camu, que estaba escuchando la conversación al pie de las escaleras, en el interior del agujero.

—Vosotros delante —dijo Astrid con una sonrisa ácida.

Umber y Lars abrieron camino y comenzaron a descender. Astrid y Lasgol les siguieron mientras Ona se quedaba guardando a los bandidos capturados. Las escaleras les condujeron a una estancia que parecía un antiguo sótano. El suelo y las paredes eran de roca y habían sido construidas en el tiempo de la edificación.

A un lado, contra la pared, estaban los Defensores muertos. Astrid se acercó a examinarlos. En el lado contrario de la estancia iluminada por antorchas se apreciaban sendos agujeros. Los picos que habían utilizado yacían en el suelo junto a los agujeros y una carretilla estaba apoyada sobre el piso un poco más al fondo.

«No salida» indicó Camu.

«Sí, parece un sótano para almacenaje de provisiones, ya que es todo de piedra».

—A estos insensatos los han matado sin piedad —dijo Astrid viendo las heridas que sufrían.

—Nosotros no hemos tenido nada que ver, los hombres de Ormag asaltaron una noche la cabaña y les dieron muerte. Luego los bajaron aquí para esconderlos —explicó Lars.

—Algo habéis tenido que ver ya que vosotros trajisteis hasta aquí a esa banda de ladrones y asesinos —acusó Astrid.

—Solo tenían que asustar y echar a esos clérigos. Nosotros intentamos hablar con ellos, razonar, pero se negaron a irse y tampoco nos permitieron acceso a este sótano. Se pusieron muy agresivos y tuvimos que irnos corriendo —explicó Umber.

—No son clérigos y tampoco son de razonar. Desde luego no se iban a ir de aquí si estaban haciendo algo para su señor en este lugar —explicó Lasgol.

—Nosotros pensamos que también buscaban el tesoro… —dijo Umber—, por eso recurrimos a Ormag, para evitar que se nos adelantaran. Lo que ocurrió después fue una tragedia.

—No hay nada de interés aquí —dijo Astrid revisando la estancia —. Solo ese par de agujeros en el suelo, que imagino que es donde estaban cavando para encontrar el tesoro enterrado.

—Sí, me temo que esto es otro callejón sin salida —se lamentó Lasgol dejando escapar un suspiro cargado de frustración.

«Yo investigar, no encontrar nada» informó Camu, que descansaba tumbado en el suelo junto a la pared norte.

Astrid terminó de registrar la estancia.

—¿Alguna idea de dónde está el tesoro? —preguntó a Umber y a Lars.

—Si hay que cavar todo el suelo va a resultar muy trabajoso, es de roca… —comentó Lasgol.

—Un momento, dejadnos estudiar el lugar —pidió Umber.

—Adelante —dijo Astrid con expresión de que dudaba de que fueran a encontrar algo.

Umber y Lars cogieron una antorcha cada uno y comenzaron a observar con mucho detenimiento y a palpar todas las rocas, tanto del suelo como de las paredes y el techo. Camu tuvo que moverse varias veces para que no chocaran con él.

Astrid y Lasgol observaban intrigados.

—Por lo que hemos descubierto, los Ilsmarsen tenían una forma muy característica de esconder sus secretos —comentó Umber mientras seguía palpando e inspeccionando cada roca.

—Lo hacían marcando el lugar donde lo escondían con las iniciales del primer conde.

—¿Ulworf Ilsmarsen? —preguntó Lasgol.

—¿U.I.? —aventuró Astrid.

—Sí, pero no —sonrió Lars.

—¿Entonces? —quiso saber Lasgol.

—La verdadera marca que buscamos es la de un oso —continuó Lars.

—Uno destripado —añadió Umber.

—Oh, vaya —dijo Astrid pensativa.

—¿Marcan el tesoro con el apodo del primer conde? —preguntó Lasgol.

—Así es —corroboró Umber.

—Y aquí está —dijo Lars señalando una piedra en la pared sur a media altura, algo al este.

Todos se acercaron a observar. Lars y Umber mantenían las antorchas en alto y podía verse con claridad la zona indicada de la pared.

—¿Eso es un oso destripado? —preguntó Astrid con expresión de que no lo parecía en absoluto.

—Yo tampoco lo veo… —comentó Lasgol rascándose la barbilla mientras intentaba que su mente captara el garabato grabado en la roca.

«Estar al revés» indicó Camu.

Astrid y Lasgol intentaron darle la vuelta al dibujo.

—Está bocarriba —explicó Umber.

—Eso es —conformó Lars—. Si lo miras dándole la vuelta se puede apreciar.

—Con mucha imaginación… —añadió Astrid.

—Es una marca que debe pasar desapercibida. Si os fijáis, muchas de las rocas están marcadas, es para dificultar encontrar y distinguir la marca real —explicó Lars.

—Parecen marcas naturales o resultantes del trabajo de excavación —dijo Lasgol.

Astrid se acercó a observar otras marcas y las palpó.

—A mí me parecen rasponazos y golpes normales.

—Esa es la mejor forma de esconderlos —dijo Umber.

—¿Y ahora? —preguntó Lasgol.

—Ahora picamos —dijo Lars.

—¿Creéis que el tesoro está detrás de esa roca? —preguntó Astrid.

Los dos cazatesoros asintieron.

—Pues hay trabajo que hacer —dijo Lasgol, que ahora estaba muy intrigado y deseaba saber si había o no un tesoro escondido allí y qué relación tenía con los Defensores.

—A picar se ha dicho —dijo Astrid.

Capítulo 8

Nilsa volvía de los establos tras enviar varias misivas a petición de Gondabar mediante mensajero montado. Ella solía usar medíos aéreos que eran más rápidos, aunque algo menos seguros. Las palomas, cuervos, búhos y lechuzas eran los preferidos de los Guardabosques y los más utilizados, si bien de vez en cuando las aves no llegaban a su destino por diversas razones.

Por ello, cuando un mensaje debía entregarse sin pérdida por su importancia, se hacía en mano y se utilizaban Guardabosques mensajeros. Los que había enviado debían entregarse en mano y sin demora. Siendo como era el enlace de Gondabar a cargo de organizar y de disponer los esfuerzos para encontrar y matar al dragón inmortal, Nilsa estaba más atareada de lo que nunca había estado. Se pasaba todo el día organizando y controlando las comunicaciones, órdenes y mensajes que partían desde la torre de los Guardabosques a todo el reino y los que se recibían y debían analizarse, categorizarse y resolverse.

La verdad era que estaba muy contenta con su posición y la confianza que Gondabar depositaba en ella. Era consciente de la importancia de su puesto y de la labor que desarrollaba. El resto de las Panteras estaban buscando al dragón, pero ella no había podido acompañarlos debido a su responsabilidad actual. Le entristecía no poder estar con ellos, pues nada podía igualarse a las aventuras con sus compañeros en misiones cruciales para el reino. Por fortuna, la labor que realizaba le llenaba el vacío que sentía por no poder participar.

Además, sabía que sus compañeros estaban orgullosos del trabajo que ella estaba haciendo. Egil ya le había dicho que tener a alguien de confianza recibiendo toda la información y coordinando esfuerzos iba a ser fundamental para conseguir llegar hasta el dragón. Ingrid le había felicitado por el puesto, ya que lo consideraba una promoción. Gerd le había deseado suerte, aunque al grandullón le daba mucha pena que se tuvieran que separar. Astrid y Lasgol la habían felicitado con la certeza de que haría un gran trabajo de vital importancia. Viggo, como siempre, le había deseado que no terminara prendiendo fuego a todos los mensajes de Gondabar.

Nilsa saludó a dos Guardabosques que se dirigían a los establos con

los que se cruzó.

—Guardabosques —les dijo con una ligera inclinación de la cabeza y tono jovial. Los reconoció, los había visto antes, si bien no se acordaba de sus nombres.

—Águila Real —le correspondió el primero con tono de respeto.

—Enlace —hizo lo propio el segundo también con idéntico tono.

Nilsa sonrió y siguió andando. Que todos, o casi todos, la reconocieran, le agradaba. No solo era conocida entre los Guardabosques, sino también entre la guardia real y eso le facilitaba realizar sus funciones.

Con paso decidido se dirigió a una entrada lateral al edificio principal del castillo. Debía hablar con el maestre armero del rey, pues Gondabar requería más puntas de flecha de acero para los Guardabosques y el último cargamento no había llegado como se esperaba. Era una cuestión menor, no vital, pero Nilsa cumplía todos los encargos de su líder de muy buen gusto, fueran muy importantes o no tanto. Ingrid solía decir que no había asunto pequeño cuando se trataba del combate, y la precariedad en el armamento de los Guardabosques era algo que debía resolverse y rápido. Como aquel pequeño problema los había a cientos y por eso ella estaba siempre tan ocupada.

Llegó a la puerta lateral y la encontró vigilada por dos guardias reales. No tuvo que detenerse y presentarse para que le dejaran entrar. Ambos la conocían y la dejaron pasar sin problema. Accedió al ala oeste del edificio principal y comenzó a recorrer un largo pasillo. Al final de éste se encontró a otros dos guardias que tampoco requirieron de identificación por su parte. Thoran había dispuesto seguridad por todo el castillo. Algunos decían que cada día estaba más paranoico y otros que era un hombre prudente. Ser rey en Tremia era una profesión peligrosa.

Nilsa subió por unas escaleras que llevaban al ala donde encontraría los aposentos del maestre armero. Continuó por un largo pasillo que terminaba en un descansillo y después por otro. Ahora andaba por el castillo sin problemas, pues Gondabar había pedido un permiso especial para que la dejaran acceder a partes que hasta ese momento estaban fuera de su alcance. El rey se lo había concedido, por lo que ahora Nilsa podía recorrer casi todo el edificio, exceptuando las áreas privadas del rey y su hermano. Esto también le hacía sentirse importante, pues solo la guardia real y los Guardabosques reales tenían tal privilegio.

Llegó hasta la estancia que buscaba. En la puerta hacían guardia dos soldados. Esta vez sí tendría que pedir permiso para entrar.

—Soldados —saludó con una ligera inclinación de la cabeza.

—Águila Real —correspondió el que estaba a su izquierda. Era rubio, alto y fuerte. De mentón marcado y ojos azules, tenía aspecto de brutote.

El otro la miró de arriba a abajo.

—¿Qué desea la enlace de los Guardabosques? —preguntó con un brillo en los ojos y una sonrisa pícara. Era más delgado y no tan alto como su compañero, con cabello castaño y ojos pardos. Era bastante guapo.

—Necesito ver al maestre armero.

—El maestre está muy ocupado —dijo el brutote con intención de denegarle la entrada, aunque luego lo pensó mejor—. A menos que el Águila Real de verdad necesite verlo por una cuestión importante.

—Lo que mi compañero quiere decir —intervino el otro soldado— es que ha dado instrucciones de no ser molestado a menos de que se trate de algo de una considerable envergadura. Estoy seguro de que la enlace está aquí por razones que se ajustan a esa descripción —dijo sonriendo y sin dejar de mirar a Nilsa a los ojos.

—Gondabar me envía, es importante —respondió Nilsa con tono serio.

—Por supuesto, como yo imaginaba —respondió el soldado castaño y sonrió encantador—. Pasa, no queremos hacerte perder tiempo, aunque tu presencia nos alegra el día —dijo con tono meloso—. Ven cuando quieras.

Nilsa captó la invitación velada y sonrió ligeramente.

—Puede que tenga que volver con más encargos —respondió y entró. Le gustaba que la halagaran, lo usaba en su favor. La mayoría de los soldados eran bastante tontuelos y fáciles de manejar. Dos sonrisas, un pestañeo fuerte o un movimiento lento de su larga y pelirroja melena solían ser suficiente.

El maestre armero estaba trabajando en su despacho. Tenía cerca de sesenta años y era de constitución fuerte, un auténtico norghano. El pelo lo tenía largo y blanco y no se dejaba barba, por lo que cuidaba su apariencia. Tenía varios ayudantes con él elaborando listas y comparando recuentos de inventario.

—Oh, enlace… Nilsa. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó enarcando una ceja poblada.

Nilsa le entregó el requerimiento de Gondabar por escrito.

Él lo leyó despacio.

—Vaya, quiere más puntas de flecha. No sé si Gondabar se cree que crecen en los árboles. No son tan fáciles de elaborar como él se piensa.

¿Por qué no fabrican los Guardabosques sus propias flechas en lugar de pedírmelas a mí?

—Lo hacen señor, pero ahora mismo están todos en misiones a lo largo y ancho del reino.

—¿Y se puede saber por qué gastan tantas?

—Somos Guardabosques, las flechas son nuestras armas principales. Son imprescindibles para nosotros.

—Ya, ya… Dile a Gondabar que tendrá su cargamento en tres días. El envío parece ser que se ha extraviado.

—¿Extraviado?

—Sí, un convoy con puntas de flecha y filos de cuchillo ha desaparecido en el trayecto desde Olstran a la capital.

—Eso es extraño —comentó Nilsa enarcando una ceja.

—Pues sí, que desparezca un cargamento ha pasado antes, pero es raro. Probablemente lo han robado.

—¿Bandidos?

—Bandidos, desertores, forajidos y similares. Lo venderán al mejor postor. Suele pasar, no mucho, pero a veces ocurre.

—Entiendo.

—Si no tienes nada más, debo volver a mis ocupaciones.

—Informaré a Gondabar.

Nilsa salió de la estancia y los dos soldados apostados fuera la miraron marchar. En lugar de volver por el mismo camino que había llegado decidió tomar otra ruta por el castillo, así veía algo más de lo que pasaba por allí y quizá se enterase de alguna novedad. Poder ir de un lado a otro y acceder a la gran mayoría de estancias le daba mucha libertad y campo de acción. Podía meter la nariz con tranquilidad y ver si captaba algo sospechoso.

Hasta ahora soldados y Guardabosques habían sido amables con ella gracias a su personalidad abierta y a que les resultaba singularmente atractiva debido a su cabello de fuego y sus pecas, pero desde que ocupaba su nuevo cargo, lo hacían también por respeto y eso le gustaba, le hacía sentirse muy bien consigo misma. Ganarse el respeto de soldados y Guardabosques no era nada sencillo. Cierto era que siendo una de las Águilas Reales ya tenía mucho ganado.

Sonrió. Le divertía ver cómo soldados y Guardabosques actuaban con ella. Siempre intentaba detectar por qué razón la trataban tan bien, si por su carácter jovial, si porque estaban interesados en su belleza, por ser un Águila Real o por su nuevo puesto de enlace. Al principio no sabía diferenciarlo, pero poco a poco, se estaba volviendo cada vez más hábil en identificarlo. Era un pequeño entretenimiento

al que jugaba mientras cumplía con sus obligaciones y así se sentía más acompañada y no echaba tanto de menos a sus amigos.

Bajó por unas escaleras y luego siguió por otro pasillo. Tomó varios giros a la derecha y, como esperaba, los soldados que fue encontrando la miraban, pero no le ponían impedimento para pasar. De vez en cuando saludaba o les hacía alguna pregunta para intercambiar palabras con ellos y divertirse. Además, era bueno porque establecía relaciones. Decidió volver a la torre a seguir con sus tareas cuando una voz femenina la llamó.

—Pecosa, ¿ya estás robando corazones de nuevo?

Nilsa se volvió y vio a Valeria, que venía caminando hacia ella.

—¿Yo? No… trabajando… —respondió sorprendida.

—No disimules, que te he visto coqueteando con esos soldados.

—Para nada, los saludaba —Nilsa hizo un gesto con la mano negándolo.

—Pues los estabas encandilando —dijo Valeria con tono juguetón.

Nilsa se encogió de hombros y sonrió algo ruborizada.

—Solo soy amable.

—Eso eres, y muy agradable.

—Gracias, lo intento —bajó la mirada Nilsa.

—¿Qué has estado haciendo? No te he visto en siglos.

—Ya sabes, me tienen muy ocupada —respondió Nilsa que observó a Valeria. No la había visto mucho durante el invierno. Siempre estaba acompañando a la princesa Heulyn como su guardaespaldas.

—Asuntos secretos de Guardabosques, ¿eh? —guiñó el ojo Valeria con una sonrisa pícara.

A Nilsa se le escapó una risita.

—Ya sabes, los Guardabosques y sus secretos —se encogió de hombros Nilsa.

—He echado de menos tu risita. Alegra el corazón oírla.

—Gracias, a mí me alegra ver tu cara sonriente también. —Nilsa estaba contenta de ver a Valeria. No se fiaba de ella, pues había demasiada historia pasada con las Panteras y nada buena. Pero, por alguna razón, le caía bien pese a todo lo que había hecho y que Nilsa no olvidaba ni perdonaba.

—Eres de las pocas que se alegran de verme entre los tuyos.

—Yo sé de bastantes soldados y hasta miembros de la guardia real que también lo hacen. No sé si lo sabes, pero te llaman la preciosa Guardaespaldas.

—¡Ja! Gracioso nombre, me hubiera gustado más la preciada Guardaespaldas —sonrió burlona—. ¿Así que causó sensación entre los hombres del castillo? —Valeria miró alrededor y se pasó la mano por el largo cabello rubio ondulado que llevaba suelto. Varios soldados cercanos no pudieron evitar mirarla.

—Seguro que ves cómo te miran… —comentó Nilsa que sentía algo de envidia al ver el efecto que la belleza de Valeria tenía. No es que ella no fuera popular entre los Guardabosques y soldados, porque lo era, pero Valeria la ganaba en eso.

—Veo cómo me miran, sí, pero pierden el tiempo —Valeria saludó a los soldados con la mano derecha y sonrió coqueta.

—¿No será por Lasgol? ¿No seguirás interesada en él? Está con Astrid y son felices —Nilsa se puso a la defensiva, aquello podía ser desastroso.

—Lo sé. Sé que no tengo oportunidad con Lasgol —respondió y su sonrisa coqueta desapareció de su rostro.

—Menos mal —resopló Nilsa, que lo último que quería era que hubiera más conflicto entre Valeria y las Panteras y un interés manifiesto de Valeria por Lasgol lo crearía. Astrid se pondría hecha una fiera.

—De momento —añadió ella con picardía.

—Valeria… No serás capaz…

—Tranquila, no es algo que esté en mis planes inmediatos.

—No sé si me quedo tranquila del todo —Nilsa puso cara de no creérselo.

—Seguro que tienes otras preocupaciones mayores que mi vida amorosa —sonrió ella.

—¿Dónde has estado? Apenas te he visto.

—La Princesa Heulyn me ha mantenido ocupada durante el invierno. Muy ocupada.

—¿Y eso? Bueno… si puede saberse…

—Aparte de velar por su seguridad, me ha encargado adiestrarla.

—¿Adiestrarla? ¿En qué?

—En el uso del arco. En Irinel le enseñaron a usar la espada y la jabalina, tuvo muy buenos tutores que la formaron desde pequeña. La verdad es que es sorprendentemente buena con esas armas. Sin embargo, no domina el manejo del arco y me pidió que le enseñara. Creo que veros a vosotros usarlo la ha motivado.

—Vaya, eso no suena muy bien, con lo que nos odia…

—Tranquila, no creo que vaya a utilizarlo contra vosotros.

—No estoy yo tan segura.

—Bueno, con la princesa nunca se sabe, eso es verdad —sonrió Valeria e hizo un gesto cómico.

—Curioso que la casa real de Irinel enseñe a luchar a sus princesas, no es lo más habitual, me parece estupendo.

—A mí también me lo parece. Una mujer fuerte que puede defenderse por sí sola llega más lejos en la vida.

—Así que eso ha estado haciendo.

—También ha pasado mucho tiempo con ese embajador vuestro que es como una anguila creída.

—¿El embajador Larsen?

—Sí, ese —confirmó Valeria con un gesto de disgusto—. No me cae muy bien y a la princesa tampoco. Eso puedo asegurártelo.

—Entonces, ¿por qué ha pasado mucho tiempo con él? No es de las que soporta a gente sin un motivo.

Valeria asintió.

—Ha estado estudiando nuestro maravilloso reino: historia, orígenes, fronteras, cultura y costumbres, miembros de la corte, nobles del Este y del Oeste, sucesión al trono, aliados y enemigos principales del reino… y otras cosas de importancia sobre Norghana.

Nilsa abrió mucho los ojos.

—Se está tomando un gran interés en nuestro reino.

—Uno enorme. En alguna conversación ha surgido el nombre de la familia Olafstone y de su único miembro todavía con vida…

—Egil… —Nilsa tuvo un mal presentimiento. ¿Por qué estaba la princesa Heulyn interesada en Egil y su familia? La respuesta le asaltó antes de terminar el pensamiento: la sucesión al trono—. Por el trono…

Valeria puso una expresión de afirmación y se encogió de hombros.

—Los intereses de la princesa suyos son —respondió.

—Ya… no sé si sus intereses puedan ser malos para nosotros…

—Amor no os tiene, eso puedo asegurarlo —afirmó Valeria con tono seco, no había un ápice de broma en el comentario—. Yo que vosotros me mantendría apartado de ella todo lo que podáis y un poquito más.

—Entendido. Ya imaginamos que no nos ha perdonado.

—Ni lo hará nunca. No es de las que perdonen ni olviden un ultraje.

Nilsa suspiró hondo.

—¿Algo más que haya estado haciendo? Ha habido rumores de todo tipo durante el invierno…

—Eso y algunas otras cosillas que no puedo revelarte por motivos de seguridad.

—Oh, entiendo.

—Supongo que ha habido rumores y muy poco agradables.

—La princesa se ha ganado una fama… bastante mala… entre todo el servicio de palacio…

—Y entre los soldados y la guardia real también —añadió Valeria —. No te preocupes, no es ningún secreto de estado el buen carácter que tiene mi señora —Valeria le guiñó un ojo a Nilsa de forma ostensible.

—Los gritos que da se oyen desde los establos —dijo Nilsa con expresión de horror.

Valeria rio.

—Sí, así es ella, todo genio y más genio.

—¿Contigo también es así? —preguntó Nilsa sintiéndose de pronto un poco mal por Valeria.

Esta hizo un gesto con la mano de que no era para tanto.

—Yo soy una de los pocas afortunadas que reciben un tratamiento especial. A mí no me grita, ni siquiera me levanta la voz. Ahora, sus mandatos no los repite ni acepta objeción alguna. Han de cumplirse.

—Bien, me alegro. De lo contrario estando a su servicio todo el día…

—Ya. Otros no tienen mí misma suerte. Me trata bastante bien, para lo que es ella, y también tengo bastante libertad de movimiento, siempre que esté velando por su seguridad.

Nilsa miró alrededor para asegurarse de que estaban solas y nadie la oía. Los únicos cerca eran los guardias que había saludado Valeria. Bajó algo el tono de voz.

—Dime, ¿cómo es la relación entre la princesa Heulyn y el rey Thoran? Siempre me lo pregunto. Bueno, si puedes contármelo sin meterte en un problema.

Valeria sonrió. Echó un vistazo en todas direcciones y al ver que estaban solas respondió susurrando.

—Es una relación casi inexistente.

—¿Y eso? ¿No se llevan bien? —Nilsa preguntaba muy interesada. El comentario la había dejado perpleja.

—Ambos son de carácter altamente temperamental. Cuando pasan más de un rato en la misma habitación las paredes explotan —susurró

Valeria.

—Pero están prometidos, deberían tener una muy buena relación.

Valeria soltó una carcajada que no pudo refrenar.

—Nilsa, ¡qué buena persona eres y qué inocente! Que estén prometidos no quiere decir que se lleven bien ni que se aguanten.

Nilsa torció el gesto.

—Pues es una pena, deberían llevarse muy bien. Deberían amarse.

Valeria volvió a reír.

—¿Amarse? No es el caso —aseguró intentando dejar de reír—. De hecho, yo creo que es lo contrario.

—Una unión sin amor no es una unión —dijo Nilsa con tono triste.

—Esta es una unión política. No tiene nada que ver con los sentimientos.

—Sí, eso pensamos las Panteras.

—¿Cómo están las Panteras? ¿Cómo están todos?

—Bien, ocupados como siempre.

—¿En algo interesante? —Valeria le lanzó una mirada inquisitiva.

Nilsa era consciente de que Valeria quería saber en qué andaban metidos, pero no podía decírselo. No se fiaban de ella. Además, podía resultar muy contraproducente contarle nada.

—Misiones de Guardabosques, protegiendo el reino. Ya sabes…

—Ya veo que no me lo quieres contar —la guardabosques la miró enarcando una ceja.

—Es la verdad. Están protegiendo al reino.

—Esa es una respuesta muy poco específica —la mirada de Valeria era ahora de desconfianza.

—No puedo revelártelo, ya sabes cómo va el sendero del Guardabosques…

Valeria asintió.

—Lo entiendo. No insisto —sonrió.

—Tengo que dejarte, hay mucho que hacer.

—Bien, pero antes de irte me gustaría proponerte algo —Valeria la miró con ojos francos.

Nilsa se sorprendió.

—¿El qué?

—Tú y yo nos arreglamos bien, pese a todo lo que ha pasado entre nosotras.

—Sí…

—Quiero proponerte que hagamos un pacto de alianza.

—¿Pacto de alianza? No sé qué pretendes —Nilsa frunció la frente. No estaba convencida de las intenciones de Valeria. Ya les había traicionado una vez y podía volver a hacerlo.

—Yo busco lo mejor para mi señora y para mí. Tú buscas los mejor para las Panteras y para ti. Te propongo que nos ayudemos mutuamente. Ambas podemos conseguir lo que queremos de forma más sencilla si colaboramos.

—Yo no necesito tu ayuda. Tengo a los Guardabosques y a Gondabar respaldándome.

—Sí, pero eso puede cambiar si la princesa se convierte en reina. De hecho, apuesto lo poco que tengo a que lo hará. Yo podría disuadir a la reina, apoyaros a ti y a las Panteras.

Nilsa lo pensó. Si la princesa se convertía en reina ellos tendrían problemas, pues seguro que iría en su contra. También iría contra Egil por estar en la sucesión al trono y ser un noble del Oeste. Gondabar no podría protegerles de la reina. Solo el rey podría hacerlo, pero no defendería a Egil, eso seguro.

—No sé si fiarme de ti.

Valeria asintió dos veces.

—No deberías, eso es cierto, pues os traicioné una vez. Sin embargo, te estoy ofreciendo una alianza secreta de colaboración. Yo haré cuanto pueda por vosotros y vosotros por mí. Es ventajoso y tampoco te compromete a nada. Si no deseas hacer algo, no lo haces. No hay ataduras férreas.

Nilsa lo pensó un poco más. No arriesgaba nada por tener a Valeria colaborando con ellos. Podría ser ventajoso y si ella requería algo con lo que no estuvieran de acuerdo no tenían por qué hacerlo.

—De acuerdo. Pero esta conversación nunca ha tenido lugar —dijo Nilsa muy seria y con mirada fría.

—¿Qué conversación? —Valeria hizo un gesto de no saber de qué hablaba.

Nilsa asintió y se despidió de la chica.

—Nos vemos.

—Nos vemos —respondió esta y le guiñó un ojo.

Según se marchaba, Nilsa sintió la duda de si estaba haciendo bien. Esperaba que Valeria no volviera a jugársela a todos, pero no había forma de saber si eso ocurriría o no. Le había dado el beneficio de la duda y esperaba y deseaba no tener que arrepentirse de aquello.

Capítulo 9

Comenzaba a despuntar el sol cuando Viggo regresaba a la habitación que Lomas les había conseguido en la fortaleza.

—¿Sé puede saber dónde has estado? —preguntó Ingrid con tono de enfado y los brazos en jarras.

—He ido a dar una vuelta por la ciudad —sonrió Viggo como si fuera la cosa más normal del mundo.

—¿De noche? —Ingrid cruzó los brazos sobre el torso. No podía evitar que sus ojos brillaran de lo enojada que estaba.

—De noche es cuando ciertas personas deambulan por la ciudad. Quería ver a un par de ellas.

—¿Por qué no me has dicho nada? —exclamó rabiosa.

—He pensado que de decírtelo hubieras querido acompañarme.

—¡Claro que te hubiera acompañado!

Viggo hizo un gesto de evidencia.

—Era mejor ir solo. A mí me resulta más fácil fundirme con las sombras de la noche y maniobro con mayor facilidad en la oscuridad de los barrios bajos. Me arreglo mejor en ciertos ambientes… Lo sabes…

—¡Aun así, tendrías que habérmelo dicho!

—No te enfades, sabes que de ciertos asuntos es mejor que me encargue yo solo a mi manera.

—¿Y si te pasa algo?

—No me va a pasar nada en la ciudad donde me crie, la conozco bien.

—Estamos en misión oficial, no puedes desviarte cuando quieras para ocuparte de cosas no relacionadas con ella.

—No te enfades, necesitaba hacerlo. Tengo temas pendientes aquí…

—¿Temas pendientes?

—De cuando me marché.

—Han pasado más de siete años, ¿qué temas pendientes?

—Temas que llevo grabados a fuego en las entrañas y quiero solventar.

—¿Por eso no querías venir a la ciudad? ¿Para que esos temas no resurgieran?

Viggo asintió.

—Tú insististe. Te dije que no era necesario… Ahora que estamos aquí…

—Hay que hacer las cosas bien y seguir el procedimiento, el sendero así lo indica.

—Así lo hemos hecho y aquí estamos. Hay cuentas pendientes que debo reclamar.

—Eso no suena nada bien. Conociéndote va a haber derramamiento de sangre.

Viggo sonrió y se encogió de hombros.

—Las deudas se deben pagar.

—¿A quién debes algo? Quizá podamos llegar a un acuerdo antes de que la sangre llegue al río.

—No soy yo quien debo algo. Se me debe a mí.

—Oh, ¿cómo es eso?

—Es una historia larga, horrible, llena de dolor y secreta. Mejor lo dejamos para otro momento.

—¡Quiero saberla! —exigió Ingrid molesta porque Viggo no estuviera compartiendo sus secretos.

Llamaron a la puerta con dos fuertes golpes.

—Guardabosques, el capitán aguarda con los caballos —informó un soldado desde el otro lado de la puerta.

—Ahora vamos —respondió Ingrid levantando la voz para que se le oyera desde fuera.

—Démonos prisa —dijo Viggo recogiendo las cosas.

—Si crees que esta conversación ha terminado estás muy equivocado. Me vas a contar lo que está pasando y por qué andas merodeando de noche en la ciudad.

Viggo sonrió y no dijo nada. Se echó el macuto a la espalda y salió por la puerta.

Ingrid maldijo entre dientes.

—¡Será merluzo!

Cabalgaron hacia el lago acompañados de cincuenta soldados de la guardia de la ciudad con el capitán Ingers al mando. Era un buen destacamento de hombres, se podía leer entre líneas que Mustrel intentaba mostrar que se tomaba en serio la petición de los Guardabosques y quería quedar bien ante el rey. Por otro lado, el

número de soldados que cedía para la investigación tampoco era demasiado grande como para que se notara su ausencia en el control de la ciudad.

Ingrid, Viggo e Ingers iban en cabeza. Los soldados les seguían en hilera de a dos. El clima era estupendo y si no fuera porque iban a investigar un grotesco suceso con personas inocentes despedazadas por un dragón, hasta se podría disfrutar del trayecto. Los soldados iban con semblante serio, conocían el destino y lo que se contaba que había sucedido allí. Se podía leer en sus ojos que más de uno preferiría no estar en la expedición.

Por un buen rato Ingrid y Viggo no conversaron. Ingrid seguía enfadada por la escapada nocturna de Viggo y su negativa a contarle el tema de las cuentas pendientes que tenía en aquel lugar. Entendía que quisiera visitar su antigua vida, pero no aceptaba que no compartiera los riesgos de lo que tramaba. Conociendo a Viggo no sería nada bueno, estaría metiéndose en algún lío de los suyos y, siendo en su ciudad natal, podría resultar mucho más peligroso de lo habitual. Las cuentas pendientes del pasado nunca eran buenas. Ingrid temía que Viggo se metiera en algún lío del que no pudiera salir.

—Espero que tengáis más suerte de la que tuve yo —dijo el capitán —. Estuve una semana buscando los cuerpos con ayuda de la gente local, pero no los hallamos.

—¿Dispondremos de soporte local? —preguntó Ingrid.

Ingers asintió.

—He enviado un mensajero a la aldea de Piedra Alta. Es la más cercana al lago y tres de los desparecidos eran de allí. Ermos Lostren, el jefe de la aldea, se acercará a ayudarnos con dos cazadores que ya nos asistieron con los rastros.

—Estupendo. Eso nos vendrá bien —asintió Ingrid.

—Si hay un monstruo, me temo que ha hecho desaparecer los cuerpos.

—¿Crees que puede ser un dragón?

—Eso dicen los testigos de Piedra Alta, pero yo personalmente lo dudo. Me inclino a pensar que es una bestia más común, como un ogro o un troll de montaña, incluso podría ser un gran oso. De vez en cuando aparece alguno de dimensiones enormes que confunden con un monstruo.

—Sí… sería lo más normal. Sin embargo, el rumor es que se ha visto a un dragón.

El capitán asintió.

—Los locales insisten en que es un dragón, pero ninguno puede dar

una descripción muy detallada del mismo.

—Pero lo vieron, ¿no? —preguntó Ingrid enarcando una ceja.

—Ahí reside el problema. Los pocos testigos que hay solo vieron de refilón a una bestia muy grande que parecía un dragón. No he conseguido ningún testigo que pudiera verla de forma clara y describírmela de forma creíble. La verdad es que entre el miedo que tenían y el tremendo susto que llevaban encima no sabían muy bien lo que vieron.

—Entiendo. Ninguno lo vio como para dar una descripción detallada y fehaciente.

—Eso es. Uno observó una cabeza enorme de dragón, o lo que él creía que era un dragón; otro vio pasar una cola larga de escamas que sin duda también debía de ser de un dragón por el tamaño; otro unas garras tremendas en patas descomunales también cubiertas de escamas; uno más un cuerpo monstruoso de reptil que se elevaba sobre el lago. Si ponemos todas las descripciones juntas que es lo que ellos han hecho, pues llevan semanas hablando de lo sucedido, se llega a una conclusión aproximada de que es un dragón o una gran bestia.

—Los ogros y los Trolls no tienen escamas, y no se parecen a un reptil, y un oso menos todavía.

—Cierto, pero aun así es lo más probable. No se ha visto nunca un dragón en Norghana, ni en ningún otro lado, y yo personalmente dudo que existan —el oficial negó con la cabeza.

—Dices que llevan semanas hablando de ello, deduzco entonces que las desapariciones han sido en momentos diferentes, así como los avistamientos.

—Correcto. No hay testigos de ataques, pero los rastros de sangre que encontramos estaban en diferentes lugares alrededor del lago y parecían haber sucedido en días distintos. Los avistamientos ocurrieron después, cuando la gente de los alrededores buscaba a los desaparecidos.

—Entendido. ¿Cómo os arreglasteis con los rastros? No suelen ser fáciles de interpretar —Ingrid preguntó enarcando una ceja, pues dudaba que los soldados de la ciudad tuvieran idea de encontrar rastros, y mucho menos de interpretarlos.

—Nosotros no somos muy buenos en cuanto a eso —reconoció el capitán—. Para ayudarme utilicé a un par de cazadores de la zona de buena reputación. Ellos se encargaron de encontrarlos y deducir el tiempo que había pasado. Solemos hacerlo así. Los de la ciudad no nos arreglamos bien en terreno abierto. Por fortuna ahora voy acompañado de guardabosques, por lo que será todo más sencillo.

—Lo será —aseguró Ingrid con tono decidido—. Deberíais haber

solicitado ayuda de los Guardabosques desde el primer momento.

Ingers asintió varias veces.

—Le pedí a Mustrel que solicitara ayuda de expertos Guardabosques, pero se negó. Los problemas del ducado que manchen su reputación deben solucionarse rápido y sin que se conviertan en noticia…

—Esa no es una buena política, por mucho que quiera esconder una tragedia, saldrá a la luz tarde o temprano.

—El magistrado pensó que sería una bestia corriente y que acabaríamos con ella rápido. Cuando no fue el caso ya no quiso intervención externa, por la mancha…

—Hombres orgullosos tomando decisiones erróneas —comentó Ingrid con expresión desaprobadora.

—El magistrado no quiere quedar mal ante el duque y éste tampoco ante el rey. El secretismo y el quedar bien priman sobre otras cuestiones. Es como funcionan las cosas, al menos por aquí.

—Eso me ha quedado claro —dijo Ingrid negando con la cabeza.

Continuaron cabalgando por un camino amplio y dejaron atrás varias aldeas de las que ni aparecían en los mapas. Eran pueblos mineros y sus habitantes pasaban más tiempo en las minas que en sus casas. La vida en las minas era muy dura, pero se ganaba bien, más que como granjero, talador o ganadero. El problema era que los accidentes solían ser terribles y el campo y los bosques no se cobraban tantas vidas.

Según se acercaban al gran lago, Ingrid decidió que era hora de entablar conversación con Viggo, que llevaba todo el camino muy callado.

—¿Me vas a explicar qué anduviste haciendo ayer? —preguntó esta vez con un tono mucho más suave.

Viggo la miró y sonrió.

—Tienes que entender que yo nací y me crie en las calles de Ostangor. Más concretamente, en las sucias calles del barrio más pobre. Crecí entre barro, suciedad, ambiente apestoso, despojos y ratas.

—Lo entiendo. No es algo de lo que tengas que avergonzarte ni mantener en secreto. Has llegado hasta aquí, saliste de esas cloacas y ahora eres un Guardabosques. Es todo un logro. Muy pocos salen de la pobreza y triunfan en la vida.

—Tuve la suerte de que mi abuelo fuera un Guardabosques. De lo contrario hoy sería un miembro de uno de los dos sindicatos que gobiernan los bajos fondos de la ciudad… O habría muerto a manos

de la guardia de la ciudad o del sindicato rival.

—Por suerte lograste salir y nada de eso ha sucedido.

Viggo asintió.

—Fui a buscar algo de información… —contó finalmente.

—¿A los bajos fondos?

—Sí.

—¿Qué tipo de información?

—Por una parte, información sobre mi padre. A diferencia del padre de Lasgol, mi padre no fue nunca un ciudadano ejemplar.

—Contaste que no se unió a los Guardabosques como tu abuelo, que se emborrachó y mató a un hombre en una pelea de bar…

—Sí, así era el bueno de Valon Kron. Le gustaba evadir el trabajo honrado. En su lugar prefería robar, mentir y pelear para sacar unas monedas. No era lo que se entiende por un padre modelo. Mi abuelo, por el contrario, sí que lo era. La sangre no siempre transmite las buenas cualidades entre generaciones. Mi padre prefería robar, beber y divertirse que servir al rey, así que no aceptó la invitación para entrar en el cuerpo cuando le llegó.

—Lo siento, debió ser duro para ti tener un padre así, más cuando tu abuelo era buena persona.

—Lo fue, hubo muchos días malos. Tenía tendencia a emborracharse, llegar a casa a deshoras y pagar sus frustraciones con mi madre y conmigo. Decía que nosotros le habíamos arruinado la vida, el muy cobarde.

—Eso es horrible y detestable por su parte.

—Era un mal tipo. Cuando mi abuelo murió, un par de años después, abandonó a mi madre y nos dejó en la calle. Perdió la casa y todo lo que teníamos en el juego y la bebida, así que se deshizo de nosotros.

—Repugnante, ¡cómo se puede tener tan poco honor!

—Recibió su merecido. Está cumpliendo cadena perpetua en las minas de plata por emborracharse y matar a un hombre en una pelea de bar.

—A veces la vida pone a las personas en su sitio.

—Yo creo que pocas veces, pero en esta ocasión ha sido así. He preguntado y me han dicho que sigue con vida. Me sorprende… pensaba que habría muerto en las minas.

—¿Qué fue de tu vida cuando os quedasteis en la calle?

—Uno se adapta o muere. Así que me adapté a las calles más pobres e inmundas. Aprendí muchas cosas, fue otro tipo de

entrenamiento que te prepara para la vida, una dura y despiadada. Aprendí a robar, a mentir, a luchar y otras cosas peores.

—No sé si eso es del todo bueno. ¿Qué fue de tu madre? Dijiste que murió, ¿verdad?

Viggo bajó la cabeza y sus ojos se humedecieron.

—Por desgracia mi madre no pudo adaptarse como lo hice yo, no sobrevivió. Murió a causa de las fiebres en un sótano inmundo.

—Qué horror… —Ingrid negaba con la cabeza con expresión de consternación.

—La vida de los desfavorecidos es así. Tras su muerte tuve que arreglármelas solo. Fue muy duro, no voy a mentir. Cuando llegó la invitación para entrar en los Guardabosques vi una salida del mundo en el que vivía. Yo no soy como mí padre y nunca lo seré, así que la acepté.

—Siento todo lo que te sucedió…

—No lo sientas, me ha hecho el hombre que soy hoy, y no tengo queja a ese respecto.

—Aun así, es una historia triste.

—Lo es, pero no quiero compasión. He tenido una vida mucho peor que otros, pero he salido adelante, cosa que muchos no consiguen. No me avergüenzo de quién soy ni de dónde vengo. Las ratas de cloaca como yo sabemos sobrevivir, somos muy difíciles de matar. Nada me detendrá, estoy mucho mejor preparado que la mayoría para enfrentarme a lo que venga. Si Dergha-Sho-Blaska consigue su propósito y llega una era de horror y destrucción, estoy seguro de que sobreviviré. No puedo decir lo mismo de otros.

—Que tienes instintos de supervivencia especiales no lo niega nadie. Esperemos que no sea necesario que los uses.

—Esperemos —asintió Viggo—. Pero si es necesario, te protegeré.

Ingrid miró a Viggo a los ojos y no pudo sino asentir y sonreír.

—Gracias.

Llegaron al lago. La superficie parecía ser cristalina y reflejaba los rayos de sol primaveral. El tamaño de aquel lago impresionó a Ingrid, era mucho más grande de lo que había imaginado. Desde el lado sur no se veía el final en el lado norte. Rodeándolo había al menos tres bosques diferentes y dos explanadas cubiertas de alta hierba.

—Vaya, aquí uno se puede dar un buen chapuzón —dijo Viggo en broma.

—Ya lo creo, se pueden hacer competiciones de natación —comentó Ingrid.

—Por lo general, para recorrerlo se usa ese pequeño embarcadero donde hay varios botes —indicó el capitán señalando al lado oeste, donde estaba él situado.

—Mejor si recorremos el lago siguiendo los rastros de los ataques —indicó Ingrid.

—Muy bien. Vayamos al primer lugar, allí nos esperan Ermos Lostren y los cazadores —explicó Ingers.

El capitán condujo al destacamento hasta el lugar donde los cazadores habían encontrado el primer rastro de sangre. Allí esperaban media docena de hombres.

—¡Alto, desmontamos! —ordenó el capitán a sus hombres.

Ingrid y Viggo desmontaron y ataron sus monturas a unos árboles cercanos. Fueron a hablar con los locales.

—¡Formad perímetro! —ordenó el capitán a sus hombres.

—Buenos días, somos Guardabosques del rey —informó Ingrid a los hombres que aguardaban.

—Nos alegra veros. Yo soy Ermos Lostren, jefe de la aldea de Piedra Alta. Estos dos son los cazadores Endar y Ores, muy buenos en su profesión y quienes encontraron los rastros —dijo el jefe señalando a dos hombres junto a él.

—Gracias por la ayuda —dijo Ingrid con un saludo de cabeza.

—Ojalá pudiéramos ayudar más —dijo Endar.

—No hemos podido localizar a la bestia —dijo Ores.

—¿Quién es el resto? —preguntó Ingrid.

—Testigos que han visto a la bestia… al dragón… —explicó el jefe.

—Muy bien, quiero hablar con ellos primero —Ingrid los observó, parecían atemorizados.

—Desde luego, como la guardabosques precise —dijo Ermos.

Ingrid y Viggo interrogaron a los testigos por separado para que no pudieran entremezclar historias o sentimientos de lo que habían vivido. Les contaron lo que habían visto y experimentado. Por desgracia, lo que narraron era muy similar a lo que Ingers les había contado. Historias de terror de una bestia vista solo un momento y solo en parte que se asemejaba a un dragón, al menos en sus imaginaciones, pues por supuesto ninguno había visto un dragón antes. Por mucho que les preguntaron e intentaron aclarar lo sucedido, no consiguieron sacar mucho en claro. No eran precisamente testigos con hechos fehacientes, más bien lo contrario. El miedo y las supersticiones empañaban el juicio de aquellos hombres.

—Gracias a todos por vuestra colaboración —dijo Ingrid cuando

terminaron.

—¿Podemos ver los rastros? —pidió Viggo.

—Por supuesto, seguidme —Endar abrió camino y guio al grupo.

Lo siguieron, pero no tuvieron que andar mucho.

—Aquí ocurrió —indicó Endar señalando unos arbustos.

Ingrid y Viggo se agacharon e inspeccionaron los rastros con mucho cuidado de no alterar el lugar del ataque. Había sangre seca en el suelo y en algunos arbustos donde la poca lluvia que había caído todavía no la había borrado. Estudiaron con detenimiento el lugar mientras el resto de la comitiva observaba en silencio.

—Por la sangre que todavía queda, y teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado y el clima, el ataque fue sanguinario —comentó Ingrid.

—Destrozó el cuerpo. Aquí cayó una parte —Viggo señaló a unos arbustos algo más atrás.

—Lo veo… Sin embargo, no hay huellas de ninguna bestia… —comentó Ingrid con expresión de contradicción.

—Sí, es como si algo hubiera aparecido de la nada y hubiera destrozado a quien encontró.

—¿Se sabe quién es la víctima?

—Creemos que es Pintras Vilfred, un minero al que le gustaba venir a pescar —dijo Ingers.

—¿Creemos? —preguntó Ingrid mirando al capitán.

—No hay forma de saberlo con seguridad… Hay tres rastros de sangre muy cercanos —dijo Ingers—. Solo podemos suponer en base a lo último que sabemos de cada desaparecido —explicó.

—Pues vaya, eso no ayuda —comentó Viggo.

—No hemos podido averiguar más —se encogió de hombros Ingers con expresión de disculpa y miró al jefe.

—No hay cuerpos, es difícil saber quién desapareció dónde. Los ataques ocurrieron en una zona amplia pero cercana al pueblo… —se disculpó Ermos.

—De acuerdo. Muéstrenos los otros dos lugares —pidió Ingrid.

—Por supuesto —dijo Ingers e indicó a los cazadores que les guiaran.

Endar y Ores llegaron al siguiente rastro de sangre, que estaba a unos quinientos pasos siguiendo el bosque. Al llegar los soldados se situaron guardando el perímetro e Ingrid y Viggo examinaron los rastros.

—Muy parecido al otro ataque —comentó Ingrid.

—Sí, mucha sangre, pero sin rastro de la bestia o de que se arrastrara a la víctima —dijo Viggo.

—No podemos establecer qué bestia es, ni cómo ha llegado hasta la víctima o cómo se la ha llevado —expresó Ingrid con tono de frustración.

—Solo que la ha matado de forma brutal… —indicó Viggo.

—¿No hay más rastros que se les hayan escapado a Endar y Ores? —preguntó Ingers.

Ingrid negó con la cabeza.

—No hay más.

—Vaya… esperaba que los Guardabosques pudieran encontrar algo.

Ingrid le lanzó una mirada dura.

—No me malinterpretéis, no dudo de vuestras habilidades, es solo que tenía la esperanza… —se explicó el capitán.

—No se puede encontrar un rastro que nunca ha existido —dijo Viggo.

—Eso mismo —se unió Endar.

—No hay forma de saber de dónde vino la bestia ni a dónde se fue —afirmó Ores—. Llevo toda la vida cazando por estos bosques y nunca ha visto nada igual. Todo ataque deja señales de entrada y salida. Este no.

—Pero lo que los atacó tuvo que haber llegado hasta aquí de alguna forma… —indicó el capitán, que miraba hacia el interior del bosque y luego hacia la orilla del lago.

—No si llegó por ahí —dijo Viggo señalando el cielo sobre su cabeza.

—¿También creéis que es un dragón que ha llegado volando? —Ingers puso cara de extrañeza.

—Fue un dragón seguro —dijo uno de los testigos.

—Yo lo vi, todo escamas y ojos de gran reptil —dijo otro.

—Tenía unas fauces tremendas —dijo un tercero.

—Podría ser un dragón o un águila gigante. Se dice que existen aves gigantescas en algunos parajes remotos de Tremia —comentó Ingrid.

—Yo me inclino por un dragón enorme —dijo Viggo.

—Pero no hay prueba de que exista… —comentó el capitán.

—No aquí —negó con la cabeza Ingrid.

—Es un dragón, no sé por qué nadie nos cree —dijo otro de los

testigos.

—Es que es una bestia mitológica… no es fácil de creer… —dijo el jefe dándole un par de palmadas en la espalda.

—Vayamos a ver el siguiente rastro —dijo Ingrid.

Continuaron examinado todos los rastros que los cazadores les mostraron. Se dirigían cada vez más al norte, bordeando el gran lago. Llegaron al último lugar donde se había producido un ataque. No tenían demasiadas esperanzas de encontrar pista alguna, pero debían cerciorarse. Ser meticulosos era importante cuando se investigaba un asunto de aquella índole.

Así lo hacían cuando comenzó a anochecer. El cielo se fue oscureciendo y las estrellas aparecieron en un firmamento bastante despejado. No llovía ni hacía frío así que no impedía que pudieran seguir.

—¿Algo? —preguntó el capitán tras dejarlos trabajar con tranquilidad durante un buen rato.

Ingrid resopló frustrada.

—Nada. Es lo mismo en todos los casos. Mucha sangre, pero ningún rastro que aporte alguna pista sobre lo que sucedió.

—No hay huellas de ninguna bestia, lo que refuerza la teoría de un dragón —insistió Viggo.

—Menos mal que alguien nos cree —dijo uno de los testigos.

—Ya era hora —dijo otro.

Los soldados formaban un perímetro defensivo en forma de círculo y no escuchaban la conversación. El capitán Ingers parecía que prefería que fuera así, pues los rumores se extendían rápido entre los soldados.

—¿Por los comentarios de los testigos? —preguntó Ingers.

—Por eso y porque el ataque tuvo que venir del cielo —explicó Viggo.

—Lo siento, pero no puedo aceptarlo. Los dragones no existen —se pronunció el capitán Ingers con firmeza.

Viggo abrió la boca para replicar cuando unas fauces enormes se cerraron sobre el capitán.

De un bocado una criatura reptiliana se llevó al capitán a los cielos.

Capítulo 10

—¡Dragón! —gritó Ermos emitiendo un alarido de horror.

—¡Nos ataca la bestia! —gritó Endar dando un brinco hacia atrás mientras buscaba una flecha para su arco.

Los pies del capitán se elevaban al cielo mientras el resto del cuerpo había desaparecido en la boca del descomunal monstruo del que solo se apreciaba la cabeza. El cuerpo se fundía con la oscuridad de la noche que ya los envolvía, o quizá estuviera oculto por algún hechizo de invisibilidad.

—¡A cubierto todos! —ordenó Ingrid gesticulando con fuerza para que buscaran refugio entre la maleza. Los aldeanos estaban tan aterrorizados que ni se movían. Con ojos desorbitados contemplaban cómo el monstruo devoraba al capitán en las alturas.

—¡Escondeos, rápido! —gritó Viggo y al ver que no reaccionaban los empujó para que se movieran. Si se quedaban allí contemplando el horror con la boca abierta iban a sufrir el mismo final que el desdichado capitán.

Ermos volvió a gritar y echó a correr con los brazos en alto poseído por el miedo. Varios lugareños parecieron reaccionar al ver al jefe huir despavorido y gritaron de horror. Un instante después corrían tras Ermos a esconderse entre los árboles.

—Se ha… comido al capitán… —balbuceó Ores, que intentaba mantener la calma como mejor podía al tiempo que ponía una flecha en su arco y levantaba el arma para apuntar.

Viggo cogió el arco que llevaba a la espalda y puso una flecha en la cuerda listo para atacar al monstruo, que desapareció en el cielo oscuro.

—No te escondas, dragoncito, que te voy a dar tu merecido —musitó buscándolo en el firmamento con su arco preparado para soltar —. ¿Dónde te has metido?

Un par de grandes nubes solitarias flotaban en el cielo nocturno con tan mala fortuna que cubrían la luna y no les llegaba demasiada claridad con la que poder divisar bien al monstruo, o lo que hubiera sobre sus cabezas.

—¡Soldados, atacad a la bestia! —gritó Ingrid en dirección a los soldados que formaban el perímetro para alertarles. El ataque había

ocurrido en un abrir y cerrar de ojos y algunos ni se habían percatado.

—¿Órdenes, capitán? —llegó la petición de los que estaban entre los árboles.

—¡El capitán Ingers está muerto! —respondió Ingrid.

Hubo un silencio, ninguno de los soldados se pronunció, como si estuvieran asimilando lo que había sucedido. De pronto una de las nubes dejó pasar algo de luz de la luna y la descomunal cabeza cubierta de escamas y con ojos reptilianos enormes apareció sobre ellos.

Endar y Ores tiraron contra el monstruo. Las flechas se dirigieron a la cabeza del dragón, que ya había devorado al capitán y ahora descendía de nuevo en busca de una nueva presa. Los cazadores tiraron certeros y alcanzaron la cabeza del gran reptil. Las flechas se clavaron y parecieron perforar las escamas, si bien no consiguieron detener el ataque. El monstruo las ignoró y con su descomunal boca cogió a uno de los soldados del perímetro del bosque y lo devoró con dos terribles mordiscos.

Los soldados gritaban ahora sin saber qué hacer. Llevaban lanzas y hachas al ser de la guardia de la ciudad y no portaban arcos con los que atacar a la bestia, que ya descendía a por otro de ellos al que devorar.

—¡Apartaos de ahí! —advirtió Ingrid.

Los soldados corrieron despavoridos en todas las direcciones buscando huir del gran monstruo. Saltaban por encima de la maleza y se agachaban bajo las ramas de los árboles con la esperanza de poner suficiente espacio entre ellos y las fauces de la bestia asesina.

Ingrid y Viggo tiraron contra la descomunal cabeza y sus flechas se clavaron en las escamas del monstruo, cerca de uno de sus ojos. De la boca salió un sonido sibilante similar al de una serpiente, pero mucho más potente.

La otra nube se desplazó también llevada por los vientos nocturnos y la luz de la luna les llegó. Y por fin pudieron ver algo mejor al monstruo que les atacaba desde los cielos.

—¡Ahí está el guapito! —exclamó Viggo, que ahora lo distinguía bastante bien.

Ingrid lo observó y se percató de que, si bien descendía desde los cielos y la cabeza era de gran reptil con enormes fauces, no parecía la de un dragón, al menos no la que ellos habían visto en el interior del volcán. Tras la cabeza continuaba un largo cuello tremendamente grueso, como un tronco de un árbol milenario sin fin.

—Viggo, ¿qué es ese monstruo? —preguntó mientras volvía a tirar.

—No tengo ni idea, pero no es Dergha-Sho-Blaska —respondió y tiró también.

La cabeza del gran monstruo bajó y devoró a uno de los tres soldados mientras intentaban hacerle frente con sus lanzas. Los otros dos salieron despedidos del impacto.

Ingrid apuntó con su arco y siguió la cabeza mientras se elevaba a más de diez varas de altura. Se dio cuenta de que el cuerpo de la bestia era alargado, de más de treinta varas de longitud, y que la parte final estaba sumergida en el lago. Se dio cuenta también de que, a lo largo de todo el cuerpo circular, en lo que debía ser la espalda de aquella monstruosidad, se distinguía una gran cresta que llegaba hasta la cabeza.

—¡Es algún tipo de serpiente con cresta! ¡Parece que viene del lago!

Viggo observó el cuerpo y vio algo que lo desconcertó.

—No es una serpiente, tiene patas, veo cuatro, muy gruesas y con garras.

—¿Dónde? —Ingrid seguía tirando, ahora al cuerpo circular lleno de escamas y crestado a la espalda.

—Sigue la parte del cuerpo que sale del agua y va horizontal por la tierra —señaló Viggo con una flecha que tenía en la mano.

Ingrid hizo como Viggo le indicaba y consiguió ver las cuatro patas. Estas sí eran similares a las del dragón que habían visto.

—¡Es un monstruo extrañísimo! —exclamó y continuó tirando.

—Un tercio del cuerpo está en el agua, otro tercio sobre tierra y el último tercio termina en esa cabeza horrible con la que nos ataca —dijo Endar, que tiraba intentando que el miedo no le hiciera temblar el pulso.

—Se apoya en las patas para avanzar, pero el cuerpo es como el de una serpiente. Puede levantarse hasta una altura enorme —dijo Ores y corrió hacia un lado para ocultarse tras unos grandes arbustos.

—¿Habíais visto algo así? —preguntó Ingrid mientras intentaba que el monstruo dejara de devorar soldados de la guardia de la ciudad.

—No, nunca. No existen monstruos así, al menos aquí —afirmó Endar, que daba un salto a un lado para librar un árbol y volver a tirar contra la descomunal criatura.

—Está claro que es alguna mezcla aberrante entre un dragón y una serpiente de agua descomunal —concluyó Viggo—. Creo que podemos llamarle Serpiendrago. Sí, me gusta, lo llamaremos así.

—No digas tonterías y piensa cómo vamos a matarlo, no lo estamos

consiguiendo, por si no lo ves —recriminó Ingrid.

—Lo de pensar, planificar y tal, no es mi fuerte. Lo de matarlo se me da mejor —dijo y tiró contra el cuerpo.

Ingrid observó el cuerpo escamado y crestado. Además de larguísimo era muy grueso, sus flechas se clavaban, pero no parecía que las sintiera demasiado. Buscó otro punto al que tirar y vio las patas. Estas, en comparación, eran mucho más pequeñas, si bien también eran gruesas. Pensó que el punto débil de un gigante era siempre sus pies. Ahí era donde debían de atacar.

—¡Soldados, reagrupaos y atacad las patas a una! —ordenó Ingrid —. ¡Todos a las patas!

Los soldados cerca del lago corrieron a atacar las patas, pero los que estaban en el bosque no acudieron. Se mantenían escondidos para no ser devorados como sus compañeros, que ya habían sufrido aquella horrible suerte.

—Me parece que tenemos unos cuantos cobardes —dijo Viggo a Ingrid.

—¡Atacad las patas, todos! —gritó Ingrid a los soldados—. ¡Hay que lisiarlo!

La cabeza volvió a descender ahora sobre un grupo de soldados en el bosque que se ocultaban bajo unos árboles frondosos. La enorme serpiente los vio de alguna forma y devoró con sus tremendas fauces a uno de ellos. Acto seguido se alzó sobre su cuerpo alcanzando una altura de cerca de diez varas. El resto de los soldados habían salido despedidos golpeados por la cabeza del monstruo, que había partido tres árboles con un sonido de madera resquebrajada horroroso.

Viggo hizo un gesto a los cazadores.

—Sigamos las instrucciones de Ingrid, tiremos contra la pata delantera izquierda —dijo con confianza y frialdad.

El monstruo era espeluznante, pero a Viggo aquello le daba igual. No le impresionaba lo más mínimo. Para él no era más que otro enemigo con el que había que luchar y al que había que matar, uno descomunal y de aspecto aterrador, salido de una pesadilla horrible.

—De acuerdo —llegó la respuesta de los dos cazadores.

Los tres tiraron contra la pata y sus flechas la alcanzaron.

—¿No son demasiado gruesas? —preguntó Endar.

—Al menos son cortas, no podrá venir corriendo —Ores suspiró aliviado.

—Tiremos y veamos si conseguimos lisiarlo —dijo Viggo.

—¡Poneos en pie y atacad las patas! —ordenó a gritos Ingrid a los soldados del bosque—. ¡Atacad todos hacia las patas! ¡Si huis os

colgaré yo misma de un árbol por cobardes!

Los gritos y amenazas de Ingrid surtieron efecto y los soldados obedecieron. Los que estaban en la orilla del lago atacaron la pata trasera izquierda mientras el resto de los supervivientes corría entre los árboles para ayudar.

—¡Yo tiraré a sus ojos para distraerlo! —avisó Ingrid a Viggo y a los dos cazadores.

—Mejor intenta cegarlo —pidió Viggo, que ponía otra flecha en la cuerda del arco y se preparaba para volver a tirar con rapidez.

El monstruo descendió sobre el grupo rezagado de soldados que corría hacia sus patas y atrapó con su boca a uno de ellos. Murió un momento después.

—Ahora ya sabemos por qué no había rastro de los cuerpos, se los comía el muy glotón —comentó Viggo.

—Y por qué no había rastro en los lugares donde atacaba —dijo Ores.

—Debe de vivir en el lago, es de mucha profundidad —comentó Endar—. Hay historias en nuestro folclore sobre el monstruo de ese lago, aunque no lo describían así.

—Me parece a mí que la mayoría de los lagos grandes tienen historias de monstruos —dijo Viggo—. Lo mismo que las cuevas de las montañas.

—Cierto —convino Endar, que se movía para volver a tirar desde otra posición.

Ingrid tiró contra el ojo, pero el monstruo se elevó con su presa en la boca para devorarla en las alturas. Ingrid maldijo entre dientes y lo volvió a intentar, aunque esta vez esperó a que la cabeza estuviera quieta un instante. Lanzó una flecha elemental de Tierra. La saeta no alcanzó el ojo izquierdo por muy poco, ya que la cabeza comenzó a moverse de nuevo en busca de otra presa. Sin embargo, la explosión de tierra, humo y elementos cegadores que siguió, sí alcanzaron el enorme ojo reptiliano.

El monstruo, afectado, ladeó la cabeza y la sacudió con fuerza, intentando librarse de lo que fuera que le había entrado en el ojo. Al mismo tiempo, con su pata trasera izquierda, intentaba despedazar a los soldados que la atacaban. Las patas terminaban en tremendas garras y los soldados estaban cayendo despedazados o aplastados contra el suelo.

Viggo y los dos cazadores estaban castigando la pata delantera izquierda. Llevaban más de una docena de flechas y la pata sangraba con una substancia que debía de ser sangre, pero cuyo color era de un

verdoso negruzco en lugar de rojizo. Debían de estar consiguiendo herirlo, aquello era buena señal. El problema era que podía llevar una eternidad dañarlo lo suficiente como para lisiarlo.

La criatura intentaba zafarse de los soldados y de las flechas que le estaban mermando las dos patas izquierdas. Golpeó con la pata trasera a los soldados, que tuvieron que apartarse para no ser aplastados. Luego intentó destrozarlos con sus garras. Los movimientos eran lentos comparados con los de la cabeza y los soldados pudieron esquivar el ataque a tiempo.

Ingrid volvió a tirar con otra flecha buscando terminar de cegar el ojo izquierdo. La flecha detonó sobre el ojo y la explosión molestó al monstruo, que movió la cabeza arriba y abajo a gran velocidad para luego sacudirla.

Viggo se llevó la mano a la aljaba y la encontró vacía. Había tirado todas las flechas que llevaba.

—Parece que es hora de darle algo más de cariño a mi Serpiendrago —bromeó, y dejó su arco en el suelo. Salió corriendo a toda velocidad en dirección al monstruo.

—Pero, ¿qué haces? —gritó Ingrid, que se percató de lo que Viggo intentaba.

—¡Sigue cegándolo! ¡Lo estás haciendo muy bien, pero le queda otro ojo! —gritó Viggo corriendo como el rayo.

Ingrid soltó varios improperios, pero sabía que era inútil. No podría hacer razonar a Viggo si se le había metido alguna de sus locas ideas en la cabeza. En medio del combate era imposible hacerle retroceder y pensar en lo que estaba haciendo. Suspiró y se tranquilizó. Buscó una flecha de Aire en su aljaba y la puso en la cuerda de su arco.

—¡Voy a cambiar de posición para intentar alcanzar el ojo derecho! —avisó a los dos cazadores.

—¿Vamos contigo? —se ofreció Ores.

—¡No, quedaos ahí y tirad desde este lado! —ordenó Ingrid, que ya se iba corriendo entre los árboles del bosque.

—De acuerdo —asintió Endar.

—¡Y no le deis a Viggo! ¡No sé qué trama! —advirtió.

—Lo intentaremos —aseguró Ores.

Viggo llegó hasta el monstruo. Corrió hacia la pata trasera donde los últimos soldados que todavía quedaban en pie intentaban repetidamente dañar a la criatura con las puntas de acero de sus lanzas. Vio que estaban consiguiendo algo, pues la sangre de la bestia bañaba el suelo.

—¡Seguid así! ¡Dadle duro! —animó.

El monstruo intentó aplastar a Viggo con su pata herida, pero este se lanzó a un lado con agilidad para evitar ser destrozado.

—Ya veo que os lo estáis pasando bien aquí —dijo a los soldados cuando terminó el movimiento y se puso de nuevo en pie. Las garras del monstruo intentaron alcanzar a Viggo, pero era demasiado rápido para el descomunal animal.

Los soldados miraban al guardabosques asombrados. Ellos se apartaban cuanto podían cuando la bestia atacaba, pero no eran capaces de esquivar los ataques como lo hacía él.

—Seguid a ello, yo lo distraigo —indicó Viggo. Salió corriendo y de un tremendo salto se subió a la pata primera, sobre la que todavía tiraban los dos cazadores y que estaba acribillada. Clavó sus cuchillos y los utilizó como agarre para escalar.

Los soldados, al ver el ímpetu de Viggo, parecieron recobrar fuerzas y volvieron a atacar con sus lanzas clavándolas una y otra vez sobre la enorme pata trasera. Era como agujerear un roble enorme, solo que sangraba si se conseguía penetrar lo suficiente.

—¡No tires ahora, que le damos! —avisó Endar a Ores.

—¿Qué hace ese guardabosques loco? —preguntó Ores sin poder creer lo que veía.

—Está subiendo por la pata, escalando… hacia el cuerpo de la serpiente… —Endar mascullaba lo que decía de lo impresionado que estaba.

Los dos cazadores observaban los movimientos de Viggo que, clavando sus cuchillos en las escamas de la serpiente, llegó a la espalda crestada. Con un movimiento muy ágil se subió a un diente de la cresta y se aferró a él. Con cuidado, comenzó a subir por la cresta del monstruo pasando de un diente a otro. Eran anchos, pero no muy altos, no más que tres personas. Eso sí, eran duros como la piedra. Viggo iba buscando dónde clavar sus cuchillos para ayudarse e iba subiendo por el cuerpo como si estuviera escalando una montaña que se movía y agitaba para deshacerse de sus enemigos.

—Está loco… —Ores negaba con la cabeza mientras observaba las acrobacias escaladoras de Viggo.

—Muy, muy loco —convino Endar, que asentía sin poder dejar de mirar con ojos enormes.

Les llevó un momento asimilar lo que estaban contemplando. Si el monstruo parecía irreal, ver a un guardabosques trepando por su espalda era ya el colmo. Se repusieron y comenzaron a tirar de nuevo contra la pata por la que había subido Viggo.

Ingrid se puso en una posición más adecuada para poder alcanzar mejor el ojo derecho de la bestia. Fue a tirar cuando vio a Viggo subiendo por el cuerpo de la serpiente en dirección a la cabeza.

—¡Será insensato! —exclamó sobresaltada—. ¿Pero qué hace? ¡Ha perdido la poca cabeza que le quedaba! —dijo con un sentimiento fuerte mezcla de miedo y frustración. Viggo era imprevisible, alocado y un merluzo. Solo a él se le ocurriría semejante curso de acción. El plan de cegarlo y lisiarlo era el menos peligroso. Pero bien pensado, ¿cuándo optaba Viggo por lo seguro? Nunca, y si lo hacía era por puro accidente.

Se recompuso y exhaló. No había nada que ella pudiera hacer ahora para detener a Viggo. Se centró en seguir adelante con su plan de cegar al monstruo antes de que devorara al insensato. El ojo izquierdo estaba cerrado, por lo que mucho no podía ver. Era momento de obstruir o herir el otro hasta dejarlo inservible. Levantó el arco, apuntó con cuidado siguiendo los movimientos de la cabeza del monstruo y soltó. La flecha de Aire se dirigió al ojo de gran reptil.

La serpiente estaba distraída e intentaba deshacerse de Viggo, al que había detectado sobre su espalda. Los cuchillos del guardabosques no parecía sentirlos demasiado, como si entre las escamas y la piel que hubiera debajo tuviera una capa protectora que estos no conseguían penetrar. Sin embargo, permitían a Viggo sujetarse mejor cuando el monstruo realizaba movimientos bruscos para tirarlo al suelo.

La flecha de Ingrid alcanzó la boca en lugar del ojo al moverse este para devorar a Viggo, que ahora colgaba de sus cuchillos bamboleando de un lado a otro e intentando evitar las enormes fauces que buscaban matarlo. Había perdido el apoyo en los dientes de la cresta y luchaba por no caer y matarse. Se produjo un estruendo al que siguió una descarga.

La serpiente emitió una especie de chillido agudo y cerró la boca. Le había dolido. Elevó la cabeza con movimientos bruscos y sinuosos que pretendían evadir más flechas como aquella. Viggo sufría las sacudidas mientras intentaba alcanzar la cresta para poder asegurarse y seguir subiendo por la espalda.

Ingrid se animó, pues las flechas de Aire le hacían daño. Buscó otra en su aljaba mientras Viggo seguía subiendo por el cuerpo del monstruo clavando sus cuchillos e intentando no irse al suelo cuando la serpiente se lo intentaba quitar de encima.

El muchacho se quedó colgando de sus armas tras una sacudida. Estaba cerca de la cabeza del monstruo, pero al mismo tiempo a ocho varas de altura del suelo. Si se caía se iba a matar.

Ingrid tiró de nuevo sin apuntar demasiado, necesitaba que el

monstruo no atacara a Viggo. La flecha de Aire golpeó bajo la cabeza y se produjo otro estruendo acompañado de una descarga. El monstruo se sacudió y el movimiento provocó que Viggo perdiera el agarre de uno de sus cuchillos y quedase colgando de una mano desde aquella enorme altura.

—¡No! —exclamó Ingrid al verlo.

Los soldados atacaron la pata y el monstruo volvió a chillar. Tenía las dos patas izquierdas en muy mal estado y perdían aquella sangre de color corrupto. Ahora el daño era visible en las carnes de aquella bestia.

De súbito, la parte final del cuerpo salió del agua y a forma de látigo golpeó a los últimos tres soldados que quedaban en pie atacando. Los envió por los aires y cayeron a varios pasos de distancia. No se levantaron.

Los dos cazadores continuaron con su ataque a la otra pata hasta que se quedaron sin flechas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ores.

—Rematemos esa pata —dijo Endar.

—Lo más probable es que nos mate —dijo Ores.

Endar señaló a Viggo, que colgaba de una mano.

—Si él puede hacer eso, nosotros podemos lisiar esa pata.

Ores asintió. Ambos sacaron sus cuchillos de caza y corrieron a toda velocidad a atacar.

Ingrid cogió la última flecha que le quedaba, una elemental de Tierra. Consciente de que tenía que acertar al ojo o Viggo no lo contaría, apuntó con mucho cuidado. La serpiente intentaba morder a Viggo, pero el ángulo de giro era demasiado y no llegaba, así que comenzó a sacudir la cabeza con fuerza para tirarlo. Ingrid se puso muy nerviosa, no iba a poder aguantar aquellas sacudidas tremendas. La cabeza se movía demasiado para un tiro certero.

Endar y Ores acuchillaban la pata como posesos, soltando tremendas dentelladas perforantes. Intentaban ayudar como fuera. El monstruo detuvo las sacudidas y los miró, habían llamado su atención y ahora los mataría. En ese instante, cuando los dos cazadores se supieron muertos y con Viggo colgando de una mano sujeta a su cuchillo, la flecha de Ingrid voló rauda y certera. La bestia comenzó a mover la cabeza cuando la saeta alcanzó el costado del ojo derecho y se produjo la detonación cegadora.

La serpiente chilló y su ojo se cerró. La flecha había hecho efecto.

—¡Sí! —exclamó Ingrid victoriosa.

Viggo consiguió agarrar de nuevo su otro cuchillo. Ahora colgaba

sujetado de los dos machetes y ya intentaba encaramarse a un diente de la cresta muy próximo a la cabeza.

—¡Aparta, se mueve! —avisó Ores a Endar. Los dos cazadores dieron dos brincos atrás al ver que la pata herida se movía.

La descomunal serpiente se dio la vuelta como pudo con dos de sus patas lisiadas, con movimientos pesados, lentos y desequilibrados. Parecía un gran barco que zozobraba contra las rocas. Encaró el lago y avanzó hacia el agua.

—¡Va a sumergirse! —avisó Ingrid, que ahora corría hacia los cazadores.

Con torpeza y grandes dificultades para no irse de lado, el monstruo fue a sumergirse en el lago. Viggo ya había alcanzado la cabeza y se subió a ella. No había cresta en la parte superior así que con todas sus fuerzas clavó sus cuchillos.

La serpiente soltó un chillido muy agudo y sibilante. La cabeza comenzó a descender a toda velocidad hacia la superficie del agua. Viggo adivinó el movimiento y fue a lanzarse al agua, pero la altura era todavía grande, así que siguió atacando. El guardabosques vio que iban a sumergirse y saltó de la cabeza un momento antes de que esta rompiera la superficie cristalina. Viggo entró en el lago con los pies por delante a un lado de la tremenda zambullida del monstruo, que un momento después desapareció en las profundidades del lago.

Viggo salió a la superficie resoplando.

—¡Viggo! ¿Estás bien? —preguntó Ingrid mientras corría a ayudarle a salir del agua.

—¿Bien? Estoy fenomenal —dijo sacudiéndose las ropas mojadas.

Ingrid fue a soltarle un rapapolvo, pero Viggo se le adelantó y le dio un beso.

—Esto no te librará —amenazó ella.

—Lo sé, pero de momento me vale —sonrió—. ¿Vosotros cómo estáis? —preguntó mirando a Endar y Ores.

—Bien… estamos bien —dijo Endar.

Ores se miró de arriba abajo como cerciorándose de que no le faltara ningún miembro.

Viggo estiró los brazos.

—Bueno, esto ha estado de lo más divertido. Tenemos que repetirlo más a menudo.

Las expresiones en los rostros de Endar y Ores se volvieron de horror.

—Déjalos estar, creo que ya han tenido bastante por un tiempo —

dijo Ingrid a Viggo.

—Ha sido un placer, cazadores, os veo en la siguiente cacería de monstruos —guiñó un ojo Viggo, que acompañado de Ingrid se dirigió a ver si había supervivientes entre los soldados.

Capítulo 11

—¡Esto ha sido un desastre clamoroso! —bramó el magistrado Mustrel gesticulando y con expresión de estar muy descontento. Se puso en pie y comenzó a andar en círculos por su despacho.

—No ha sido un éxito total, pero al menos hemos conseguido herir y ahuyentar al monstruo —replicó Ingrid de pie en medio de la estancia. A su lado estaba Viggo y algo más retrasados los cazadores Ores y Endar, Ermos, el jefe de la aldea de Piedra Alta, y los cuatro soldados supervivientes.

—¿Cómo explico yo al duque Wrotoson lo sucedido? ¡No me va a creer! —levantó los brazos al aire Mustrel, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no va a creerse una historia corroborada por todos estos testigos? —Ingrid señaló a todos los presentes.

—¡Porque trata sobre un monstruo que nunca antes se ha visto en Norghana! —exclamó el magistrado con expresión de agobio.

—Es una criatura mitad serpiente, mitad dragón y de agua —indicó Viggo—. Yo la he llamado Serpiendrago y quiero que, en los tomos de historia, los de criaturas míticas y los cantares de bardos y trovadores, me reconozcan como descubridor del monstruo. Más que eso, que se sepa que yo vencí al monstruo y le hice huir.

Ingrid le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿Lo venciste tú solo? —preguntó con tono de regañina.

—Bueno, luchamos todos contra el monstruo, pero el golpe final fue mío. Por lo tanto, merezco el reconocimiento.

—¿Una serpiente monstruosa de más de treinta varas de longitud, con fauces enormes, cuerpo grueso como varios robles centenarios y con cuatro patas terminadas en garras? —preguntó Mustrel para cerciorarse antes de contárselo a nadie. Su cara expresaba que no daba crédito.

—Y de espalda crestada de cabeza a cola —añadió Viggo—. Yo subí por ella para conquistar a la abominable bestia. ¡Que lo sepan los poetas!

—No puedo ni concebir semejante criatura.

—No por eso deja de ser cierto que ha aparecido en el lago Krystall —insistió Ingrid.

—Vosotros, los de la aldea, ¿lo corroboráis también? —preguntó Mustrel señalándolos con el dedo.

—Un monstruo como nunca se ha visto —aseguró Ermos—. Terrorífico, se llevó al capitán por los aires de un bocado y se lo comió.

—Y al resto de soldados también —añadió Ores.

—Es como los Guardabosques lo han contado. Confirmo lo que han dicho palabra por palabra —aseguró Endar.

—Todos lo vimos, podemos confirmarlo —afirmó Ermos.

—¡Increíble! ¡Horroroso! —exclamó Mustrel.

—Lo fue… —dijo uno de los soldados supervivientes que tenía en brazo roto y lo llevaba encastrado con tres tablas y vendajes fuertes.

—¿Vosotros también lo afirmáis entonces? —preguntó el magistrado a los soldados.

—Es como lo han contado. ¡Espeluznante! Por más que clavábamos las lanzas en su pata apenas conseguíamos herirle.

—Fue mucho peor de lo que lo han contado. Se comía a nuestros compañeros como una serpiente gigante a pequeños roedores —confirmó otro de los soldados.

Mustrel hizo gestos con las manos de que ya había oído suficiente.

—Está bien. No me queda otro remedio que concluir que lo que me habéis narrado sucedió. Informaré al duque.

—Deberíais situar un puesto de vigilancia en ese lago por si el monstruo vuelve a aparecer —recomendó Ingrid—. Nosotros informaremos a Gondabar y enviará a Guardabosques a vigilar el área, pero sería mejor un puesto permanente de soldados del duque.

—Se lo recomendaré a mi señor, a él corresponde tal decisión —asintió Mustrel y se quedó en silencio un momento—. ¿Creéis que ese monstruo puede volver a aparecer y atacar?

Viggo se encogió de hombros.

—Si tiene hambre podría volver a salir —comentó sin mucha convicción.

—No lo sabemos, pero como no pudimos matarlo… queda la posibilidad de que vuelva a aparecer —indicó Ingrid.

—Lo que no entiendo es por qué aparece aquí un monstruo semejante cuando nunca antes lo había hecho. ¿Por qué ahora? —el magistrado se sostenía la barbilla con los dedos mientras reflexionaba sobre las preguntas que iba formulando en voz alta.

Ingrid y Viggo intercambiaron una mirada.

—Hay nuevas que indican de la aparición de un monstruo similar.

Puede que esté relacionado, tendremos que investigarlo.

—Qué tiempos tan extraños vivimos —comentó Mustrel.

—Tiempos extraños son —confirmó Ingrid.

—Sargento Lomas, que los hombres se retiren a descansar y cuiden de sus heridas —indicó al sargento, que esperaba órdenes junto a la puerta.

—Al momento, señor.

—Vosotros, quedaos y narrad a mis ayudantes todo de nuevo. Quiero tener vuestros testimonios por escrito —dijo a los cazadores y al jefe del Piedra Alta.

—Lo que el magistrado necesite —se ofreció Ermos con una pequeña reverencia.

—Nosotros debemos partir e informar a Gondabar y los otros líderes de lo que aquí ha sucedido —dijo Ingrid.

—Muy bien. ¿Cuándo partiréis?

—Al amanecer.

Mustrel asintió.

—Podéis decirle a Gondabar, y que se lo trasmita al rey, que el magistrado Mustrel de la ciudad de Ostangor, fiel servidor del duque Pilman Wrotoson, ha colaborado con sus Guardabosques como se le ha requerido.

—Lo haremos —aseguró Ingrid.

Con un pequeño saludo respetuoso Ingrid y Viggo abandonaron la estancia dejando al magistrado y sus ayudantes con sus trámites.

Ya en sus aposentos Viggo se tiró sobre la cama y resopló.

—Vaya aventurita…

—No deberías haberte lanzado sobre la serpiente —amonestó Ingrid—. Si sigues haciendo locuras te vas a matar.

—No ha sido una locura tan grande… —se defendió Viggo—. Yo la definiría como locurilla —afirmó tumbado con las manos entrelazadas tras la cabeza.

—De eso nada, ha sido una insensatez. ¡Te vas a matar y yo tendré que verlo y sufrirlo! —regañó Ingrid muy enfadada.

—Vamos, no te enfades. Ya sabes cómo soy… A veces no puedo evitar hacer alguna que otra locurilla.

—¿No te das cuenta de que si te pasa algo la que voy a sufrir soy yo? Me romperás el corazón del disgusto.

Una lágrima bajó por la mejilla de Ingrid.

Viggo se incorporó. No había visto nunca a Ingrid así, tan afectada.

—Lo siento… yo…

—No lo sientas y haz las cosas con cabeza.

—Lo intentaré —aseguró él y se acercó a abrazarla. La tomó en sus brazos e intentó besarla, pero ella apartó el rostro.

—No estás solo en esto, somos dos. Tienes que dejar de pensar solo en ti. No puedes ir por ahí como si fueras inmortal, no lo eres y un día te lo demostrarán. ¿Y qué pasará entonces? Que yo tendré que llorar tu muerte. Yo y todos los que te queremos.

Viggo quedó afectado por las palabras de Ingrid.

—Tienes razón… He sido muy alocado y no he pensado en nadie… en las consecuencias si algo me ocurriese…

—Te lo digo porque no quiero perderte en una de tus aventuras. El dolor y el sufrimiento que me causarías sería insoportable.

—Yo tampoco quiero perderte… —reconoció él dándole un beso en la frente—. Lo tendré presente. Lo último que quisiera es hacerte daño, que sufrieras, eso no me lo perdonaría.

—Si te importo de verdad, no lo hagas.

—Me importas más que nada en este mundo. Eres lo más importante en la vida para mí. No te haré sufrir, te lo prometo.

Ingrid se tranquilizó al oír las palabras de Viggo y ver en sus ojos que realmente las sentía.

—Lo has prometido. Recuérdalo.

—Lo haré, no te preocupes. ¿Me dejas besarte ahora? No puedo resistirme a esos ojos arrebatadores y esos labios embriagadores tuyos.

Ingrid sonrió.

—Bésame, truhan.

Viggo la besó lleno de pasión.

Era pasada media noche cuando Viggo despertó a Ingrid con suavidad.

—¿Qué ocurre? ¿Nos atacan? —preguntó ella saliendo de un sueño profundo y buscando sus armas en un acto reflejo.

—No, todo está bien, tranquila.

Ingrid abrió los ojos y vio que Viggo estaba vestido y armado. Observó la habitación, que estaba en calma y comprendió.

—¿A dónde vas?

—Tengo un asuntillo pendiente…

—¿Vas a salir de noche otra vez? ¿Vas a los barrios bajos de la ciudad?

—Sí, hay algo de lo que debo encargarme…

—¿No me has prometido que no ibas a hacer más locuras?

Viggo miró al techo de la habitación.

—No es una locura. Apenas es peligroso.

—Ya, y yo me lo trago —Ingrid cruzó los brazos sobre el torso.

—Si te he despertado para avisarte y todo —sonrió Viggo.

—No creo que entiendas lo que significa no hacer locuras. Despertarme para decirme que las vas a hacer no implica que esté bien hacerlas.

—Es un principio. Hay que ir poco a poco, uno no pude cambiar de golpe de la noche a la mañana —se disculpó Vigo encogiéndose de hombros.

Ingrid se puso en pie y comenzó a vestirse con todo el equipamiento de guardabosques.

—No has mantenido tu promesa ni un día —replicó Ingrid.

—¿Por qué te vistes…?

—Porque voy contigo, ¡por qué va a ser!

—De eso nada. No puedes venir conmigo. A donde me dirijo tú no puedes ir.

—¿Y tú sí?

—Yo soy una rata de cloaca de esta ciudad, no lo olvides. Por ello puedo ir a sitios que otros no pueden, como tú.

—Si tú vas, yo voy.

—Ingrid… no seas cabezota…

—Viggo… no me vas a convencer.

Él resopló.

—Está bien, pero haz lo que yo te diga y mantente a distancia. Si te ven estaremos en un problema grave.

—¿No habías dicho que apenas era peligrosa esta escapada tuya?

—Me refería a mí, no es peligrosa para mí. Para ti sí que lo es.

—Bueno, me da igual. Voy contigo.

—Eres todo un encanto y tremendamente fácil de contentar —dijo Viggo dándole un fugaz beso en los labios.

Capítulo 12

El erudito Alvis dejó su gran sillón y condujo a Egil y Gerd escaleras abajo. Cuando Alvis se puso en pie se percataron de que era un hombre muy menudo. Daba la impresión de ser un niño que había envejecido con el paso de los años, pero que no había crecido como lo hacían las personas normales.

Los dos amigos lo observaban bajar las escaleras mientras lo seguían e intercambiaban miradas. Ambos iban pensando lo mismo, no parecía sufrir de enanismo, como era el caso de Enduald, hermano de Sigrid. Simplemente parecía haber dejado de crecer a los doce años. Era curioso que la persona que se suponía que tenía más conocimientos de todo el norte de Tremia fuera un ser tan pequeño.

Egil pensó que corroboraba la teoría de muchos estudiosos de Tremia de que el tamaño del cuerpo y el de la mente no estaban relacionados en absoluto, cosa que la inculta plebe y la mayoría de los norghanos creían. En Norghana el tamaño de la persona definía gran parte de su valía. También era cierto que la mayoría de los norghanos eran altos y fuertes como robles y brutos y descerebrados como pocos. Esto no era algo que Egil pensara, sino lo que el resto de Tremia creía, no sin bastante razón.

Egil iba pensando que le parecía muy triste, y al mismo tiempo un sinsentido, tener a uno de los sabios con más conocimiento del continente y que no se dignara a ayudar a nadie. Entendía sus reticencias, pues a Egil también le gustaba que lo dejaran tranquilo para estudiar y experimentar. Sin embargo, siendo algo tan anómalo en Norghana como era tener una mente sublime, brillante y rebosante de conocimientos, era una auténtica lástima que Alvis no ayudara a la gente de su reino. La excusa de que la torre en el pasado no era parte del reino tampoco era válida para el guardabosques. Las líneas territoriales en un mapa no debían marcar nunca la voluntad de ayudar a un pueblo.

Egil era consciente de que ser un erudito no conllevaba necesariamente ser compasivo o altruista y en este caso en particular se veía claro que Alvis era bastante egoísta y solo le interesaban sus estudios, no el bienestar de la gente. Egil estaba seguro de que el sabio podría ayudar mucho tanto a los norghanos como a quien él quisiera de desearlo y con muy poco esfuerzo por su parte. El problema era

que no parecía estar por la labor. Tenía cosas más importantes que hacer que ayudar al prójimo. Por fortuna, habían conseguido una orden real, de lo contrario no les hubiera recibido. Alvis podía ser un erudito arisco y ególatra, pero no era para nada tan presuntuoso como para oponerse a una orden real. Thoran no se tomaba nada bien que se cuestionaran sus órdenes y mucho menos que alguien se negara a llevarlas a cabo.

Una vez llegaron al sótano, el erudito los llevó ante una puerta que tenía tres cerraduras grandes. Alvis sacó un manojo de llaves de gran tamaño y con pericia abrió las tres cerraduras, una tras otra.

Empujó la puerta con fuerza. Hicieron ademán de ayudar al erudito, ya que esta era de madera y estaba reforzada con acero por el lado interior y pesaba bastante, pero sorprendentemente el pequeño estudioso fue capaz de abrirla sin necesidad de su colaboración.

—Un momento, esperad aquí. Entraré y encenderé las lámparas —dijo Alvis.

Egil y Gerd se quedaron esperando fuera e intercambiaron miradas de estar intrigados por lo que se iban a encontrar allí adentro.

El erudito no tardó mucho en volver a aparecer.

—Ya podéis entrar —comunicó y les dio paso con el brazo.

Se encontraron en una enorme sala rectangular de más de cuatro varas de altura y muy amplia. La amplitud de la sala era mayor que la base de la torre, o al menos esa impresión daba. Egil miraba las cuatro paredes, alumbradas por lámparas de aceite cuidadosamente situadas sobre pedestales de piedra. Gerd se rascaba la cabeza intentando descifrar cómo era posible que el piso subterráneo fuera más grande que la propia torre.

Los libros que la sala contenía estaban situados en estanterías de madera contra las paredes y largas estructuras metálicas parecidas a armeros que se alzaban del suelo hasta el techo a lo largo de toda ella. De hecho, parecían subdividir la estancia en pasillos con cabida para dos personas.

—Aquí hay montones de libros —dijo Gerd observando pasmado las estructuras que los contenían.

—Bienvenidos a la sección de los libros más peculiares e interesantes de Tremia —anunció Alvis.

—¿Libros prohibidos? —preguntó Gerd con tono de cierto temor.

—Eso depende de los ojos con los que se miren. Prohibidos para algunos, imprescindibles para otros —respondió el erudito.

—Seguro que son todos imprescindibles —comentó Egil, que ya miraba las grandes estanterías en busca de tomos interesantes.

—Esa es también mi opinión.

—Prefiero que sean imprescindibles… —murmuró Gerd más para sí mismo que para Alvis y Egil.

—Muy bien, seguidme hasta la pared del fondo —dijo Alvis—. Allí es dónde está mi colección privada de libros sobre dragones.

Gerd miró a Egil con expresión de intriga.

Al llegar se encontraron con una enorme estantería de madera que iba de pared a pared y del suelo al techo.

—Aquí están. Todos los libros que he encontrado a lo largo de mi vida que tratan sobre dragones de forma directa e indirecta. Unos pocos pueden resultar creíbles, pero el resto son solo fábulas e historias que nadie se creería. Por no mencionar los que son puro folclore o ensayos sobre mitología del norte.

—¿Cuáles son los que pueden resultar creíbles? —preguntó Gerd con intención de ir directos al grano.

—El grandullón tiene cabeza después de todo, ¿eh? —dijo Alvis con una sonrisa traviesa, como la de un niño juguetón con picardía.

—Mucha, sí —confirmó Egil que ya ojeaba los libros.

—No suele ser lo habitual. Un norghano tan enorme y musculoso como este, por lo general, de aquí poco —dijo señalándose la frente con el dedo índice.

—Gerd es una excepción —aseguró Egil con una sonrisa de orgullo.

—Estoy presente y os oigo perfectamente —dijo Gerd abriendo los brazos y poniendo cara de incredulidad.

—Este es el trato —dijo de súbito Alvis—. Os permitiré quedaros aquí y buscar la información que queréis encontrar en mi colección con la condición de que no me molestéis bajo ningún concepto.

—¿Y por qué no nos la da y así terminamos antes y nos vamos? —preguntó Gerd, que no se podía creer que el erudito no fuera a proporcionársela de forma amistosa.

—Porque ese es el camino fácil y yo no soy amigo de tomarlo. Aquel que algo quiere debe sacrificarse y luchar por ello. Si a uno le regalan las cosas en la vida, no aprende a conseguirlas ni a valorarlas en su justa medida.

—Pero hay cientos de libros ahí, y tenemos prisa. El reino está en peligro, el dragón podría atacar en cualquier momento —explicó Gerd con tono de extrema urgencia agitando los brazos.

—El reino siempre está en peligro, lo ha estado siempre y siempre lo estará. Bien sea por la amenaza de una fuerza invasora externa, por una guerra civil interna, por un cataclismo de la naturaleza, por el ataque de criaturas mitológicas… Y pese a todo aquí seguimos y aquí

seguiremos, sea cual sea la amenaza siguiente.

—Esta amenaza es real y muy peligrosa. Podría acabar con el reino —añadió Egil intentando persuadir al erudito.

—Lo entiendo, pero como ya os he explicado siempre habrá amenazas y no por ello voy a dejar mi trabajo de lado. Hoy venís vosotros, antes vinieron otros con demandas similares y en un futuro cercano vendrán más con dificultades aún mayores. No voy a perder el tiempo cada vez que el reino está bajo amenaza, eso sería incongruente. Tampoco os voy a facilitar el camino que tanto tiempo y esfuerzo me ha llevado recorrer. Ahí tenéis toda la información de la que yo dispongo. Vuestra es para estudiarla. El tiempo que os lleve es asunto vuestro, no mío.

—Pero… —comenzó a protestar Gerd.

—Ni una protesta más. Bastante os ayudo —el tono del erudito no dejaba lugar a discusión.

—Agradecemos vuestra ayuda. Continuaremos la búsqueda nosotros —Egil puso final a la discusión con expresión de resignación en el rostro.

—Muy bien. Tampoco quiero que molestéis a mis ayudantes. Como imagino esta labor os llevará días, tendréis que procuraros vuestra propia comida y agua. Son bienes que estoy seguro podréis obtener sin problema en los campos y bosques cercanos, ya que sois Guardabosques.

Gerd no se lo podía creer y la expresión de su rostro así lo mostraba.

—Cómo que…

—Por supuesto, no será ningún problema —aseguró Egil adelantándose a la protesta de Gerd.

—Bien, vuelvo a mis estudios, ya he malgastado demasiado tiempo. Os dejo para que podáis comenzar con vuestra labor de búsqueda. Espero que halléis lo que buscáis —el erudito marchó y los dejó allí.

Gerd no pudo más.

—¡Menudo mequetrefe, lo estrangularía! —expresó con enfado.

—Entiendo cómo te sientes, amigo —dijo Egil poniéndole la mano en el hombro.

—Déjame estrangularlo una vez encontremos lo que buscamos.

—No, no podemos hacer eso —sonrió Egil.

—Se lo merece. Y unos buenos azotes, por cretino.

—No digo que no, pero no seremos nosotros los que se los den.

—Espero que un día alguien lo haga.

—Tengo el presentimiento de que ese día llegará.

—Espero que muy pronto.

—Es para enfadarse, sí —Egil miró al grandullón—. No sabía que estas cosas te afectasen tanto. Apenas recuerdo verte enojado alguna vez.

—Yo soy de buen carácter, pero que este engreído estudioso piense que su tiempo es lo más preciado del mundo y no se preste a ayudarnos cuando venimos con un problema muy grave me pone furioso. Además, el muy petulante no se digna ni a darnos de comer. Es algo lamentable y que me hace enfadar. Nosotros no estamos aquí de vacaciones, ¡Qué se ha creído ese enano vanidoso!

—Pues hemos tenido suerte al preguntar por uno de sus temas favoritos, si no esta entrevista hubiera ido todavía peor.

—Ya, menudo consuelo —Gerd tenía la frente arrugada y no podía disimular su enfado.

—Me alegra ver que tienes fuego en el alma y que de vez en cuando aflora—sonrió Egil.

—Como me enfade más va a explotar como un volcán y se va a enterar ese de lo que es bueno —Gerd cerró la mano formando un puño.

—Tranquilo, grandullón. Pongámonos a trabajar, así se te pasará el mal humor.

—Sí, a ver si es verdad.

—Comencemos por los libros del lado izquierdo. Como son tantos tendremos que ir separando los que podrían ser interesantes para consultar en más profundidad del resto. Dejemos esos en el centro de la estancia, donde hay mesas de estudio.

—De acuerdo… pero ¿cómo voy a saber si un tomo es realmente interesante o no? ¿Qué busco?

Egil observó la enorme colección de libros y se rascó la sien.

—Centrémonos en cómo detener a un dragón. Ya está entre nosotros así que todo lo relacionado sobre historia y mitología es secundario. Me encantaría poder leerlo todo, pero no disponemos de tiempo.

—De acuerdo, me centro en buscar cómo matar a un dragón.

—Ampliemos ese concepto a detener, obligar a irse, volver a congelarlo, adormecerlo y remedios similares. No solo matar.

—Oh, vale.

—Lo digo porque me temo que no encontraremos mucho sobre cómo matar a un dragón. Por lo que sabemos ya, es prácticamente

imposible para los hombres.

—Cierto. Buscaré formas de controlarlo o deshacernos de él de alguna manera.

—Sí, mejor. Además, este dragón se autodenomina inmortal, por lo que tengo la sospecha de que es todavía más fuerte que un dragón común. Bueno, si es que existe tal cosa, porque no creo que ningún dragón sea precisamente común.

—Eso es verdad. Empezaré por las estanterías altas, que llego con más facilidad, tú por las de abajo.

—Por eso te traigo siempre conmigo —dijo Egil dándole una palmada.

—Pensaba que era para que te cubriera las espaldas.

Egil sonrió y negó con la cabeza.

—Es porque abarcas mucho y porque me encanta tu compañía.

—Me alegro, a mí me encanta todo lo que aprendo contigo.

—¿Ya se te ha pasado el enfado?

Gerd lo pensó un instante.

—Desaparecido por completo.

—Muy bien, pues manos a los tomos.

—Sabes que esto nos llevará semanas, ¿verdad?

—Sí, pero qué mejor sitio para pasar semanas que este pequeño templo de conocimiento —sonrió Egil.

—Desde luego solo tú podrías ver esto de esa manera. Viggo tiene razón, eres un empollón.

—Primordial, mi querido amigo.

Gerd puso los ojos en blanco y comenzó a trabajar. Haría todo lo que estuviese en sus manos por terminar lo antes posible.

Capítulo 13

Lars y Umber picaron la pared sin descanso durante toda la tarde. Estaban molidos, pero la expectativa de encontrar el tesoro parecía proporcionarles fuerzas renovadas. Lasgol y Camu salieron a la superficie y estuvieron con Ona haciendo tareas de vigilancia mientras Astrid se encargaba de controlar a los dos cazatesoros. No es que pensaran que iban a intentar nada, pero si realmente encontraban el tesoro y este era tal, podría ser un problema. Los seres humanos tenían tendencia a cometer actos impensables cuando se encontraban con la posibilidad de apoderarse de una buena suma de oro.

Los dos aventureros trabajaban duro y habían abierto un agujero de bastante tamaño como para que entrara una persona. Ahora le estaban dando profundidad, pues no habían llegado a nada que fuera un cofre, baúl o similar que indicara un tesoro. La parte más dura había sido la inicial, la de romper la roca de la pared. Les había costado un buen rato y había supuesto un tremendo esfuerzo. Ahora estaban trabajando sobre una superficie de tierra con piedras incrustadas que, si bien seguía siendo difícil de romper, lo era mucho menos que la primera pared. Dejaban la tierra, piedras y rocas que estaban sacando a un lado para que no molestaran.

—Si no le ponéis un poco más de energía se nos va a echar la noche encima —dijo Astrid sentada sobre la carretilla.

—Energía no es precisamente que nos sobre… —se quejó Umber, que se secaba el sudor de la frente con la manga. Sudaban tanto que la sangre del rostro y cuello se les había lavado.

—Agua, por favor —pidió Lars exhausto.

—Aquí va. Está fresquita —dijo Astrid, que le lanzó el pellejo del agua. Lasgol lo acababa de rellenar en el riachuelo.

Los dos trabajadores bebieron como si fuera el más delicioso de los elixires de un afamado alquimista.

—¿Qué tal va? —preguntó Lasgol desde las escaleras.

—Sin suerte de momento —respondió Astrid.

—Comienza a anochecer y los prisioneros están algo inquietos.

—Aquí tienen para un buen rato. No creo que partamos ya hasta el amanecer.

—Voy a entrar en la cabaña con Ona y les voy a recordar lo que les

espera si intentan escapar o rebelarse —explicó Lasgol.

—Si dejas que Ona muerda al líder lo entenderán enseguida.

«Gustar idea» les transmitió Camu.

Ona gruñó una vez.

—Veamos cómo se comportan primero —dijo Lasgol, que no era amigo de la violencia gratuita, aunque, por desgracia, muchas veces no quedaba otra opción que recurrir a ella. Algunos tipejos no entraban en razón si no era a golpes o, como Viggo solía decir, hasta que veían el color de su propia sangre.

—Vosotros dos mejor encontráis algo rápido. Empiezo a pensar que ahí no hay nada enterrado y os habéis equivocado de lugar —dijo Astrid con gesto de no tener muchas esperanzas de hallar nada.

—Un tesoro no es fácil de encontrar —se defendió Umber.

—Si lo fuera ya no sería un tesoro, sino el botín que alguien ya habría encontrado y estaría disfrutando —desarrolló Lars.

—Ya… ya… Encontradlo que aquí huele muy mal —pidió Astrid señalando los cadáveres de los Defensores a un lado.

—Nos ponemos a ello —dijo Umber y volvieron a trabajar.

Astrid sabía que estaban muy cansados y que sus cuerpos estaban muy castigados por las palizas que les habían dado, lo que no ayudaba. Por fortuna eran dos hombres jóvenes y bastante fuertes y podrían sufrir un poco más.

Los golpes de los picos en la pared continuaron a intervalos cada vez más lentos, el cansancio y la falta de fuerzas comenzaron a ser patentes. Astrid se fijó en los Defensores muertos. Tenían todos algo en común que le llamó la atención: si bien parecían de diferentes regiones de Tremia, identificó a Norghanos, Zangrianos y del reino de Erenal, todos eran jóvenes. No debían de tener más de veinte años.

—Qué curioso… —musitó entre dientes.

Los hombres que acompañaban a su tío y habían perecido en las entrañas del volcán eran de más edad, curtidos, con experiencia en la vida y viajes a sus espaldas. Estos Defensores, por el contrario, eran jóvenes y no parecían tener mucha experiencia.

Astrid se quedó mirando a uno de ellos preguntándose cuándo había tenido su tío tiempo para reclutarlo y adiestrarlo. Viggen había estado concentrado en revivir a Dergha-Sho-Blaska, en proporcionar al dragón inmortal lo que necesitaba para reencarnarse. Siendo ese el caso, y teniendo en cuenta que con él habían estado sus hombres de confianza, los que Astrid vio reunirse con su tío en su hacienda, ¿cómo habían hecho para seguir reclutando jóvenes adeptos antes de morir?

Resopló. No le gustaba aquello. Algo se les escapaba y podría ser

significativo. Sentía que su tío le había ganado en su última jugada, había conseguido que el dragón se rencarnara y todavía parecía estar ganándole otra mano creando nuevos adeptos para su secta que servirían ciegamente a los designios del dragón. Un nerviosismo que sintió en el estómago le indicó que todavía había mucho en juego y que la partida no había acabado. Lo que le molestaba era que parecía estar jugando contra su difunto tío desde el más allá.

—Eso es imposible… Está muerto, el volcán lo enterró en su interior —se dijo a sí misma en un murmullo.

—¿Nos decías? —preguntó Lars haciendo un descanso.

—Nada, hablaba para mí misma.

—Eso no es buena señal —dijo Umber.

—No os preocupéis por mí y sí por encontrar ese tesoro. Las voces me dicen que aquí abajo no hay nada —dijo con tono irónico.

Los dos cazatesoros intercambiaron una mirada.

—Lo encontraremos —aseguró Lars, que se puso a picar con energía.

—Está aquí, lo sabemos —dijo Umber, que se unió a su compañero.

Astrid se quedó pensativa observando a los nuevos Defensores. Se preguntó si también los Iluminados seguirían captando adeptos y pregonando el mensaje de destrucción ahora que sus líderes habían muerto. Si lo estaban haciendo significaba que alguien había quedado al mando y eso le llevó a pensar que quizás su tío Viggen tuviera una mano derecha que no conocían y que continuaba su trabajo. Eso explicaría la existencia de jóvenes Defensores.

Se volvió hacia la entrada y pensó que lo mejor sería exponer sus dudas a Egil y al resto de las Panteras. Tenía el presentimiento de que, aunque habían cortado la cabeza a las dos serpientes, ambas formaciones todavía coleaban y eso no eran buenas noticias. Tampoco quería saltar a conclusiones precipitadas. Debían cerciorarse de si los Iluminados también se estaban reagrupando y captando para su secta y, de ser así, quién los dirigía. Esperaba que no fuera ese el caso, pero siempre era prudente imaginar escenarios donde las cosas no sucedían como una esperaba.

—¡Hemos encontrado algo! —exclamó de pronto Lars.

—¡Necesitamos luz! —pidió Umber metido de cuerpo entero dentro de la pared.

—¿Es el tesoro? —preguntó Astrid.

—Algo así —respondió Lars.

Lasgol, que había oído los gritos, bajó seguido de Camu, que apenas cabía en la entrada que habían cavado los bandidos.

—¿Qué sucede? ¿Ha habido suerte?

Astrid indicó con su cuchillo a los dos cazatesoros que estaban sacando lo que quedaba de tierra a toda velocidad. Del agujero que habían hecho surgió un aire pesado lleno de polvo y suciedad. Fue como si hubieran roto un sello que guardaba algo estanco en su interior. Los dos aventureros se pusieron pañuelos alrededor de boca y nariz para protegerse del ambiente nocivo al otro lado de la pared y luego la cruzaron portando antorchas.

—¡Hay una segunda estancia secreta! —llegó el aviso de Umber.

—No toquéis nada —advirtió Astrid.

—Vamos a ver qué hay al otro lado —dijo Lasgol con mirada de estar intrigado.

Astrid siguió a Lasgol y atravesaron la pared por el agujero que Lars y Umber habían picado. Se encontraron en una segunda estancia. Era algo mayor que la que acaban de dejar atrás y completamente de roca. De lo que no cabía duda era de qué tipo de estancia se trataba. Sobre una gran mesa de granito con un gran emblema grabado en oro descansaba un enorme cofre cerrado. Era sin lugar a duda una sala del tesoro.

—¡Es el tesoro! —exclamó Umber lleno de alegría.

—¡Tiene que ser valiosísimo, mira que cofre tan grande! —se unió Lars.

Astrid y Lasgol observaron el resto de la estancia. Tras la mesa donde reposaba el cofre cerrado, había un ornamentado féretro.

—Parece que el conde decidió que lo enterraran con su tesoro —comentó Astrid.

—Es una costumbre extendida entre muchos señores poderosos —explicó Lars—. Se les entierra junto a sus pertenencias más valiosas.

—Dicen que lo guardan de los ladrones desde el interior de la noche sin retorno —explicó Umber.

—En ese caso no hay mucho de lo que preocuparse. Los muertos poco pueden hacer —replicó Astrid.

—Al contrario, los fantasmas de los muertos pueden acabar con los profanadores —dijo Lars.

—No soy yo de creer en fantasmas —negó Astrid con la cabeza.

—Yo tampoco —se unió Lasgol—. De haber algún peligro será de la mano del hombre, no de los espíritus.

«No poder pasar, no entrar» envió Camu.

«No te preocupes, quédate en la otra estancia y mira si tu hermana necesita ayuda arriba».

«De acuerdo».

«Una cosa, ¿captas magia de algún tipo?» preguntó Lasgol.

Hubo un momento de silencio y al rato Camu envió un mensaje.

«Sí, magia».

«¿De dragón?».

«Drakoniana» confirmó Camu.

«Vaya, eso es interesante».

«Mucho interesante, pero yo no poder pasar».

Lasgol observó la abertura que los dos aventureros habían abierto y solo daba para que pasara una persona. Hacerla de un tamaño suficiente para que Camu entrara les llevaría demasiado tiempo.

«Mantente entonces a ese lado e intenta ayudarme si puedes».

«Difícil, paredes roca mucho gruesa».

«Cierto, las paredes de roca de este grosor no me gustan nada» le transmitió Lasgol que sabía que si el grosor era significativo y la roca dura siempre interferían con sus habilidades. Nada peor que gruesas paredes de roca norghana cuando se quería utilizar una habilidad sobre algo al otro lado.

«Mí tampoco».

Umber y Lars miraban el gran cofre y apenas podían resistir la urgente necesidad de estirar el brazo para llegar hasta él y abrirlo. Inconscientemente, sus cuerpos se inclinaban hacia la mesa. Sin embargo, aguantaban la tentación. No eran unos aficionados, las salas de tesoro en muchas ocasiones ocultaban peligros de este mundo o del otro.

—Mejor no os precipitéis —dijo Astrid, que buscaba alguna trampa en el suelo o en las paredes y techo.

—No nos vamos a precipitar. Nos gusta seguir vivos —sonrió Umber.

—Lo mejor es retrasarse y abrir el cofre con un palo o lanza, salvando las distancias —sugirió Lars.

—¿Es esa alguna técnica de cazatesoros? —preguntó Lasgol algo divertido por la propuesta.

—Algo así —se encogió de hombros Lars.

—No hay que tocar los tesoros, hay que ser precavidos —dijo Umber con expresión de que algo malo podía suceder.

—Retrasaos —pidió Lasgol.

Los dos aventureros así lo hicieron y Astrid les indicó que pasaran a la otra estancia. Los tres salieron y dejaron a Lasgol frente a la mesa

con el cofre. Se agachó concentrándose e intentó captar alguna energía mágica, pero no le llegó nada. Utilizó su habilidad Presencia de Aura por si captaba algo. No fue el caso. Todo parecía muerto allí dentro, muerto y enterrado hacía mucho tiempo. El lugar desprendía un olor mezcla de humedad, polvo y suciedad.

Buscó en el suelo, palpando suavemente con la mano izquierda. Para ver mejor invocó su habilidad Luz Guía y un punto de luz apareció frente a él. Ahora podía apreciar todo a su alrededor. La estancia no tenía ventanas ni puertas, era sin duda una tumba. Habían bajado al conde y su tesoro allí y habían tapiado la estancia. No había forma de entrar ni salir, si no era picando la roca de las paredes como habían hecho ellos.

Sin embargo, eso no quería decir que no previeran la necesidad de dejar alguna trampa, mágica o física. Lasgol lo meditó. Si había una trampa allí lo más probable era que estuviera muy cerca del cofre o en el mismo cofre. Cogió el arco que llevaba a la espalda y puso una flecha en la cuerda. Se retrasó hasta la abertura en la pared y entró en ella. Desde allí apuntó con su arco a la roca que estaba en el suelo justo frente a la mesa. Era bastante grande y no había forma de ponerse delante del cofre sin pisarla. Eso le pareció sospechoso.

Invocó su habilidad Flecha Elemental y tiró. La flecha salió de su arco y se convirtió en una de Tierra, como Lasgol quería. Golpeó en el centro de la piedra y se produjo un estallido acompañado del habitual compuesto cegador y aturdidor. Lo que Lasgol buscaba no era cegar o aturdid sino usar la fuerza de la detonación.

La reacción no se hizo esperar. Del techo surgieron tres lanzas metálicas que descendieron a gran velocidad hasta llegar a la piedra que hacía de iniciador de la trampa. Lasgol se alegró de no estar allí. Las lanzas lo hubieran atravesado de cabeza a pies.

—Vaya… trampa perforante superior —comentó Astrid, que asomaba la cabeza para mirar lo que sucedía.

—Sí, nos hemos librado de una buena —dijo Lasgol.

—Más bien mi chico inteligente nos ha librado de una —respondió ella con una sonrisa pícara.

—He pensado que la trampa podría estar ahí…

—Y has acertado, ya sabía yo que eras más que una cara bonita —bromeó Astrid.

—Veo que el haber encontrado un tesoro te ha puesto de buen humor.

—¿Y a quién no? —replicó ella sonriendo.

Lasgol hizo una mueca de que estaba de acuerdo.

—Voy a asegurarme de que no haya ninguna otra —le dijo a Astrid y le indicó que se retrasara.

—Muy bien, pero ten cuidado. Ir activando trampas por la vida es un tanto arriesgado.

Lasgol entendió la pulla.

—Lo tengo presente —dijo e invocó su habilidad Protección de Boscaje. Se produjo un destello verde que le recorrió todo el cuerpo y una capa de boscaje le cubrió de pies a cabeza.

—No sé si te lo he comentado alguna vez, pero con esa habilidad estás de lo más natural —bromeó Astrid.

—Ya… Muy guapo no quedo…

—No te preocupes, yo veo tu verdadera belleza debajo de todo ese boscaje que te cubre.

—Menos mal —sonrió Lasgol encogiéndose de hombros, resignado.

Su aspecto era el de un monstruo semihumano sacado de un bosque poseído. Había estado trabajando en mejorar la protección que le proporcionaba la habilidad y ahora la capa de boscaje que le recubría era el doble de fuerte y también de horrenda, pero uno no podía ser vanidoso cuando se trataba de proteger su propia vida. Solo Viggo pondría pegas a tener una armadura de boscaje. Seguro que la rechazaba porque rompía su estilo. Lasgol sonrió. Viggo era así, indomable, inconsciente y vanidoso… ¡todo un personaje!

Puso una nueva flecha en la cuerda del arco y apuntó al cofre del tesoro, a la cerradura. Era antigua, de las que ya apenas se realizaban. Para abrirla hacía falta una gran llave. Lasgol tenía la sospecha de que podía haber una trampa que se accionara al tocar la cerradura, así que decidió no correr riesgos. Tiró contra ella con una flecha que convirtió en Flecha Elemental de Aire. Golpeó la cerradura y se produjo una detonación acompañada del sonido de un trueno, a la que siguió una descarga eléctrica que hizo saltar la cerradura por los aires.

De súbito, el cofre se abrió. De debajo de la mesa surgió una hoja larga, similar a una gran espada, que realizó dos movimientos a derecha e izquierda que hubieran sesgado a quien estuviera frente a la mesa.

Lasgol resopló aliviado.

—Parece que es una trampa de hoja de tajo —indicó Astrid, que observaba detrás de Lasgol con el cuello estirado para ver mejor y con una expresión de ligero horror.

—Menos mal que no estábamos delante… —comentó Lasgol, que estaba seguro de que la hoja los hubiera cortado en dos. Quizá su protección hubiera aguantado, pero no estaba convencido. Tendría

que hacer pruebas, el problema era que bajo la protección estaba su carne.

«¿Todo bien?» se preocupó Camu.

«Sí, tranquilo. Estoy desarmando trampas».

«¿Tesoro tener trampas? Mucho interesante».

«No creas que tanto…».

«Si tener trampas seguro haber tesoro».

«Eso parece indicar, sí. Ya veremos».

—¿Crees que habrá alguna trampa más o podemos acercarnos? —preguntó Astrid con las cejas arqueadas.

—No puedo asegurar que no haya más, pero el cofre se ha abierto, por lo que podemos echar un ojo con cuidado.

—Vayamos a mirar entonces —dijo Astrid y se volvió hacia los dos aventureros—. Esperad a que os llamemos.

—Pero… el tesoro… —protestó Umber.

—Nosotros… —se unió Lars.

—Tranquilos, si hay un tesoro ahí tendréis vuestra parte.

Los dos cazatesoros se miraron y entre protestas aceptaron.

Lasgol entró primero y se acercó hasta la mesa con cuidado, Astrid le siguió con su liviano caminar. Cuando estaban ya muy cerca del cofre Lasgol utilizó su arco para con uno de los extremos tocar el cofre, la mesa y el suelo ejerciendo presión, por si había algo más a la espera de accionarse.

—No parece que haya más trampas —dijo Astrid al ver que nada sucedía.

—Miremos qué hay — Lasgol se inclinó con cuidado a echar un vistazo al interior. La Luz Guía iluminaba toda la estancia, por lo que podía ver sin problema. Observó el interior un momento y luego se volvió hacia Astrid.

—¿Hay riquezas?

—Mejor mira tú —dijo Lasgol, que se apartó para que Astrid pudiera mirar desde la misma posición en que él lo había hecho. Astrid observó el interior y su ceño se frunció. Sacó uno de sus cuchillos y, con la mano derecha, sacó lo que había dentro del cofre.

—Un collar de grandes perlas… de plata… —expresó Lasgol sorprendido al ver el objeto.

—Extraña joya… las perlas son grandes y plateadas… demasiado grandes y de color poco habitual para una joya… —comentó Astrid que la tenía colgando de su cuchillo y la observaba con mucha atención.

—No sé si realmente lo es, se me ha erizado todo el bello de la nuca.

—¿Magia? —Astrid le miró con ojos preocupados.

«Sí, magia Drakoniana» llegó el mensaje mental de Camu.

—Eso lo aclara —comentó Lasgol—. No lo toques por si acaso.

—Tranquilo, no pensaba hacerlo —sonrió Astrid.

Lasgol rodeó la mesa con cuidado y llegó hasta el féretro. Lo examinó buscando trampas y volvió a usar su arco para ir presionando alrededor del ataúd. Luego lo hizo sobre el propio féretro. No se activó nada.

—Parece seguro. Voy a abrirlo —le dijo a Astrid.

—No te confíes.

Lasgol asintió. Con la ayuda de su cuchillo, y apartándose cuanto pudo, forzó la tapa en varios puntos hasta que finalmente se desplazó un poco con un chirrido de madera al quebrarse. Un olor horrible surgió del interior y Lasgol tuvo que ponerse su pañuelo de Guardabosques para protegerse nariz y boca. Despacio, con ayuda de cuchillo y hacha, fue empujando la tapa hasta dejar a la vista medio esqueleto de alguien que debía de ser el conde.

—Parce que aquí yace el conde Vendros, último de los Ilsmarsen —proclamó Lasgol, que se puso en pie y detuvo sus habilidades.

Astrid miró hacia la abertura en la pared.

—Podéis entrar —dijo a los cazatesoros.

Los dos jóvenes entraron en la estancia y se pusieron a mirarlo todo como si fueran dos sabuesos husmeando un tesoro. Al ver el cofre vacío se llevaron una decepción tremenda que sus rostros no pudieron disimular.

—Está vacío… —se lamentó Umber con un gesto de rabia.

—¿Solo había ese extraño collar en el cofre? —preguntó Lars entre sorprendido y decepcionado.

—Así es —dijo Astrid.

Lars miraba el collar intentando valorarlo.

—No he visto nunca perlas así, no podría decir cuánto vale esa joya.

—Mejor no la toques, está encantada —advirtió Astrid.

Lars apartó las manos y echó la cabeza atrás al momento.

—¡Aquí hay algo! —exclamó Umber.

Todos le miraron. Estaba rebuscando en el interior del ataúd, alrededor del esqueleto del conde.

—¿Qué es? —se animó Lars que se apresuró a su lado.

—¡Son joyas! —mostró Umber levantando las manos. En la derecha colgaba un collar de oro y brillantes y en la izquierda lo que parecían varias cadenas también de oro con zafiros como joya central.

—¡Déjame ver! —el cazatesoros se arrodilló junto a su amigo y los dos examinaron la media docena de joyas que habían encontrado.

—Parece que sí que había un tesoro escondido después de todo —comentó Astrid.

—No es tan grande como el que esperábamos, pero conseguiremos buen oro por estas joyas —dijo Lars.

—Bueno… después de decidir cómo repartimos el botín, claro — Umber miraba a Lasgol y Astrid con incertidumbre en los ojos.

—Tranquilo, nosotros solo queremos el collar de perlas de plata — dijo Lasgol.

—¿De verdad? ¿El resto es para nosotros dos? —preguntó Lars incrédulo.

—Somos Guardabosques, no podemos quedarnos con el tesoro. Tendríamos que entregarlo a las autoridades —dijo Lasgol.

—¡No! ¡Es nuestro, lo hemos encontrado, nos pertenece! —exclamó Umber.

—Los tesoros son de quien los descubre —añadió Lars asintiendo con fuerza.

—Según la ley del rey no es así —aclaró Astrid.

Los dos hombres miraron a Astrid y Lasgol con ojos de ruego.

—Llevaos las joyas, os las habéis ganado —dijo Lasgol.

—¡Gracias! —Umber se levantó como el rayo y se dirigió a la salida.

—¡Mil gracias! —Lars le siguió raudo.

Un momento más tarde los dos cazatesoros se perdían a la carrera en el bosque como si los persiguieran lobos hambrientos.

—Verás cuando Viggo se entere de esto —sonrió Astrid.

—Ya —asintió Lasgol—. Tendré que oírle despotricar hasta el verano.

—Por lo menos —rio Astrid.

Lasgol observó el collar que Astrid sostenía en su cuchillo.

—Extraña joya —Sacó una bolsa de cuero y la abrió. Astrid dejó caer el collar dentro.

—¿Qué hacemos ahora? —Astrid miró indecisa.

—Llevaremos a los prisioneros a las autoridades y regresaremos a

la capital. Quiero que Egil y Eicewald le echen un ojo a este descubrimiento.

—¿Crees que es importante?

—No lo sé, pero podría serlo. Los Defensores lo buscaban, así que hemos de deducir que es una orden de Dergha-Sho-Blaska. El porqué… no tengo ni idea.

Astrid asintió.

—En marcha, hay que averiguarlo.

Capítulo 14

Nilsa llegó hasta la torre de los Magos de Hielo. Era un lugar al que no le gustaba demasiado ir y evitaba hacerlo si le era posible. Cuando se veía obligada se ponía nerviosa y le entraba una intranquilidad que no se quitaba de encima en días. Sabía muy bien a qué se debía: aquella torre era un lugar de magia. Ya no sentía el odio y desconfianza que una vez había sentido, pero todavía quedaba un resquicio de aquellos sentimientos que hacía que se pusiera un tanto nerviosa. Era algo que no podía evitar, aunque fuera consciente del motivo e intentase no sentirse así.

Suspiró antes de llamar a la puerta. No tenía por qué preocuparse, la magia que se practicaba en aquella torre y los magos que había en ella eran aliados que servían al rey y a Norghana de una forma similar a como lo hacían los Guardabosques, los primeros defendiendo el reino con magia de agua y los segundos con sus arcos, hachas y cuchillos. Eran dos grupos muy diferentes en cuanto a composición y forma de vida, pero no así en cuanto a sus objetivos, que eran fundamentalmente los mismos.

Asintió varias veces mientras ojeaba la gran puerta de la torre. Los Magos de Hielo servían a la corona desde hacía generaciones. Eran conocidos en el reino, ellos y su magia. Nilsa los había estado estudiando por su cuenta desde que había ido al Refugio a instruirse para conseguir su Especialidad. En la biblioteca real había tomos sobre estos magos, sobre su magia, su historia, su organización, jerarquía, lealtad y otros temas de interés. Como ahora podía acceder a casi todo el castillo, nadie ponía reparos a que consultara los tomos, una gran ventaja que aprovechaba. Egil les había enseñado que había mucho conocimiento y que, si uno sabía buscar, podía encontrar tesoros en forma de información. Nilsa estaba de acuerdo con aquello y lo ponía en práctica.

Sonrió con picaresca. La razón por la que estudiaba a los Magos de Hielo era muy sencilla: debía conocer al enemigo para poder vencerlo. No es que los Magos de Hielo fueran sus enemigos, al contrario, pero eran lo más parecido a un enemigo que podría tener en Norghana un Cazador de Magos como ella. Pasaba parte de las noches en la biblioteca. Al principio eran pocas horas, pero cada vez pasaba más tiempo allí, casi sin darse cuenta. Le restaba horas de sueño, pero

sabía que sumaba a su conocimiento, algo que la convertiría en mejor Cazadora de Magos y que podría salvarle la vida un día. En el Refugio no le habían enseñado nada específico sobre los Magos de Hielo y ahora que estaba fuera se daba cuenta de que, muy probablemente, se debía a que eran aliados. Estaría muy mal visto que enseñaran a los Guardabosques a matar a sus propios magos.

Nilsa miró hacia arriba siguiendo la pared de roca de la torre. Sabía que los Magos de Hielo eran poderosos por Especializarse en un solo tipo de magia elemental: la de agua. Quería saber todo sobre ellos y así mejorar sus habilidades. Seguía experimentando y creando sus propias flechas anti-mago, y los resultados eran cada vez mejores. Deseó poder probar sus mejoras en un duelo no a muerte con un Mago de Hielo, pero no creía que se lo fueran a conceder. Los Magos de Hielo, como muchos otros magos, eran muy reservados y tremendamente esquivos, y también bastante altivos. No se prestaban a ayudar a otros y mucho menos sabiendo que el objetivo era buscar mejores formas de matarlos.

Se le escapó un risita. No es que ella quisiera matar a ningún Mago de Hielo. Al rey Thoran no le haría la más mínima gracia tan siquiera lesionar a uno de ellos. Lo que ella quería era mejorar sus flechas y tácticas en el combate contra magos, hechiceros, brujos y cualquiera que usara la magia como arma. Y como tenía mucha iniciativa, aunque muy poco tiempo libre, seguía intentando mejorar por su cuenta.

Egil siempre la animaba a probar cosas nuevas y le aportaba ideas y sugerencias. Viggo, por el contrario, se metía con ella y le decía que dejara de crear flechas anti-mago. Según él las últimas que había creado lo habían dejado ya medio sordo de un oído. Nilsa ignoraba los comentarios de Viggo y seguía con sus mejoras. Pronto tendría unas flechas que ni el más poderoso de los hechiceros sería capaz de resistir. Conseguiría incapacitarles para su magia, esa era la finalidad que Nilsa perseguía.

Llamó a la puerta con sendos golpes. La puerta de la torre estaba siempre cerrada, algo que le resultaba extraño ya que era una torre muy similar a la de los Guardabosques y esta tenía la puerta siempre abierta, aunque custodiada. En la de los Magos de Hielo no había guardias, pues no los necesitaban. Nadie se acercaba a la torre, ni soldados, ni Guardabosques, ni guardias reales, nadie. Los únicos que lo hacían eran los desdichados mensajeros que debían entregar mensajes a los magos y a su líder Eicewald, como era el caso de Nilsa aquel día.

Al pensar en Eicewald y que iba a verlo Nilsa se sintió mucho mejor y se animó. El Mago de Hielo era amigo y de entera confianza.

Además, era el líder de los Magos de Hielo por lo que nada debía temer en aquella torre. Bueno, había un elemento discordante, el mago Maldreck que había vuelto a ocupar su puesto por requerimiento del rey y que las Panteras y Eicewald sabían que era una serpiente traicionera. Debían mantener los ojos abiertos por si el muy rastrero realizaba algún movimiento sospechoso.

La puerta se abrió de forma lenta y pesada, con un sonido chirriante. Una figura apareció al otro lado de ella. Iba vestido con una larga túnica blanca, pero no era un Mago de Hielo, al menos no todavía. Era un joven de unos quince años de ojos claros y nariz larga. Nilsa no podía sentir aquellas cosas, pero supo que el joven tenía el Don y era capaz de hacer magia. Debía de ser un aprendiz de Mago de Hielo.

Nilsa lo observó de pies a cabeza. Parecía un chaval inofensivo, pero claro, tenía poder mágico y eso, per se, lo convertía en peligroso. Se le ocurrió en aquel momento que sería muy valioso tener algún tipo de detector que poder usar para saber si una persona tenía el Don o no. Que ella supiera no existía nada así, lo que era una pena pues resultaría de lo más útil, sobre todo para un Cazador de Magos. Si además podía indicar el grado y nivel del mago, sería fenomenal. Y si pudiera hacer todo eso a más de doscientos pasos ya sería perfecto. Tendría que hablar con Egil y Lasgol al respecto, quizás hasta Eicewald podría ayudar. No era algo esencialmente perjudicial para los Magos de Hielo, mientras lo tuvieran ellos, claro estaba.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó el chico con tono amable y hasta servicial. Unas ojeras oscuras rodeaban sus ojos y su voz era débil. Parecía estar cansado, más que eso, se diría que estaba agotado. Le recordó al aspecto que ellos mismos tenían cuando entrenaban en el Campamento. Muy probablemente aquel joven estaba recibiendo un aprendizaje duro a manos de los Magos de Hielo del rey.

—Vengo a ver a Eicewald, Mago de Hielo Primero del Rey.

El chico asintió.

—Preguntaré si está disponible.

—Dile que traigo mensaje de Gondabar, Líder de los Guardabosques.

El joven volvió asentir.

—Así lo haré. Espere aquí —dijo y marchó cerrando la puerta de nuevo. Por un momento Nilsa pensó que el chaval no iba a poder con la puerta y estuvo a punto de estirar los brazos para ayudarle.

Aguardó y mientras lo hacía observó el gran patio de armas. Varios grupos de soldados se ejercitaban en él siguiendo las órdenes de sus oficiales. Cuán diferente era la vida de un soldado de la de un

Guardabosques… Ellos entrenaban todos los días y realizaban alguna que otra labor, sobre todo de escolta de suministros y personas, o limpieza y abastecimiento. En general su existencia era tranquila y no muy dura y se les veía relajados en los barracones descansando gran parte de su tiempo, salvo cuando había conflicto armado. En ese momento su vida era verdaderamente difícil, pues se la jugaban en el campo de batalla. La de los Guardabosques era mucho más movida, pues siempre estaban en misiones, de un lado para otro. Y cuando había conflicto armado también luchaban.

Nilsa sonrió. Prefería mil veces ser Guardabosques antes que soldado. Aunque sus vidas fueran más difíciles que las de estos, que tenían mucha menos carga de trabajo diario y corrían menos riesgo. No los menospreciaba, porque un reino sin soldados era presa de un reino más poderoso, por lo que eran indispensables, pero prefería a los Guardabosques.

La puerta se volvió a abrir lentamente con un crujido. El joven apareció de nuevo, pero no la invitó a entrar. A Nilsa no le extrañó. Nadie que no fuera un Mago de Hielo era bienvenido allí. Tras el joven apareció Eicewald, sonriente.

—Nilsa, ¡qué agradable sorpresa!

—Eicewald, me alegra verte —respondió ella sonriendo también.

El líder de los Magos de Hielo salió de la torre y le dio un abrazo. Luego le hizo un gesto con la mano a Nilsa para que le siguiera.

—Caminemos, hace un día precioso y quiero disfrutarlo un poco.

—Pasas demasiado tiempo encerrado en esa torre —comentó Nilsa mientras paseaban cerca de los soldados que ensayaban una y otra vez sus movimientos de ataque y defensa.

—Ya lo creo que sí. Ven más a menudo a buscarme, me hace bien salir y que me dé un poco el sol.

—Con lo pálidos que sois todos los Magos de Hielo no sé yo si el sol es bueno para vosotros —bromeó Nilsa dejando escapar una risita.

Eicewald sonrió.

—Aunque no lo creas, nos hace bien. El sol siempre hace bien.

Continuaron caminando y disfrutando del día.

—Te traigo un mensaje de Gondabar a entregar en mano —dijo Nilsa mostrándole el mensaje enrollado y sellado.

—Entonces será algo importante —comentó Eicewald que lo cogió y se detuvo a leerlo.

Nilsa observó cómo el mago leía el mensaje detenidamente. Cuando terminó de leerlo miró hacia el cielo un largo instante.

—¿Malas noticias? —preguntó Nilsa que sabía que no debía

preguntar, pero no pudo contenerse.

—No, no son malas noticias, tranquila.

—Menos mal —resopló Nilsa.

—Es sobre Dergha-Sho-Blaska.

—Oh.

—He de reconocer que todavía me cuesta aceptar que un dragón se haya reencarnado en este tiempo. Lo que me habéis contado en confianza sobre lo que sucedió y lo que descubristeis, lo he pensado y razonado durante este invierno y, aun así, todavía me cuesta aceptarlo —confesó el mago sacudiendo la cabeza.

—Te aseguro que lo ha hecho. Yo lo presencié, estaba allí. Todos lo vimos y no son imaginaciones nuestras ni estábamos bajo los efectos de ninguna magia, efluvios de volcán ni nada parecido. Sucedió, debes creernos —insistió Nilsa, que recordaba bien que cuando se lo contaron a Eicewald el mago había mostrado sus reservas.

—Lo sé y os creo. Me ha costado, pero he llegado a la conclusión de que debe de ser verdad. Es curioso, si fuera cualquier otro quien me lo hubiera contado, ya fuese un mago ilustre, el rey de un reino poderoso, un sabio o erudito sin tacha, lo más probable es que no le hubiera tomado en serio. La historia es impensable. Sin embargo, a vosotros os creo. He vivido ya unas cuantas aventuras a vuestro lado y, conociéndoos como os conozco, sé que decís la verdad por muy improbable que esta sea.

—Además, estas cosas tienden a pasarnos a nosotros —se encogió de hombros Nilsa con expresión de resignación en el rostro.

Eicewald soltó una suave carcajada.

—Cierto, muy cierto. Los líos en los que os veis envueltos deberían estar en los libros de historia de Norghana, en la biblioteca real para que nunca se olvidaran —dijo mirando hacia el edificio principal del castillo.

—Me temo que acabarían en cuentos y fábulas Norghanas.

El mago sonrió.

—Probablemente. Sin embargo, por descabellado que parezca este embrollo en el que nos encontramos inmersos, ha despertado mi curiosidad.

—¿En qué sentido?

—Quiero colaborar en la resolución del problema del dragón. Si lo piensas, es algo fascinante.

Nilsa puso cara de horror.

—¿Fascinante?

—Bien, terrorífico también —asintió Eicewald—. Pero para un mago como yo, el tener una criatura mitológica con poder al alcance de la mano es una oportunidad que no se da en mil vidas.

—Una oportunidad que puede robarte tu vida —avisó Nilsa gesticulando con el dedo índice.

—Entiendo el peligro que corremos todos. Aun así, es una oportunidad única. Según los estudios de varios eruditos al respecto, los dragones llevan desaparecidos en Tremia más de cinco o seis mil años.

—Para quienes crean que los dragones existieron.

—Exacto, pues la gran mayoría de estudiosos piensan que no han existido, que son criaturas mitológicas, de fábulas.

—Pues cuando se encuentren con Dergha-Sho-Blaska se van a llevar el despertar de sus vidas. Uno que será muy corto pues los calcinará.

—Esperemos poder evitarlo y que eso no ocurra. Cuanto más lo pienso más emocionado me encuentro ante la posibilidad de ver y estudiar a esa criatura. Debe de ser impresionante, un ser que existió en la antigüedad se extinguió y ha vuelto a Tremia.

—Lo es. Aunque yo más bien lo califico como monstruoso.

—Lo imagino. ¿Estamos seguros de que quiere hacer el mal? ¿No podríamos tenerlo como aliado y estudiarlo?

—Me temo que no se va a dejar estudiar, y en cuanto a tenerlo de aliado… creo que tampoco. Me parece que quiere destruir este mundo.

—Pero eso es lo que sus acólitos pregonan. ¿Estáis seguros de que lo ha expresado el dragón así?

—Sí, lo ha dejado bastante claro. Quiere reinar sobre Tremia y para ello arrasará a todos los que se le opongan.

—Una lástima, no suena prometedor.

—No busques alianzas o soluciones amistosas con el dragón y sus seguidores. No darán efecto y terminarás mal —aconsejó Nilsa.

—Gracias por el aviso —sonrió Eicewald.

—Se lo doy a todos. Solo de pensar en Dergha-Sho-Blaska se me pone la carne de gallina.

—Lo entiendo.

—¿Qué quiere nuestro Líder de ti? —preguntó Nilsa, que no podía aguantar la curiosidad.

—Gondabar requiere de mi ayuda con las Perlas y los portales… Quiere que los estudie, le preocupan. Es una vía de entrada que puede

ser usada en nuestra contra. Al ser un tema relacionado con la magia y el poder quiere que colabore en su estudio. Parece que Enduald y Galdason no consiguen avanzar demasiado.

—¿Podrás? —Nilsa miró esperanzada.

Eicewald suspiró profundo.

—Espero poder ser de ayuda de alguna forma, pero mis conocimientos sobre portales son muy escasos. Es muy poco lo que hay escrito o se conoce sobre puertas mágicas entre diferentes localizaciones. Es más, la mayoría de lo que he leído al respecto es pura teoría que algunos estudiosos creen que podría funcionar o la fantasía de mentes muy imaginativas, pues nunca se ha encontrado un portal.

—Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora que vosotros los habéis descubierto. Ni en mis más imaginativos sueños de explorador se me hubiera ocurrido que la Perla Blanca del Refugio pudiera generar un portal a otra Perla en otra localización de Tremia.

—Estos portales son reales y mucho. Yo los he cruzado. Cómo lo hacen no tengo ni idea, pero que cuando los cruzas pierdes el sentido y quedas muy dolorida sin poder levantarte del suelo puedo asegurártelo.

—Fascinante. No puedo esperar a poder estudiarlos —los ojos de Eicewald brillaban con expectación, pero repentinamente cambió su semblante—. El problema son mis obligaciones para con el rey Thoran…

—No te permiten centrarte en el estudio del dragón y los portales —adivinó Nilsa con tono de lástima.

—En efecto. El rey me tiene muy ocupado. Acabamos de reclutar a dos jóvenes aprendices para convertirlos en Magos de Hielo y eso lleva un trabajo tremendo.

—Sí, he conocido a uno, el que abrió la puerta, ¿verdad?

—Sí, ese es el joven Yodrik. Tiene potencial y espero que progrese, pero necesitará de mucha instrucción y atención.

—¿No pueden hacerlo los otros Magos de Hielo y liberarte de esa carga de trabajo? —propuso Nilsa mirando hacia la torre.

—Es mi responsabilidad. Además, no querría que Maldreck lo cogiera como su pupilo. Estoy seguro de que pervertiría su joven alma. Debo estar cerca y asegurarme de que se les enseña adecuadamente.

—Ufff, Maldreck —Nilsa hizo un gesto de disgusto y puso muy mala cara—. ¿Te crea problemas?

—Todavía no. Se comporta bien acatando todas mis órdenes y

pareciendo servicial.

—No te fíes, es una serpiente traicionera.

—Lo sé y no me fío. Pero ya sabes lo que dice el refrán: mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos pegados.

—Si fuera Viggo el que dijera ese refrán lo cambiaría por: y a tus enemigos muertos —sonrió Nilsa.

—Un refrán muy propio de Viggo, sí —sonrió Eicewald—. Por desgracia no puedo matarlo… y el pensamiento ha cruzado por mi mente, no creas que no, pero no soy un asesino.

—No tendrías que hacerlo tú, Viggo lo haría encantado.

—No lo dudo. Sin embargo, el rey exigiría una investigación. Los Magos de Hielo son recursos muy valiosos y muy escasos para la corona.

—Ya, no nos conviene —comentó Nilsa asintiendo.

—¿Han vuelto Lasgol y Camu? Necesitaría hablar con ellos de los portales. No hemos profundizado mucho en lo que descubrieron en cuanto a su funcionamiento.

Nilsa negó con la cabeza.

—No, siguen de misión. No tengo noticias suyas.

Eicewald asintió.

—Han estado más tiempo fuera en misiones que aquí y no hemos podido hablar demasiado sobre este tema. Es una lástima, demasiadas obligaciones…

—La misión principal es encontrar a Dergha-Sho-Blaska. Están todos centrados en ese objetivo.

—Es natural, es el peligro más obvio. Habrá que esperar a su regreso para poder estudiar más los portales.

—Esperemos que no tarden en volver.

—Echo de menos enseñarles —confesó Eicewald con una mirada amable.

—Estoy segura de que ellos también echan de menos aprender de ti. Por lo que comentaban les encantaban tus lecciones. Además, seguro que lo necesitarán.

Eicewald hizo un gesto negativo.

—Con los principios básicos que les he enseñado pueden ir mejorando sus aptitudes mágicas por su cuenta sin necesidad de mi ayuda.

Nilsa sonrió.

—Solo de imaginar a esos dos practicando el uno con el otro me

sale una sonrisa. Seguro que es digno de ver.

—Todo un espectáculo —bromeó Eicewald.

—Tengo que seguir con mis labores —Nilsa señaló la torre de los Guardabosques.

—Te acompaño. Iré a hablar con Gondabar y ver cómo puedo ayudar.

Los dos marcharon hacia la torre charlando de temas menos preocupantes. Nilsa sabía que era una forma de despejar la mente un momento y dejar de pensar que en cualquier instante Dergha-Sho-Blaska aparecería en el cielo sobre sus cabezas y atacaría el castillo. Al menos iba con Eicewald, aunque tuvo la clara sensación de que el gran Mago de Hielo no podría hacer nada contra el dragón inmortal. Morirían ambos despedazados o abrasados.

Capítulo 15

Salieron a las calles de la ciudad usando la puerta de la fortaleza como Guardabosques que eran. Los soldados de guardia saludaron con respeto y les dejaron pasar sin problema. Viggo quería usar ventanas traseras y tejados para salir sin ser vistos, pero Ingrid no veía la necesidad de hacerlo. Eran Guardabosques, podían salir y entrar cuando quisieran y nadie les diría nada. Viggo argumentó que salir por los tejados sin ser visto era mucho más divertido y elegante.

Una vez en la ciudad, Viggo se dirigió hacia la zona sur cruzando las desiertas calles principales donde los ciudadanos de bien descansaban para levantarse temprano y afrontar otro día de trabajo. A aquellas horas intempestivas, toda la gente honrada estaría durmiendo, salvo aquellos que tuvieran que trabajar de noche y dejar todo preparado para el amanecer, que eran los menos.

Ingrid seguía a Viggo, que andaba con un sigilo y rapidez marcados, como si estuvieran en una misión, lo que le preocupó. Las calles por las que estaban pasando se encontraban desiertas, quitando algunos lugareños que habían bebido demasiado y deambulaban hablando solos o buscando pelea.

Sin embargo, Viggo pronto dejó las zonas buenas de la ciudad y se metió de lleno en otras que, por su aspecto descuidado y pobre, daban impresión de pertenecer a otra clase. Navegaba por la maraña de calles estrechas y callejones sin parar a orientarse ni dudar un momento, como si llevara allí toda la vida y conociera cada esquina, intersección, plazoleta y calleja de memoria. En esta zona comenzaron a ver locales de mala reputación y clientes de aspecto nada halagüeño.

Viggo pasaba como una sombra y dejaba atrás las tabernas, posadas y otros antros y a los tipos que los frecuentaban. También comenzaron a ver personajes de la noche más sospechosos, que no parecían estar haciendo nada bueno apoyados contra una pared o en los cruces de dos calles oscuras, como pasando el rato. Ingrid observaba todo a su alrededor y sabía que eran ladrones, pendencieros, asaltadores, gente sin escrúpulos y capaces de cualquier cosa por unas monedas. Por ello llevaba la mano en la empuñadura de su cuchillo. Si alguno de aquellos hombres se le acercaba, lo descubriría en su cuello.

La zona en la que Viggo se acababa de meter era de un aspecto de

lo más deprimente. Parecía un estercolero con cabañas y casas semiderruidas. Ingrid no estaba nada contenta de estar allí, pero había insistido en acompañarle y ahora no podía echarse atrás porque fuera horrenda y peligrosa.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Viggo la condujo por callejuelas todavía más lúgubres, de aspecto peligroso y malolientes. Se veían sombras correr de un lado a otro en la distancia, por lo que Ingrid supuso que eran maleantes que no deseaban ser vistos. Nada más podía haber por aquel lugar, a excepción de ratas, cucarachas y alimañas.

El puño levantado de Viggo indicó a Ingrid que se detuviera. El muchacho se agachó. Ingrid apenas podía verlo pues la oscuridad de la noche, la ausencia de luz absoluta y lo estrecho y sucio del callejón en el que estaban no permitían ver nada. Vislumbró que Viggo hacía algo en el suelo. Se acercó hasta situarse junto a él y pudo entrever unos barrotes sucios en medio del estrecho callejón formando un enrejado y las manos enguantadas de Viggo sobre ellos.

Levantó lo que debía de ser una reja de barrotes en el suelo del callejón, que en lugar de estar fijada al empedrado había sido soltada y disimulada para parecer que seguía estándolo. El guardabosques dejó la reja a un lado y mirándola le indicó que iban a bajar. Ingrid echó la cabeza atrás por la sorpresa, él se encogió de hombros y comenzó a descender por el agujero que había quedado al retirar los barrotes.

Ingrid resopló, lo meditó un instante y le siguió. Descendió por el agujero a lo que imaginó era algún tipo de alcantarillado o desagüe de forma rectangular. Notó que Viggo estaba a su lado y que sacando las manos a la calle volvía a poner la reja en su lugar.

—Espera un poco a que tus ojos se hagan a la oscuridad —le susurró Viggo al oído.

Ingrid aguardó, pero no tenía mucha esperanza de que sus ojos pudieran ver nada. Estaban bajo tierra y no había ni una luz allí dentro. Comenzó a palpar a su alrededor. Había espacio para unas tres personas y las paredes eran de roca. Un fluido que desprendía un olor insoportable pasaba a su derecha, así que se apartó para no pisarlo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó en un susurro.

—Las cloacas. La parte sureste de las antiguas cloacas, para ser más exactos.

—¿Por qué estamos aquí?

—Quería dar un paseo romántico contigo —bromeó Viggo.

Ingrid fue a replicar, pero él se le adelantó y le dio un beso para interrumpirla.

Avanzaron por aquel pasillo. El olor era terrible y las paredes y el suelo estaban cubiertos de una mugre horrorosa.

Llegaron a una intersección y el chico se detuvo. Adelantó ligeramente la cabeza y miró a izquierda y derecha. Sacó su cuchillo y golpeó con el lateral del filo algo metálico cinco veces, despacio, siguiendo una cadencia que no parecía fortuita sino aprendida.

De pronto, del lado izquierdo llegó una respuesta. Tres golpes también en una cadencia que parecía una señal. Un instante después les llegó lo mismo desde el lado derecho. Vigo escuchó con atención, inmóvil.

Ingrid fue a preguntar qué sucedía cuando Viggo comenzó a moverse. Cruzó la intersección en línea recta y se adentró en la cloaca. Al pasar por el cruce miró a ambos lados intentando vislumbrar quién había respondido a la señal, pero no vio a nadie. No se detuvo a intentar descubrir qué sucedía y siguió a Viggo para no perderlo allí abajo.

Este torció varias veces a la izquierda siguiendo un canal principal con más cauce fétido que los que iban dejando a los lados. Las ratas, de un tamaño considerable y largas colas, aparecían y desaparecían por doquier. Se las escuchaba corretear y emitir chilliditos para luego desaparecer. Estaba todo tan oscuro que Ingrid solo las podía vislumbrar un instante y al siguiente ya no estaban, pero sabía que no andaban lejos. Pensó en que si tropezaba con la mugre y caía de bruces al canal de despojos por el que avanzaban, las ratas se le echarían encima.

Cuanto más se adentraban en aquel mundo subterráneo, oscuro y maloliente, más empeoraba el ya pésimo presentimiento de Ingrid sobre lo que iba a descubrir. Llegaron a otro cruce de canales y Viggo repitió la señal con su cuchillo. Recibió dos respuestas idénticas a las anteriores y continuó avanzando hacia las profundidades.

De pronto, tras girar a la izquierda, vieron una luz procedente del final del túnel en el que se encontraban. Viggo le hizo una señal a Ingrid para que le siguiera. Al llegar, a mano izquierda, se abría otro túnel que desembocaba en una estancia iluminada. Viggo se llevó el dedo índice a los labios y luego le indicó con la cabeza que mirara.

Ingrid sacó la cabeza y observó el interior. Era una estancia rectangular llena de suciedad y despojos, aunque al interior no llegaba el pestilente fluido de las cloacas. Había muchas ratas, pero Ingrid no pudo apartar la vista de lo que había en el centro. Una docena de muchachos de entre ocho y doce años, mugrosos, vestidos con harapos y con aspecto de pasar hambre, estaban sentados alrededor de un fuego. Se calentaban y hablaban entre ellos.

Vio unos montones de ropa sucia, mantas harapientas y otros enseres rotos, viejos e inmundos alrededor del fuego, formando un círculo, algo más retrasados de donde se sentaban los muchachos. Ingrid se percató de que en realidad eran camas donde aquellos chicos dormían, y los enseres cochambrosos, sus propiedades.

Varios de los jóvenes afilaban sus largas navajas y, por su aspecto y la expresión de sus rostros, Ingrid dedujo que eran maleantes, no pobres niños malviviendo en aquel mundo de escoria. Probablemente eran ambas cosas, lo que indicaba que se habían visto forzados a aquello por las circunstancias de la vida.

Viggo le hizo un gesto a Ingrid para que siguieran avanzando. Ella quería preguntarle sobre lo que estaba pasando allí, pero él le seguía indicando que guardara silencio. Siguieron por las cloacas hasta llegar a otro punto de luz. Se acercaron y Viggo le hizo una seña para que mirara al interior.

Ingrid pudo ver otra escena muy similar. Dentro de un recinto lleno de suciedad, oscuro y apestoso, un grupo de unos quince chavales de entre ocho y catorce años se encontraban de pie alrededor de dos fuegos. Varios de los mayores estaban enseñando a los más jóvenes a luchar con navajas. Les hacían repetir movimientos de ataque lanzando tajos y cuchilladas. Cuando lo hacían mal les daban golpes en la cabeza o patadas fuertes en trasero o espinilla sin el más mínimo miramiento. Luego les ladraban instrucciones sobre cómo debían hacerlo bien.

El aspecto de los mayores era una mezcla entre jóvenes que todavía se veía que eran niños y matones de callejón trasero. Eran peligrosos, la dura vida que llevaban les había hecho duros, malos. Ingrid casi podía leerlo en sus ojos. Lo que era indiscutible eran sus acciones y la forma en la que maltrataban a los más jóvenes, eso decía mucho de ellos y del tipo de vida que ellos mismos habían sufrido.

Uno, el que parecía el mayor de todos, enseñaba a robar una bolsa de oro a cuatro chavales más jóvenes. Uno hacía de víctima con una bolsa en el interior de una chaqueta roída, otro intentaba quitársela por la espalda sin que lo notara mientras un tercero distraía a la víctima. Todos seguían las instrucciones del mayor. Cuando alguno de los dos lo hacía mal también recibían un puñetazo en el estómago o un coscorrón tremendo acompañado de gritos. Ni siquiera el que hacía de víctima se libraba.

A Ingrid no le gustó lo más mínimo lo que estaba presenciando. Las condiciones de vida de aquellos chavales, muchos de ellos niños todavía, eran durísimas. Vivían en la mayor de las pobrezas, rodeados de mugre, ratas, hedor y un entorno propicio a enfermedades. Muchos morirían allí abajo a causa de la suciedad y los gérmenes. Para hacer

las cosas todavía más graves, les estaban preparando para una vida de delincuencia en las calles que no terminaría bien en la mayoría de los casos.

Viggo continuó moviéndose y se adentró aún más en las cloacas. Comenzaron a aparecer más zonas iluminadas que Ingrid intuyó estarían habitadas por otras cuadrillas de chavales como las que había visto ya. Viendo el número de zonas y que las condiciones seguían siendo horrorosas allí abajo, Ingrid se preguntó cómo podía ser que todos aquellos jóvenes vivieran allí.

Finalmente, Viggo se detuvo ante una abertura circular alta en la pared por la que cabía una persona tumbada y por la que salía mucha luz.

—Este lugar es horrible —susurró Ingrid a Viggo.

—Lo es. Por eso no quería que vinieras.

—Lo entiendo, pero prefiero vivirlo y conocerlo.

—Este fue mi hogar. Aquí me crie, como los chavales que has visto. No ha cambiado mucho desde que yo me fui.

—Pensaba que cuando hablabas de ser una rata de cloaca, no lo decías literalmente.

Viggo se aguantó una pequeña carcajada.

—Lo decía literalmente, como puedes comprobar por este acogedor lugar al que un día llamé hogar.

—Cada día me sorprendes más, esto… esto no lo imaginé nunca —confesó Ingrid pensando en aquel submundo lleno de ratas, suciedad, enfermedades y olores pestilentes.

—Espero que en positivo —sonrió Viggo.

Ingrid se puso el pañuelo de guardabosques sobre la boca y la nariz para protegerse del hediondo aroma que le llegaba de todas las direcciones y que ya no podía aguantar más.

—Muy en positivo —aseguró ella sin la más mínima ironía en su tono.

—Sabía que una vez visitaras mis dominios, caerías rendida a mis pies.

Ingrid vio a dos enormes ratas cruzar frente a ella y saltar sobre unos escombros y asintió.

—Caer, caeré, pero del olor insoportable y la suciedad que hay aquí.

—Oh, los perfumes de las cloacas tienen un aroma muy especial que no todo el mundo aprecia de inmediato. Lleva un tiempo acostumbrarse a su especial fragancia. Te aseguro que con el tiempo

hasta parece encantador.

—Me están entrando arcadas.

—¿No será por la maravillosa compañía que tenemos hoy aquí? —Viggo se acercó hasta las dos ratas y se agachó frente a ellas. Les ofreció algo que llevaba en el cinturón de guardabosques, un pedazo de algún tipo de comida. Las ratas lo aceptaron y comieron de su mano.

—Vaya, eso tampoco esperaba verlo nunca. ¿Comen de tu mano?

—Si se sabe cómo interactuar con ellas y ofrecerles un poco de alimento, lo hacen. Son uno seres encantadores. Muy malqueridos y culpados por muchos males que no son su culpa. De hecho, son muy listas y juguetonas. Cuando yo vivía aquí, me hacían mucha compañía.

—No sé cómo pudiste vivir aquí… este lugar es… horrible —Ingrid miraba alrededor y se sentía fatal por Viggo.

—No está tan mal. Además, cuando la comida escaseaba, que era muy a menudo, sobre todo al principio cuando todavía no sabía defenderme, aquí siempre había algo que llevarse a la boca, si uno no era escrupuloso.

—¡No será lo que pienso! —exclamó Ingrid con expresión horrorizada en el rostro.

Viggo se encogió de hombros.

—Uno hace lo que sea por sobrevivir, sobre todo cuando lleva días sin comer —dijo mirando a las dos ratas que estaba alimentando—. No me avergüenzo. Volvería a hacerlo si fuera necesario. Los remilgos te matan aquí abajo.

—Cuánto lo siento…

—No me compadezcas. Este lugar me ha hecho ser quien soy. Conseguí salir y ser Guardabosques. Muchos de los que has visto hoy aquí nunca lograrán huir de este destino. Morirán aquí o arriba intentando conseguir una vida mejor.

—¿Te enseñaron a luchar y robar aquí abajo?

—Así es, y muchas cosas más. Yo era de los que aprendían rápido, así que ascendí pronto.

—¿Ascender? No entiendo.

—Los grupos que has visto, y otros que hay a lo largo y ancho de las cloacas, están organizados. Cada cuadrilla tiene un líder y cada líder es responsable ante uno de los diez líderes del sindicato. En este caso del sindicato del Cuervo Negro, al que yo pertenecía. Tirillas, al que encontramos robando en el mercado y dejé escapar, pertenece al Sindicato del Zorro Rojo que funciona de forma similar pero que está en las cloacas de la zona oeste. Los territorios y dominios de ambos

sindicatos están bien definidos aquí abajo. En la superficie también, pero allí se compite por las presas y suele haber conflictos y muertos.

—¿Entre los miembros de ambos sindicatos?

—Eso es. También hay ajustes de cuentas y, de tanto en tanto, una gran pelea donde participan decenas de miembros de ambas partes.

—Todo esto es horrible. ¿Cuántos de estos chavales mueren?

—Bastantes. La expectativa de vida aquí abajo es muy baja. Si no te mata el hambre, la enfermedad, las reyertas o la guardia de la ciudad cuando te coge, te mata el deseo de salir de aquí.

—¿El deseo de salir de aquí? No entiendo…

—La desesperación. Llega un momento en que es tan fuerte que te lleva a cometer actos que no deberías cometer. Arriesgas demasiado o ni te importa ya que te cojan o maten y acabas en un foso oscuro.

—Es horroroso lo que me cuentas…

—La vida es así en las zonas pobres de las ciudades. Estoy seguro de que lo que ocurre aquí también sucede en otras localidades grandes.

—Puede ser, no lo sé. Solo sé que esto me ha dejado tocada y que da mucho en lo que pensar. Muchos de ellos son solo niños. Merecen una oportunidad.

—Estar aquí te da una oportunidad, aunque no lo creas. Puedes sobrevivir si eres duro o listo. En el mundo de arriba los niños sin medios no sobreviven, desaparecen. Yo sobreviví aquí. Arriba me hubieran cogido robando muerto de hambre y me hubieran cortado la mano o colgado.

—Entiendo. ¿Dices que ascendiste?

—Así es. Las cuadrillas te van enseñando ciertas habilidades. Las más bajas, las que hemos visto al entrar, te enseñan lo básico. Robar, defenderte, sobrevivir… Si eres bueno, pasas a cuadrillas de mayor nivel, donde aprendes técnicas de los bajos fondos más avanzadas.

—No sé si quiero saber qué técnicas son esas…

—Algunas de las que visteis que tenía cuando nos conocimos en el Campamento. Por lo general, cuanto más se sube más se aprende de cómo asesinar, a un rival o por encargo, a robar en propiedades muy vigiladas y otras habilidades relacionadas.

—Ya… eso explica…

—El sindicato es un mundo en sí mismo. Muchos no sobreviven a entrar en él. Algunos, incluso triunfan y suben en la jerarquía.

—¿Son todo jóvenes o también hay adultos entre los integrantes? Los que hemos visto eran todos menores de quince años.

—Por lo general, en los dos sindicatos la edad es de entre ocho y diecisiete años. A partir de los dieciocho, los que los alcanzan, hay peleas por el liderato, otros suben a la superficie y se unen a otras bandas criminales.

—Entonces en esta ciudad ¿los dos sindicatos reclutan niños para actividades criminales?

—Así es. Muchas veces los propios niños buscan al sindicato pues saben que no sobrevivirán. Hay mucha pobreza y familias destrozadas en las grandes ciudades.

—No he visto niñas, ¿las rechazan en el sindicato?

—Se aceptan, el sindicato no hace distinciones. Si puedes robar y asesinar, les da igual. Y sí las has visto, pero visten y se cortan el pelo como chicos. Muchas veces no se distinguen.

—Solo de pensar cómo debe de ser la vida de una niña de diez años en este entorno con esta gente se me encoge el corazón.

—No es todo tan malo como parece. Recuerda que se puede salir adelante, se puede sobrevivir y buscar una buena vida. Yo lo conseguí y otros también.

—Aun así…

—Arriba las opciones son peores.

—Eso es lo que me cuesta entender, deberían tener una oportunidad.

—Los pobres y desahuciados no la tienen. Hay demasiados pobres para poder ayudar a todos.

—El rey debería hacer algo al respecto.

—No será este rey.

—Quizá el siguiente.

—Quizá, pero lo dudo, a menos que sea rey un sabiondo que conocemos…

—Le contaremos todo lo que hemos visto aquí. Le relatarás tu historia. Que conozca lo que sucede en las ciudades del reino. Si hace falta lo traeremos aquí. Egil ayudará a todos estos niños y niñas perdidos. Los rescatará de las garras de los sindicatos y otras organizaciones criminales de los bajos fondos.

—Para eso primero tiene que ser rey, y no parece que vaya a ser el caso. Te recuerdo que pronto tendremos una reina. La corona será más fuerte.

—Tener una nueva reina que fortalece el trono no es bueno para los intereses de Egil, eso lo reconozco. Sin embargo, todavía no es reina, muchas cosas pueden pasar.

—Pero lo más probable es que lo sea.

—En cualquier caso, se lo contaremos todo a Egil. Quizá encuentre la forma de ayudar a todos estos niños desdichados.

Viggo se subió a la abertura y se metió en ella para ver qué sucedía.

—¿Puedo ver? —se interesó Ingrid. Solo había espacio para uno, así que ella no podía observar.

—Sube y mira, pero en silencio —dijo Viggo al bajar.

Ingrid se introdujo en la abertura circular en forma de canal y observó la enorme estancia a la que daba. Estaba a dos cuerpos de altura sobre un recinto amplio y podía ver a más de medio centenar de jóvenes alrededor de lo que parecía un trono de hierro sobre una enorme montaña de mugre. Una docena de fuegos alumbraban y calentaban el lugar. Alrededor de los fuegos se apreciaban grupos de jóvenes. Eran cuadrillas del sindicato. Sobre el trono de mugre se sentaba un chico de unos veinticinco años que llevaba una especie de corona también de hierro. A su espalda había una gran bandera con un cuervo negro sobre un fondo blanco.

La edad de los que estaban allí era de entre dieciocho y veintidós. Estos debían de ser los miembros del sindicato que habían sobrevivido a los años de juventud. Eran los mayores, los que pronto seguirían otro camino en las bandas de la superficie. El lugar le pareció a Ingrid ser la sala del trono de un reino de mugre y oscuridad. Cómo podían vivir allí, le parecía increíble. Se veía a gente comiendo alrededor de los fuegos y tenían barriles, algunos con cerveza y otros con agua, de los que bebían. Ingrid prefería no saber qué comían, pero lo asaban al fuego y el olor del asado se mezclaba con el hedor de las cloacas produciendo un aroma de los más desagradable.

Se fijó mejor y entre los montones de mugre alrededor de los fuegos vislumbró lo que parecían ser camas hechas de desperdicios de ropajes y lana sucia. También descubrió montones de enseres formando grandes pilas cerca de cada fuego, como si fueran el botín de cada grupo. El líder tenía un gran montón de todo tipo de objetos bajo sus pies, formando la montaña sobre la que estaba el trono. Algunos de esos enseres eran de plata y oro. Parecían cuchillos, platos y copas que habían robado. También tenía dos cofres grandes, uno a cada lado del trono. Varios de los objetos dentro de los cofres destellaron cuando los reflejos de las llamas los alcanzaron.

Ingrid pestañeó con fuerza. El rey de las cloacas tenía joyas y oro en sus cofres y se lo mostraba a sus sicarios. Pero si tenía dos cofres llenos de oro y joyas valiosas, ¿por qué seguía en aquel mundo de suciedad? Seguro que podía vivir en un lugar mejor, tanto él como los

que estaban en su mugrienta sala del trono. No tenía mucho sentido, a menos que siguiera allí para controlar su imperio de cerca, viviendo con los suyos. Quizá era más seguro para él estar allí que en la superficie en una villa hermosa donde podría ser atacado por el sindicato rival. Sí, eso debía de ser, de lo contrario no tenía mucho sentido.

Dos jóvenes de unos veinte años se levantaron de uno de los fuegos dejando a sus compañeros de cuadrilla y se acercaron al jefe. Tras clavar la rodilla le ofrecieron dos bolsas de cuero. El líder del sindicato cogió la primera bolsa y descargó su contenido a sus pies. Luego examinó lo que le traían. Se quedó con las monedas de oro, que puso en uno de los cofres, y algunos objetos de plata. Hizo lo mismo con la segunda bolsa. Lo que no quiso se lo devolvió a los dos jóvenes, que se lo llevaron a su cuadrilla.

Ingrid empezaba a comprender cómo funcionaba aquel reino subterráneo. Las cuadrillas obtenían el botín que traían a su jefe y éste se quedaba con lo que quería, lo de mayor valor. Se preguntó si tendrían cuotas que cumplir. Un tercer joven de otra cuadrilla se acercó y entregó su bolsa al líder. Este la descargó en el suelo y tras observar lo que había traído comenzó a gritar. No parecía contento con el botín. Se puso en pie, sacó un largo cuchillo con empuñadura adornada con joyas y se lo puso al cuello. Luego le susurró algo al oído. El joven cayó de rodillas suplicando por su vida. Ingrid pensó que lo iba a matar, pero en lugar de eso le dio una patada en la cara y el joven cayó rodando por la montaña de mugre hasta quedar sin sentido en la zona baja. Nadie fue a ayudarle, ni los de su propia cuadrilla.

Aquel era un mundo de horror.

Ingrid volvió con Viggo.

—¿Qué te ha parecido?

—Horrible.

—Lo es —asintió Viggo metiéndose de nuevo en la abertura.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ahora voy a tener una charla amigable con un viejo amigo.

—Ni se te ocurra bajar ahí —advirtió Ingrid con tono duro.

—No te preocupes. Tú quédate aquí.

—¡De eso nada!

—Si te ven, tendremos que luchar con todos ellos. No es una buena estrategia.

—¿Y no tendrás que luchar tú contra todos de todas formas?

—No, yo sigo siento uno de ellos. Tienen que dejarme pasar.

Ingrid fue a replicar, pero Viggo se dejó caer resbalando por la pared al interior de la estancia.

—¡Viggo! —exclamó llena de frustración.

Varios de los chavales lo vieron descender por la pared y sacaron sus navajas.

Él levantó los brazos indicando que no quería problemas.

—¿Quién eres? —dijo el líder de la cuadrilla más cercana señalándole.

—¿Ya no reconocéis a uno de los vuestros? —respondió Viggo.

—Muestra la marca —dijo uno de los chavales mayores, debía de tener unos veinte años, era pelirrojo y tenía un montón de pecas adornando su mugrienta cara.

Viggo se acercó tranquilamente hasta una lámpara de aceite y les mostró el antebrazo.

El líder se levantó de su trono y señaló a Viggo.

—Comprobad la marca.

Cuatro chavales de entre diecisiete y dieciocho años, armados con navajas, se acercaron rápidamente y la comprobaron.

—Tiene la marca del Cuervo Negro.

—Vaya, vaya, un antiguo miembro —dijo el líder.

—Una vez miembro, siempre familia —replicó Viggo como si fuera un mantra.

—La familia es para toda la vida, lo larga o corta que esta sea —respondió el líder también como si leyera de un libro de salmos.

Los chavales se apartaron y dejaron pasar a Viggo, que caminó hasta el centro situándose frente al líder y su trono.

—¿Quién eres? —preguntó este señalando a Viggo con su largo cuchillo de empuñadura enjoyada.

—¿Ya no recuerdas a un viejo compañero?

—¿Qué compañero?

—Uno al que traicionaste.

Un murmullo tenso surgió del centenar de jóvenes que había en la estancia.

—Quítate la capucha —ordenó el líder con tono agresivo—, quiero verte el rostro.

Viggo se la retiró despacio, dejando que todos vieran bien su rostro.

—¿Me recuerdas ahora, Klaus?

—¡Viggo! —exclamó Klaus con rostro de gran sorpresa.

—Veo que sí.

—No puede ser, estás muerto.

—Casi me mataron, pero no lo consiguieron. Fue una buena emboscada, eso he de reconocerlo.

—¿Qué haces aquí? —el tono del líder sonó entre preocupado y enfadado.

—He venido a retarte —dijo Viggo y sacó sus cuchillos.

Todos los presentes se pusieron en pie y sacaron sus navajas y otras armas.

—No sé cómo sigues con vida, pero una cosa puedo asegurarte.

—¿Y qué cosa es? —preguntó Viggo con total tranquilidad, como si no estuviera en el más mínimo peligro.

—¡De aquí no saldrás vivo!

Capítulo 16

La tensión en la estancia se volvió palpable. Los jóvenes comenzaron a murmurar palabras de muerte. Varios empezaron a acercarse a Viggo, que los contemplaba impertérrito. Se formó un círculo de una veintena que rodeó por completo al guardabosques mostrando sus armas con rostros amenazantes y ojos que buscaban sangre.

—Veo que sigues siendo muy poco de fiar. ¿Así es como recibes a un viejo amigo?

—No sé de lo que hablas, no eres amigo mío —el tono del líder era de clara enemistad.

—Puedes negar que un día fuimos amigos, Klaus, pero yo puedo contar la verdad. Crecimos juntos en estas cloacas. Te conocía bien, se quién eras, y teniendo en cuenta lo poco que cambia la gente con el tiempo, me imagino cómo conseguiste la posición de Cuervo Líder.

—La gané por derecho.

—La ganaste con traiciones y trampas, como lo ganabas todo entonces —replicó Viggo.

El grupo seguía cercándole. Eran jóvenes, pero no inexpertos, ya que eran delincuentes de los bajos fondos y sabían usar sus navajas. Se acercaban cada vez más, avanzando lentamente, como en una danza fúnebre donde el muerto está a punto de ser ejecutado.

—¡Cerradle su sucia boca! No es amigo mío ni de nadie —ordenó Klaus.

—Mientes como siempre has hecho. Me conoces y éramos amigos, al igual que me conoce Lex “el sucio” —afirmó Viggo señalando con su cuchillo a uno de los presentes de edad aproximada a la suya, que observaba a cierta distancia junto a uno de los fuegos. Parecía ser el líder de una cuadrilla—. También me conoce Sean “el rápido” —continuó Viggo y señaló a otro chico mayor junto a otro fuego, también con aspecto de ser líder de cuadrilla—. Por no decir Mike “dedos ágiles”, al que enseñé todo lo que sabe —expresó señalando a un tercero de pelo rubio enmarañado un par de años más joven que Viggo.

Los que le rodeaban se detuvieron y dudaron. Estaba claro que conocía a varios líderes de cuadrilla y los había mencionado por

nombre y apodo. Aquello les desconcertó.

—Yo te conozco —afirmó un rubio de pelo muy corto de ojos azules y delgado. Tenía unos veintidós años y cara de ser un tipo duro.

Viggo se volvió hacia él.

—Veo que sigues con vida, Brendan "Cuchillo afilado".

—No hay nadie que haya podido acabar conmigo.

—No seré yo quien lo intente. Te ganaste tu apodo e imagino que quien tuvo, retuvo —Viggo levantó las manos en actitud pacífica. No era momento de bravuconadas.

—Sí que retuve —afirmó Brendan sacando un largo cuchillo curvo y se puso a afilarlo con una piedra de agua.

—¡He dicho que le cerréis la boca para siempre! —ordenó Klaus.

Ingrid observaba lo que sucedía desde el interior de la abertura. El pecho le estaba a punto de explotar de la tensión que sentía al ver a Viggo allí abajo rodeado. No sabía cómo estaba logrando mantener la calma. La abertura era demasiado estrecha para que pudiera tirar y ayudar Viggo. Si las cosas se torcían, y parecía que así iba a ser, no podría más que bajar como había hecho Viggo y unirse a él en la refriega. El problema era que allí había muchos miembros del sindicato. Todos iban armados y tenía la impresión de que sabían usar sus cuchillos y navajas, aunque fueran jóvenes. Estaban curtidos por el estilo de vida que llevaban. Eran delincuentes, entrenados desde niños para robar y matar. Ingrid sabía que no podrían con todos ellos, pues eran demasiados. Ambos morirían matando niños de la calle que nunca tuvieron una oportunidad de ser más que los delincuentes que ahora eran.

—Soy un Cuervo como lo sois vosotros. Tengo derecho a estar en las cloacas. Y tengo derecho a retarte —afirmó Viggo señalando a Klaus con su dedo índice.

—¡Tú no eres de los nuestros ni tienes derecho a nada!

—¿No lo soy? ¿Qué decís Lex, Sean, Mike, Brendan…? —preguntó Viggo señalándoles con el dedo.

El resto de los jóvenes aguardaban expectantes sin saber si seguir la orden o no. Ingrid sabía que Viggo no tenía mucho tiempo, bastaba con que uno de los jóvenes atacara y se vería en un aprieto terrible.

—Es uno de los nuestros —dijo Mike—. Me enseñó lo que sé y fue mi compañero durante varios años. Si sigue vivo, sigue siendo de los nuestros. Una vez dentro, no se deja el sindicato nunca.

—Gracias, Mike, siempre fuiste honrado y leal —Viggo hizo una pequeña reverencia de agradecimiento.

—Es un Cuervo—afirmó Sean—. Uno que nos dijeron que había

muerto. Parece ser que vive, así que es de los nuestros. Una vez se es Cuervo, se es para siempre. Eso dicen las reglas del sindicato.

—Como veis la emboscada que me tendió Klaus no tuvo el éxito que él esperaba —afirmó Viggo abriendo los brazos y mostrando su cuerpo.

—¡No me acuses de nada si no lo puedes demostrar!

—No necesito demostrarlo. Yo sé que me traicionaste, que me enviaste a la muerte para despejar tu camino hacia ese trono que ahora ocupas. Lo sé yo y lo saben el resto de los líderes de cuadrilla. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero es así —aseveró Viggo—. Por eso estoy hoy aquí. Quiero pagar la deuda que quedó pendiente. Voy a matarte y quitarte ese trono que no te corresponde.

—¡En tus sueños! ¡Matadlo!

Los jóvenes comenzaron a avanzar hacia Viggo con sus armas en las manos.

—¡Tengo derecho a retarte, como Cuervo que soy! —proclamó Viggo con tono fuerte y autoritario.

—¡Matadlo, he dicho! ¡Matadlo y que cierre el pico! —gritó Klaus furioso de pie frente a su trono.

Los primeros jóvenes ya estaban sobre Viggo, que no sacó sus cuchillos. La situación se iba a volver muy complicada en un abrir y cerrar de ojos. Aun así, Viggo mantuvo una calma fría, como si nada le afectara, como si tuviera derecho a estar allí y a hacer lo que estaba haciendo. Sabía que si iniciaba él la confrontación no podría parar los acontecimientos sangrientos que seguirían, así que decidió no hacerlo. No quería que corriera la sangre, no la de aquellos chavales, solo la de Klaus. Las traiciones se pagaban, y hoy Klaus pagaría de una forma o de otra.

—¡Quietos! ¡Tiene derecho a retar al líder! —atestiguó Mike.

—¡No lo tiene! ¡Obedecedme! —exclamó Klaus.

—Es uno de los nuestros, lo tiene —afirmó Sean.

—Son nuestras reglas y por ellas nos regimos. Todos la conocemos —dijo Brendan.

Los jóvenes, que ya estaban a punto de atacar a Viggo, se detuvieron. Ellos también conocían la ley del sindicato. Un miembro podía retar al líder si así lo decidía y de perder, moriría. Esa era la ley y debían respetarla. Viggo lo sabía y se mantenía tranquilo con los brazos caídos, sin realizar ningún movimiento que pudiera malinterpretarse y provocara una reacción que no deseaba.

—Soy un Cuervo y es mi derecho retar al líder. Te reto —reiteró Viggo señalando a Klaus.

Todos se volvieron a mirar a Klaus. Ingrid temía que volviera a ordenar a los suyos que mataran a Viggo. Los más jóvenes parecían ansiosos por complacer a su líder, por mostrar su valía y matar al extraño. Los mayores, sin embargo, tenían expresiones de disgusto. No parecían estar de acuerdo con lo que su jefe estaba haciendo. Si lo que Viggo decía era verdad, el líder tendría que enfrentarse al reto. Aquello no era tranquilizador en absoluto ya que volvía a poner a Viggo en riesgo, pero al menos no tendrían que luchar contra medio sindicato.

Klaus miraba a Viggo con ojos entrecerrados y un brillo de rabia salía de ellos.

—¡Si quieres morir no seré yo quien te lo impida! Acepto tu reto.

Viggo sonrió, había conseguido lo que buscaba.

—Me alegro de que no te saltes las reglas a tu conveniencia, eso hubiera estado muy feo.

—Las reglas del sindicato son por las que vivimos y morimos. Yo las respeto siempre, no me las salto. Se te ha reconocido como Cuervo y como tal tienes derecho a retarme —proclamó Klaus disimulando su negativa previa.

—Eres todavía más retorcido que en su día.

—¡Soy el líder! ¡Soy la ley en las cloacas!

—Y como Cuervo que yo soy, te reto, Klaus —dijo Viggo con frialdad en su tono.

Klaus sacó su cuchillo largo y se lo mostró a Viggo.

—¡Te voy a sacar las tripas! ¡Apartaos de él, es mío!

Los chavales se apartaron al momento dejando a Viggo en medio de la estancia.

Ingrid resopló aliviada, había estado muy cerca de ser un desastre. Ahora Viggo tenía que enfrentarse al líder. Tenía aspecto de ser un tipo duro, listo y peligroso. Viggo tendría que andarse con cuidado.

El guardabosques sacó uno de sus cuchillos y se lo mostró a Klaus.

El desafío estaba completado.

Según Klaus descendía de su montaña hacia donde Viggo aguardaba un cántico comenzó a sonar entre los cuervos.

—¡Reto al líder, lucha por el puesto!

Los jóvenes formaron un gran círculo alrededor de Viggo y Klaus, que ya había descendido de su trono y estaba a tres pasos de Viggo.

—¡Reto al líder, lucha por el puesto! —continuaban cantando todos cada vez con mayor fuerza.

—Será como en los viejos tiempos, solo que ahora te venceré y

vengaré la traición que cometiste en mi contra —dijo Viggo con mirada letal.

—Te he vencido muchas veces antes y te volveré a vencer —replicó Klaus.

—Eso fue hace años. Las cosas cambian y mucho —respondió Viggo con una sonrisa peligrosa.

—Siempre te creíste mejor de lo que realmente eras. Hoy vas a pagar tu arrogancia con tu vida —Klaus le mostró su otro cuchillo largo de empuñadura enjoyada.

—Soy yo quien te va a hacer tragar la tuya y te voy a hacer pagar por lo que intentaste y no conseguiste.

Los dos comenzaron a moverse el uno frente al otro en círculo, mostrando sus armas, midiéndose.

—Tendré que acabar lo que empecé y lo haré de muy buen gusto. Nunca debí dejar que salieras con vida.

—En eso te voy a dar la razón.

Los cánticos subieron de nivel. Nadie animaba ni a uno ni a otro, solo cantaban las mismas dos frases como si fueran un dogma.

Klaus se lanzó al ataque de súbito, sin aviso, saltando hacia adelante y lanzando un tajo a la cara de Viggo. El ataque fue tan fugaz que hubiera cogido desprevenido a muchos, pero no al experimentado guardabosques. Echó la cabeza atrás con mayor rapidez que el ataque y el filo del arma pasó delante de su cara sin rozarle siquiera.

—Los tiempos cambian, Klaus. Tus juegos sucios no van a funcionar conmigo ahora.

—¡Te mataré igual! —Klaus lanzó dos tajos consecutivos, uno al estómago y el otro al cuello.

Viggo volvió a esquivar los tajos con facilidad, sin utilizar sus cuchillos, simplemente moviendo su cuerpo. Parecía que podía anticipar los movimientos de su rival.

Ingrid observaba muy atenta y algo preocupada. Sabía que Viggo en realidad estaba reaccionando a los ataques con una rapidez enorme y medía con exactitud la distancia y riesgo antes de moverse y que el ataque finalizara.

—Parece que tus ataques son algo lentos —comentó Viggo con una sonrisa de victoria en los labios.

Klaus no apreció la burla y lanzó varias cuchilladas de forma repetida y rápida contra el cuerpo de Viggo buscando su corazón. Sin embargo este se desplazó como el rayo medio paso a la izquierda y según Klaus corregía la dirección de las cuchilladas para alcanzarle, hizo otros dos desplazamientos fugaces y medidos a su alrededor. Las

cuchilladas no alcanzaron más que aire, estaban siempre a dos dedos de llegar al torso de Viggo, pero se quedaban cortas.

—¡Te mataré! —gritó Klaus furioso y se lanzó a atacar como un poseso, lanzando tajos y cuchilladas con todas sus fuerzas y tan rápido como podía.

Viggo tuvo que levantar los brazos ante aquellos furiosos ataques y comenzó a bloquearlos con sus cuchillos de guardabosques, desviando los tajos de Klaus con una coordinación y rapidez enormes. Sin embargo, solo se defendía, no contraatacaba. Parecía que no quería luchar, que solo quería enfurecer al líder del sindicato ridiculizándolo delante de todos. Daba la impresión de que buscaba que Klaus perdiera la cabeza de la ira que sentía por el ridículo que estaba haciendo en su guarida.

Con cada ataque fallido, Klaus se enrabietaba más. Dos ráfagas de ataques iracundos y descontrolados propulsados por la frustración que sentía provocaron que Viggo respondiera desplazándose fuera de su alcance, como un bailarín que realizaba una danza alrededor de una hoguera evitando las lenguas de fuego que intentaban llegar hasta él.

Klaus continuó lanzando ataques e intentando herir a Viggo. Cambió de estrategia al ver que no lograba ni rozarle. Comenzó a realizar movimientos de engaño, dejando su guardia abierta para que Viggo entrara a atacar y cazarlo con un contrataque. Por desgracia para el líder del sindicato, Viggo no caía en sus trampas, las veía y las ignoraba. No mordía el cebo. En lugar de ello sonreía con aire divertido, como si aquello fuera solo un juego para él.

Y la frustración de Klaus, que era incapaz de lastimar a Viggo, llegó a su límite.

—¡Lucha, maldito! —gritó colérico.

—Puedo vencerte sin siquiera esforzarme. ¡Para qué gastar fuerzas! —sonrió Viggo.

Klaus recibió aquel comentario como el peor de los insultos. Se estaban riendo de él delante de todos sus secuaces. Era una humillación atroz, estaba quedando en el más grande de los ridículos.

Incapaz de soportarlo volvió a los ataques sin control envistiendo como un toro furioso. Tras una estocada fallida de Klaus, Viggo le puso la zancadilla y, desequilibrado como ya estaba por su propio impulso frenético, tropezó y se fue al suelo.

Los cánticos cesaron al ver al líder de los cuervos humillado y en el suelo. Su rostro estaba tan rojo de ira que parecía que le iba a explotar la cara.

—¿Este es el gran líder? ¿Incapaz siquiera de hacer un mínimo corte a su rival?

—¡Matadlo! ¡Que no viva para contarlo! —ordenó a los suyos desde el suelo.

Sin embargo, nadie se movió, ni los más jóvenes.

—No van a intervenir, te he retado y has aceptado. Va contra las reglas y ellos lo saben. Respetan el reglamento. no como su cobarde y traidor líder.

—¡Mil monedas de oro al que lo mate! —ofreció Klaus señalando uno de sus cofres.

El dinero ofrecido sí que tuvo efecto. Los más jóvenes comenzaron a mirarse los unos a los otros. Era una fortuna, más de lo que nunca conseguirían. Podrían vivir para siempre una vida normal lejos de todo aquello. Un par de ellos comenzaron a moverse hacia Viggo con los ojos entrecerrados y la expresión de quien busca sangre.

—¡Quietos todos! —gritó Mike—. ¡Nadie interviene en la pelea!

—¡Destriparemos a quien ose intervenir! —amenazó Sean.

—¡En un reto está prohibido tomar partido! —gritó otro de los líderes de cuadrilla.

Los jóvenes se detuvieron, lo pensaron y se retrasaron.

Nadie intervino.

Viggo sonrió al verlo.

—Veo que las reglas… —comenzó a decir cuando Klaus desde el suelo le lanzó un puñado de suciedad mohosa.

Viggo levantó el brazo para cubrirse la cara. Parte de la mugre no pudo pasar hacia el rostro, pero parte lo hizo con tan mala suerte de que le alcanzó en los ojos, cegándole.

Klaus se levantó como una fiera agazapada y se lanzó sobre su presa. Viggo no podía ver y los cuchillos del líder buscaron destriparle.

El corazón de Ingrid se le subió a la boca. ¡Lo iba a matar!

El guardabosques dio un brinco hacia atrás con la misma rapidez con la que Klaus se había abalanzado a darle muerte. Los dos tajos que le lanzó el líder pasaron rozándole el estómago.

—¡Muere! —gritó Klaus y lanzó dos cuchilladas buscando alcanzar el corazón.

Sin poder ver e intentando recuperarse, Viggo dio otro brinco atrás por puro instinto. Tropezó con algo a su espalda y comenzó a irse al suelo.

Ingrid no pudo aguantar más, sacó la cabeza por la abertura y fue a descender para intervenir.

—¡Ya eres mío! —gritó Klaus saltando sobre su presa.

El chico se tiró a un lado mientras caía en una acción evasiva. Luego rodó hacia la izquierda dos veces más como un puercoespín hecho una bola escapando de un depredador.

Klaus lanzó varios ataques intentando llegar hasta él, pero solo consiguió rozarle el hombro derecho.

Viggo dio dos volteretas hacia delante y, mientras lo hacía, metió la mano en su cinturón de Guardabosques.

—¡Quieto! —gritó Klaus fuera de sí por la rabia persiguiendo a Viggo al tiempo que soltaba tajos frenéticos que no alcanzaban su objetivo. Viggo no dejaba de moverse de forma defensiva, impidiendo ofrecer un blanco estático.

Como obedeciendo a la última orden de Klaus, el chico se quedó de pronto quieto, agazapado. Klaus estaba a su espalda.

—¡Es tu muerte! —gritó el líder y acuchilló por la espalda a Viggo.

Con un movimiento fulgurante, este se giró en redondo y desvió el cuchillo de la mano derecha del jefe que buscaba su espalda con su cuchillo izquierdo. Klaus abrió mucho los ojos al comprobar que Viggo tenía los ojos mojados.

¡Se había limpiado los ojos!

Klaus intentó detener su avance sobre Viggo, pero era demasiado tarde. La inercia de su ataque le empujaba sobre él y en un intento desesperado lanzó otra cuchillada con su mano izquierda.

El guardabosques se desplazó agazapado para dejar pasar la cuchillada rozando sus costillas y con un movimiento que Klaus no llegó a ver le atravesó el corazón de una estocada fugaz. El cuchillo de Viggo entró, atravesó el corazón y salió tan rápido que solo unos pocos de los presentes pudieron verlo.

Klaus dio dos pasos hacia adelante, se miró el corazón con ojos desencajados y cayó de rodillas soltando sus armas. Emitió un grito de rabia ahogado y cayó a un lado, muerto.

Capítulo 17

Viggo se puso en pie.

Ingrid, con medio cuerpo ya en el recinto interior, reculó y volvió a esconderse en la abertura tan rápido como pudo para que no la vieran. Todos tenían sus ojos puestos en lo que estaba sucediendo en el combate, por lo que nadie se percató de su presencia.

Dos de los jefes de cuadrilla se acercaron hasta Klaus para ver si estaba muerto. Se agacharon a su lado y constataron el hecho.

—¡El líder ha muerto! —anunció el primero.

—¡Reine el nuevo líder! —proclamó el segundo señalando a Viggo.

Todos los presentes comenzaron a repetir la proclamación a plena voz.

—¡Viggo es el nuevo líder! —proclamó Sean.

Los vítores siguieron.

—¡Viggo, nuevo líder!

—¡Es el vencedor! ¡Al trono! —vitoreaban.

—¡Que suba al trono! —gritaban a pleno pulmón.

Viggo abrió los brazos en cruz con sus cuchillos en las manos y se giró sobre sí mismo despacio para que todos pudieran verlo bien.

Ingrid, que observaba atenta, sabía que Viggo se estaba dando un baño de multitudes, un capricho. Negó con la cabeza y suspiró. Entendía que quisiera venganza por una traición pasada, aunque no lo aprobaba y el riesgo que había corrido era demasiado alto. Viggo no lo vería así, de eso estaba segura, pero si no conseguía que viera los riesgos innecesarios que corría, tarde o temprano tendrían un disgusto del que no se recuperarían. No estaba enfadada con Viggo, aunque debería estarlo.

Viggo subió hasta el trono caminando lento para que todos lo vieran. Ascendió por la montaña de escombros y observó los dos cofres. Guardó sus armas y se agachó frente a ellos observando el contenido. Metió las manos en uno de los cofres y luego en el otro. Sonrió de oreja a oreja. En una mano sujetaba un puñado de oro y en la otra un puñado de joyas. Las cogió y las lanzó a los jóvenes al pie de la montaña de mugre.

Los vítores cesaron. Todos se quedaron perplejos y sin saber qué

hacer.

—¡Cogedlo, es vuestro! —gritó Viggo.

Nadie se atrevió. Se miraban los unos a los otros pensando que se trataba de algún tipo de prueba o trampa y que si lo cogían iban a pagar por ello con sangre.

—¡Vamos, cogedlo! ¡Os lo habéis ganado! —dijo Viggo y lanzó varios puñados más.

Esta vez uno de los más jóvenes se agachó, incapaz de contenerse, y cogió una moneda de oro. Con ojos llenos de miedo miró a los que le rodeaban por si alguien atacaba. Los jefes de cuadrilla y los mayores miraban a Viggo como esperando una orden para castigar al infractor.

Pero la orden no llegó.

Viggo lanzó varios puñados más de monedas y objetos de valor.

—¡Tomadlos, os pertenecen! ¡Es vuestra recompensa por el trabajo que habéis hecho! —gritó y continuó metiendo las manos en los cofres y lanzando su contenido a puñados.

Ingrid observaba atónita. Una cosa que nunca hubiera pensado que Viggo haría en su vida era regalar riquezas. Muy al contrario, casi estaba segura de que Viggo tenía un plan para llevarse los dos cofres de allí con él. Hasta había pensado que todo el duelo con Klaus era para quitarle el puesto y quedarse con su tesoro. Lo que estaba presenciando no tenía sentido. Viggo no iba a derrochar todas aquellas riquezas.

Sin embargo, Viggo no paraba de lanzar joyas, monedas y otros objetos. Todos competían por coger lo lanzado. Había estirones y empujones, pero sin llegar a peleas. Todos, jóvenes y mayores, se llenaban los bolsillos con el tesoro que Klaus había acumulado en sus años de reinado como líder del sindicato. Muchos miraban a Viggo como si hubiera perdido la cabeza.

Ingrid observaba sin poder creer lo que estaba presenciando mientras el guardabosques lanzaba el botín como si fuera un ser mitológico que hubiera llegado a aquel mundo de suciedad y oscuridad para repartir riquezas entre los desdichados que lo moraban. Como si con aquel gesto trajera luz y esperanza a las cloacas inmundas.

—¡Cogedlo! ¡Disfrutadlo! ¡Es vuestro! —decía Viggo mientras seguía vaciando los cofres a dos manos.

Ante la sorpresa de todos y la estupefacción de Ingrid, el muchacho vació casi por completo los arcones. Con los últimos lanzamientos surgieron algunas peleas cuando la avaricia hizo acto de presencia.

—¡Nada de peleas o dejo de repartir! —amenazó Viggo y las peleas

murieron al instante.

Repartió los últimos tesoros dejando un pequeño remanente.

—¡Recordad siempre que fue Viggo Kron el que repartió el botín de Klaus! —gritó.

—¡Viva Viggo Kron! —gritó uno de los jóvenes y a él se unieron una decena.

—¡Viva, Viggo, líder de los Cuervos! —gritó otro, y de inmediato se le unió una multitud.

—¡Viva Viggo, nuestro nuevo líder! —gritaron los presentes levantando los brazos y comenzando cantares de elogio.

Los vítores continuaron y con cada momento que pasaba más grande era la sonrisa de satisfacción de Viggo.

Ingrid observaba muy atenta todo lo que sucedía. Viggo estaba frente al trono sobre la montaña de objetos y mugre disfrutando como nunca de su triunfo. Ingrid comenzó a preocuparse. ¿Iba Viggo a quedarse como líder de los Cuervos? Su expresión era de gran alegría. Sonreía, orgulloso, disfrutando del triunfo y de la adoración y alabanzas que le lanzaban. Ingrid deseó que su amigo recordara quién era y la importante misión que tenían entre manos, pero en aquel momento él parecía haber retrocedido en el tiempo y estar saboreando una gloria que un día había soñado.

—Vamos, entra en razón, que no te ciegue el poder… —murmuró Ingrid entre dientes.

Sin embargo, permaneció de pie frente al trono un largo rato dejando que le rindieran pleitesía. Con cada cántico y exclamación de su nombre, más se hinchaba. Sin duda era un momento que estaba disfrutando como pocos antes.

Muchos de los Cuervos realizaban el gesto de un ave volando con sus brazos extendidos y luego señalaban a Viggo con su dedo índice, que Ingrid dedujo era algún signo de respeto o reconocimiento. Movían los brazos como aleteando y luego señalaban a su nuevo líder entre vítores. Aquello la puso muy nerviosa. Si el chico necesitaba poco para crecerse, con todo aquello se había subido a la cima de una montaña y ahora iba a ser imposible bajarlo de ella.

Al cabo de un momento, Viggo comenzó a realizar el mismo gesto de vuelta a los presentes. Movía los brazos como si aleteara y luego señalaba a los Cuervos.

A continuación comenzó a hacer un signo diferente, pidiendo silencio con las manos.

—Quiero agradeceros el homenaje —dijo—. Me gustaría quedarme y ser vuestro líder, pero tengo otras obligaciones que me lo impiden.

Los Cuervos comenzaron a protestar y sus gritos se escucharon con claridad.

—¡No! ¡Tienes que liderarnos!

—¡Te lo has ganado, tienes que quedarte!

—¡Quédate y lidera!

Viggo volvió a pedir silencio gesticulando con sus brazos.

—Os agradezco el honor y puedo aseguraros de que me gustaría quedarme y lideraros, pero he de seguir camino. Hay cuestiones de gran importancia de las que tengo que encargarme.

Los gritos de descontento y preguntas sobre el futuro volvieron a surgir.

—¿Qué haremos entonces?

—¿Quién nos liderará?

Viggo asintió con fuerza varias veces.

—Como Cuervo que soy por derecho elegiré de entre vosotros al que creo más apto para esa misión.

Todos guardaron silencio al oír aquello.

—A varios de vosotros os conozco de los viejos tiempos. De entre vosotros elegiré a quién considero mejor para el puesto.

Nadie dijo nada, todos aguardaban a las palabras de Viggo.

— Lex “el sucio”, Sean “el rápido”, Mike “dedos agiles”, y Brendan “Cuchillo afilado”. Acercaos —pidió Viggo señalándolos uno por uno.

Los cuatro líderes de cuadrilla se miraron los unos a los otros. Hubo un momento tenso de duda y luego los cuatro comenzaron a subir por el montículo hacia Viggo y el trono tras él.

Cuando los cuatro estuvieron frente al guardabosques, este se dirigió a ellos.

—Vosotros sois a los que más conozco de cuantos están aquí. Veo otras caras familiares pero con las que no tuve mucha relación. Por ello será entre vosotros entre los que elija a quien tomará mi puesto.

—Yo soy quien más se lo merece —opinó Lex—. Ya era el segundo al mando.

—Yo soy el más capacitado —se presentó Brendan—. Soy el que más guerra da a nuestros rivales.

—Yo soy el que más puede hacer por los Cuervos —se presentó Sean, que indicó con su dedo índice su cabeza.

Viggo los observó a cada uno de arriba abajo. Todos tenían más o menos su edad y en sus ojos se apreciaba que habían vivido mucho y en circunstancias muy difíciles para su corta vida.

—Los tres estáis preparados para liderar a los Cuervos, de eso no me cabe duda. Lex se parece al difunto Klaus y llevaría a los Cuervos por un camino similar. Sería la opción más tradicional.

—No nos ha ido tan mal hasta ahora y yo sería un gran líder —asintió Lex.

—Brendan es de los que prefiere que hablen los cuchillos. Seguro que haría que el sindicato creciera… derramando sangre.

—Solo los fuertes y los mejores con las armas pueden sobrevivir en los bajos fondos —expresó Brendan y dio tres golpecitos a los dos cuchillos largos que llevaba a los lados.

—Sean en astuto y su estilo es el de aquel que saca partido de situaciones sin derramar demasiada sangre.

—La astucia y la rapidez son las mejores armas para triunfar. Yo sería el mejor líder —dijo Sean mirando a sus rivales.

Viggo se quedó pensativo.

—¿Por qué no te has pronunciado, Mike? —preguntó de pronto al cuarto de los líderes de cuadrilla a los que había llamado.

Mike suspiró.

—Yo no quiero el liderato. No quiero ser líder.

—Extraño. ¿No quieres el poder?

—No quiero la responsabilidad —expresó Mike y con un gesto con el brazo señaló a todos los presentes en la sala—. Hay que alimentarlos a todos todo el año. Son muchas bocas y los tiempos no siempre son buenos en la ciudad —con expresión preocupada señaló el techo con su dedo índice.

—Eso es muy cierto. Muchas bocas y malos tiempos —convino Viggo—. También por ello eres el más adecuado para liderar.

—No te entiendo —Mike puso cara de extrañeza.

—Precisamente porque no quieres el puesto, porque te preocupa la suerte de los Cuervos, es por lo que serás un gran líder.

—No creo…

—Lo he decidido. Mike será el nuevo líder —anunció Viggo.

—No es la mejor elección —se opuso Brendan.

—Ni siquiera quiere el puesto —se quejó Lex.

—Lo he decido y mi decisión es definitiva —dijo Viggo.

—Es un error —dijo Sean.

—No lo es —aseguró Viggo—. Es mi decisión. Es la correcta.

Los tres líderes de cuadrilla expresaron su disconformidad.

—Y quiero que entendáis bien esto. Si algo le ocurre a Mike, si vais

contra él, volveré como he hecho hoy y os mataré uno por uno… o a los tres a la vez, a mí me es indiferente. Lo que os aseguro es que moriréis.

La amenaza caló entre los tres rivales.

—Yo no iré contra él —afirmó Sean.

—¿Y si no somos uno de nosotros quien lo mata? —preguntó Lex.

—Pensaré que lo sois, así que será mejor que le protejáis —advirtió con tono serio.

—¿Tenemos además que protegerle? —replicó Brendan molesto.

—Si no quieres que una noche aparezca en una pesadilla y te corte el cuello, así es —amenazó Viggo.

Los tres líderes callaron y se miraron entre sí.

—Mike es el líder. Le protegeremos —afirmó Sean. Lex y Brendan se unieron asintiendo.

—Decidido queda entonces —dijo Viggo—. Os presento al nuevo líder —dijo al resto de los presentes y cogiendo de la muñeca a Mike le levantó el brazo.

Todos comenzaron a vitorear.

—¡Mike nuevo líder!

—¡Suerte y fuerza para Mike!

—¡Vivan los Cuervos y su nuevo líder!

Sean, Lex y Brendan bajaron de la montaña del trono para ocupar su puesto con sus cuadrillas. Mike y Viggo se quedaron junto al trono.

—Toma tu trono, Mike —dijo Viggo y le guiñó un ojo.

—Menudo favor me has hecho… —se quejó Mike.

—Es lo mejor para todos —aseguró Viggo.

—No para mí —replicó Mike.

—Ahora no lo ves, pero un día lo harás. Esta es la mejor decisión para todos, incluido tú.

—Si así lo crees…

—Estoy convencido.

—Lo haces porque no paraba de hacerte preguntas y te seguía a todas partes. Es una venganza, ¿verdad?

Viggo soltó una pequeña carcajada.

—Así es. No te creerías que te soportaba y te enseñaba para nada, ¿no?

—Ya veo que no —sonrió levemente Mike.

—Además, las decisiones ahora son tuyas, no morirás por la

decisión de otro.

—Pero sí por una mía.

—Hay una gran diferencia —aseguró Viggo.

Mike lo meditó un instante.

—Cierto, la hay —asintió más convencido.

—Siéntate en tu trono.

Mike asintió y se sentó despacio en el trono. Al hacerlo todos los Cuervos aplaudieron y vitorearon su nombre. La ovación retumbó contra las paredes.

—¿Te quedarás un tiempo? —preguntó Mike a Viggo en medio de la marabunta.

Viggo negó con la cabeza.

—Me esperan obligaciones.

—Una lástima. Me hubiera gustado que te quedaras.

—No puedo, pero es posible que te pida algún favor en adelante.

—Lo que necesites. Tú me has puesto aquí —dijo aferrándose a los brazos del trono—. Solo tienes que decirme lo que quieres.

—Gracias. Siempre es bueno tener amigos en lugares altos.

Mike soltó una carcajada.

—En lo más alto de lo más bajo —afirmó mirando a su alrededor.

Viggo rio.

—Nunca mejor dicho.

—Suerte en tu camino, Cuervo —le deseó Mike a modo de despedida.

—Suerte en el tuyo, líder —deseó Viggo abandonando la estancia entre los cánticos y vítores en favor del nuevo jefe.

Viggo llegó hasta donde Ingrid observaba escondida.

—Ya puedes bajar —indicó desde el túnel.

Ingrid salió de la abertura y se dejó caer al túnel.

—¿Has terminado ya con tus asuntos? —preguntó con tono y mirada de que no estaba nada contenta con él.

—Sí, todo solucionado —respondió Viggo con total tranquilidad y naturalidad, como si hubiera salido a pasear al parque una cálida noche de verano.

—¿Te parece normal lo que has hecho ahí adentro? —Ingrid, que estaba muy molesta, se iba enfureciendo por momentos sin poder evitarlo.

Viggo se encogió de hombros.

—Bueno… normalito. He tenido que improvisar un poco, es verdad, pero ha ido todo estupendamente bien. No había por qué preocuparse.

—¿Estupendamente bien? Pero si te has presentado en medio de una madriguera llena de delincuentes peligrosos y por poco se te echan todos encima y te matan a navajazos.

—Tenía la situación controlada, no he corrido peligro grave. Soy uno de ellos, no corría tanto peligro como el que pueda parecer desde fuera.

—¿Cómo qué no? ¡Si he estado a punto de entrar yo a ayudarte!

—Eso hubiera sido un problema grave. Menos mal que no lo has hecho.

Ingrid resopló con fuerza dejando salir su enfado y calmándose. No quería regañar a Viggo, lo que quería era que viese los peligros en los que se metía, pues no era consciente. Enfadarse y gritarle no iba a funcionar, así que lo intentaría de una forma más tranquila si conseguía calmarse, claro.

—Ya hablaremos. Ahora no es el momento. Pero no creas que te vas a librar de esta tan fácilmente. Hablaremos largo y tendido sobre lo que ha pasado aquí.

—Pero si no he hecho nada… —insistió Viggo que no veía qué problema tenía Ingrid con lo que había sucedido.

Ingrid puso los ojos en blanco.

—Calla que me altero. Salgamos de aquí, este lugar no me gusta nada.

—De acuerdo. Sígueme —indicó él, que iba lanzando besos a medida que regresaban por los túneles—. Adiós, hogar, dulce hogar.

—¡Dioses del Hielo, concededme paciencia! —exclamó Ingrid mientras lo seguía.

Capítulo 18

Dos semanas llevaban enclaustrados Egil y Gerd en la planta subterránea de la torre de conocimiento del erudito Alvis. Dos largas y arduas semanas en las que no habían parado de trabajar y en las que no habían recibido asistencia alguna. Aun así, los dos amigos se habían empleado lo indecible para conseguir lo que Egil consideraba informaciones relevantes.

El erudito Alvis, como ya les había anunciado, no había aparecido en todo ese tiempo para ayudar. Gerd no podía creer que fuera tan poco humano. Una cosa era que no quisiera asistir porque según él tenía cosas mejores y más importantes que hacer. Y otra, que ni se hubiera dignado a bajar a ver si seguían con vida. Ni él, ni ninguno de sus ayudantes.

Egil pasaba la mitad de su tiempo buscando entre tomos de la estantería y la otra mitad en el centro de la sala, trabajando en una de las mesas. En sus cuadernillos iba apuntando todo lo que encontraban que podía ser de alguna importancia e información que le gustaría seguir recabando más adelante cuando tuvieran más tiempo.

Dormían allí abajo, entre los libros. Hacía ya días que Gerd sufría pesadillas en las que le perseguían tomos voladores con fauces sanguinarias que intentaban clavarle colmillos afilados como estiletes. Él huía corriendo, pero los libros eran más rápidos y siempre terminaban atrapándole y mordiéndole por todo el cuerpo. Se despertaba entre sudores y con la sensación de que había muerto devorado en un mar de sufrimiento. No podía esperar al momento en que abandonasen aquel sótano. Hasta se le había pasado por la cabeza en varias ocasiones dar fuego al bajo de la torre y que ardiera todo.

El único momento agradable para el grandullón ocurría por las mañanas, cuando salía a buscar algo que cazar y a llenar los pellejos de agua en el riachuelo cercano. Hacía tiempo que se les habían acabado las raciones que llevaban. Gerd lo agradecía ya que poder salir de aquella biblioteca y respirar el aire puro era un auténtico alivio. Además, le aportaba el vigor que luego iba a necesitar.

Egil, por su parte, no había abandonado el sótano ni una sola vez desde que el erudito los había abandonado allí a su suerte. Gerd insistía en que saliera a los alrededores de la torre. Intentaba que su amigo respirara aire fresco y estirase las piernas, sabía que le vendría

muy bien. Egil le respondía que sí, que en un rato saldría, pero luego nunca encontraba el tiempo para hacerlo. Siempre había un tomo más que leer, una nueva información que encontrar, o una posible pista que perseguir.

Los días para Gerd allí abajo habían sido eternos y frustrantes. Intentar extraer información valida de los libros era un proceso muy lento y desesperante. Había que leer grandes cantidades de texto e intentar sacar conclusiones válidas. No era sencillo y llevaba demasiado tiempo. Había incluso tomos escritos en lenguas que Gerd no conocía. Lo que lo hacía desesperante era que la mayoría de los libros no aportaban información relevante.

Egil no dejaba ver su desaliento, si es que lo sufría, y continuaba trabajando de forma incansable. Para él cada libro que llegaba a sus manos era un pequeño tesoro e intentaba sacarle toda la información que podía. Cuando terminaba con uno, empezaba de inmediato con otro. Su determinación y constancia eran impresionantes.

Había días que Gerd tenía que recordarle que comiera y bebiera y otros en que lo obligaba a acostarse y descansar un poco, aunque la mayoría de las jornadas Egil caía rendido de puro agotamiento con un tomo entre las manos.

Por fortuna, aquel suplicio estaba cerca de terminar. Gerd esperaba que acabaran con los últimos tomos que les quedaban aquel mismo día. Estaban ya en el extremo derecho de la gran estantería, en la esquina inferior. Ya no quedaba apenas nada para finalizar.

—Terminemos el trabajo, ya casi estamos —dijo Egil con tono de ánimo.

—Sí, terminemos. Tengo unas ganas enormes de salir de aquí.

—Muy bien.

Los dos trabajaron tan rápido como pudieron revisando los últimos tomos que les quedaban. Por mucho que a Gerd le apetecía hacer trampas y saltarse alguno que otro, no lo hacía. Resoplaba, se tranquilizaba y lo leía para ver si podía obtener algo interesante de sus páginas. No quería que por su culpa perdieran una información crucial, eso sería algo que no se perdonaría nunca.

Finalmente, Gerd cerró el tomo que estaba leyendo, el último que les quedaba por mirar, y dio por concluido el estudio.

—Terminamos, por fin —anunció con un gran resoplido.

—¿Nada en ese? —preguntó Egil desde la mesa.

Gerd negó con la cabeza.

—Nada nuevo. ¿Tú?

Egil cerró el que tenía entre manos.

—Nada interesante en este tampoco.

—¿Hemos terminado entonces? —el rostro de Gerd rogaba que la respuesta fuese afirmativa.

—Sí, hemos terminado —confirmó Egil, asintiendo.

—¡Sí! ¡Por fin! —Gerd levantó los brazos como si acabara de ganar la batalla que decantaría la victoria de la guerra.

—He de decir que ha sido muy interesante e intenso —confesó Egil recogiendo sus cosas.

—Ha sido una autentica tortura —replicó Gerd, que devolvía los últimos tomos a su sitio en la enorme estantería contra la pared.

Egil sonrió.

—Gracias por la ayuda, sin ti no lo hubiera podido hacer.

Gerd se dio la vuelta y le devolvió la sonrisa.

—Sí lo hubieras podido hacer, solo que hubieras tardado un poquitín más.

—Yo creo que mi mente y cuerpo hubieran colapsado tratando de entender toda la información que hay en estos libros.

—Tu mente puede con esto y con mucho más —replicó Gerd convencido.

—Bueno, me hubiera fallado el cuerpo. En cualquier caso, me alegro en el alma de que me hayas acompañado y ayudado.

—El placer es todo mío —bromeó Gerd con cara de que había sido un suplicio.

Egil rio la broma.

Terminaron de recoger todo y lo dejaron como lo habían encontrado.

—¿Crees que hemos encontrado lo que vinimos a buscar? —preguntó Gerd enarcando una ceja.

Egil miró a su amigo y meditó la respuesta.

—Creo que hemos hallado algo que nos será de gran ayuda. También creo que ahora tenemos un mejor entendimiento de a qué nos enfrentamos.

—Bueno, algo mejor comprendemos el problema —comentó Gerd con expresión de no estar muy de acuerdo.

—Será mejor que subamos a hablar con el erudito Alvis —expresó Egil después de recoger todas sus cosas.

Gerd, que ya tenía un pie fuera del sótano, miró a su amigo.

—¿Tenemos que hablar con él…?

Egil asintió.

—Sí, necesito validar unas asunciones que he realizado y unos cálculos.

—Pues será mejor que responda a nuestras preguntas o me voy a enfadar de verdad —Gerd puso mala cara.

—Tranquilo, grandullón. Intentemos que nos ayude y no perdamos la calma.

—No sé si podré contenerme después de la forma en la que nos ha tratado.

—No se puede culpar a alguien por ignorar las necesidades de otros.

—Sí que se puede si esas necesidades son importantes y urgentes y se le han explicado.

—Él no lo ve así.

—En cualquier caso, nos tendría que haber tratado mucho mejor. No nos ha dado ni agua. Eso no se hace ni con el enemigo.

—Con el enemigo sí que se hace —replicó Egil.

—Ya sabes lo que quiero decir…

—Sí, lo sé y te comprendo.

—Pues más vale que se porte mejor o antes de irnos le voy a dar un regalo de despedida —dijo el grandullón mostrando su puño.

—No digas eso, tú eres bueno…

—No te creas. A veces, hasta yo me enfado.

—Ya lo veo —comentó Egil con tono de estar algo sorprendido.

Salieron del sótano y antes de cerrar la puerta Egil echó una última mirada dentro.

—Aunque no lo creas, lo echaré un poco de menos.

Gerd resopló con fuerza.

—Te creo, y yo no lo echaré de menos para nada.

Egil sonrió y cerró la puerta. Subieron por las escaleras hasta encontrarse con uno de los pupilos de Alvis y pidieron audiencia. Enseguida apareció el pupilo mayor y recibieron la misma respuesta fría de siempre.

—El señor está muy ocupado y no puede ser molestado —les comunicó con tono de que debían marchar.

Gerd frunció la frente y lo miró a los ojos.

—Dile a Alvis que si no nos recibe ahora mismo empiezo a quemar todos sus libros uno por uno —amenazó Gerd y con su manaza agarró uno de los de la pared y lo sostuvo en alto.

—No os atreverías… —el ayudante miraba Gerd con ojos

desorbitados.

—¿Dónde hay una lámpara de aceite que pueda usar? —respondió Gerd mirando alrededor en busca de una—. Mira, allí veo dos —señaló e hizo ademán de ir a buscarlas.

—No, esperad, voy a informar a mi señor.

—Pues venga, que tenemos prisa —urgió Gerd.

Cuando el ayudante desapareció Egil le puso la mano en el hombro a Gerd.

—Muy buena representación. Ha funcionado muy bien el engaño intimidatorio.

—¿Cómo que representación? He hablado muy en serio —contradijo él.

Egil lo miró con expresión extrañada.

—¿De verdad vas a quemar libros? Esa es la mayor de las atrocidades que un hombre puede cometer.

—Creo que hay otras mucho peores —respondió—. Y no, no iba a quemar ningún libro, solo quería asustarlo —sonrió Gerd.

—Pues lo has hecho.

—A veces es más fácil asustar con la cabeza que con el tamaño de los músculos —dijo Gerd—. Si lo hubiera amenazado con darle una buena tunda ni se habría inmutado.

—Por si no te lo digo mucho, cada día estoy más orgulloso de ser tu amigo —reconoció Egil con una gran sonrisa.

—Gracias, amigo —Gerd le dio una de sus palmadas en la espalda a Egil, que dio un par de pasos hacia delante del impacto.

El pupilo mayor regresó presto y les comunicó que el erudito Alvis los recibiría. Lo acompañaron hasta su mesa, donde lo encontraron sentado en su sillón.

—Señor, los visitantes —anunció el pupilo.

Alvis levantó la mirada de uno de los libros que tenía abiertos.

—Muy bien, déjanos —hizo un gesto con la mano para que marchara.

—Gracias por recibirnos de nuevo —agradeció Egil como saludo.

—No me ha quedado opción. Me han dicho que habéis amenazado con quemar mis libros. ¡Semejante delito! ¡Una barbaridad como ninguna otra! —exclamó muy alarmado.

—He sido yo —confesó Gerd—. Pero no lo haré si no me veo obligado.

—¿Qué es lo que queréis? Ya os he dado acceso a toda la

información que tengo sobre los dragones. ¿Qué más puedo ofreceros? —expresó con tono de enfado.

—Necesito corroborar que los datos que he obtenido son correctos. He tenido que inferir muchas cosas en muy poco tiempo y no sé si siempre de forma acertada —explicó Egil y le mostró los cuadernos que había estado llenando de notas e información valiosa.

—Ese no es mi problema. Si vuestras mentes no son capaces de sacar conclusiones correctas de la información presentada es algo que os deja en mal lugar y además es realmente triste.

—Más triste será ver cómo arde toda esta torre de dentro hacia fuera —amenazó Gerd con expresión arisca.

El erudito observó al grandullón un instante como intentando averiguar si sería capaz de cumplir con su amenaza o no.

—Está bien, pero que sea breve. Solo información importante y relevante. No me hagáis perder el tiempo con tonterías.

—Por supuesto, erudito —aseguró Egil.

—Bien, ¿qué necesitas corroborar conmigo?

—Lo primero que necesito asegurar son las fechas en las que todo sucedió. Por lo que he podido deducir hay restos de los dragones que indican que llegaron a Tremia antes que nadie. Se ha establecido esa fecha en hace unos seis mil años en base a un esqueleto parcial encontrado en los desiertos noceanos, “La espalda de los cielos” la llaman.

—Eso es correcto, el esqueleto es la columna vertebral de un gran dragón o parte de ella, por mucho que algunos estudiosos lo nieguen y quieran indicar que no se ha encontrado rastro alguno de ningún dragón. La cifra, sin embargo, es incorrecta —corrigió Alvis.

—Algunos tomos mencionan que pudieron haber llegado hasta hace diez mil años —Egil miró a Alvis esperando confirmación o negación.

—Eso también es correcto. Yo me inclino por la teoría de que llegaron a Tremia hace diez mil años y reinaron en el continente a sus anchas. Hay otro resto, “Las fauces del gran terror”, que así lo indican.

—Esas fauces no se ha podido establecer con seguridad que fuesen de dragón. Hay quien mantiene que eran de otra criatura más antigua todavía —debatió Egil.

—Era un dragón, de qué tipo está por determinar, pero un dragón. Al igual que con el esqueleto encontrado se ha intentado hacer ver que no son restos reales —afirmó el erudito.

—¿Se sabe de dónde llegaron? —preguntó Egil—. ¿Por qué razón vinieron a Tremia?

—Esas preguntas no tienen respuesta que nosotros podamos dar. Solo serían suposiciones sin demasiado fundamento. No hay nada que se haya descubierto que indique de dónde llegaron ni el motivo.

Egil asintió.

—Es una lástima que no sepamos las respuestas.

—No toda pregunta tiene una respuesta —respondió el erudito con tono contemplativo.

—Cierto. Lo siguiente que me gustaría establecer es el tiempo que reinaron sobre Tremia. Hay múltiples versiones sobre cuánto fue. Hay quien habla de tres mil años, otros de seis mil, e incluso hay quien dicen que reinaron hasta la llegada de los hombres hace unos tres o cuatro mil años. No hay forma de encontrar un acuerdo sobre este punto.

—Eso se debe a que no se sabe cuándo ni por qué los dragones desaparecieron —expresó el erudito con un gesto de sus brazos indicando que no se conocía el motivo.

—Lo que sí que se puede establecer es que desaparecieron antes de la llegada de los hombres a Tremia, pues no coincidieron.

—No, hombres y dragones no coexistieron.

—Pero hay constancia de algunas tribus que vieron dragones, lo hemos comprobado en los desiertos, en pinturas arcaicas en cuevas —explicó Egil.

Alvis asintió pensativo.

—Algunos hombres vieron dragones hace tres mil años, puede que incluso dos mil, pero eran los últimos de su especie que todavía no habían abandonado Tremia o estaban finalizando su viaje. Mientras hubo dragones en Tremia, no hubo humanos —sentenció Alvis.

Egil consultó sus notas en uno de sus cuadernos.

—Entonces algo sucedió con los dragones hace cuatro o cinco mil años que los obligó a marcharse de Tremia, y no fueron los hombres.

—Así es. Sobre esa época los dragones desaparecieron de Tremia. El motivo no es conocido. Hay diversas teorías. Se cree que sufrieron alguna enfermedad o algún evento que hizo que no pudieran seguir en Tremia, incluso una lucha civil por el poder entre ellos que casi los aniquiló. También hay quien cree que llegaron enemigos más poderosos y los echaron. Y no, no fueron los hombres pues como es sabido, los hombres nada pueden contra el poder de un dragón.

—Esa teoría es muy interesante, me refiero a la llegada de otros enemigos poderosos que pudieron haberlos derrotado —comentó Egil con ojos llenos de interés.

—No se han encontrado pruebas, aunque yo no he profundizado en

esa teoría.

—¿Por qué no cree en ella? —Egil lo interrogó enarcando una ceja.

Alvis se quedó pensativo.

—No es la más viable. En mi opinión, los dragones son demasiado poderosos para que haya otra especie que los supere. Yo me decanto por la de que se produjo algún evento catastrófico o que contrajeron una enfermedad terrible que los obligó a marchar en busca de un lugar mejor donde vivir.

Gerd asentía de forma inconsciente. Él tampoco creía que nada pudiera con un dragón y que era más posible la teoría que el erudito explicaba.

Egil repasaba sus notas. Parecía que algo no le encajaba y sobre lo que quería hablar con el erudito.

—Puede que sea así… sin embargo, se habla en varios tomos de que hay armas que sí pueden matar dragones. Y según los textos se utilizaron para matarlos —explicó.

—Se mencionan, sí. La "Mata-dragones de Neils" es una de ellas. Una supuesta espada de oro capaz de atravesar las escamas de un dragón. También está la "Lanza dorada de Rogdon", una supuesta lanza que un antiguo rey de Rogdon poseía, Gontel Dungers, y que también es capaz de matar dragones. Según cuenta la historia Rogdana, sus famosos lanceros montados se crearon para servir al rey Gontel. El arma desapareció hace unos cuantos cientos de años tras la muerte del monarca sin dejar rastro. Se dice que su hijo Bernar la escondió, celoso de la fama de su padre, y que estuvo a punto de acabar con el cuerpo de lanceros rales. Parece ser que hijo y padre no se llevaban muy bien.

—Es difícil vivir bajo la sombra de un gran rey —comentó Egil.

—Lo es, y más si no se llega a las expectativas que el reino tiene sobre el nuevo rey—convino el erudito.

—¿Hay algún arma más? —preguntó Gerd interesado.

—Hay varias más, el "Cuchillo de Sansen", con el que supuestamente se puede arrancar el corazón a un dragón para luego comértelo y obtener su poder.

Gerd abrió mucho los ojos y torció el morro.

—Un poco asqueroso… —comentó.

—La "Doble Muerte de Gim", un hacha de guerra de dos cabezas con la que se supone que se puede cortar el cuello a un dragón como si se talara un árbol. La leyenda e Gim es interesante, ya que vivió en los Territorios Helados al norte, en nuestro reino.

—¿Era Gim norghano? —preguntó Gerd con tono de mucho

interés.

—No se sabe si era norghano o Salvaje de los Hielos. La leyenda cuenta que un dragón de hielo secuestró a Úrsula, la mujer de Gim, y que éste fue en su busca. Cuando encontró la guarida del dragón luchó con él para rescatar a su mujer.

—¿Venció? —preguntó Gerd muy interesado por la historia.

Alvis negó con la cabeza.

—El dragón ganó. Lo dejó por muerto y se llevó a Úrsula al interior de la guarida. Unos pastores encontraron medio muerto a Gim y se lo llevaron. Cuando se recuperó de sus terribles heridas fue en busca del mejor armero del norte para que le hiciera un hacha con la que matar al dragón. Encontró a un armero enano, Ripdis Ulken, repudiado por los suyos por su corta estatura, pero que se decía que era capaz de crear armas hechizadas. Él creó la Doble Muerte para Gim asegurándole que el arma sería capaz de cortar el cuello de un dragón. Gim regresó a la guarida de la bestia y lo desafió. Combatieron y Gim le cortó el cuello. Rescató a su esposa Úrsula y volvieron a casa a vivir una próspera vida.

—¿Qué fue del hacha? —preguntó Gerd muy interesado.

—Desapareció en el norte —dijo el erudito—. Nadie la volvió a ver.

—Como las otras armas —añadió Egil—, todas están desaparecidas.

—En efecto, así son las leyendas, no se puede saber si son verdad o la invención de una imaginación exaltada —dijo Alvis.

—¿Hay algún arma más? —quiso saber Gerd.

—Esas son las más conocidas. Luego está el "Arco de Aodh". Es un arco de fuego, un arma con la que se supone que se puede matar dragones, y el "Rayo de Antior", una jabalina que atraviesa cualquier escudo y protección, incluyendo las escamas de un dragón. Un lanzamiento directo de la jabalina al corazón del dragón lo mataría.

—Me gusta esa jabalina —comentó Gerd.

Egil permanecía callado y apuntaba en uno de sus cuadernos las notas que estaba tomando de las explicaciones del erudito.

—Con una de estas armas podríamos derrotar al dragón —comentó Egil.

Alvis ladeó la cabeza.

—Recuerda que pueden ser solo un mito.

—El dragón también era solo un mito… —comentó Gerd—, y ahora es una realidad.

—Debemos entender todo lo que sucedió y ver cómo usarlo —

comentó Egil.

—Entender el pasado es muchas veces la clave para solucionar el futuro —dijo Alvis asintiendo.

—En eso estamos de acuerdo. Por eso hemos estudiado el pasado de los dragones. Solo así entenderemos su futuro y el nuestro —dijo Egil volviendo a apuntar algo en su cuaderno.

—No habrá futuro para nosotros en un mundo de dragones —afirmó Alvis.

—Por suerte solo hay uno —incidió Gerd—. Si conseguimos matarlo o echarlo de alguna forma…

—En eso debierais centraros, sí. Ya os he dedicado suficiente tiempo. Debéis continuar camino —dijo Alvis señalando la salida con el dedo índice.

Egil suspiró hondo.

—Está bien, marcharemos.

—Os deseo suerte. Que los estudios que habéis realizado os sean de ayuda —deseó el erudito.

—Esperemos que así sea —se despidió Egil.

—Volveremos —dijo Gerd como despedida y con tono de amenaza.

Alvis abrió mucho los ojos.

—Espero que no —fue su despedida.

Egil y Gerd salieron de la torre. Tenían que regresar a Norghania y hablar con el resto de sus compañeros y Gondabar. Estaban un poco más cerca de saber cómo derrotar al dragón y eso les dio esperanzas.

Capítulo 19

Aquella mañana Nilsa volvía del palomar de enviar mensajes por encargo de Gondabar. En la mano llevaba los cinco mensajes que había recibido relacionados con la búsqueda del dragón firmados por Guardabosques asignados a inspeccionar el Norte y el Oeste. Algo extraño estaba sucediendo, pues todos informaban de actividad sospechosa en lugares diferentes.

Nilsa resopló preocupada. En los últimos días los avistamientos de grandes monstruos de aspecto reptiliano se habían multiplicado. Si al principio solía recibir un informe cada dos o tres semanas, ahora eran cinco o seis y desde diferentes partes del reino.

—Algo va mal… —murmuró entre dientes mientras bajaba las escaleras pensativa.

—¿Todo bien, enlace? —preguntó un Guardabosques que se cruzó con ella y que al parecer la había oído.

—Sí, tranquilo. Todo bien, Oswald —respondió Nilsa y siguió descendiendo. No iba saltando por las escaleras ni ejercitando sus reflejos, no estaba de humor. La preocupación iba incrementándose en su interior con cada mensaje que llegaba confirmando que había habido un nuevo avistamiento. Algunos de ellos eran ataques con víctimas mortales, lo que dejaba a Nilsa con muy mal cuerpo. En otros únicamente eran personas que habían divisado a un monstruo en la distancia.

Gracias a los Guardabosques que habían recorrido el reino pidiendo a las autoridades de pueblos y ciudades que informaran de inmediato si se producía algún ataque o se vislumbraba algún monstruo desconocido de gran tamaño, los avisos llegaban con bastante prontitud a la capital. Lo que Nilsa no encontraba normal era que ahora fueran tantos.

Se dirigió a su puesto para poder organizar las acciones de los Guardabosques que enviaría a investigar, o al menos a realizar una primera observación. Si encontraban algo grave avisarían y podría coordinar el viaje, de ser posible, de alguna de las Panteras. Deseó que ninguno fuera Dergha-Sho-Blaska, pues todavía no había recibido noticias de sus compañeros, lo que significaba que andaban ocupados.

Los Guardabosques de guardia frente a la estancia de Gondabar

saludaron y ella entró para ponerse a trabajar sin perder un instante. Se dirigió al lugar donde los ayudantes de Gondabar habían dispuesto su mesa de trabajo. Estaba en medio de todos ellos, como si quisieran arroparla, algo que agradecía. Pasaba mucho tiempo trabajando allí, los ayudantes la respetaban por su posición, eran amables con ella y, lo más importante, colaboraban y la echaban una mano en todo lo que podían.

Según se sentó a su mesa uno de ellos se levantó y se dirigió a ella.

—Gondabar quiere verte —avisó.

—Oh, ahora mismo voy —Nilsa se puso en pie al instante.

—No, no aquí, en el castillo.

Nilsa miró al ayudante extrañada.

—¿En el castillo? ¿Dónde en el castillo?

—Te espera en la antecámara a la sala del trono.

Nilsa se puso tiesa.

—¿Ocurre algo? ¿Sabéis algo? —preguntó algo espantada.

Los ayudantes se encogieron de hombros.

—Han venido dos guardias reales, han pedido hablar con Gondabar y luego nuestro señor ha marchado con ellos. Ha dejado instrucciones de que te reúnas con él allí —explicó otro.

—¿Hace mucho?

—No, por poco te topas con ellos —dijo el primero.

—Pues me marcho corriendo —se despidió con un ligero gesto de la mano y salió precipitada. Saltó, más que bajó, las escaleras hasta salir frente a la torre. Varios Guardabosques tuvieron que apartarse para no ser arrollados por el ímpetu de Nilsa.

No sabía qué sucedía, pero si Gondabar le había pedido que se le uniera en la antecámara de la sala del trono, sería un asunto importante. Esperaba que no fuera muy grave, más que nada porque las Panteras estaban fuera y no podrían intervenir.

Empezó a ponerse nerviosa. Lo sentía en su estómago y subiendo por el pecho, así que se detuvo a calmarse. Inspiró por la nariz hasta llenar los pulmones y aguantó la respiración todo lo que pudo. Luego espiró. Hizo este ejercicio cinco veces. Con eso se sentía más tranquila, ya no dejaba que sus nervios se apoderaran de ella. Si percibía que empezaban a tomar el control, se detenía y realizaba varios ejercicios hasta conseguir dominarlos. Una Cazadora de Magos presa de los nervios era una Cazadora de Magos muerta, siempre se lo repetía a sí misma.

Se dirigió a la antecámara caminando por los pasillos con paso

tranquilo, subió unas escaleras y atravesó tres pasillos más con varios descansillos dentro del edifico principal del castillo. Nadie la detuvo, los guardias la observaron según se les acercaba con algo de inquietud, pues por lo general solían estar bastante desiertos, pero al reconocerla con su inconfundible cabello largo pelirrojo y su atuendo de Guardabosques Especialista, la dejaron pasar.

Se animó y comenzó a correr para llegar antes junto a Gondabar. Varios guardias le lanzaron miradas de que no debería ir corriendo y uno hasta carraspeó fuerte.

Finalmente llegó a la puerta de la antecámara. Se detuvo, se arregló las vestimentas para estar más presentable y entró disimulando, como si llegara andando. Los latidos de su corazón y la fuerte respiración la delataban, pero disimuló pues había varios guardias allí apostados.

Gondabar estaba en el centro de la estancia acompañado por el Guardabosques Primero Raner. Le hizo un gesto para que se acercara a él y Nilsa se apresuró a su lado.

—Llegas justo a tiempo —dijo Gondabar.

—Me he apresurado todo lo que he podido.

—Sí, ya veo, trata de calmar tu respiración —aconsejó Raner, que ya se había percatado.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Nilsa mirando a Gondabar y luego a Raner.

—No lo sé. Thoran requiere de mi presencia y la del Guardabosques Primero —dijo Gondabar—. No me han informado del motivo, solo que es algo urgente y muy importante.

—Oh, entonces no es necesario que acuda yo también… —Nilsa se sentía fuera de lugar atendiendo a una entrevista real con el Líder de los Guardabosques y el Guardabosques Primero.

—Entrarás con nosotros, es posible que necesitemos de tu aportación —explicó Gondabar.

—¿Creéis que se trata del dragón? —dedujo Nilsa.

—Podría ser. Igual ha aparecido aquí o en otro reino y el rey es ahora consciente de la situación. Por eso quiero que nos acompañes, será más fácil explicarlo contigo presente y podrás añadir detalles importantes.

—Por supuesto, señor.

—La credibilidad en este asunto es crucial, más que eso, imperativa, diría yo —añadió Raner.

Las puertas dobles que daban acceso a la sala del trono se abrieron y dos guardias reales aparecieron tras ellas. Un oficial que los seguía

salió a la antecámara.

—Su Majestad el rey Thoran os espera —anunció con solemnidad.

Gondabar asintió y comenzó a andar. Raner le siguió de inmediato. Nilsa dudó y Gondabar le hizo un gesto disimulado para que les siguiera.

Entraron en la sala del trono y siguieron el pasillo. Ya había estado allí antes y conocía bien el lugar, pero siempre le impactaba lo magna y regia que era aquella estancia. Que estuviera llena de soldados de la guardia real apostados en columnas y paredes añadía solemnidad.

Gondabar avanzaba despacio, últimamente todo lo hacía despacio. Cualquier esfuerzo físico le costaba mucho. Nilsa lo veía cada vez más cansado. La presión y la sobrecarga de trabajo que estaba sufriendo eran enormes. El Líder de los Guardabosques se daba cuenta de su frágil estado, pero no dejaba por ello de cumplir con su deber, lo cual preocupaba a Nilsa, que temía que pronto se marchitase si no se tomaba las cosas con un poco más de tranquilidad. Ella ayudaba cuanto podía y sabía que Raner también. Quizás entre los dos pudieran aliviar un poco su carga y darle tiempo para que se recuperara.

Según pasaban por delante de los guardias apostados a los lados, Nilsa comenzó a sentirse nerviosa. Podía ver el trono al fondo y al rey Thoran sentado en él. También vio a su hermano, el duque Orten, a su derecha. La expresión en sus rostros era adusta, pero eso no era extraño. Siempre tenían esa expresión, por lo que no se podía saber si la situación era más grave de lo habitual o no.

Llegaron ante el trono y Gondabar se detuvo a una distancia de respeto. Raner se detuvo a su derecha, un paso retrasado. Nilsa se detuvo detrás de ellos, a dos pasos.

—Majestad, siempre a vuestro servicio —saludó Gondabar realizando una reverencia larga.

Nilsa, que lo observaba, pensó que podía caerse al suelo y estuvo a punto de irse hacia adelante por si lo hacía.

—Gondabar, me alegra verte —dijo el rey Thoran con tono seco, pero no del todo desagradable.

—No tienes buen aspecto, viejo Guardabosques —el duque Orten se dirigió a él con su habitual poca delicadeza.

—La edad no perdona, mi señor. Pero me encuentro bien pese a mi aspecto. Solo estoy algo cansado.

—No sé yo… Raner sí que tiene buen aspecto —replicó Orten—. Se le ve fresco, con vitalidad, afilado como un puñal de estocada.

—Gracias, mi señor —Raner realizó una pequeña reverencia.

—Estoy seguro de que con un poco de descanso nuestro viejo Líder de Guardabosques estará como nuevo —dijo Thoran con un tono frío, como si ordenara a Gondabar a descansar para ponerse bien.

—Descansaré de inmediato y me repondré. Siento presentarme ante Su Majestad con aspecto desmejorado —se disculpó Gondabar bajando la cabeza.

—Deberías, hay que cuidar las formas. Uno debe presentarse en la sala del trono con sus mejores galas y en perfecto estado físico —dijo Orten con desdén—. No estamos aquí para contemplar decrepitud ni enfermedad.

Nilsa sintió una rabia tremenda. Gondabar estaba agotado de trabajar día y noche por el reino, a su servicio. No se merecía aquel trato, todo lo contrario, tendrían que darle una medalla y agradecerle su buena gestión.

—Por supuesto. De nuevo, perdonad mi pobre apariencia —se disculpó Gondabar.

—¿Quién es la joven Guardabosques que os acompaña? Me resulta familiar… —preguntó Thoran.

Gondabar se volvió hacia Nilsa.

—Es Nilsa Blom, Guardabosques Especialista, una de vuestras Águilas Reales.

—Majestad —Nilsa realizó una reverencia intentando mantener los nervios bajo control.

—Eso lo explica, sabía que te conocía —dijo Thoran—. ¿Cómo están mis Águilas Reales?

—Muy bien, Majestad. En misiones para la protección del reino.

—Me alegra saberlo. Es probable que necesite de vosotros. Tengo un par de temas… que quiero solucionar… temas delicados.

—Como Su Majestad ordene —Nilsa bajó la cabeza mostrando respeto mientras pensaba en qué nuevas misiones les iba a encomendar el rey. No tenían tiempo para otras misiones, debían encontrar y destruir al dragón.

—Deberías prestármelos a mí —pidió Orten a su hermano.

—¿Para que los mandes a alguna de tus misiones conflictivas? No, de eso nada. Bastantes quebraderos de cabeza tengo ya.

—No son siempre conflictivas —se defendió Orten cruzando los brazos.

—Casi nos declara la guerra Erenal por una de tus magistrales ideas. No, no te voy a dejar a las Águilas Reales. Además, tú eres capaz de enviarlos a una misión suicida y son valiosos.

Orten hizo un gesto con la mano indicando que no estaba de acuerdo.

Nilsa resopló. Ya habían hecho alguna misión que de alguna forma Orten había conseguido colarles y, en efecto, eran conflictivas.

—Los Guardabosques están siempre al servicio del reino —dijo Gondabar con tono conciliador.

—Os preguntaréis por qué os he hecho llamar, ¿verdad? —continuó Thoran sin esperar respuesta alguna—. Es por un motivo importante. Un motivo de gran alegría para el reino.

Nilsa se quedó extrañada. ¿Un motivo de alegría? Esto no podía tener que ver con el dragón.

En ese momento se abrió la puerta este y de ella entró un sequito. Lo encabezaba la princesa Heulyn de Irinel. Nilsa la observó avanzar. Llevaba una larga melena pelirroja que le caía en bucles sobre hombros y espalda. Su rostro era bello, delicado, con una piel muy blanca salpicada de pecas rojizas. Su hermosura desaparecía en su expresión altiva y arrogante. Junto a ella iba Valeria a un lado y el embajador Larsen al otro. Les seguían una docena de soldados de Irinel: la guardia de la princesa.

—Princesa Heulyn. Llegas justo a tiempo —saludó Thoran.

—Majestad, ¿lo estás anunciando? —preguntó Heulyn.

—Así es. A los líderes de los Guardabosques primero, antes de hacerlo público, para que puedan prepararse.

—Adelante, continua —dijo la princesa y se situó la izquierda del rey Thoran con todo su séquito. Al otro lado estaba Orten, a quien ni miró. El duque sí la miró a ella y sus ojos brillaron con un destello de odio. No parecía que tuvieran una buena relación, cosa que no sorprendería a nadie dado el carácter de ambos. La comitiva saludó al rey Thoran de forma respetuosa.

Thoran continuó con el anuncio.

—Ha llegado el momento de que se celebre la boda real. Me desposaré con la princesa Heulyn de Irinel. Los reinos de Norghana e Irinel quedarán así unidos y se formará una alianza que fortalecerá la posición de ambos entre las potencias económico-militares de Tremia.

Nilsa ya había adivinado lo que sucedía y tragó saliva con fuerza. Aquello no podía ser bueno para ellos. La princesa los odiaba y se iba a convertir en reina. Ya había intentado que los colgaran a todos y ahora que iba a ser reina quizá lo consiguiera. Vio cómo Valeria la miraba de reojo y recordó el pacto que habían hecho. Tal vez si Valeria cumplía, aquello no ocurriría, pero no era momento de preocuparse de esa posibilidad. Se centró en lo que se estaba

anunciando pues iba a cambiar el futuro de Norghana y hasta el de Tremia.

—Es una noticia fantástica, Majestad, llenará al reino de felicidad —expresó Gondabar con tono de alegría.

—Una gran noticia que reforzará al reino y a la corona —se unió Raner.

El rey Thoran asintió y en su rostro se apreciaba una duda. Su sonrisa torcida parecía indicar desagrado mientras sus ojos brillaban con una luminosidad de triunfo. Nilsa observó el gesto y lo interpretó. El rey conseguía un triunfo muy importante al conseguir una alianza con Irinel. Eso le fortalecía y lo colocaba como uno de los soberanos principales de Tremia. Por otro lado, se veía obligado a casarse con la princesa Heulyn, algo que no deseaba hacer. Quizás Nilsa se equivocaba en su lectura de la situación y de la expresión del rey, pero estaba casi segura de que no.

—En efecto, lo es —asintió Thoran.

—Norghana volverá a ser una potencia militar temida en Tremia —afirmó Orten—. Nadie osará desafiarnos una vez tengamos el apoyo de Irinel. Mejoraremos nuestro ejército y todos los reinos del continente temblarán ante nuestro poder.

—Sí, hermano, eso sucederá, pero no adelantemos acontecimientos. Lo primero que debemos asegurar es el enlace real. Es un momento histórico para Norghana y será uno de los acontecimientos de la década.

—Posiblemente de la centuria —apuntó el embajador Larsen con tono meloso realizando una pequeña inclinación ante el rey.

—Mi idea inicial era tener una boda discreta, solo con las familias reales de Norghana e Irinel, pero mi futura esposa demanda una boda real con todos los honores debidos y por todo lo alto, al estilo de las bodas reales de antaño —dijo Thoran mirando a Heulyn—. Y, por supuesto, es lo que tendrá. La boda será una que todos los reinos de Tremia recordarán.

La futura reina asintió mirando fijamente a Thoran. Por el gesto parecía que habían llegado a un acuerdo. Thoran, por su parte, tampoco parecía demasiado contento con aquello pues su sonrisa no era muy auténtica.

—Será una boda que todos envidiarán —añadió Orten.

Thoran asintió.

—El anuncio a Norghana y al resto de reinos se realizará esta tarde. Las invitaciones para la boda real saldrán mañana —el rey miró al embajador.

—Todo está listo, Majestad. El anuncio y las invitaciones han sido validadas por la reina y este, vuestro humilde servidor.

—Eso me complace —dijo Thoran—. Se ha invitado a todos los reinos principales de Tremia. A los aliados, a los neutrales y a los enemigos —añadió Orten—. Veremos a quién envían a la boda. En función de si vienen las casas reales o solo envían embajadores sabremos quién está de nuestro lado y quién no. También quién quiere estarlo ahora que volveremos a ser un gran reino.

—Los cobardes que no acudan a la boda pasarán a mi lista de enemigos —dijo Orten con rabia.

Nilsa se imaginó que aquella lista tendría infinidad de nombres escritos en ella. Si las casas reales venían a la boda o enviaban embajadores, el acontecimiento iba a ser enorme y problemático no solo por la envergadura sino por los problemas políticos que podían surgir de tener a los dirigentes y representantes de medio Tremia en palacio. Nilsa sintió que un sudor frío comenzaba a formársele en la frente.

—El embajador Larsen y los otros embajadores del reino trabajarán para asegurar que las personas adecuadas asistan a la boda —ordenó el rey.

—Por supuesto, Majestad. Pondremos todo nuestro esfuerzo en que las casas reales acudan a la gran boda —dijo Larsen—. Los representantes que envíen deben ser acordes a la importancia del evento.

—Más vale que lo sean. No aceptaremos ningún desprecio —ladró Orten.

—Quien no acuda a mi boda lo pagará. Tiempo al tiempo —dijo de pronto la princesa Heulyn.

Nilsa observó a la princesa y su ademán y mirada letal le indicaron que hablaba en serio.

—Estoy seguro de que las casas reales de los reinos de Rogdon, Erenal, las ciudades-estado del Este y algunos reinos menores, además del reino de Irinel, por supuesto, acudirán —dijo Thoran—. El Imperio Noceano enviará embajadores, el emperador no acude nunca a ningún lugar donde haya riesgo. Zangria mandará a alguno de sus generales, los muy cretinos.

—Intentaremos traer a todos los reinos y a algunas naciones menores —añadió el embajador Larsen.

—No traigas a los malolientes Masig —dijo Orten.

—Como deseéis, mi señor duque —dijo Larsen.

—Los salvajes Masig de las estepas y los Usik de los bosques son

pintorescos. Podemos tener algunos como diversión —dijo Thoran.

—Eso estaría bien para entretener a los invitados.

—También algún salvaje o semigigante del Continente Helado —añadió Thoran—. Podríamos exhibirlos en jaulas.

—Me gusta la idea —dijo la princesa Heulyn—. Cuanto más exótica sea el acontecimiento más dará que hablar.

—Ya habéis oído a la reina. Tendremos una gran boda exótica —dijo Thoran.

Nilsa no podía creerse lo que estaba escuchando. No solo iba a ser un tremendo dolor de cabeza diplomático, sino que iban a exhibir a personas como animales en jaulas para divertimento de los presentes. Sintió tal horror que el estómago le dio una vuelta. ¿Cómo podían ser tan crueles y despiadados? De Thoran y Orten lo esperaba, ya los conocía, pero de la princesa no. Empezaba a ver que no era muy diferente de Thoran y su hermano. Como decía el refrán: los de una misma condición siempre terminan en conjunción.

—¿Qué necesita Su Majestad de los Guardabosques? —preguntó Gondabar.

—Como veis será un acontecimiento glorioso, pero al mismo tiempo de gran peligro. Abriremos las puertas de nuestro castillo a séquitos de otras casas reales y naciones. Esto es en sí mismo es problemático pues con ellos llegarán espías y hasta asesinos.

—Eso es seguro —añadió Orten.

—Quiero que mis Guardabosques protejan a los invitados y se encarguen de esos espías y asesinos. Quiero una boda sin incidentes. Todo ha de salir bien. Debemos evitar el derramamiento de sangre.

—EL derramamiento de sangre durante una boda es muy mal augurio —comentó Larsen.

—Yo no creo eso —dijo la princesa Heulyn—, pero no quiero un escándalo en mi boda. Quiero que se recuerde como algo impresionante, a envidiar. No debe haber enfrentamientos ni muertes, y si las hay deben ser en secreto y sin crear problemas diplomáticos que salpiquen el evento.

—Lo último que queremos es provocar una guerra durante el enlace —afirmó Thoran.

—Será como Su Majestad desea. Lo dispondremos todo —afirmó Gondabar con tono servicial—. Es un honor que seamos los elegidos para esta tarea tan importante.

—Nos encargaremos de la seguridad de los huéspedes. Nada les ocurrirá, no habrá ningún incidente. Se evitarán posibles traiciones y se detendrá a los culpables —aseguró Raner.

—Eso es mucho asegurar. Los huéspedes serán muchos y entre ellos los habrá traicioneros o con intenciones poco amigables —advirtió Orten.

—Tienes razón, hermano. Hay quien no quiere que este matrimonio se celebre y no son solo miembros de cortes extranjeras, también los hay aquí en Norghana, en el Oeste.

—También los hay en Irinel —corroboró Heulyn—. No todos en mi reino ven con buenos ojos esta boda.

Nilsa se extrañó al oír aquello. ¿Quién querría impedir la boda en Irinel si los que lo habían organizado eran los propios padres de la princesa? Miró a Valeria por si su expresión le transmitía algo, pero no fue así. Estaba seria, alerta y callada, ejerciendo su papel de fiel guardaespaldas. Tendría que hablar con ella y preguntarle sobre los enemigos de la princesa en Irinel.

—Muy cierto. Vamos a invitar a nuestros enemigos a nuestra casa. Es un riesgo que no me complace nada.

—También estarán nuestros amigos —apuntó Heulyn.

Thoran asintió, pero su rostro mostraba malestar.

—Ya conozco el refrán, sí, pero yo prefiero a mis enemigos muertos, no cerca.

—Esa es la mejor estrategia, sin duda —aseguró Orten.

—No correré riesgos. Quiero a los generales de los tres ejércitos con sus fuerzas acampadas rodeando la ciudad. ¡Que todos vean nuestro poderío militar!

—Yo me encargo de eso, hermano, dalo por hecho. Temblarán según vayan llegando y vean los ejércitos.

—Y quiero a todos los Guardabosques de vuelta y protegiendo la ceremonia —dijo Thoran señalando con el dedo índice a Gondabar y Raner—. Todos. No puede suceder nada que la empañe o provoque un conflicto militar. Hay que garantizarlo.

—Así se hará, Majestad —aseguró Gondabar.

—Protegeremos a los huéspedes y evitaremos cualquier intento de traición —aseguró Raner al rey.

Nilsa se quedó helada. Eso significaba que tendrían que dejar la búsqueda del dragón y todos sus esfuerzos habrían sido en vano. Peor que eso, si todos los Guardabosques eran asignados a la ceremonia, el reino quedaría desprotegido, no solo de Dergha-Sho-Blaska sino de cualquier otro peligro que pudiera surgir. Nilsa tragó saliva. Lo que estaba presenciando era el comienzo de una pesadilla.

—Marchad ahora y organizadlo. La boda será en cinco semanas.

Gondabar, Raner y Nilsa abandonaron la sala del trono.

Nilsa tuvo el presentimiento de que aquella boda iba a traer muchos y sangrientos problemas. Problemas que precisamente en ese momento no necesitaban.

Capítulo 20

Ingrid y Viggo descansaban junto a una pequeña hoguera al anochecer. Estaban cerca de la capital y si todo iba bien llegarían al día siguiente. Disfrutarían de una apacible noche junto al fuego y alcanzarían Norghania al atardecer. Un poco de tranquilidad les vendría bien, para variar.

—Estás muy bella a la luz de la luna y las estrellas, mi rubita belicosa —piropeó Viggo con tono dulce.

—Si crees que con galanterías te vas a librar, te equivocas —respondió Ingrid, que calentaba la sopa en un cazo metálico sobre el fuego.

—Imagino que no estás muy contenta con lo que ha sucedido en mis queridas cloacas de Ostangor.

—Imaginas bien —la respuesta de Ingrid fue seca.

—Lo suponía —asintió Viggo poniendo también a calentar la ración que tenían por cena: caldo de verdura, carne seca de vacuno, queso fuerte de oveja y un trozo de tarta de bayas. Excepto el caldo que calentaban, el resto de la ración estaba dura, aunque sabrosa. No era exquisita, ni mucho menos, pero de esta forma no tendrían que detenerse a cazar.

—Necesito que te entre en esa cabeza tuya el sentido del peligro y el riesgo de las situaciones críticas. Es como si no lo supieras medir.

—Sí que lo sé medir, no estoy ciego. De verdad te digo que no corrí tanto riesgo como tú crees.

—Las cosas pudieron torcerse. Si los jóvenes se hubieran lanzado sobre ti siguiendo las órdenes de Klaus ahora estarías muerto y probablemente yo también, porque hubiera ido a ayudarte.

—Pudieron torcerse, sí, pero no lo hicieron. Estaba en mi derecho. Era un riesgo medido.

—¿Estabas en tu derecho? ¿Regresando años después cuando ya nadie te conocía? ¿Simplemente presentándote y retando al líder? Eso es calcular el riesgo muy a la baja.

Viggo se quedó pensando sobre las palabras de Ingrid.

—Quizá calculé el riesgo algo a la baja, sí —tuvo que reconocer.

—¿Lo dices en serio o para contentarme? —Ingrid no se fiaba de

que realmente estuviera admitiendo su error.

—Lo digo en serio. Podrían haber atacado y la cosa se hubiera puesto muy fea, eso es cierto —reconoció bajando la mirada al fuego.

—Vaya, esto es un progreso. Estoy que no me lo creo —expresó ella levantando los brazos.

—Puede que sea un poco alocado, pero puedo apreciar la realidad cuando abro bien los ojos… o me los abren —dijo a la vez que le guiñaba un ojo.

—Bueno, que lo reconozcas ya es mucho.

—Aunque, en general, la cosa estuvo bastante controlada.

—No quiero discutir. Tendremos que acordar que había más peligro del que tú imaginabas y menos del que yo sentía —ofreció Ingrid con tono conciliador.

—Bueno… bien… sí, lo podemos acordar. Me parece bien.

—Prométeme que la próxima vez, calcularás mejor el riesgo.

—Lo intentaré —sonrió Viggo intentando escabullirse.

—Prométemelo —insistió Ingrid.

—Vale… prometido —dijo él y le extendió la mano.

Ingrid le miró fijamente a los ojos y le apretó la mano.

—Una promesa no se puede quebrantar.

—No lo haré —aseguró él con tono serio.

Ingrid se relajó y suspiró. Esperaba haber logrado un pequeño cambio en la dirección correcta en Viggo, pero tendría que esperar y ver lo que sucedía.

Cenaron tranquilos y disfrutaron de la compañía mutua. Al día siguiente entrarían en la capital del reino, se presentarían en la torre de los Guardabosques y tendrían que explicar lo sucedido tanto a sus compañeros como a Gondabar. Muy probablemente se verían envueltos en nuevas situaciones complicadas, pero eso sería al día siguiente. Aquella noche podrían descansar y disfrutar un poco de una velada maravillosa de primavera en la bella Norghana y con la mejor compañía posible.

—¿Cómo sabías cuáles eran las claves para pasar por los túneles? Hace años que no ibas por la ciudad, las habrán cambiado desde la última vez que estuviste —preguntó Ingrid de pronto.

Viggo sonrió.

—No dejas de darle vueltas a las cosas en la cabeza, ¿eh?

—Ya sabes, no me gustan los cabos sueltos.

—Encontré a un par de Cuervos la primera noche que me adentré

en los barrios bajos y les hice cantar.

—¿Cantar?

—Decirme lo que quería saber. Como son Cuervos, creo que el juego de palabras queda muy bien —sonrió Viggo.

—Mejor no pregunto cómo lo hiciste, ¿verdad?

—Digamos que usando una técnica parecida a la que usa Egil con Jengibre y Fred.

—Tú no tienes animales similares a Jengibre y Fred… —Ingrid inclinó la cabeza mirándole a través del fuego de la hoguera.

—Tengo mis cuchillos y una docena de venenos y tóxicos en mi cinturón de Guardabosques.

—Oh… ya me lo voy imaginando.

—Lo bueno de tener amigos inteligentes y con iniciativa es que, si te fijas bien, aprendes mucho —comentó Viggo con una sonrisa ácida.

—¿No estás tú siempre metiéndote con Egil y diciendo que es un empollón, un sabiondo y otras lindezas?

—Lo estoy. Eso no quiere decir que no aprecie lo inteligente y ocurrente que es. En realidad, pienso que es un fenómeno, alguien excepcional, no solo por su mente sino por su forma de ser. Pero no se lo digas, no quiero que se le suba a la cabeza. Por eso me meto con él, para que se mantenga con los pies en la tierra.

—Lo imaginaba, pero quería oírtelo decir —sonrió Ingrid.

Él soltó una pequeña carcajada.

—Pues dicho queda.

Continuaron charlando y Viggo se levantó a beber algo de agua del pellejo que tenía en su caballo. Al regresar se sentó junto a Ingrid y se lo ofreció. Ella le sonrió y bebió.

—Mejor sentarnos juntos —dijo el chico pasándole el brazo por la cintura y la sujetó con delicadeza, pero firme.

—Sí, mucho mejor —asintió ella.

Viggo le dio un beso lleno de dulzura en la mejilla.

—No creas que no veo que intentas que cambie para bien, que mejore. Lo veo y te lo agradezco.

—No hay de qué. Lo hago para que no acabemos los dos despedazados en algún rincón de Tremia.

—Esa es una causa muy digna —rio Viggo.

Ingrid se contagió de su carcajada y también rio. Se sintió muy bien al hacerlo. Ella no era de las que reían mucho, pero Viggo siempre le hacía sentirse bien, aunque fuera a base de rabietas.

—No puedo creer que hayas regalado todo el tesoro. No me lo esperaba de ti —confesó con tono que mostraba su sorpresa.

—Pensabas que ya me conocías y no podía sorprenderte, ¿eh? —preguntó con picardía.

—Bueno, del todo no, pero sí, he de reconocer que esto me ha dejado muy sorprendida. No me lo esperaba.

—Creías que me iba a quedar con el tesoro, ¿verdad?

—La verdad es que sí…

Viggo sonrió de oreja a oreja.

—Qué mal pensada.

—No digas eso, sabes que no lo soy.

—La verdad es que por un momento pensé en quedármelo todo. Bueno, por más de un momento. Quizá fueron bastantes momentos… Podría haberlo hecho, de haber querido.

—De es no tengo duda. ¿Por qué no lo has hecho?

El muchacho sonrió y miró la luna, que asomaba entre dos grandes nubes dispersas.

—Esos tesoros son el duro trabajo de los Cuervos. Se han arriesgado a morir por ello y es suyo por derecho, pues ellos lo han ganado.

Ingrid puso cara de no estar de acuerdo.

—Son criminales, no puedes decir que han trabajado honradamente para ganarlo.

—Son delincuentes y ese oro está sucio de sangre y deshonra, sí. Pero es su cuello el que han arriesgado para conseguirlo. El tesoro es suyo por mérito.

—Una forma rara de ver las cosas. Esos tesoros pertenecen a quienes lo han perdido. Deberías haberlo entregado a las autoridades para que se lo devolvieran a sus legítimos dueños.

Viggo soltó una enorme carcajada.

—Ingrid…

—¿Por qué te ríes?

—Porque eres tan recta y honrada que a veces me haces reír. Esos tesoros nunca llegarían a sus legítimos dueños de entregarlos a las autoridades. Desaparecerían.

—¿Corrupción en la guardia de la ciudad?

—En la de esa ciudad y en la de todas. Deberías ser más desconfiada. Siento decirte que la mayoría de la gente no es como tú: honrada y con honor. La mayoría son todo lo contrario. Y si están en

alguna posición de poder, sea en la guardia de una ciudad u otra, todavía más, créeme.

—Te creo… muy a mi pesar, pero sigo pensando que hay gente honrada en puestos de poder. Tiene que haberla.

—Eso es más un deseo que una realidad. Sin embargo, como generalizar está mal, digamos que hay personas deshonestas en cargos públicos y que uno no se puede fiar.

Ingrid suspiró.

—Si me los encuentro dejarán de estar en cargo alguno.

—Eso lo sé. Es una de las cosas que más me gusta de ti. Tu inquebrantable honradez y principios. Aunque te lleves muchos disgustos.

—Sin principios y honradez no somos nada.

—Eso me recuerda que no había cosa que más me molestara cuando estaba en activo en los Cuervos que tener que entregar mi botín a mi jefe de cuadrilla para que se lo entregara al líder. Siempre me pareció una injusticia. Nos dejaban las migajas y los jefes de cuadrilla y el líder se llevaban todo la riqueza. Me revolvía el estómago. Por eso lo repartí.

—Es una estructura jerárquica de mando —razonó Ingrid.

—Más bien es un montaje piramidal para que los de abajo sigan siempre siendo pobres y el de arriba se lucre.

—Eso también —convino Ingrid asintiendo.

—Le dejé algo de fondos a Mike, para que pueda seguir dirigiendo el sindicato.

—Has perdido una oportunidad de ser rico, algo que siempre has querido, o al menos eso dices a los cuatro vientos.

Viggo asintió.

—Ya te tengo a ti, que eres el mayor de los tesoros —piropeó y le dio un beso en la mejilla.

Ingrid se ruborizó y girando la cabeza le miró a los ojos.

—No me salgas con galanterías y dime la verdad.

—Me hubiera gustado quedarme con el tesoro, pero eso hubiera implicado tener que quedarme un tiempo con los Cuervos y dirigirlos. No me iban a permitir llevármelo nada más tomar posesión del trono. Si hubiera intentado irme con los cofres no se lo hubieran tomado muy bien. Uno reta al líder para coger su puesto, no para robar su oro.

—En el fondo te hubiera gustado liderarlos, ¿verdad? —Ingrid preguntó con mirada de quien intuye la verdadera respuesta.

Viggo sonrió e inspiró hondo para dejar salir el aire en un largo

soplido. Luego asintió varias veces.

—Me hubiera encantado —reconoció.

—¡Lo sabía! —exclamó Ingrid.

—Hubiera sido el rey de las cloacas de la ciudad. ¡Por supuesto que me hubiera encantado! Era lo que deseaba ser antes de tener la posibilidad de entrar en los Guardabosques. Nunca me creí del todo que me fueran a aceptar teniendo el padre que tuve y siendo yo una rata de cloaca.

—Pero te aceptaron sin contemplar tu pasado.

—Sí, cosa que, a día de hoy, todavía me cuesta creer. Pero si no lo hubieran hecho, habría llegado a líder. Es el sueño de todos los Cuervos. Y bajo mi liderato habríamos anexionado al sindicato del Zorro Rojo, por las buenas o por las malas, y luego habríamos dominado los bajos fondos de la ciudad y el mercado negro. De ahí hubiera llegado a dominar la ciudad desde las sombras.

—Sombras mugrientas y apestosas —apuntó Ingrid.

—Sí, desde donde gobernaríamos toda la ciudad. Un sueño preciso, ¿no crees?

—No es un sueño muy legal que digamos…

—Bueno, pero es un sueño glorioso. Sobre todo, para las ratas jóvenes de cloaca como lo éramos nosotros. Una pena que no se haya podido hacer realidad.

—Has tenido una oportunidad. Podías haberte sentado en el trono, no robar los tesoros y lograr tu sueño.

Viggo asintió con mirada melancólica.

—Por desgracia es un sueño que no puede darse porque hubiera perdido lo que más quiero. Te hubiera perdido a ti. Y eso nunca, antes la muerte.

Ingrid se giró para mirar bien a Viggo. Quería saber si bromeaba o lo decía en serio. En sus ojos pudo ver que lo decía totalmente en serio.

—¿Renuncias a ese sueño por mí?

—A ese y a cualquier otro.

Ingrid le besó con pasión.

—¿Por qué crees que son incompatibles? —preguntó Ingrid al momento—. Tu sueño y estar conmigo.

—No te veo de reina de las cloacas —sonrió Viggo.

—No es la cloaca lo que me echa atrás, es el delito.

—Sí, lo sé. No es un estilo de vida que aprobarías.

—No es un estilo de vida honrado.

—Cierto. Por eso decidí no quedarme. Además, tenemos otros problemas mayores que solventar. No sirve de mucho ser rey de la ciudad si un dragón gigantesco ataca y arrasa hasta los cimientos.

Ingrid asintió.

—Cosa que sabemos que puede pasar en cualquier momento si no lo detenemos de alguna forma.

—Las riquezas no sirven de nada si estás muerto.

—En eso tienes toda la razón.

—No se puede tener todo en la vida, hay que elegir. Yo ya he elegido y estoy feliz con mi decisión —afirmó Viggo mirando a Ingrid a sus ojos azules.

—¿Quiere decir eso que ya no buscas riquezas y posición?

Viggo inclinó la cabeza.

—¿Quién ha dicho eso? Una cosa es lo elegido y otra que si por el camino se presentan oportunidades de conseguir cosas…

—Ya me imaginaba. Asegúrate de no desviarte del camino correcto para conseguirlos —Ingrid le mostró el dedo índice a modo de advertencia.

—Yo siempre iré recto por el camino correcto.

—Ya, por si acaso ya me encargo yo de mostrártelo.

—No esperaba menos —sonrió Viggo de oreja a oreja.

Capítulo 21

Astrid y Lasgol cruzaban la capital del reino y ascendían hacia el castillo por la avenida principal de la urbe. La ciudad estaba abarrotada, no cabía un alma en sus calles. La gente iba de un lado a otro como si llegaran tarde a algún lugar, cosa que no era nada habitual, pues los norghanos solo se apresuraban si había batalla. Según iban subiendo podían apreciar con claridad la incesante actividad que había en las calles a su alrededor. Si ya de por sí la ciudad estaba siempre animada, ahora era un torbellino.

La noticia de la boda real les había llegado hacía ya un par de días, en el camino de regreso a la capital. No les había sorprendido demasiado, sabían que la princesa había demandado casarse en primavera ya que no lo iba a hacer durante el invierno. El anuncio se estaba realizando en todas las ciudades, pueblos y aldeas del reino por orden real. En pocos días todos en Norghana sabrían de la gran boda. Los mensajeros reales y los nobles se habían encargado de que la noticia corriera por todas las tierras del reino.

Lasgol pensaba que quizá la princesa de Irinel se fuera a echar atrás, o más bien deseaba que lo hiciera. Por muy poco que le gustara aquella joven, y la verdad era que era insoportable y peligrosa, casarse con Thoran le parecía un castigo desproporcionado y lo entendía como una condena de cadena perpetua a trabajos forzados en las minas, tal vez hasta peor. No se lo deseaba a nadie. Por ello, recibir la noticia de que la boda se celebraría en unas pocas semanas lo había dejado intranquilo y un tanto descontento.

Astrid no parecía sentir ninguna piedad por la suerte que iba a correr Heulyn. Era tan consciente como Lasgol del severo castigo emocional que iba a sufrir al convertirse en la esposa de Thoran, pero no se sentía mal por la princesa. Según Astrid, Heulyn tenía muy merecido todo lo que le fuera a suceder. Podría haber rechazado a Thoran, escapado o simplemente nunca haber llegado a Norghania. Pero no lo había hecho así. Había decidido conscientemente casarse con él.

Lasgol pensaba que los padres de Heulyn la estaban forzando a aquel matrimonio de conveniencia, pues eso era lo que aquella boda era, una alianza entre casas reales por medio de un casamiento sin amor, y por ello se sentía mal por la princesa. Lo que no entendía era

por qué no se había seguido oponiendo después de que las Panteras la capturaron en el bosque de los druidas y la llevaron de vuelta con sus padres. Siempre había creído que la princesa se negaría a la boda y que escaparía a algún lugar remoto.

—La ciudad vibra como una colmena —comentó Astrid.

—Ya lo creo, todos se preparan para la gran boda —comentó Lasgol acariciando el cuello de Trotador. Había tanta gente yendo y viniendo por todas partes que las monturas estaban nerviosas.

Varias personas cruzaron de pronto la calle en ambos sentidos frente a ellos y Trotador rebufó alarmado.

«Tranquilo amigo» envió Lasgol al poni.

—Toda esta animación es contagiosa —expresó Astrid—. La gente está encantada con la boda real —señaló a varios grupos de mujeres que reían y charlaban en alto sobre el gran evento.

—Mira, están decorando la ciudad —Lasgol señaló a un grupo de soldados que estaba colgando banderas norghanas y motivos con los colores del reino.

—Allí hay más —señaló Astrid hacia al oeste, donde otro grupo de soldados estaba colocando decoraciones para la boda.

—Va a ser todo un espectáculo —comentó Lasgol observando cómo un nutrido grupo de comerciantes discutía con la guardia sobre dónde poner sus tenderetes y puestos.

Tras cruzar la ciudad y echar un ojo a toda la conmoción que había entorno al gran evento, llegaron al castillo. Los dejaron entrar tras identificarse y se dirigieron a los establos a dejar a Trotador y la yegua blanca moteada que montaba Astrid para que se encargaran de cuidarlos.

Desmontaron y observaron el interior del castillo. Si en la ciudad había movimiento, allí dentro lo había todavía más. Los soldados estaban engalanando el lugar. Se apreciaba el trabajo en murallas y torres situando banderas, estandartes, adornos y escudos tanto norghanos como de Irinel. En el patio de armas había un grupo de personas, medio centenar de hombres y mujeres. Se dieron cuenta de que eran sastres y modistos trabajando sobre largas mesas de madera cortando y cosiendo las grandes decoraciones que iban a colgar por toda la fortaleza y sus alrededores.

También se apreciaba frente a los barracones a más de un centenar de soldados realizando ejercicios de formación y desfile. Los oficiales indicaban la formación que debían adoptar y luego les hacían desfilar hacia delante y hacia atrás. Una vez terminado el ejercicio lo repetían. Un segundo regimiento apareció de los barracones más alejados y tomó el lugar de los que habían estado ensayando los pasos y las

formaciones. Se apreciaba que estos soldados no habían desfilado nunca porque no mantenían el paso y lo estaba haciendo fatal. Los gritos que proferían los oficiales se oían desde el Continente Helado.

El primer regimiento que había terminado los ejercicios de desfile, en lugar de retirarse a descansar, siguió a dos de los oficiales hasta uno de los almacenes junto a los barracones. Los soldados entraron y al momento salieron portando espadas, hachas y escudos. Parecía que iban a entrenar combate, pero no fue así. Se sentaron en el suelo frente al almacén y unos mozos les trajeron cubos con agua y pastillas de jabón, y también grasa, cera y trapos. Se pusieron a limpiar el armamento, lo iban a pulir para que brillara durante los desfiles.

Astrid y Lasgol observaban todo lo que sucedía. Sus rostros mostraban que estaban viendo algo que no esperaban.

—Se están esmerando y de lo lindo —comentó Astrid al ver a otro grupo de soldados con suministros que entraban por la puerta principal.

—Sí que se están aplicando con ímpetu, sí —comentó Lasgol, que observaba cómo trabajaban los soldados bajo las directrices de sus oficiales. Se fijó en que, al fondo, más allá de los barracones, habían levantado una docena de puestos de artesanos. Había carpinteros, herreros y otros trabajando para el gran acontecimiento.

—Parece que nuestro rey quiere una boda por todo la alto —comentó Astrid con una sonrisa ácida.

—Eso parece. Nunca había visto a tanta gente trabajando así en la ciudad ni aquí —comentó Lasgol, que se iba dando cuenta de que entre los edificios habían levantado puestos suplementarios para ayudar con los preparativos.

Sin perder detalle de lo que estaba sucediendo se encaminaron hacia la torre de los Guardabosques. Iban observando con interés los trabajos que los soldados y los artesanos estaban realizando.

—Me parece que van a sudar de lo lindo —comentó Astrid con una sonrisa pícara.

—Eso parece, se les ve apurados. Los oficiales no hacen más que ladrar órdenes —Lasgol podía ver en los semblantes de los trabajadores y soldados que no estaban trabajando a gusto, parecían estar bajo presión.

—Será que el rey lo quiere todo preparado y a su gusto ya —dijo Astrid—. Bueno, viendo el ritmo al que van yo diría que lo quiere para ayer.

—No me extrañaría. Los reyes son mucho de pedir imposibles a sus súbditos…

—Los malos reyes como Thoran, querrás decir —le guiñó un ojo Astrid.

Lasgol abrió mucho los suyos y le hizo un gesto a la chica para que tuviera cuidado con lo que decía. Miró alrededor por si alguien la había oído.

—Los reyes soportan cargas que no comprendemos —disimuló Lasgol.

Astrid sonrió.

—Qué mal mientes… no has aprendido a hacerlo bien en todo este tiempo —le susurró al oído—. Y sé que piensas lo mismo.

Lasgol se encogió de hombros, no era muy buen actor.

—Compañeros Guardabosques —señaló al frente donde varios de ellos conversaban.

De pronto de la puerta abierta de la torre salió una figura a la carrera que recorrió el espacio que quedaba entre la torre y Astrid y Lasgol en un suspiro.

—¡Qué alegría teneros de vuelta! —exclamó Nilsa, que los abrazó con tal ímpetu que ambos tuvieron que aguantar el equilibrio como pudieron para no irse al suelo.

—Nilsa… vaya recibimiento —dijo Lasgol entre risas.

—Por un instante casi saco los cuchillos… pensaba que nos atacabas —dijo Astrid también entre risas.

—Perdonad, es que os he visto desde una de las ventanas y no he podido contenerme. ¡Qué alegría teneros de vuelta!

—La alegría es toda nuestra —aseguró Lasgol sonriendo y le dio un fuerte abrazo.

—Estáis bien, ¿verdad? —se preocupó Nilsa.

—Estamos perfectos, tranquila —aseguró Astrid, que le dio otro fuerte abrazo.

—No sabéis cuánto me alegro de veros. ¿Y Ona y Camu?

—Están bien, tranquila —dijo Lasgol—. Los hemos dejado en el Bosque del Ogro Verde.

—Oh, mejor. El castillo está hasta arriba de gente, como ya podéis apreciar, y el trajín de personas es constante día y noche. Han traído artesanos de diferentes partes del reino y están trabajando sin descanso en los preparativos de la boda. Sabéis lo de la boda, ¿verdad?

—Sí, nos ha llegado —dijo Lasgol sonriendo.

—Va a ser un bodorrio de los que hacen época —comentó Astrid mirando toda la conmoción que había en el interior del castillo con

soldados y artesanos yendo y viniendo sin parar.

—¡Tiene que serlo! —exclamó Nilsa asintiendo con fuerza.

—Imagino que es lo que la princesa quiere, una boda real por todo lo alto —comentó Astrid.

—También es lo que el rey Thoran quiere —añadió Nilsa.

—¿En serio? —Astrid y Lasgol intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Sí. No es solo la princesa la que quiere una gran boda —Nilsa miró alrededor para ver si estaban lo suficientemente lejos de oídos curiosos—. Quiere impresionar no solo a sus aliados, sino a sus enemigos, a estos especialmente. Ha dado orden de que todo esté impoluto.

—¿Juegos políticos? —preguntó Lasgol, que intuía que la boda se utilizaría para mostrar su poder económico y militar.

—Sí. Se quiere mostrar el poder de la nueva Norghana con la alianza de Irinel.

—¿Poder militar también? —preguntó Astrid con una ceja enarcada.

—Los tres ejércitos han sido llamados. Los generales los están convocando y llegarán en una semana —explicó Nilsa.

—Vaya, sí que quiere que esto impresione —comentó Astrid.

—También estarán los Invencibles del Hielo —apuntó Nilsa.

—Sí, imaginaba que estarían, son la élite de la infantería Norghana. El rey querrá enseñarlos —comentó Astrid.

Lasgol arrugó la frente.

—¿Cuántos invitados? —preguntó a Nilsa.

—Muchísimos. Se ha invitado a todas las naciones y reinos significativos en el continente. Todavía no se sabe la cantidad exacta porque están aún confirmando asistencia y el tamaño del séquito que traerán.

—Pues queda claro que Thoran quiere mostrar su nuevo poderío a todos —dedujo Astrid.

—¿Cuándo llegarán los invitados? —quiso saber Lasgol.

—Empezarán a hacerlo en unos días. Las confirmaciones siguen llegando —explicó Nilsa—. Pensaba que muchos dirían que no, pero están aceptando casi todos.

—Supongo que será porque quieren cerciorarse de la alianza y ver si realmente la Norghana de Thoran vuelve a ser la antigua y poderosa Norghana —dijo Astrid.

—Ummm… habrá muchos espías entre los asistentes… —razonó

Lasgol.

—Sí, es algo que ya se ha previsto. Espías y asesinos… se esperan problemas… —adelantó Nilsa.

—Esto se va a poner muy interesante —sonrió Astrid y sus ojos brillaron.

—Eso me temo yo también —Nilsa hizo un gesto de horror.

—No anticipemos acontecimientos, puede que no ocurra nada. Los invitados a la boda sabrán comportarse y con ellos los espías que traigan y los otros miembros de sus séquitos —intentó restarle importancia Lasgol.

—Lo dudo. Además, ¿esperas que Thoran y Orten se comporten? —preguntó Astrid—. ¿Y la futura reina? Yo no estaría tan segura.

Lasgol hizo un gesto de que quizá eso era mucho pedir.

—¿Ha llegado alguno más de los nuestros? —preguntó.

—No, sois los primeros. Supongo que estarán al caer. La noticia de la boda hará que todos se apresuren una vez hayan acabado —informó Nilsa.

—Sí, eso seguro. Esperemos que estén todos bien —dijo Lasgol con algo de preocupación.

—Sí, yo también espero que lo estén. Aguardar noticias sin poder unirme a las misiones ha resultado bastante frustrante —confesó Nilsa arrugando la nariz.

—Lo estarán, estoy segura —dijo Astrid—. Y tú haces una labor imprescindible aquí.

Nilsa asintió pero su semblante mostraba que no estaba muy convencida.

—Debéis saber que no podremos abandonar el castillo de momento —advirtió con voz seria.

—¿No? —preguntó Lasgol extrañado.

—El rey quiere a todos los Guardabosques presentes durante la boda. Le ha encomendado a Gondabar la seguridad de los huéspedes.

—Puffff… Menuda misioncita… —Astrid sacudió su mano derecha mientras soltaba un silbido.

—Una misión que va a resultar de lo más complicada —Lasgol observaba el edificio central del castillo.

—El Guardabosques Primero Raner nos informará de lo que se ha establecido para cada uno de nosotros. Se ha hecho llamar a la gran mayoría de Guardabosques.

—Eso no nos conviene. No podremos seguir con la caza del dragón —dijo Lasgol con tono contrariado.

—Veamos cómo podemos arreglárnoslas. Una vez regrese Egil tendremos que idear algo —comentó Astrid.

—No va a ser sencillo. El rey dio una orden directa a Gondabar y Raner. Yo estaba presente.

—Es un problema importante… —Lasgol se quedó pensativo—, pero seguro que Egil encuentra la forma de esquivar este escollo. Ya lo hablaremos con calma.

—Igual nos ponen a ayudar con las decoraciones o los festines —comentó Astrid jocosa mientras observaba a los artesanos y los soldados trabajando de forma apresurada.

—No lo creo, me temo que será algo mucho más serio y potencialmente peligroso —dijo Nilsa.

—¿Sí? Eso suena interesante —se ilusionó Astrid.

—Creo que es posible que nos encarguen escoltar nobles extranjeros —comentó Nilsa.

—¿Y el peligro? —preguntó Lasgol con el entrecejo fruncido.

—Que otros nobles extranjeros quieran matarlos —Nilsa hizo un gesto de que era posible.

—Creo que nos vamos a entretener en esta boda —sonrió Astrid animada.

—Pues yo creo todo lo contrario —se lamentó Lasgol.

—Lo importante es que no muera nadie ni haya ningún problema político grave —comentó Nilsa con tono esperanzado.

Astrid sonrió con malicia.

—Seguro que eso no ocurrirá.

Lasgol la miró y supo que eso era precisamente lo que iba a pasar.

Capítulo 22

Ingrid y Viggo buscaban llegar el castillo de Norghania. Estaban intentando cruzar la capital tan rápido como les era posible, pero sus monturas estaban teniendo dificultades para avanzar por las calles abarrotadas de gente que estaban encontrando. No eran los únicos con problemas similares. Soldados, mercaderes y artesanos estaban igual.

La ciudad estaba atestada desde las primeras luces del día hasta el anochecer. Además, ya no eran solo norghanos los que llenaban las calles, locales y alrededores, también había cada vez más extranjeros de tierras cercanas y lejanas llegados para presenciar la gran boda real.

Los monarcas foráneos y sus comitivas no habían llegado aún, pero lo harían cuando quedaran unos pocos días para la boda. Sin embargo, parte de sus séquitos se adelantaba para ir preparando la llegada de sus señores y asegurarse de que todo estaba a su gusto. También por cuestiones de seguridad y, sobre todo, para espiar a sus rivales. En Norghania estaba en un juego una partida que iba a afectar al futuro inmediato y a medio plazo de todo el continente de Tremia.

—Mira, rogdanos —señaló Ingrid sobre su caballo indicando a Viggo un grupo de hombres de cabellos pardos, ojos marrones y estatura y complexión algo menor que la de los norghanos. Todos vestían en colores de azul y plata, los colores de su reino.

—Los veo. No me parecen gran cosa, la verdad —comentó Viggo con aire de superioridad mientras azuzaba a su caballo para que se abriera paso entre la gente que se amontonaba en la avenida principal.

—Pues Rogdon es un reino civilizado, avanzado y de muy buena reputación. Sus ejércitos son temidos, sobre todo su magnífica caballería.

—Bah, la caballería no puede nada contra arqueros superiores como nosotros. Yo mismo desmontaría a todos sus lanceros sin despeinarme.

—No digas tonterías. Para empezar, llevan escudo grande y armadura completa, e incluso yelmo con visor. ¿Dónde dices que vas a acertar cuando carguen contra ti?

Viggo arrugó la nariz.

—En el cuello. Ahí siempre hay debilidad.

—Ya, y yo me creo que vas a acertar siempre en el cuello a un montón de lanceros a la carga en sus impresionantes caballos de guerra.

—Donde pongo el ojo…

Ingrid puso los ojos en blanco.

—Esperemos que nunca tengamos que luchar contra el reino de Rogdon.

—Los destrozaríamos. Sobre todo, si vamos los Guardabosques.

—Yo no estoy tan convencida… Por suerte estamos en paz con ellos y, aunque fuéramos a la guerra, los Guardabosques no suelen ir con ejércitos invasores.

Continuaron avanzando hacia el castillo navegando con sus monturas entre el mar de gente.

—Mira, zangrianos. Los muy feos andan ya por aquí —dijo Viggo que con un gesto de su cabeza indicó en la dirección de media docena de zangrianos vestidos de amarillo y negro. Eran inconfundibles: bajos, fuertes de hombro y brazo, feos, peludos y sucios tanto en el hablar como en los modales.

—Cerca de aquella fuente hay un grupo de noceanos —comentó Ingrid y miró hacia el lugar. Se distinguían dos grupos. Uno de hombres de piel tostada, delgados, fibrosos y de cabellos largos, negros y rizados, y otro de hombres altos, fuertes y musculosos con la cabeza rapada y piel de ébano.

—Esos me preocupan más que los rogdanos —comentó Viggo.

—¿Sí? —se extrañó Ingrid.

—Sí, parecen peligrosos.

—¿Y los rogdanos no?

—Ellos son cuadriculados de cabeza y mentón y más tiesos que una vara, pero no peligrosos.

—Oh, me apunto tu apreciación.

—Así me gusta, que me escuches y me hagas caso —sonrió Viggo.

—Yo siempre te escucho. Lo otro… casi nunca.

—Por eso nos llevamos tan bien, mi rubia belicosa —le lanzó un beso Viggo.

Ingrid suspiró, pero se le escapó media sonrisa.

—Me parece que estamos viendo a gente de diferentes reinos que van llegando a la ciudad por la gran boda.

—Lo veo divertido. Podemos ver qué pinta tienen y averiguar si son un peligro, apostar por qué reino será el siguiente en entrar en guerra y perder. Esas cosas… —comentó Viggo animado.

Ingrid hizo un gesto de que ella no lo veía tan divertido. Continuaron subiendo por la calle principal. Poco a poco fueron consiguiendo hacerse sitio con sus caballos y avanzar, no sin dar empujones para apartar a transeúntes. Lo peor eran los carros atascados entre la gente.

Llegaron hasta el castillo y encontraron las murallas adornadas con todo tipo de banderas, insignias y colgantes. Estaban tomadas por gran cantidad de soldados norghanos. Frente a la puerta y el puente levadizo un centenar de ellos guardaban el paso formando una especie de comité de bienvenida. Varios oficiales y escribas estaban junto a una mesa cubierta por un tapete de colores norghanos.

Se presentaron ante los oficiales y en cuanto constataron que eran Guardabosques les dejaron pasar. El centenar de soldados se abrió en dos con un movimiento ensayado creando un pasillo por el que pudieron llegar al puente levadizo. Al cruzarlo, en el otro lado de la puerta, un nuevo grupo de la guardia les dio el alto. Volvieron a identificarse ante los oficiales al mando y finalmente pudieron entrar en el castillo.

—Han doblado la seguridad —comentó Ingrid.

—¿Te extraña? —Viggo hizo un gesto de que a él no—. Las cosas se van a poner interesantes por aquí.

—No sé si me gusta ese interesante tuyo…

Viggo sonrió.

Desmontaron en los establos y entregaron a los caballos a los mozos de cuadra. Tuvieron algunos problemas para que se encargaran de ellos, pues andaban todos muy ocupados y ninguno les atendía, pero encontraron a alguien.

—Lo siento, andamos de cabeza —se disculpó el mozo.

—No pasa nada, ocúpate de nuestras monturas —dijo Ingrid.

—No va a ser posible… estamos… sin espacio para más —dijo el mozo con tono de disculpa y señaló los establos, donde se veía cantidad de caballos, mulas y jacas que se habían colocado amontonados. Por lo general solo había un caballo por caballeriza, pero ahora se veían hasta cuatro.

—Por si no te has dado cuenta, somos Guardabosques Especialistas —dijo Ingrid con tono severo.

—Lo sé, lo sé, disculpad, pero es que estamos desbordados. No para de llegar gente… gente importante —se excusó el mozo.

—Los Guardabosques tenemos prioridad, eso lo sabes —le guiñó un ojo Viggo y con disimulo le dio una moneda.

—Señor, no es necesario… Yo cuido los caballos encantado. Son

Guardabosques, y Especialistas nada menos, el problema es que no hay sitio —el mozo no quiso coger la moneda que Viggo le ofrecía.

—En ese caso, desplaza a algún otro y haznos hueco —dijo Viggo, que le volvió a hacer un guiño y le dio dos monedas en lugar de una.

—Pero señor… eso… no podría…

—No me dirás que no somos más importantes que alguno de los que ya tienes ahí —dijo Ingrid señalando varios de los caballos.

—Sí, por supuesto… pero no soy yo nadie para… —el pobre mozo de cuadra no sabía qué hacer ni cómo salir del aprieto.

—Yo no me voy de aquí sin dejar mi caballo bien cuidado —Ingrid cruzó los brazos sobre el torso.

—Si desapareces un ratito ya me encargo yo de encontrar sitio para nuestros caballos —dijo Viggo y sonrió con cara de pillo.

El jefe de caballerizas los vio discutiendo con el mozo y se acercó.

—Guardabosques Especialistas —saludó inclinando la cabeza.

—Quizá tú puedas ayudarnos —dijo Ingrid con tono serio—. Venimos de misión oficial, tenemos que ir a informar. Nuestros caballos han de ser atendidos.

—Lo entiendo. Desde luego —el jefe de caballerizas miró al mozo —. Lleva los caballos de los Guardabosques a los establos del centro.

—¿Del centro? —preguntó Ingrid frunciendo la frente.

—Debido a la gran afluencia de gente nos hemos visto obligados a hacer uso de todos los establos de la ciudad. Los manejamos nosotros por orden del rey.

—¿Y cómo vais a alimentarlos y a cuidarlos a todos? —preguntó Viggo enarcando una ceja.

—Todos los establos de la ciudad han sido requeridos por el rey. Trabajan ahora en conjunto para dar cabida a la gran boda. El rey ha tomado además posesión de todos los graneros de la ciudad y de los condados cercanos. No faltará alimento para las monturas.

—¿Y para los hambrientos viajeros? —preguntó Viggo frotándose el estómago.

—Lo mismo que con los establos sucede con las posadas y tabernas. Están todas bajo supervisión real y deben servir a los asistentes al evento. Los invitados extranjeros tienen prioridad. También están trayendo cientos de grandes carros con todo tipo de alimentos y bebidas que se están guardando en varios almacenes enormes a las afueras de la ciudad custodiados por soldados. Nadie pasará hambre, está todo organizado.

—Eso ya me gusta más —sonrió Viggo, satisfecho.

—¿Y si necesitamos los caballos con urgencia? —preguntó Ingrid, que no estaba tan convencida.

—Se os proporcionarán monturas frescas de inmediato —aseguró el jefe de caballerizas.

—Bien, eso ya me parece correcto.

—No es mi responsabilidad decirlo, pero creo que no os harán falta en las próximas semanas.

—¿No? ¿Por qué razón? —preguntó Ingrid enarcando una ceja.

—Veréis… están llegando muchos Guardabosques, pero para quedarse.

—¿Por la boda? —preguntó Ingrid.

—Sí, es una de las razones por las que los establos estén llenos. Los Guardabosques y soldados que llegan tienen orden de quedarse.

Ingrid y Viggo se miraron.

—Eso son nuevas para nosotros —respondió Ingrid, a quien la noticia no terminaba de convencerle.

El jefe de caballerizas se encogió de hombros.

—Es lo que he oído. Disculpadme, debo volver a mis quehaceres, que parecen multiplicarse solos.

—Por supuesto, continúa —dijo Ingrid con un gesto de la mano derecha.

—Lamento estas molestias, si bien irán a mayores. Todavía no han llegado los invitados importantes —dijo el jefe despidiéndose.

—Ya, imagino que cuando lleguen esto va a ser una locura para todos —comentó Ingrid.

—Es lo que tienen las grandes bodas reales. No se había visto una así en tiempo. Esperemos sobrevivir a ella —comentó y tras despedirse de ellos se marchó.

El mozo estiró el brazo pidiendo las riendas de las monturas. Ingrid y Viggo se las dieron.

—Que tengan un buen regreso —deseó el mozo y marchó con los caballos.

Avanzaron un poco hacia la torre de los Guardabosques, pero se detuvieron casi de forma inconsciente a observar toda la actividad en el castillo. Las órdenes, martillazos, chillidos, golpes, y multitud de diferentes sonidos les llegaron de golpe.

Viggo observó todo el movimiento y ajetreo en el castillo y silbó.

—Parece que van a montar una fiesta de las que a mí me gustan —sonrió y abrió mucho los ojos.

—Hay cientos de personas trabajando en el exterior del edificio principal del castillo. ¿Qué es todo esto? Parece que vamos a la guerra —comentó Ingrid que observaba a los que iban y venían atareados de un lado a otro.

—¡A una guerra de lo más divertida con comida, bebida, cantos, música y mucha fiesta! —proclamó Viggo levantando los brazos al ver pasar un carro con barriles de cerveza al que seguía otro con piezas de carne. Hizo ademán de ir tras los carros.

—¡Quieto ahí! Ni se te ocurra… —dijo Ingrid.

—Ven conmigo, será de lo más divertido —prometió el muchacho.

Ingrid estaba intentando detener a Viggo y que se dirigieran a informar cuando una persona que salía de la torre de los Guardabosques los vio.

—¡Ingrid, Viggo! —llamó Astrid levantando la mano.

Ingrid se giró y vio a su amiga.

—¡Astrid! —saludó a su vez.

Viggo dejó de hacer como que se iba tras la cerveza y fue a saludar a Astrid, que llegaba a la carrera.

—¡Qué alegría veros! —dijo Astrid y se fundió en un fuerte abrazo primero con Ingrid y luego con Viggo.

—La alegría es nuestra —dijo Ingrid con una sonrisa.

—¿Sigues afilada como un cuchillo y letal como un veneno? —preguntó Viggo con mirada de malhechor.

Astrid hizo un movimiento fugaz y en una de sus manos apareció uno de sus cuchillos y en la otra un contenedor de madera.

—¿Quieres probarlo? —preguntó con mirada de reto.

Viggo levantó las manos.

—Ya veo que seguimos en forma —sonrió con un amplio gesto.

—Siempre —sonrió de vuelta Astrid.

—¿Dónde están los demás? ¿Todo bien? —preguntó Ingrid, que miraba hacia la torre de los Guardabosques para ver si los veía.

Astrid asintió.

—Todo bien. Bueno, todo lo bien que se puede estar en medio de esta locura de boda —comentó haciendo un gesto con la cabeza hacia el centro del patio de armas, donde la actividad no cejaba ni un instante—. Lasgol ha ido a ver a Camu y Ona y regresará al anochecer. Nilsa anda de un lado a otro sin parar todo el día y parte de la noche.

—¿Se ha desquiciado definitivamente? —preguntó Viggo con tono malicioso.

—Entre la coordinación de los esfuerzos para encontrar al dragón y ayudar con los preparativos de la boda no para ni un instante.

—Bueno, eso es lo normal en ella —comentó Ingrid.

—Sí, pero ahora es cinco veces lo que en ella es normal —Astrid puso cara de espanto.

—Eso tengo que verlo —comentó Viggo con una sonrisa.

—Ni la verás pasar a la velocidad que va —respondió Astrid.

—¿Y Gerd y Egil? ¿Han vuelto ya? ¿Sabes algo de ellos? —preguntó Ingrid.

Astrid negó con la cabeza.

—No han llegado todavía, pero están de camino. Han enviado noticias de que llegarían pronto.

—Estupendo, a ver qué han descubierto. Espero que sea algo significativo que nos ayude a localizar a Dergha-Sho-Blaska —deseó Ingrid.

—¿Cómo os ha ido a vosotros? —preguntó Astrid.

—Nos hemos encontrado con varias criaturas, una colosal que podría haber sido el dragón, pero resultó ser criatura mitad serpiente, mitad dragón, pero no Dergha-Sho-Blaska.

—Fue muy divertido, tuve que subir por su espalda y casi me come —sonrió Viggo—. Jugué un poco con ella y luego la hice huir. La he llamado serpiendrago. Tengo que contárselo a los bardos de la corte. Mi actuación heroica merece una oda, o al menos una canción épica.

—No le hagas caso. Ya empieza con sus delirios de grandeza —Ingrid resopló con fuerza—. Fue mucho más complicado que eso y no hiciste huir al monstruo tú solo.

—Prácticamente. Poco ayudaron los demás…

—Si, claro. Luego te lo explico todo —dijo Ingrid a Astrid.

—De acuerdo. Nosotros también hemos encontrado algo que podría ser interesante investigar —adelantó esta.

—Bien, necesitamos avances —asintió Ingrid.

—¿Es verdad que no nos van a dejar salir de misión? —preguntó Viggo—. Porque poco vamos a poder investigar o perseguir si es así.

—Eso me temo. El rey quiere a todos los Guardabosques en labores de protección durante la boda —comentó Astrid.

—¿No es un poco excesivo? Ya tiene a la guardia real —comentó Ingrid.

—Si algo les sucede a los mandatarios extranjeros durante la boda, estallará una guerra que no le conviene. Además, también es por su propia protección. Está preocupado por si algún reino rival intenta

algo contra él durante la boda.

—Bueno, ya sabemos que ve amenazas por todos lados —dijo Viggo—. Es bastante paranoico.

—Tiene algo de razón… Esto se va a convertir en un avispero muy pronto —comentó Ingrid arrugando la nariz.

—Esperemos que nadie lo agite —deseó Astrid mientras observaba a los soldados.

—Me temo que hay muchas posibilidades de que así sea —comentó Viggo.

—No seas ave de mal agüero… —recriminó Ingrid.

—Soy realista, mi querida rubita, y lo sabes —le guiñó un ojo Viggo.

Astrid sonrió.

—Tenéis que ir a informar a Gondabar.

—Sí, vamos —asintió Ingrid y los tres se dirigieron a la torre.

Pronto llegarían los mandatarios y el avispero estaría completo y a rebosar.

Capítulo 23

Egil y Gerd cabalgaban a buen ritmo. Para el atardecer llegarían a las puertas de la capital. Habían enviado una paloma desde una ciudad cercana informando de que llegarían en unos días y estaban ansiosos por ver a sus compañeros. No solo por verlos, sino también por saber todo lo que había sucedido en su ausencia.

Las monturas cabalgan cruzando los bosques y claros del sur del reino. La orografía era mucho más amable en esta parte de Norghana y con la primavera en todo su esplendor a su alrededor, el paisaje resultaba una delicia para los sentidos. Tanto Gerd como Egil amaban la primavera y aquellas tierras del sur.

Tras bordear un bosque de hayas Gerd dio el alto.

—Atención —dijo levantando el puño.

Egil tiró de las riendas y se detuvo.

—¿Qué sucede?

Gerd desmontó y fue a examinar la pata trasera de su caballo.

Egil también puso pie en tierra y se dirigió a ver qué sucedía.

—Parece que la herradura está a punto de saltar —dijo Gerd a Egil mostrándosela.

Egil se acercó y la examinó.

—¿Qué sucede? —le susurró al grandullón.

—Hay dos hombres observando nuestro avance sobre la colina al norte, entre los robles —e hizo un gesto disimulado con la cabeza indicando la dirección.

Egil actuó como que estaba inspeccionando la herradura del caballo de Gerd y entrecerró los ojos para observar lo que su amigo le indicaba.

—Sí que los hay. Menuda vista tienes, grandullón —susurró mientras seguía disimulando.

—Vista de granjero —sonrió Gerd, que no soltaba la pata trasera de su montura y continuaba con la farsa.

—Yo diría que tienes vista de muy buen Guardabosques.

—¿Qué hacemos? No sé si es a nosotros a los que vigilan o esperan.

Egil los observó un momento más mirando entre Gerd y su caballo,

que lo cubrían. Eran dos hombres con capa y capucha. Apenas se podía distinguir nada de ellos a tanta distancia.

—¿Sabes que los noceanos han inventado un instrumento que permite ver en la distancia? Dicen que puedes ver como si estuvieras muy cerca de lo que quieres divisar en la lejanía.

—No lo sabía, no.

—Creo que sería una adquisición muy provechosa para casos como este y en general para los Guardabosques, pues siempre andamos entornando los ojos para intentar ver más allá de lo que podemos.

—Nos vendría bien uno ahora. ¿Cómo funciona ese instrumento?

—Mediante lentes que se sitúan dentro de un tubo cilíndrico.

—No me lo imagino.

—Recuérdame que tengo que conseguir uno. Me molesta mucho cuando no puedo ver aquello que está delante de mis ojos y se me escapa.

—¿Eso lo dices metafóricamente o literalmente? —preguntó Gerd.

Egil sonrió.

—Ambos, mi querido amigo.

—Primordial —respondió Gerd y los dos soltaron una carcajada.

—Quizá no sea a nosotros a quien esperan, pero lo mejor será cerciorarnos de que es así. Pasemos cerca pero fuera de la distancia de tiro y tomemos dirección este.

—Pero la capital está al norte…

—Por eso mismo, quiero ver si nos siguen o no.

—Oh, y luego giraremos al norte.

—Así es. Si nos siguen sabremos que es a nosotros a quien buscan.

Volvieron a montar en sus caballos y pusieron en marcha su estratagema. Mientras cabalgaban, ambos se preparaban con disimulo por si hubiera combate. Los arcos estaban listos para ser utilizados y las flechas también. Si la cosa se torcía, en un abrir y cerrar de ojos ambos estarían tirando desde sus monturas.

Los dos observadores aparecieron ahora montando sendos corceles saliendo del bosque en el que estaban esperando.

—En marcha, comienza la persecución —dijo Egil.

—Vamos —se unió Gerd y azuzaron a los caballos.

Galoparon a cuanto daban de sí sus monturas. Quizá pudieran perderlos sin necesidad de mucho esfuerzo o tal vez no les seguían a ellos después de todo.

Echaron la vista atrás y vieron a los perseguidores al galope tras

ellos.

—¡Allí están otra vez! —dijo Gerd. La brisa y la velocidad con la que cabalgaban le removía el cabello.

—¡Entonces no hay duda de que nos siguen a nosotros! —dedujo Egil, que agarró bien las riendas antes de echar una mirada.

—¿Buenas o malas intenciones?

—¡Preparémonos para malas! Si son buenas no perdemos nada… —le guiñó un ojo Egil.

—¡Muy bien! ¿Cómo quieres hacerlo?

—¡Nos separaremos y haremos movimiento envolvente! —dijo Egil.

—¡De acuerdo, yo giro al norte y tú al sur! —indicó Gerd.

Egil asintió.

Aumentaron el galope de los caballos y al llegar a un pequeño repecho y pasarlo, en el descenso, Gerd le hizo la señal. Se separaron cabalgando en direcciones opuestas a todo lo que podían los caballos, como si los persiguiera el propio Dergha-Sho-Blaska.

Los perseguidores parecieron dudar un momento, se quedaron mirando a ambos jinetes y luego decidieron seguir a Egil y continuar la persecución.

Egil se percató de que era a él a quien perseguían y continuó cabalgando tan rápido como le era posible. Vio un bosque al frente y decidió rodearlo para comenzar a realizar el movimiento envolvente. Gerd ya se habría percatado y estaría ya realizando la misma maniobra.

Los perseguidores no eran malos jinetes y aunque no conseguían acercarse, tampoco perdían demasiada distancia. El caballo de Egil era un buen ejemplar y aguantaba muy bien. Después de los años de adiestramiento y las experiencias vividas en las misiones, Egil se había convertido en un gran jinete. Que fuera de familia noble y le hubieran enseñado a montar desde muy joven, además de que su estatura fuera baja, ayudaba también. Para cuando rodeó el bosque ya les había sacado bastante distancia y podría, si lo deseaba, dejarlos atrás. Pero quería saber quiénes eran aquellos hombres y por qué razón lo perseguían.

El viento cambió y comenzó a darle por la espalda, esto ayudaría más a su ventaja. El caballo ahora parecía volar sobre la brisa que los empujaba. Egil amplió el círculo que estaba trazando y comenzó a cerrar el movimiento envolvente. Por el rabillo del ojo, en la distancia, distinguió a Gerd que ya cerraba por completo el movimiento y se dirigía a interceptarlo, o más bien a interceptar a sus perseguidores.

Egil comenzó a disminuir la velocidad de su montura, no en gran manera para que no resultara sospechoso, sino un poco para que sus perseguidores pensaran que lo estaban alcanzando. Un momento más tarde la disminuyó aún más para que los asaltantes creyeran que ya lo tenían. Finalizó el movimiento volviendo al punto donde Gerd y él se habían separado inicialmente.

De un fuerte tirón, Egil detuvo su montura de forma brusca y encaró a los perseguidores. Sacó su arco y puso una flecha en la cuerda con un gesto rápido.

Los dos perseguidores, sorprendidos por la maniobra, tiraron de las riendas de sus caballos para detenerse. Lo que no vieron fue a Gerd que estaba ya a sus espaldas y avanzaba al galope apuntando con el arco y montando con maestría.

—¡Rendíos o moriréis! —gritó Egil con tono amenazante.

—¡Rendíos ahora! —vociferó Gerd a sus espaldas.

Los dos asaltantes miraron atrás y vieron al grandullón cabalgando hacia ellos preparado para soltar y darles muerte.

No se lo pensaron mucho.

—¡Nos rendimos! –gritó el de pelo rubio y cara curtida, que debía rondar los treinta y cinco.

—¡No tiréis! —gritó el otro, moreno y de ojos claros, algo más joven.

Levantaron los brazos y no hicieron ningún movimiento sospechoso. Gerd llegó hasta ellos y detuvo su montura sin dejar de apuntar. Egil avanzó con la suya hasta llegar a los dos hombres.

—Señor… —comenzó a decir el rubio, pero Gerd lo cortó.

—¡Silencio! ¡Nosotros hablamos y vosotros escucháis!

Los dos asintieron y no dijeron nada.

—Desmontad —ordenó Egil con tono seco y les indicó dónde situarse con su arco.

Los dos prisioneros le obedecieron y se situaron donde Egil indicaba. Gerd también desmontó. Tenían a los prisioneros entre ellos y Gerd los rodeó hasta situarse junto a Egil. Siempre era más seguro que los arqueros estuvieran en el mismo lado y no en lados opuestos.

—Tirad las armas al suelo —ordenó Egil.

Los dos hombres tiraron un cuchillo y un hacha corta al suelo.

—¿Sois Defensores o Iluminados? —preguntó Egil.

El rubio abrió mucho lo ojos y miró a su compañero. En su cara tenía una expresión que indicaba que no entendía.

—Responded, ¿sois Defensores o Iluminados? —inquirió Gerd con

tono severo.

—Nosotros… no… —negó el rubio moviendo la cabeza.

—No sabemos quiénes son esos… —añadió el moreno.

Ambos guardabosques intercambiaron una mirada. Sabían que los miembros de las dos sectas nunca negaban lo que eran. Por lo tanto, o aquellos pertenecían a otra organización diferente o se habían equivocado.

—¿Quiénes sois? Explicaos —ordenó Egil, que seguía apuntando con su arco.

—Mi señor, somos mensajeros de la Liga del Oeste —dijo el rubio de cara curtida.

Egil lo observó interesado.

—No es buena estrategia confesar que se es mensajero de una organización proscrita y perseguida por el rey de Norghana —contestó Egil.

—La Liga nos envía a informaros, mi señor. Somo fieles servidores del Oeste.

—¿Sabéis quién soy?

—Por supuesto, señor, sois el rey del Oeste —dijo el rubio.

—El verdadero rey de Norghana —dijo el moreno.

—Soy solo un Guardabosques Especialista.

—Sois Egil Olafstone —insistió el rubio.

—La Liga del Oeste quiere contactaros.

Egil se rascó la barbilla.

—¿Cómo se yo que eso es así? —preguntó inclinando la cabeza.

El moreno de ojos claros sacó un pergamino enrollado.

—Tenemos que entregaros este mensaje en mano.

—No te fíes —advirtió Gerd a su compañero.

—¿Cuánto tiempo lleváis esperándome? —preguntó este sin acercarse a recoger el mensaje.

—Diez días, señor.

—¿Cómo sabíais que pasaría por aquí?

—La Liga os siguió cuando partisteis de la capital —dijo el rubio.

—Y este es el camino de regreso más probable —afirmó el moreno.

—Ya veo, solo que no sabíais cuándo regresaría —concluyó Egil bajando el arco.

—No, señor. Tuvimos que esperar una vez nos instruyeron que debíamos entregaros este mensaje —el chico seguía con el brazo

extendido ofreciendo el mensaje a Egil.

Gerd se acercó y lo cogió.

—Ya se lo doy yo —dijo mirando a ambos hombres con ojos duros por si intentaban algo.

Egil se colocó el arco a la espalda y cogió el mensaje. Estudio el sello, lo conocía. Lo rompió y se puso a leerlo. Cuando terminó de hacerlo se quedó pensativo observando el horizonte. La brisa le acariciaba el rostro y le movía el cabello.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gerd en un susurro situándose entre Egil y los dos mensajeros.

—Malas nuevas.

—¿El dragón? ¿El rey?

—Discordia grave en el seno de la Liga —respondió Egil también en un susurro para que no le escucharan.

—Oh. Bueno, eso no es tan grave, ¿no?

—Me temo que sí.

—¿Por?

—Porque me obliga a actuar.

—Bueno, siempre estamos actuando —Gerd le restó importancia con la mano.

—No, me obliga a actuar como rey del Oeste.

Gerd lo miró con ojos grandes.

—Eso no es bueno… Thoran…

—Por eso mismo.

Gerd entendió.

—¿Qué hacemos con estos dos?

—Deben marchar.

—De acuerdo, montad —ordenó Gerd a los mensajeros, que obedecieron de inmediato.

—Comunicad a la Liga que he recibido el mensaje y que contactaré desde la capital —dijo Egil.

—Muy bien, señor. Así lo haremos —dijo el rubio.

—Es un honor —dijo el moreno, que lo saludó inclinando la cabeza con mucho respeto.

Un momento después los dos jinetes se alejaban hacia el noroeste.

—Así que tenemos nuevos problemas —comentó Gerd.

—Eso parece.

—Pues ya teníamos bastantes… —se quejó mientras levantaba los

brazos en un aspaviento.

—He de decir que llega en un momento inoportuno —asintió Egil.

—No te preocupes, lo solucionaremos.

—Esta vez sí que me preocupo.

Gerd lo miró extrañado. Él siempre irradiaba optimismo, incluso en los mayores líos. Que estuviera tan preocupado lo desconcertó.

—Regresemos a la capital, hay mucho que preparar y hacer —dijo Egil.

Según cabalgaban de regreso a la capital Gerd tuvo la sensación de que algo se acababa de complicar y mucho, pero intentó mantenerse animado. Fuera lo que fuera lo solucionarían. Sin embargo, el rostro de preocupación de Egil no le permitió relajarse en todo el camino.

Capítulo 24

Con la llegada de Gerd y Egil al castillo las Panteras de las Nieves volvían a estar juntas después de haber pasado tiempo separadas. Esto les llenaba de alegría y les proporcionaba un poco de tranquilidad. Nilsa tenía reservada la misma habitación grande de siempre. Los otros Guardabosques la llamaban ya la "habitación de las Águilas" y nadie osaba entrar en ella. Desde hacía tiempo los trataban con gran respecto, cosa que las Panteras agradecían. Sin embargo, ellos no olvidaban que todos eran Guardabosques y por lo tanto, compañeros.

La torre de los Guardabosques estaba tan abarrotada como toda la ciudad, pues siguiendo las órdenes del rey, Gondabar había hecho llamar a todos los Guardabosques que no estuvieran en puestos clave vigilando el Refugio, el Campamento, los pasos montañosos al norte y las fronteras. Como resultaba inviable tener a todos los Guardabosques en la torre, se habían habilitado dos enormes barracones con una cantina anexada detrás del castillo, a las afueras de la muralla, en la explanada que había en la parte norte. La mayoría de los Guardabosques descansaban y dormían allí. Solo los que habían sido asignados a la torre lo hacían en el interior del castillo.

Nilsa había interceptado a Egil y a Gerd a su llegada y los había conducido a la habitación después de darles varios abrazos de lo contenta que estaba de verlos de vuelta sanos y salvos.

—¡Qué alegría estar de vuelta en esta habitación con todos vosotros! —comentó Gerd muy sonriente mientras dejaba sus cosas en el baúl frente a su catre.

Egil abrazaba a sus compañeros entre sonrisas.

—Es un placer indescriptible estar de vuelta. Os he echado de menos de una forma que no puedo expresar solo con palabras.

—Nosotros sí que os hemos echado mucho de menos a los dos —dijo Lasgol dándole un fuerte abrazo a Egil y luego otro a Gerd.

—Llegáis justo a tiempo, las cosas se han puesto muy interesantes con la boda —comentó Astrid.

—Más que eso. Esto va a ser peor que una pesadilla —se acercó Ingrid y les abrazó con cariño.

—Nada como una boda real para animar las cosas en la corte —Nilsa sonreía muy animada haciendo que sus pecas se movieran en su

rostro.

Viggo refunfuñó algo ininteligible.

—Yo no estoy nada contento de veros, la habitación ya estaba atestada y apenas cabemos. Además, ahora tendré que oír las interminables explicaciones del sabelotodo que nadie entiende y encima no podremos dormir con los ronquidos del grandullón, que son como truenos de una tormenta invernal —se quejó Viggo.

—Nosotros también nos alegramos mucho de verte —respondió Egil—. Gerd, ¿por qué no le das un abrazo de oso para mostrarle lo mucho que apreciamos su compañía?

—¡Eso me parece una idea fantástica! —exclamó Gerd y fue a dar el abrazo a Viggo.

—¡No me pongas las zarpas encima, semigigante sin mollera! —renegó Viggo haciendo como que intentaba escapar del abrazo de Gerd, pero todos sabían que sin mucha intención de esquivarlo. Se dejó coger y Gerd lo levantó por los aires.

—¡Qué ganas tenía de darte uno de estos abrazos! —Gerd giraba sobre sí mismo encantado.

—¡Bájame te digo, bájame!

Las Panteras rieron y por un momento volvieron a ser entrañables amigos disfrutando de un momento de felicidad. Estar separados era duro para todos y cuando se reencontraban las muestras de aprecio eran impagables. Todos se sintieron felices y disfrutaron de aquel momento que sabían que no duraría mucho.

—Tenéis que contarme todo lo que ha sucedido —dijo Egil cuando por fin las risas y expresiones de cariño cesaron.

—Sí, ¿qué nos hemos perdido? —quiso saber Gerd.

—No va a haber mucho tiempo para eso —dijo Nilsa—. Gondabar ha pedido que vayáis a informar en cuanto lleguéis.

—Está bien, entonces contádnoslo lo más rápido y resumido que podáis —pidió Egil.

Sus compañeros narraron lo que les había sucedido con tanta velocidad y detalle como pudieron. Egil y Gerd escuchaban atentos. Cuando terminaron, Egil se quedó dándole vueltas a todo en su cabeza.

—Interesante… muy interesante —murmuraba mientras paseaba por el pasillo que formaban los camastros en la habitación.

—¿Qué habéis descubierto vosotros? —preguntó Ingrid.

Egil fue a responder cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó Nilsa. La abrió para ver quién era.

—Gondabar requiere de las Águilas Reales —informó un Guardabosques.

—¿De todos nosotros? —preguntó Nilsa mirando a Gerd y a Egil con expresión de extrañeza.

—Sí, de todos. Ahora —informó el Guardabosques.

—Bien, ahora mismo vamos —respondió y cerró la puerta.

—¿Creéis que ha sucedido algo? —preguntó Astrid enarcando una ceja.

—Puede, aunque quizá solo quiera oír las nuevas de Egil y Gerd y prefiera que estemos todos presentes —comentó Ingrid que ya se preparaba para ir.

—Seguro que quiere algo más que solo escuchar a ver qué dicen estos dos —auguró Viggo, que seguía sin moverse del catre en el que descansaba.

—Lo mejor es que vayamos y lo averigüemos —propuso Lasgol.

—Sí, será lo mejor —convino Egil.

El grupo salió de la habitación y se dirigió al estudio de Gondabar escaleras arriba. Los Guardabosques se apartaban a un lado para dejarles pasar mientras les saludaban bajando la cabeza con respeto.

Entraron en el estudio del Líder de los Guardabosques y saludaron a Gondabar y Raner, que les esperaban allí.

—Bienvenidos, Águilas Reales —saludó Gondabar—. Veo que ya estáis todos juntos y, por lo que parece, bien.

—Lo estamos, señor —respondió Ingrid.

—Egil, Gerd, ¿todo bien? —preguntó Raner.

—Sí, señor. No hemos sufrido altercados mencionables —respondió Egil.

—Os he hecho llamar porque me han comunicado la llegada de Egil y Gerd al castillo —explicó Gondabar—. He pensado que sería bueno escuchar los avances que han realizado antes de que me sea imposible atenderos debido a las obligaciones de los preparativos de la boda real. Me está resultando muy difícil encontrar un hueco para atender a nadie.

—Las obligaciones resultantes de un evento de esta envergadura son muchas, importantes y urgentes —comentó Raner.

—Estamos a disposición de nuestros líderes —comentó Egil.

—Lo que me gustaría aclarar antes de que me sea imposible es si han sido fructíferas las indagaciones que habéis realizado con el gran erudito Alvis —quiso saber Gondabar.

—Lo han sido, nos han revelado información importante —

respondió Egil asintiendo varias veces.

—Me alegro, no fue nada fácil lograr que colaborase. Tuve que acudir al rey en persona para que firmara una orden real. Por fortuna Thoran no pidió demasiadas explicaciones sobre el problema.

—El rey sigue sin ser consciente del peligro, ¿verdad? Me refiero a la existencia de Dergha-Sho-Blaska —comentó Egil, en su expresión se podía ver que esperaba que así fuera.

—No es consciente, no se le ha informado todavía. Después de sopesarlo mucho, tanto los otros líderes como yo mismo creemos que es mejor no presentar este problema al rey, al menos hasta tener pruebas fehacientes e indiscutibles —explicó Gondabar.

—Su Majestad no se va a creer el cuento del terrible dragón que va a destruir el reino —comentó Viggo con tono cargado de ironía.

—Tiene ya muchos problemas de estado además de la boda real en su cabeza. Presentarle uno tan grave e inverosímil sería imprudente… —explicó Gondabar.

—Vamos, que no se va a convencer hasta que lo vea con sus propios ojos —replicó Viggo.

—Ni él ni su hermano el duque, me temo. No son hombres de mente abierta a tales posibilidades. A nosotros nos cuesta mucho creerlo, pero os hemos dado el beneficio de la duda por ser quienes sois. Por desgracia el rey Thoran y su hermano Orten no lo harán. Por ello no han sido informados de lo que sucede ni de las pesquisas que estamos llevando a cabo los Guardabosques —reconoció Gondabar.

—Cuando el dragón se deje ver y el problema sea innegable, todos nosotros estaremos en un buen lío por no haber avisado al rey de algo que ya sabíamos que iba a suceder —auguró Ingrid con tono de que no estaba de acuerdo con la decisión de no informar todavía al monarca.

—El rey será informado a su debido tiempo, no antes —insistió Gondabar.

—Se ha decido que así sea —añadió Raner—. Además, con la boda no está abierto a debatir nada que no esté relacionado con el gran evento.

—Bien, en ese caso aceptamos que es el camino más prudente y que es muy probable que tengamos que dar explicaciones más adelante por haberlo tomado —concluyó Egil—. Es desde luego la opción menos peligrosa ya que el rey podría prohibirnos continuar con la investigación por completo.

Gondabar asintió.

—Así es, centrémonos en los avances conseguidos hasta ahora.

Astrid y Lasgol encontraron un Objeto de Poder interesante que creen que el dragón está buscando.

—Así es, señor —dijo Lasgol—. Desconocemos su función, pero está claro que tiene poder. Eicewald lo tiene ahora y lo está estudiando. Nos ha confirmado que tiene magia de origen Drakoniano. Esperamos que pueda desvelarnos para qué sirve y así saber qué es lo que trama Dergha-Sho-Blaska.

—También descubrieron que las sectas siguen activas pese a que perdieron a sus líderes —comentó Raner.

—Así es, y sus componentes son ahora más jóvenes —añadió Astrid —, lo que nos lleva a pensar que deben ser reclutas nuevos. También significa que alguien los está captando y no creemos que sea el propio Dergha-Sho-Blaska.

—¿Nuevos líderes? —preguntó Egil.

—Eso pensamos —dijo Astrid asintiendo.

—Eso no son buenas noticias —Gerd arrugó la nariz.

—No lo son, no —comentó Gondabar—. Ingrid y Viggo tienen otras noticias que tampoco son muy alentadoras.

—Nos hemos encontrado con monstruos descomunales que nunca se han visto en Tremia —explicó Ingrid.

—Monstruos difíciles de matar y con apetito por los humanos — añadió Viggo.

—¿Cómo eran? —preguntó Egil interesado.

—El último era una criatura mitad serpiente mitad dragón casi tan grande como el propio Dergha-Sho-Blaska. Se diferenciaba en que era un reptil marino con patas y sin alas.

—Pero con fauces igual de grandes —puntualizó Viggo.

—¿Reptiles todos? —preguntó Egil inclinando la cabeza.

—Reptilianos más bien, pues algunos no los podemos clasificar como los reptiles que conocemos —explicó Ingrid.

—Bestias enormes y de aspecto de reptil —explicó Viggo.

—¿Se alimentan de humanos? —preguntó Gerd con cara de espanto.

—Eso parece. Atacan a humanos despistados y los devoran.

—Ya, pero estos monstruos no son dragones… no veo la relación — comentó Raner.

Ingrid y Viggo miraron a Egil a la espera de un razonamiento sobre el asunto.

Egil asintió.

—No son dragones, sin embargo, son reptiles monstruosos que nunca se habían visto. Que aparezcan justo ahora cuando el dragón ha regresado me temo que no es una casualidad. Debe de haber una relación entre estos monstruos y Dergha-Sho-Blaska.

—También están llegando cada vez más incidentes y avistamientos —comentó Nilsa—. Se han multiplicado. Todos hablan de lo mismo, monstruos y bestias de aspecto de serpiente o dragón que atacan a indefensos granjeros o trabajadores de los bosques.

—Eso me hace pensar que puede que el regreso del dragón esté despertando y atrayendo a otras criaturas —razonó Egil—. Seres que de alguna forma están relacionados con el dragón.

—Sin embargo, no se ha avistado ningún dragón —comentó Gondabar—. Todas estas criaturas, sean lo que sean, no volaban.

—Así es —confirmó Nilsa.

—Eso significa que nadie ha visto todavía a Dergha-Sho-Blaska desde que desapareció —razonó Egil.

—¿Por qué sigue escondiéndose si tan poderoso es? —preguntó Raner—. Ya debería haber atacado.

—¿No ha llegado ninguna noticia de ataques en reinos extranjeros? —Egil miró a Gondabar.

—No que sepamos, pero dudo mucho de que lo comunicaran —respondió el Líder—. Los problemas de las naciones suelen mantenerse en secreto.

—Un dragón atacando un reino no puede ocultarse. Los rumores volarían por todo Tremia más rápido de lo que lo hace un halcón —dijo Egil.

—Resumiendo, tenemos más actividad monstruosa mientras que el dragón sigue oculto. Quizá esté en algún lugar lejano —dijo Raner.

—Mucho me temo que es todo lo contrario —replicó Egil—. Tenemos más actividad porque el dragón está aquí, en nuestro reino.

Hubo un momento de silencio. Las Panteras se miraron entre ellas y Raner y Gondabar también intercambiaron una mirada.

—Si es así, debemos encontrarlo y matarlo —dijo Gondabar con una expresión de cansancio y gran preocupación que lo hizo parecer tener cien años a sus espaldas.

—Esa es nuestra prioridad —le aseguró Egil.

—Dime Egil, ¿qué es lo más crítico? Lo que más puede ayudarnos —preguntó Gondabar buscando alguna buena noticia tras las malas comentadas.

Egil se quedó pensativo un momento.

—Después de haber estudiado los tomos del erudito Alvis hasta donde nos fue humanamente posible, ya que no dispusimos del tiempo necesario para estudiarlos con todo detalle, hay dos cosas que pensamos que son de gran importancia.

—¿Cuáles? —preguntó Raner, que se inclinó hacia delante para atender mejor a las palabras de Egil.

—Lo primero, y que creo que puede ayudarnos, es la cronología de los dragones en Tremia.

—¿La cronología? ¿Cómo nos ayuda eso? El problema lo tenemos ahora. El pasado, pasado está —dijo Raner arrugando la nariz, no parecía que la idea le convenciera.

Egil sonrió levemente.

—El pasado nos enseña a entender el presente y a encarar el futuro —recitó Egil como si fuera un dogma.

—Muy cierto, Egil —estuvo de acuerdo Gondabar—. Continúa, por favor. Explícanos el pasado de los dragones para que podamos entender el presente.

—Tras hablarlo con el erudito Alvis nos inclinamos por la teoría de que los dragones llegaron a Tremia hace diez mil años. Un resto que se data de esa época son "Las fauces del gran terror", que se encontraron al este del continente. Las fauces pertenecían a un dragón muy poderoso y de enormes proporciones, aunque se desconoce su tipo. Al ser de mayores dimensiones que la "Espalda de los cielos" encontrada en los desiertos noceanos, se establece que hay diferentes tipos de dragones. Además, nosotros mismos hemos visto pinturas rupestres en los desiertos que establecen que diferentes clases de dragones sobrevolaron Tremia en distintos momentos del pasado.

—Muy interesante —comentó Gondabar—. Esto desmonta la idea de que los dragones son puro mito y que en realidad nunca existieron.

—Eso creemos nosotros también —asintió Egil.

—Por no mencionar que nosotros mismos hemos visto uno enorme saliendo de un volcán—añadió Viggo con tono ácido.

—Si es así, ¿de dónde vinieron? ¿Por qué razón? ¿O surgieron aquí en Tremia? —preguntó Raner, que seguía con expresión de no terminar de creérselo.

—Esa parte del misterio sobre los dragones no hemos sido capaces de solventarla —explicó Egil encogiéndose de hombros—. Hay muchas cosas que todavía desconocemos y especular sin pruebas es complicado. Tampoco sabemos cómo la humanidad llegó a Tremia o si surgió aquí. Algo me dice que ambos misterios podrían estar relacionados.

—Lo que nos lleva a su desaparición... —comentó Gondabar, que se reclinó en su sillón de trabajo con aire pensativo.

—Sabemos que fue antes del inicio de la era de los hombres. Es decir, los dragones abandonaron Tremia o se extinguieron antes de la llegada de los hombres al continente, hace tres o cuatro mil años. Hay constancia de algunas tribus que vieron los últimos ejemplares, como nosotros mismos hemos constatado en los desiertos por pinturas en algunas cuevas —argumentó Egil—. De ello deducimos que los dragones reinaron en Tremia por unos cinco mil años. Algo sucedió con ellos que los obligó a marcharse del continente.

—Si no fueron los hombres antiguos, ¿quién los obligo a irse? —preguntó Raner frunciendo el ceño.

Egil suspiró profundamente.

—Buena pregunta. El motivo se desconoce, pero hay varias teorías al respecto. Se cree que sufrieron alguna enfermedad o que un evento hizo que no pudieran seguir en Tremia, o quizás una lucha civil por el poder entre ellos que casi los aniquiló. Lo que ocurre es que no hay restos de todos esos dragones muertos, o al menos no los hemos encontrado todavía. También hay quien cree que llegaron enemigos más poderosos que los obligaron a huir.

—¿Enemigos más poderosos que lo dragones que son indestructibles? ¿Qué enemigos? —quiso saber Gondabar.

—Lo desconocemos. Es una teoría, si bien Alvis no la comparte. En su opinión los dragones eran demasiado poderosos para que otra especie los derrotara. El erudito cree más probable que se produjera algún evento catastrófico o que sufriesen una enfermedad terrible que los obligó a marchar en busca de un lugar mejor donde vivir.

—Estoy con el erudito. Si los dragones eran tan poderosos como se supone que eran, no creo que apareciera otra especie que pudiera superarlos —comentó Raner.

—Cierto. Además, si esa especie acabó con los dragones, ¿quién los derrotó a ellos? No se han encontrado vestigios de ninguna otra especie.

—¿Quizás los humanos? —aventuró Gerd sin demasiado convencimiento.

—Si fuera así tendríamos constancia. Estaría narrado en los tomos de historia, pintado en las cavernas, transmitido de padres a hijos en el folclore tradicional —dijo Gondabar—. No es el caso, por lo que debemos suponer que no fuimos nosotros.

—Fuera lo que fuera lo que acabó con ellos, sucedió hace cinco mil años, eso lo sabemos —comentó Egil—. Las tres teorías sobre su desaparición apuntan a un evento de la naturaleza, una enfermedad o

a la aparición de un enemigo que acabó con ellos.

—Yo me decanto, al igual que Alvis, por la enfermedad o quizá un evento catastrófico de la naturaleza —expresó Gondabar volviendo de sus pensamientos.

—En cualquier caso, sabemos gracias a esto que pueden ser derrotados, que pueden morir —dijo Egil con un brillo de triunfo en los ojos.

—Cierto, eso son buenas noticias —Raner se animó.

—¿Y cómo? —preguntó Gondabar.

—Aquí es donde entra en juego otra teoría sobre la que sí que hay constancia —explicó Egil—. Me refiero a armas legendarias que pueden matar dragones.

—Esas armas son invenciones para crear fábulas en las que los héroes acaban con todo tipo de criaturas —comentó Raner—. No existen.

—Eso es lo que pensábamos Gerd y yo —dijo Egil lanzando una mirada a su amigo—. Sin embargo, algunas puede que sí tengan esa capacidad. Alvis no estaba seguro, pero no descartó por completo que alguna fuera en realidad un arma para matar dragones.

Gondabar suspiró.

—Las armas encantadas existen, eso lo sabemos. Armas que confieren a sus portadores mayor fuerza, destreza e incluso la habilidad para aterrorizar a sus víctimas. Está documentado en tomos y hay algunos brujos e incluso reyes que las poseen. Sin embargo, aquellas con el poder de matar un dragón siempre han sido tachadas de invención.

—Quizá porque no había dragón que matar —comentó Viggo enarcando ambas cejas.

—Así es. No hay constancia porque tampoco la hay de los dragones —explicó Egil—. Sin embargo, yo opino que es un área de investigación que deberíamos perseguir. Sabemos que los dragones desaparecieron, ¿quién nos puede asegurar que no fue porque otros seres empuñaron estas armas y los mataron?

Lasgol y Astrid intercambiaron una mirada. Allí había una posibilidad de encontrar una salida al problema al que se enfrentaban.

—Eso nos ayudaría a acabar con el problema del dragón —dijo Ingrid animada.

—Si es que realmente existen y pueden atravesar las escamas de un dragón, que son más duras que el diamante —comentó Viggo con tono de incredulidad.

—Y sus defensas mágicas —añadió Nilsa—. Los dragones, al igual

que los magos, tienen poder y deben de tener magia defensiva.

—Eso debemos suponer, sí —asintió Egil.

—Los tomos que hemos consultado afirmaban que estas armas eran capaces de matar dragones traspasando todas sus defensas —comentó Gerd—. No solo eso, daban fe de la existencia de las mismas. No eran suposiciones, eran afirmaciones.

Todos se pusieron a comentar y expresar su opinión en alto, todos menos Gondabar que levantó los brazos.

—Un momento, por favor. Guardad silencio.

Las Panteras y Raner dejaron de hablar y observaron a Gondabar, que de nuevo parecía haber envejecido hasta pasados los cien años.

—Adelante, señor —pidió Raner.

Gondabar asintió.

—Antes de decidir si estas armas existen y si tienen el poder que se supone que tienen, me gustaría saber qué son —pidió y le hizo una seña a Egil para que siguiera explicando.

Egil abrió uno de sus cuadernos y comenzó a pasar las hojas hasta llegar a la que buscaba. Comenzó a leer.

—Las armas son: La "Mata-dragones de Neils", una espada de oro capaz de atravesar sus escamas. También tenemos "La lanza dorada de Rogdon", una lanza que un antiguo rey de Rogdon poseía, Gontel Dungers, con el poder de matar dragones. Está el "Cuchillo de Sansen", con el que supuestamente se puede arrancar el corazón a estas bestias para luego comértelo y obtener su poder. Además, tenemos la "Doble Muerte de Gim", un hacha de guerra de dos cabezas con la que se supone que se puede cortar el cuello de uno de estos seres. Luego está el "Arco de Aodh", un arco de fuego, un arma con la que se supone que también se les puede matar y por último el "Rayo de Antior", una jabalina que atraviesa cualquier escudo y protección, incluyendo la de las escamas de un dragón.

—Veo que habéis hecho un gran trabajo de compilación —comentó Gondabar con expresión en el rostro de estar gratamente impresionado.

—Hicimos cuanto nos fue posible en el tiempo que tuvimos —se disculpó Egil, cuyo ademán mostraba que le hubiera gustado disponer de mucho más tiempo.

—Entonces, si lo he entendido bien, con conseguir una de esas armas podríamos matar al dragón —razonó Raner.

—Podría ser, si bien hay muchos aspectos que no sabemos sobre ellas —comentó Egil con tono precavido.

—¿Aspectos? —preguntó Gondabar.

—Creo que estas armas son mágicas —explicó Egil—. Deben de serlo para poder matar dragones.

—Eso si es verdad que lo pueden hacer… —intervino Viggo.

—Correcto. Partimos de ese supuesto, que podría no ser cierto —continuó explicando Egil—. Podría haber algunas armas que no tuvieran el poder que se les presupone. También podría ser que todas lo tuvieran, pero lo dudo. Es mucho más probable que solo alguna tenga esas propiedades y que la mayoría sean invenciones basadas en la historia de la que es real.

—Eso sería más probable, sí —asintió Gondabar.

—Solo necesitamos que una sea cierta —dijo Raner—. Si la encontramos podremos matar al dragón.

Egil torció el gesto.

—Aquí es donde podrían entrar en juego otros aspectos. Por lo que sabemos, las armas con poder, al igual que los Objetos de Poder, suelen tener requerimientos para su uso.

—Y limitaciones —añadió Nilsa—, como en el caso de la magia.

—Tendrá ambos —afirmó Lasgol.

—No sé si lo comprendo bien. ¿Cuál sería el problema si encontráramos la que es real? —Gondabar se movió en su sillón, intranquilo.

Egil miró a Lasgol y le hizo un gesto para que lo explicara él.

Lasgol asintió a su amigo.

—Puede que el arma tenga requerimientos en cuanto a quién pueda usarla. Muy probablemente tendrá que ser un mago con poder capaz de dominarla. También contará con limitaciones en cuanto a cómo puede ser usada contra el dragón. No será tan fácil como ir y matarlo con ella. El mundo de la magia siempre tiene un coste y unos límites. Deberemos entenderlos cuando la encontremos.

—Sea un cuchillo, espada, hacha, lanza o arco, se empuña, se usa buscando el corazón del enemigo y se le da muerte —afirmó Raner.

—Bien dicho, yo no lo hubiera planteado mejor —comentó Viggo, satisfecho.

—No es el caso… —contradijo Egil.

—Estamos hablando de un arma con poder que hay que usar para matar a una criatura de magia. Es mucho más complejo que eso —corrigió Lasgol.

—El problema es que no podemos saber cuáles son esos requerimientos y limitaciones ahora— comentó Astrid.

Lasgol negó con la cabeza.

—Debemos encontrar el arma o armas y descubrirlos —afirmó Ingrid.

Gondabar parecía cada vez más cansado. La conversación le estaba mermando la energía. Sin embargo, quería seguir adelante con ella.

—Esto es muy importante y revelador. Debemos encontrar ese arma o armas —dijo el Líder de los Guardabosques—. Debemos estar preparados para dar muerte al dragón cuando se revele. Tendremos una ventaja que no podemos desperdiciar. Si conseguimos el arma sin que el dragón lo sepa, podremos cogerlo por sorpresa. Se presentará pensando que es invencible, que nada podemos contra él… y ese será su punto débil. Lo mataremos gracias a su arrogancia.

—Así debe ser —se unió Raner.

—¿Cómo haremos para encontrar las armas y estar preparados cuando el dragón aparezca? —preguntó Ingrid mirando a Egil y luego a Gondabar.

Gondabar suspiró.

—Tenemos un problema con las órdenes del rey, interfieren con la búsqueda de las armas. Todos los Guardabosques deben estar en el castillo por la ceremonia.

—¿Todos? —preguntó Astrid.

—Todos menos los que necesitamos activos vigilando las fronteras del reino, el Campamento y el Refugio —explicó Raner.

—Alguno de nosotros debería ir en busca de los objetos —dijo Ingrid.

Gondabar echó la cabeza atrás.

—Dejadme pensar en ello.

—Si no actuamos ahora no tendremos la posibilidad de matar al dragón más tarde —apoyó Astrid.

El Líder de los Guardabosques levantó la mano y pidió silencio. Las Panteras aguardaron mientras meditaba qué hacer.

—Creo que intentar buscar al dragón donde quiera que esté escondido va a resultar, como ya estamos viendo, bastante poco fructífero —comenzó a explicar Gondabar—. Es más, de encontrarlo no sabemos si podremos matarlo. Por ello, creo más conveniente intentar hacernos con un arma que pueda hacerlo. Este es un asunto de índole mágica en su esencia y es por ello por lo que creo que las personas más adecuadas para esta misión serían Lasgol y Eicewald. El mago tiene todavía algo de libertad de movimiento. En cuanto a Lasgol, podemos cubrir su ausencia indicando que está en una misión crítica para el reino. No creo que sea necesario especificar más por ahora. En cualquier caso, el rey puede querer a sus Águilas Reales al

completo en cualquier momento, así que debemos tener esto en cuenta.

—Puedo llevar a nuestra lechuza Milton y comunicarnos mediante ella —propuso Lasgol mirando a Nilsa para asegurarse de que la tenía en la torre. Nilsa asintió indicándole que así era—. Si el rey me requiere regresaré rápidamente.

—Me parece una idea acertada —comentó Gondabar, que parecía estar dándole vueltas al asunto en su cabeza.

—Intentaremos tapar su ausencia como mejor podamos —comentó Raner—. Si el resto de las Águilas Reales se encuentran aquí no creo que haya problemas.

—Está decidido. Eso es lo que haremos —comentó Gondabar—. No me gusta el subterfugio, y mucho menos utilizarlo con nuestro rey, pero la situación es crítica y tengo un mal presagio. Lo llevo sintiendo en los huesos desde hace semanas. Algo muy malo va a suceder y todo apunta a que será la aparición del dragón. Hay que estar preparados para cuando eso suceda.

—¿Y nosotros qué haremos, señor? —preguntó Ingrid.

—Vosotros permaneceréis en el castillo y seguiréis las órdenes que os vaya dando —dijo Gondabar—. O en su defecto, las de Raner.

—Así lo haremos —aseguró Ingrid.

—Marchad ahora. Raner y yo ultimaremos los detalles del plan y las posibles contramedidas —dijo Gondabar.

Las Panteras abandonaron el estudio dejando a los dos líderes comentando las estrategias a seguir. Según bajaban las escaleras, Astrid miró a Lasgol con ojos llenos de preocupación. Lasgol sintió de pronto el peso de la responsabilidad con la que le habían cargado. Debía encontrar el arma con la que acabar con el dragón o el reino sería destruido.

Capítulo 25

A la mañana siguiente Lasgol y Egil se dirigieron a la torre de los Magos de Hielo para hablar con Eicewald. Según cruzaban por el patio de armas se percataron de la llegada de un grupo de Guardabosques. Parecían dirigirse a la torre, lo más probable era que acabaran de llegar a la capital y fueran a recibir sus órdenes.

Lasgol se detuvo al reconocerlos. Egil también se dio cuenta de quienes eran y se detuvo a su vez.

—Esos cuatro de ahí son Especialistas de Naturaleza que se formaron con nosotros en el Refugio —comentó Lasgol.

—Sí, si la vista no me engaña y no lo creo. Son Elina, Frida, Sugesen y Gonars. Y en efecto se graduaron junto a nosotros en el Refugio —corroboró Egil.

—¡Especialistas aquí! —saludó Lasgol con la mano.

Los cuatro compañeros se volvieron y parecieron reconocer a Lasgol y a Egil, pues se acercaron a paso vivo y con rostros sonrientes.

—Lasgol, Egil, ¡qué sorpresa veros! —saludó Gonars, que estaba tal y como lo recordaban, algo más maduro, pero con los mismos ojos que brillaban con ilusión.

—Ya lo creo que es una sorpresa. Hace siglos que no nos vemos —replicó Lasgol.

—¡Estáis iguales! —dijo Elina. Lasgol se fijó en ella. Seguía teniendo el cabello castaño casi rubio y largo, atado en dos coletas que le caían a los lados al estilo norghano. Su rostro no destacaba en hermosura, pero sus ojos pardos brillaban con una luz especial, la de una mente despierta.

—Yo creo que hasta más apuestos —sonrió Frida. Lasgol la observó, tampoco había cambiado apenas nada. Seguía tan bajita y guapa como siempre, con un rostro de ojos algo rasgados y nariz de ratón. Seguía llevando el pelo cobrizo no muy largo. Lasgol recordó que siempre hablaba con aquella voz calmada y suave, lo que transmitía tranquilidad.

—Sobre todo Egil, que parece que ha crecido al menos un palmo desde la última vez que nos vimos —dijo Sugesen con tono de broma.

—Vosotros sí que estáis más apuestos y altos —dijo Egil sonriendo.

—¿Podemos abrazar a los famosos Águilas Reales o hay que guardar las apariencias? —preguntó Gonars mirando alrededor al ver a todos los soldados, que iban de un lado a otro siguiendo las órdenes de los oficiales.

—Quizá se les haya subido la fama a la cabeza y ya no quieran que antiguos conocidos que estudiaron y se formaron con ellos les saluden —comentó Sugesen con sorna.

—No lo creo, ¿verdad? —dijo Elina enarcando ambas cejas.

—Sería una pena si ahora se hubieran vuelto altivos… —comentó Frida.

—Por supuesto que podéis saludar y abrazarnos. Seguimos siendo los mismos que cuando estuvimos juntos en el Refugio —dijo Lasgol abriendo los brazos.

—Los mismos con unas cuantas experiencias más a la espalda —comentó Egil—. Nada más reconfortante que ver a viejos amigos de nuevo —sonrió y también abrió los brazos.

Intercambiaron abrazos y comentarios de cariño bien intencionados.

—¿Qué tal habéis estado? ¿Cómo os ha ido estos años? —preguntó Lasgol, que de pronto sintió que volvía a reencontrarse con amigos perdidos tiempo atrás. Sintió una mezcla extraña de melancolía y alegría por verlos de nuevo.

—No tan bien como a las Panteras —sonrió Gonars—. Sois los Guardabosques más famosos del reino.

—Yo diría que de la historia. Es como si estuviéramos ante leyendas vivas —comentó Frida con una risita.

—De leyendas nada —le restó importancia Lasgol con la mano.

—Digamos que nos hemos visto envueltos en acontecimientos interesantes de los que hemos tenido que salir lo mejor que hemos podido —sonrió Egil.

—Se cuentan todo tipo de cosas sobre vosotros —aseguró Elina—. Algunas muy alocadas, como que tenéis hecho algún pacto con una diosa de los bosques que os protege y os da poderes.

Lasgol y Egil soltaron una carcajada.

—Eso estaría muy pero que muy bien —siguió riendo Lasgol.

—Por desgracia no es así. Solo tenemos esto y esto —dijo Egil señalando a su cabeza y luego al corazón.

—Mejor que sea así. Os confieso que me he preocupado con los rumores que corren sobre vosotros —sonrió Frida.

—Yo he estado la mayor parte del tiempo en los bosques de la

frontera con Zangria —dijo Gonars—. Necesitaban un buen Trampero de los Bosques para cazar espías e impedir una posible incursión del ejército zangriano. Creo que he puesto tantas trampas en la frontera estos años que ahora están los bosques intransitables —sonrió orgulloso.

—Nosotros hemos pasado un par de veces por esa zona —dijo Lasgol—. Creo que me he topado con alguna de tus trampas.

—Bueno, siendo tú seguro que las viste y esquivaste.

—Por los pelos, pero sí —sonrió Lasgol—. La verdad es que elegimos pasos poco frecuentados, más hacia el oeste. Seguro que tú andabas por los bosques del este.

—Así es. Si podéis, evitadlos —aconsejó Gonars—. Yo no me hago responsable de lo que piséis.

Todos sonrieron.

—A mí me han tenido en el norte en los bosques helados antes de entrar en el territorio helado, vigilando la presencia y movimientos de los Salvajes de los Hielos y otras tribus del Continente Helado —contó Sugesen.

—Habrá sido duro, incluso para un Superviviente de los Bosques como tú —dijo Lasgol.

—Sí, los inviernos son terribles allí arriba. Este cambio de paisaje me vendrá bien.

—Se queja de vicio. ¡Mirad qué buen aspecto tiene! Eso es de pasar medio año congelado vivo —comentó Frida y todos rieron.

—¿Has detectado algún movimiento significativo de los pueblos del Continente Helado? —preguntó Egil interesado.

Sugesen negó con la cabeza.

—Por eso me han enviado aquí, me dan relevo. Ha quedado un Especialista más novato arriba cubriendo mi posición.

—Lo que no tiene mucho sentido es que me hagan venir a mí, un Guarda Sanador —dijo Frida encogiéndose de hombros—. Tienen a los cirujanos del rey, además de curanderos de gran reputación en la capital.

—¡Pues qué diré yo que soy Herbario Experto! —comentó Elina—. ¿Para qué me necesitan en el castillo?

—Me temo que la razón es que pueden ocurrir situaciones en las que sea necesario curar a alguien o identificar un veneno poco conocido —especuló Egil.

Los cuatro Especialistas recién llegados los miraron asombrados.

—¿Se prevén problemas durante la boda? —preguntó Gonars con

semblante de preocupación.

—Podrían darse, sí —confirmó Egil.

—Vaya, eso no es bueno —se lamentó Frida.

—Yo pensaba que nos traían para hacer bulto en los desfiles —dijo Elina.

—Yo ya sospechaba que algo podía pasar. No es normal que nos llamen a todos al castillo a la vez —comentó Sugesen.

—Lo más probable es que no ocurra nada —dijo Lasgol intentando no intranquilizarles demasiado—. Es mera precaución. Además, no vas descaminada, el rey quiere mostrar sus fuerzas, por lo que quiere a todos sus soldados y Guardabosques en los desfiles para impresionar a sus rivales.

—Bueno, en cualquier caso, las Águilas Reales se encargarán si algo se tuerce —dijo Gonars y les guiñó un ojo sonriendo con ironía.

—Es bueno saber que tenemos viejos amigos con nosotros que sin duda vendrán a ayudarnos —les guiñó un ojo de vuelta Egil.

Los seis rieron y se quedaron charlando un rato más, recordando los tiempos pasados en el Refugio y sus andanzas desde que sus caminos se separaron.

Lasgol sintió la camaradería de sus compañeros y el respeto y el cariño que sentían los unos por los otros y su corazón se llenó de alegría. Nada como recordar los buenos tiempos, las anécdotas graciosas y reír tranquilamente para olvidar por un instante los problemas, la presión y sentirse muy bien.

Se despidieron con la intención de verse más tarde si sus obligaciones se lo permitían.

Para cuando llegaron a la torre de los Magos de Hielo, Eicewald ya estaba esperándoles. Abrió la puerta el joven aprendiz y los dejó pasar al vestíbulo. Lo primero que dejó a Lasgol con la boca abierta era que todo el interior de la torre era de un blanco níveo. Las paredes, el suelo, los techos e incluso el mobiliario eran de color blanco.

Lasgol vio pasar a un mago con su cabello y vestimentas blancas, aunque apenas lo distinguió ya que se fundía con el entorno. Aquello debía de estar hecho así a propósito. En mitad del vestíbulo aguardaba Eicewald. Tenía buen aspecto e irradiaba poder allí, en su torre.

—¿Qué tal estáis? Perdonad que no haya podido estar con vosotros más, pero el rey Thoran me tiene tan ocupado con los preparativos de su boda que apenas he podido respirar.

—Estamos estupendamente y entendemos que estés tan ocupado —dijo Egil y saludó inclinando la cabeza—. En cualquier caso, yo acabo de regresar —sonrió.

—Entonces debes contármelo todo —dijo Eicewald—. Con Lasgol he tenido la oportunidad de hablar, aunque no todo lo que me hubiera gustado.

—Lo suficiente —respondió Lasgol sonriendo.

—Ojalá fueran otros tiempos y pudiera seguir instruyéndoos a ti y a Camu. Lo echo de menos.

—Y nosotros echamos de menos a nuestro maestro —respondió Lasgol con una sonrisa de agradecimiento. Él también añoraba las lecciones.

—Las obligaciones del reino son a veces odiosas —comentó el mago.

—Pero no por ello eludibles —replicó Egil con picaresca.

Eicewald soltó una pequeña carcajada.

—Por favor acompañadme al estudio de invitados, es donde recibimos a las visitas en la torre —dijo y les hizo un gesto con el brazo.

—Vamos —respondió Lasgol.

Eicewald abrió camino y se dirigieron a una puerta a la derecha del recibidor. La puerta, como todo allí, era blanca y no tenía manillas ni cerrojo. El mago puso la palma de su mano sobre ella y pronunció una palabra de poder. Lasgol sintió la magia siendo conjurada y vio cómo la mano emitía un destello blanco. La puerta se abrió sin emitir un sonido.

La estancia era amplia y que fuera completamente blanca todavía la hacía parecer más grande. Había cuatro butacones sobre una alfombra de piel de oso blanco frente a una chimenea en la que ardía un fuego azulado, del color del hielo. Debía de ser de adorno pues estaban en primavera y la temperatura era estupenda. Luego pensó en que estaban en la torre de los Magos de Hielo, por lo que probablemente en aquel edificio hacía siempre frio. No, la chimenea no era de adorno.

En la pared había un gran armero, solo que no tenían espadas, lanzas o arcos en él, sino báculos de diferentes larguras y con extrañas gemas blancas en sus extremos. Lasgol podía percibir que tenían poder. Más a la izquierda había una estantería con tomos arcanos. La luz se colaba por unas ventanas estrechas y largas en la pared más cercana.

—Sentémonos y hablemos tranquilamente —indicó Eicewald.

Lasgol y Egil se sentaron mientras observaban la sala.

—¿Podemos estar aquí? —preguntó Lasgol—. Tenía entendido que solo los Magos de Hielo podían entrar en su torre.

—Como mis invitados podéis, pero solo en esta sala. El resto de la torre está prohibida a los que no poseen el Don y siguen el camino del Elemento Agua —explicó Eicewald.

—¿Es seguro que hablemos aquí? Hay cosas que preferimos que no se sepan y hay algún Mago de Hielo del que no podemos fiarnos… —comentó Egil.

—Yo me encargo de eso —Eicewald comenzó a conjurar en medio de la estancia sobre la alfombra de piel de oso. Lo hizo moviendo su báculo en círculos y pronunciando palabras extrañas.

Lasgol y Egil observaban atentos. Lasgol para aprender y Egil para entender lo que Eicewald estaba haciendo.

Cuando terminó de conjurar se formó una esfera alrededor de ellos tres, englobando los sillones en los que estaban sentados. Parecía de hielo, gruesa, pero brillaba con un color grisáceo extraño que denotaba que era algo más.

—Esta esfera evitará que Maldreck o cualquier otro nos escuche.

—Impresionante —comentó Egil tocándola con la mano—. No da frío.

—Es una esfera protectora, la he modificado para que impida que ningún sonido la abandone.

—Muy bien pensado —felicitó Egil.

—Me gustaría saber conjurar algo así —confesó Lasgol con algo de envidia que no pudo disimular.

—Pronto lo lograrás, no te desanimes —animó Eicewald.

—De que lo voy a intentar no tengas duda —dijo Lasgol.

Eicewald asintió y sonrió.

—No la tengo.

—¿Qué tal avanzan tus investigaciones sobre el collar de perlas que te trajimos? —preguntó Lasgol.

—Bastante bien. He podido descubrir que no es ningún collar.

—¿No? —Lasgol lo miró extrañado.

—No, ese collar solo sirve para disfrazar las perlas de plata. Lo importante son cada una de las doce perlas que lo componen.

—¿Entonces el collar es solo un ardid? —preguntó Egil.

—Sí, para hacerlas pasar por una inofensiva y exótica joya que una noble con mucho oro puede vestir —explicó Eicewald.

—Por eso lo encontramos como parte de un tesoro —dedujo Lasgol —. Su poseedor pensaba que era muy valioso.

—Lo importante son las perlas. Son muy similares a la gran Perla

que encontramos en el bosque de los druidas y que escondí para seguir estudiándola sin que Maldreck y los otros interfirieran.

—¿Podían sentir su poder? —preguntó Lasgol.

—Así es, poder Drakoniano —explicó Eicewald—. Desconozco su finalidad, pero cada una de esas perlas está cargada con mucho poder.

—Entonces las del collar no están a salvo aquí… —dijo Lasgol.

Eicewald asintió.

—Lo sé. Debo moverlas a un lugar seguro como hice con la gran perla.

—Lo que sí sabemos o podemos deducir por los acontecimientos es que Dergha-Sho-Blaska parece estar buscándolas. Al menos las del collar, pues sus siervos lo buscaban —razonó Egil.

—Lo que debemos descubrir es para qué —dijo Lasgol.

—Ummm… no tienen por qué tener un fin específico —comentó Eicewald—. El poder es poder. En cualquier caso, debemos evitar que Dergha-Sho-Blaska recupere las perlas —comentó Eicewald—. Yo me encargaré de esconderlas, pero puede que el dragón las sienta. Irradian poder y puede ser captado desde lejos.

—¿Cómo vas a evitarlo? —quiso saber Egil.

—La fuente de poder en el interior de las perlas es tan manifiesta que he tenido que esconderlas en dos cajas especiales. Son objetos con la habilidad de enmascarar fuentes que irradian magia. En una está la perla de plata del bosque druida y en la otra está el collar de perlas de plata.

—Excelente idea. No habrá sido fácil encontrar esas cajas —dijo Egil.

—Los magos disponemos da algunos artilugios que suelen venir bien de vez en cuando —sonrió Eicewald.

—¿Esconderás las perlas del collar junto a la otra perla? —preguntó Lasgol.

—Creo que será mejor separarlas y colocarlas en dos lugares diferentes.

—Estoy de acuerdo —dijo Egil asintiendo—. Nunca se deben poner todos los huevos en la misma cesta.

—¿Dónde las pondrás? —quiso saber Lasgol.

—No lo sé todavía. Debo pensarlo.

—Muy bien, cuando lo tengas nos gustaría saberlo —dijo Lasgol.

—Por supuesto. Os lo revelaré —aseguró Eicewald.

—Así podremos vigilarlas —comentó Egil.

—Muy bien y ahora, Egil, cuéntame todo lo que ha sucedido en tu búsqueda de información, por favor —pidió el mago.

—Por supuesto —asintió este, que explicó a Eicewald todo lo que había descubierto, así como lo que Gondabar y Raner habían decidido.

Lo hizo con tranquilidad de forma que el mago entendiera todo lo que estaba en juego. Cuando finalizó, Eicewald se quedó pensativo.

—Me va a resultar muy difícil ayudaros en esta búsqueda. El rey… no me va a permitir ausentarme por días… —Eicewald se reclinó en su butacón y quedó pensativo de nuevo.

—Quizá la ayuda que puedas darnos sea la de identificar cuál de las armas es la que realmente deberíamos buscar —dijo Lasgol—. Eso acortaría el tiempo de búsqueda y, si es la correcta, lo habríamos logrado. Buscar todas, una por una, puede llevarnos varias estaciones.

—Sí, entiendo lo que me dices, pero es arriesgado. Si me equivoco estaríamos perdidos cuando aparezca Dergha-Sho-Blaska.

—No tenemos otra opción, al menos de momento, mientras la boda esté en curso —comentó Egil.

—Con más tiempo podríamos buscarlas todas y descubrir cuál es la auténtica. Como no lo tenemos debemos centrarnos en una —insistió Lasgol.

—Lo entiendo —asintió Eicewald.

—Si tuviéramos que elegir entre disponer de un arma ahora o múltiples más tarde lo más probable es que todos eligiéramos lo segundo —continuó Egil—, ya que no conocemos cuál de ellas es la verdadera, la que puede matar al dragón. Sin embargo, disponer de una ahora podría salvarnos de la destrucción si Dergha-Sho-Blaska aparece de improviso.

—Podría no aparecer —dijo Eicewald—. Podría seguir escondido recuperándose un largo tiempo. Estamos hablando de un ser milenario que ha vivido varias existencias. No tendrá prisa, no está en su naturaleza. La prisa es algo de los seres humanos, no de las criaturas milenarias.

—Cierto, pero por otro lado tenemos una boda real con presencia de varios monarcas y enviados reales de los reinos más poderosos de Tremia —replicó Egil—. Si hay un momento para hacer acto de presencia y provocar una masacre de gran impacto para todo el continente, es este.

—Además, creemos que está aquí, en Norghana —añadió Lasgol.

Eicewald siguió pensando sobre todo lo que le habían contado.

—Muy bien. Dejadme toda la información que tengáis sobre las armas que supuestamente pueden matar dragones y la estudiaré. Os

daré mi opinión sobre la que creo que deberíamos buscar primero.

—Estupendo —dijo Egil.

—Os recuerdo que no puedo asegurar que esa sea la acertada —advirtió Eicewald.

—Lo sabemos y lo tendremos en cuenta —aseguró Lasgol.

El mago suspiró hondo.

—Espero no equivocarme.

Lasgol y Egil se miraron. Esperaban demasiado de él y ambos lo sabían. Que acertara con la información tan limitada que tenían iba a requerir de mucha suerte, cosa que nunca era bueno.

Capítulo 26

A la mañana siguiente todos los Guardabosques fueron llamados a formar frente a la torre. La guardia real y los soldados que estaban de guardia en la parte interior del castillo se retrasaron para dejarles espacio.

—¿Sabéis lo que ocurre? —preguntó Gerd mientras se ponía una bota sentado en su camastro.

—Han llamado a todos a formar —dijo Ingrid que ya estaba lista para salir—. No sé el motivo.

—Será un simulacro para cuando lleguen los gerifaltes —comentó Viggo, que seguía tumbado en su catre como si aquello no fuera con él.

—Mejor bajar a formar cuanto antes y ver qué sucede —dijo Lasgol, que terminaba de vestirse.

Astrid le guiñó un ojo.

—Ve delante que quiero ver ese cuerpito tuyo en movimiento —dijo picarona.

—Lo haré encantado —respondió Lasgol siguiéndole el juego.

La puerta se abrió de súbito y Nilsa apareció con la respiración entrecortada.

—No es un simulacro, algo sucede de verdad —informó.

—Ya has oído a Nilsa, Viggo. Ponte en marcha —dijo Ingrid.

—No puede uno ni tomarse un respiro —protestó Viggo poniéndose en pie.

—Nada como un poco de intriga matutina para que el cuerpo y la mente se pongan a funcionar —comentó Egil con una sonrisa.

—Esperemos que intriga positiva —comentó Gerd.

—Esperemos —sonrió Egil.

Salieron de la habitación. La zona inferior de la torre era una marabunta. Por fortuna, los Guardabosques sabían moverse y enseguida se distribuyeron frente a la torre encarando la puerta de acceso a la muralla del castillo. Las Panteras avanzaron hasta la primera línea y se situaron allí. Por rango, al ser Águilas Reales, les tocaba formar los primeros. Únicamente los Guardabosques reales o los líderes formarían delante de ellos.

Aguardaron un momento y vieron aparecer a Raner con los Guardabosques reales saliendo del edificio principal del castillo. Se dirigieron a donde ellos formaban con paso rápido y decidido. Justo después, Gondabar salía de la torre y tomaba posición. Hizo el recorrido con paso que no era ni rápido ni firme, algo que preocupó a las Panteras.

Por un largo momento el silencio se apoderó del interior del patio del castillo. Los Guardabosques formaban quietos, creando un gran rectángulo frente a la torre y los soldados observaban en silencio lo que sucedía.

La puerta con rastrillo se abrió y del exterior entró una comitiva de jinetes mientras los cuernos de los soldados de guardia en la muralla anunciaban su entrada. La comitiva era pequeña, de una docena. A la cabeza iba un anciano. Todos los Guardabosques lo reconocieron de inmediato: era Dolbarar, Líder del Campamento, seguido por Ivana, Haakon, Esben y Sylvia, los cuatro Guardabosques Mayores, líderes de sus respectivas Maestrías.

—Oda del Reencuentro —ordenó Raner.

Los Guardabosques obedecieron al momento y comenzaron a cantar a una la melodía del Reencuentro de los Guardabosques. Las voces de hombres y mujeres del cuerpo se elevaron a pleno pulmón dando gracias por poder volver a reunirse sanos y salvos. Lasgol observaba mientras entonaban con corazón la vieja oda de los Guardabosques. Hacía mucho tiempo que no lo hacían y le llenó de alegría. A su lado, Astrid cantaba también con todas sus fuerzas, con una voz femenina, pero con algo letal en ella. Todas las Panteras entonaban y Lasgol miró uno por uno a sus compañeros, que a su vez se miraban entre ellos. Era ciertamente un momento especial.

Los Maestros del Campamento tenían buen aspecto, incluido Dolbarar si bien en su caso el peso de los años no se podía disimular y era manifiesto. Esben seguía con su aire de oso de las montañas: grande, con mucho pelo castaño y frondosa barba del mismo color, que impedían que se le viera un rostro donde brillaban unos grandes ojos pardos sobre una nariz chata. Ivana y su nórdica belleza fría por la que no pasaban los años seguía pareciendo estar en la treintena. Llevaba la melena rubia atada en una coleta como siempre hacía y sus ojos grises brillaban con certeza. Haakon mostraba el mismo semblante oscuro y aura sombría que a Lasgol nunca le habían gustado. Lo observó bien: seguía delgado y fibroso. Su piel destacaba por ser oscura para un norghano y por llevar la cabeza afeitada. Tenía pequeños ojos negros sobre una nariz aguileña. Y por último Sylvia, que había tomado el liderato de la Maestría de Naturaleza de la que Lasgol conocía poco, pero le daba buenas sensaciones.

Llegaron frente a Gondabar y detuvieron sus monturas. El Líder de los Guardabosques los recibió con una sonrisa y los brazos abiertos.

—Bienvenidos —saludó.

Los líderes del Campamento saludaron a Gondabar mostrando su respeto inclinando la cabeza desde sus monturas.

—Oda a los Líderes —ordenó Raner.

Los Guardabosques cambiaron de canción y entonaron llenos de respeto la oda que ensalzaba la labor de sus líderes, su entrega encomiable, esfuerzo impagable y el honor que otorgaban al cuerpo. Esta vez Lasgol no pudo sino emocionarse al presentar sus respetos a los líderes que le habían formado y guiado. Se sintió realmente honrado de pertenecer a los Guardabosques y de haber tenido el privilegio de aprender de todos ellos, incluso de Haakon.

Dolbarar y sus Guardabosques Mayores aguardaron a que los cantos finalizaran. Cuando Raner ordenó guardar la posición en silencio, los emisarios del Campamento desmontaron.

—¡Cuánto me alegra el corazón ver a mi Líder y señor! —dijo Dolbarar a Gondabar acercándose hasta él y le dio un sentido abrazo.

—El sentimiento es mutuo —dijo Gondabar, que parecía emocionado por el reencuentro.

Ivana, Haakon, Sylvia y Esben saludaron con respeto a Gondabar una vez terminó de saludar a Dolbarar.

—Veo que los Guardabosques Mayores están estupendamente, el tiempo no pasa por vosotros. Os encuentro rejuvenecidos, me alegra que así sea —expresó Gondabar.

—Nos mantenemos en forma para afrontar los peligros del sendero —respondió Haakon.

—Un tirador excepcional debe mantener cuerpo y mente en perfecto estado… y fríos —respondió Ivana.

—Las pociones revitalizadoras de Sylvia tienen la culpa —dijo Esben sonriendo.

—No es el caso. Tú pasas todo el día ocupado en medio de la fauna y eso es lo que te mantiene tan bien —contestó Sylvia.

—El sendero nos enseña a estar siempre en las mejores condiciones pues no se sabe nunca lo que aguarda más adelante —concluyó Dolbarar.

—Tendréis que compartir vuestros secretos conmigo, yo no me mantengo tan bien —confesó Gondabar.

—Eso se debe a la vida que llevas, encerrado en el castillo, en esa torre poco saludable —dijo Dolbarar señalándola a su espalda.

Gondabar sonrió y se volvió a mirar la torre.

—Es muy probable que tengas razón.

Gondabar continuó con el recibimiento. Dedicó palabras amables de bienvenida a los cinco líderes mientras estos, a su vez las devolvían con respeto y mostrándose honrados. Mientras los saludos se intercambiaban los Guardabosques permanecieron en formación, observando y siguiendo las indicaciones de Raner.

Los soldados del castillo observaban el acto ajenos a su significado o repercusión. Para ellos aquello era un asunto de Guardabosques que no entendían. Los oficiales les habían indicado que no molestasen o interfiriesen y eso era lo que hacían, miraban en silencio habiendo abandonado las tareas que estuvieran haciendo.

Finalmente, después de los saludos, los recién llegados se retiraron al interior de la torre donde habían dispuesto aposentos para ellos.

Los Guardabosques abrieron un pasillo de honor hasta la puerta de la misma y mantuvieron la posición mientras Gondabar acompañaba a los invitados.

—Ahora entiendo por qué me han hecho vaciar con urgencia varias habitaciones de invitados de la torre —murmuró Nilsa.

—Sí, esto lo explica —asintió Gerd—. Cuánto me alegro de verlos a todos bien…

—Es una alegría, sí —asintió Ingrid—. Sobre todo ver a Dolbarar con tan buen aspecto.

—Mucho mejor que el de Gondabar —comentó Nilsa.

—¿Ese que va con ellos en la comitiva no es Luca? —dijo Lasgol que intentaba discernir si lo había reconocido bien.

—Sí que lo es —afirmó Astrid asintiendo.

—Tiene buen aspecto. Guapo ha sido siempre, pero ahora lo veo más varonil, ¿verdad? —comentó Viggo buscando gresca.

Lasgol sintió una pequeña punzada de celos en el estómago, pero los empujó hacia abajo para hacerlos desaparecer. Hacía mucho tiempo de aquello.

Ingrid se dio cuenta de la intención de Viggo y le dio con el codo en el costado.

—No empieces…

—¿Yo? Nunca —Viggo puso cara de ser inocente, de no haber hecho nada, como siempre hacía cuando era culpable.

—Intentaré encontrar dónde lo acomodan —dijo Nilsa—. Tengo ganas de saber qué ha estado haciendo todo este tiempo.

—Si viene con ellos debe de estar sirviendo en el Campamento —

aventuró Gerd.

—¡Guardabosques, romped formación! —ordenó Raner dando por finalizado el recibimiento de honor.

Tan rápido como se habían juntado para formar filas, los Guardabosques desaparecieron regresando cada uno a cumplir con sus tareas.

Aquella noche, al amparo de la luna, Lasgol se preparaba para partir en la habitación que compartían. Cogió su morral de viaje, sus armas y cerró el baúl donde guardaba sus pocas pertenencias.

—He de partir —dijo a sus compañeros.

—Mucha suerte —le deseó Gerd, que se acercó hasta él y le dio un fuerte abrazo.

—Cuídate mucho y no te fíes de nadie, en especial de ningún mago —dijo Nilsa y le dio un abrazo.

—Lo haré, no te preocupes.

—Mejor si tiras primero y preguntas después —aconsejó Viggo.

—No sé yo si esa es una buena política —sonrió Lasgol y le dio un abrazo a Viggo.

—Si la sigues, vivirás mucho tiempo. Créeme.

—No le hagas caso. Usa la cabeza que tienes muy buen criterio —aconsejó Ingrid—. Mantente firme ante cualquier peligro.

—Gracias, Ingrid, lo haré.

—¿Todo preparado? —preguntó Egil.

Lasgol asintió.

—Tengo a Milton ahí —señaló la jaula en la que Nilsa lo había traído.

—El muy bicho me ha picado tres veces —se quejó Viggo.

Milton pareció saber que Viggo se refería a él y emitió un chasquido amenazante.

—Eso es porque siempre lo tratas fatal —dijo Nilsa—. A mí no me ha picado.

—Es porque me tiene manía.

—Por algo será —dijo Ingrid cruzando los brazos sobre el torso.

—Cubriremos tu ausencia —dijo Egil.

—Ve a por el cuchillo ese con el que se saca el corazón al dragón. Me gusta para mí —reconoció Viggo—. Además, seguro que al final voy a tener que ser yo quien lo mate y salve el día. Siempre me toca…

—Mejor el arco —corrigió Ingrid—. Es mucho más seguro poder matarlo en la distancia. Y no, no serás tú quien lo mate, seré yo con

ese arco y un tiro certero al corazón.

—O el hacha de dos cabezas —se unió Gerd a las sugerencias—. Yo veo más fácil poder cortarle el cuello con una gran hacha. El cuchillo y una flecha tirada con el arco ese no sé yo sí podrán atravesar las escamas de un dragón. Mejor un hachazo a dos manos al cuello con toda la fuerza —Gerd hizo el movimiento con sus brazos.

—Ese es un enfoque muy bruto, Gerd. La jabalina es una opción intermedia más manejable. No hay que acercarse tanto como para que el dragón te mate ni hay que tirar de lejos y fallar… o que no penetre lo suficiente —aseveró Nilsa.

Lasgol seguía las opiniones mirando a cada uno y todas le parecían válidas, por lo que no sabía qué hacer.

—No me estáis ayudando mucho… —se quejó.

—Tú encontrarás el arma idónea —aseguró Astrid—. Estoy convencida. Si alguien puede hacerlo ese eres tú. Básate en lo que te digan tus entrañas —le puso la mano entre el pecho y el estómago—. Esto te dirá el arma que debes encontrar.

Lasgol suspiró hondo.

—Espero poder encontrar el arma que acabe con el dragón. Deseadme suerte.

—No la necesitas, amigo. Encontrarás la forma, ya lo verás —le aseguró Egil—. Estate atento y alerta. Habrá una información crítica que hará decantar tu decisión.

—Espero acertar… y bueno, encontrar el arma.

—Te deseamos valor y honor —dijo Ingrid, que le puso la mano en el hombro—. Confiamos en ti.

Lasgol se despidió de sus amigos y salió de la habitación. Astrid lo acompañó hasta los establos. Había pedido con antelación que le trajeran a Trotador y un mozo lo tenía listo para partir.

—Prométeme que tendrás mucho cuidado —pidió Astrid con ojos de ruego.

—Lo tendré, no te preocupes —Lasgol sonrió levemente.

—Me preocupo. Vas solo a una misión muy difícil. Ojalá pudiera acompañarte y estar a tu lado.

—Tú siempre estás conmigo. Viajas aquí —dijo Lasgol y cogiendo la mano de Astrid la puso sobre su corazón.

Ella se enterneció.

—Lasgol… sabes a lo que me refiero…

—No estaré solo. Tengo a Camu y a Ona, que me acompañarán.

La chica suspiró.

—Eso me tranquiliza, pero ten cuidado.

—Sabes que lo tendré.

—No puedo perderte. No podría seguir adelante sin ti —dijo con los ojos húmedos.

—No me sucederá nada, estate tranquila. Debo encontrar el arma por el bien de todos —dijo él y la abrazó con ternura.

—Te quiero, no lo olvides nunca.

—Y yo a ti, Astrid. Ahora y siempre.

Se besaron con una pasión nacida del intenso amor que sentían.

—Te espero —se despidió Astrid mientras Lasgol montaba sobre Trotador.

—Volveré con el arma —aseguró Lasgol y partió.

Capítulo 27

Lasgol llegó hasta el Bosque del Ogro Verde y desmontó. Aquel lugar le traía muy buenos recuerdos y saber que Ona y Camu estaban allí esperándole le llenaba el corazón de alegría. Condujo a Trotador entre los árboles hasta el centro del bosque, donde sus dos amigos aguardaban junto al gran estanque azulado.

Sin embargo, al llegar al lugar donde estaba la tienda que utilizaban para resguardarse del mal tiempo, no los vio por ningún lado. Lasgol utilizó su habilidad Ojo de Halcón pero no consiguió encontrarlos.

«¿Tú los ves?» le envió a Trotador, que bufó y luego negó moviendo el cuello de un lado a otro.

«Será mejor que los llame. Descansa, tienes agua en el estanque y hierba fresca en los alrededores».

Trotador bufó otra vez y se acercó al estanque a beber.

Lasgol se concentró y utilizó su habilidad Comunicación Animal, pero amplificando su alcance visto.

«Camu, Ona. ¿Dónde estáis?» envió Lasgol.

Hubo un momento de silencio y Lasgol comenzó a inquietarse.

«¡Lasgol, tú venir!» le llegó de pronto el mensaje de Camu junto a un sentimiento de gran alegría.

Lasgol miró en todas las direcciones, pero no los veía.

«Salid, que no os veo».

De súbito de entre los árboles al norte, detrás del gran estanque, salió Camu y al momento Ona. Camu invocó Vuelo de Drakoniano según corría y se elevó dando un salto como si fuera a zambullirse de cabeza en el agua, pero en lugar de hacerlo sus impresionantes alas plateadas aparecieron en su espalda y Camu voló sobre el estanque.

Trotador vio que Camu volaba hacia él cruzando el estanque y salió corriendo espantado.

«Trotador, tranquilo» envió Lasgol, pero el poni se refugió en los árboles del bosque.

Camu acabó de cruzar el estanque y con bastante maestría volvió a descender al lado de Lasgol. El aterrizaje no fue perfecto y Camu se pasó de frenada, pero fue mucho mejor que a lo que les tenía

acostumbrados.

Ona corría bordeando el agua con gran velocidad impulsada por sus potentes patas traseras.

«Ven que te dé un abrazo» transmitió Lasgol a Camu.

«Yo querer abrazo».

Lasgol le puso los brazos alrededor del cuello y lo abrazó con fuerza.

«Te he echado de menos».

«Yo también».

Los dos amigos mantuvieron el abrazo un largo momento. Luego se separaron y Lasgol observó cómo estaba Camu físicamente. Parecía que bien.

«¿Todo bien por aquí?».

«Mucho bien» asintió Camu.

«¿Qué has estado haciendo?».

«Practicar magia. Mejorar poder».

Lasgol sintió una pizca de envidia pues, aunque él también practicaba todos los días, no podía hacerlo durante mucho rato debido a sus obligaciones y a que la mayoría del tiempo estaba rodeado por sus compañeros. Los quería en el alma, pero no eran la mejor compañía cuando uno necesitaba concentrarse y realizar ejercicios mágicos o de cualquier otro tipo. Lasgol siempre tenía que escabullirse y encontrar un lugar tranquilo donde ejercitarse a solas.

«Tienes que enseñarme todo lo que has mejorado».

«Yo enseñar» le transmitió Camu junto a un sentimiento de orgullo.

En ese momento llegó Ona a la carrera y sin detenerse dio un brinco y cayó sobre Lasgol haciendo que se fuera de espaldas.

«¡Ona, qué alegría!» transmitió.

Ella le lamió la cara con su gran lengua felina.

Lasgol comenzó a reír lleno de felicidad mientras se revolcaba sobre la húmeda hierba abrazado a la pantera de las nieves.

Camu quiso unirse a la celebración y comenzó a realizar su baile de la alegría flexionando las cuatro patas y moviendo su larga cola de lado a lado.

Al verlo, Lasgol volvió a reír sin dejar de abrazar y juguetear con Ona, que seguía lamiéndole la cabeza.

El guardabosques terminó con dolor de estómago de reír y la cara y el pelo como si se los hubiera lamido una vaca.

Pasó la tarde explicando a Camu y Ona lo mejor que pudo la

situación en la que estaban metidos con la boda real y la búsqueda del arma para acabar con el dragón.

«Yo querer estar boda».

Ona gimió una vez. Ella también quería asistir al evento.

«Pero ¿qué os pasa a los dos? No, de eso nada. No podéis asistir».

«Yo querer ver boda real».

Ona gimió de nuevo.

«Una pantera de las nieves y un ser Drakoniano no pueden ir a bodas reales» sentenció Lasgol.

«¿Por qué no?».

«Pues porque… porque… porque no podéis ir».

«No ser razón».

«Porque espantaríais a los invitados, al rey, a la princesa… ¡a todos!».

«Yo muy guapo. Ona también. No asustar».

Lasgol se golpeó la frente con la palma de la mano.

«La gente se asusta al ver panteras y criaturas del Continente Helado. Y cuando se asustan puede pasar cualquier cosa. Ya os lo he explicado mil veces».

«Nosotros camuflaje invisibilidad».

«No puedes mantener a Ona camuflada durante tanto tiempo».

«Sí poder. Yo mejorar mucho».

«No creo que tanto».

«Sí tanto».

Lasgol no quería discutir y, como sabía que el cabezón de Camu no iba a dar su pata a torcer, no insistió.

«Tenéis que acompañarme a buscar el arma, así que lo siento, pero os perderéis la boda».

«Oh…».

Ona gimió dos veces.

«Lo primero es la obligación y luego el disfrute» explicó Lasgol.

«De acuerdo, pero siguiente boda nosotros ir».

«Ya veremos» dijo para poner fin a la discusión.

Pasaron la tarde con una exhibición de poder de Camu, que realmente había mejorado bastante. Sobre todo el vuelo, a lo que más tiempo dedicaba. Ahora los despegues eran muy rápidos y suaves. Planeaba muy bien, aunque remontar altura y perderla luego, todavía le costaba bastante. Pese a alguna maniobra mala, se le notaba que

había cogido mucha soltura y que dominaba el vuelo básico.

Lasgol se alegró mucho por él. Todo el esfuerzo y los batacazos que se había pegado estaban dando su fruto. También le enseñó lo que había mejorado con Latigazo Mágico, Zarpazo Helado, Aliento de Hielo y otras de sus habilidades. Lasgol se quedó maravillado de que utilizase las habilidades recientes como si fueran parte de su arsenal.

«Estoy gratamente sorprendido con tus mejoras» tuvo que reconocer.

«Yo mucho bueno habilidades».

«Muy bueno con mis habilidades» le intentó enseñar Lasgol, aunque no estaba convencido de que fuera a conseguirlo.

«Eso».

Al caer la noche recibieron la visita de una figura que se acercó hasta la pequeña hoguera que Lasgol había montado frente a la tienda y alrededor de la que descansaban los tres amigos.

—Buena y estrellada noche —saludó el recién llegado.

—Muy buenas noches, Eicewald —saludó de vuelta Lasgol.

«¡Eicewald! ¡Yo contento!» transmitió Camu.

Ona himpló una vez a modo de saludo y movió su cola contenta.

—Veo que estáis disfrutando de esta noche primaveral.

—Lo estamos —asintió Lasgol—. No te esperaba tan pronto.

—Las decisiones urgentes requieren que hasta un mago se dé prisa, y bien sabes que no somos los que más prisa tenemos en el mundo.

—Entonces, ¿has decidido ya cuál de las armas debería buscar? —preguntó Lasgol muy interesado, pues la cuestión estaba en todo momento en su mente y no le estaba dejando dormir por las noches.

—Quiero hacer una última prueba con Camu y tomar mi decisión en base a ello.

«¿Prueba yo?» Camu miró con sus grandes ojos saltones a Eicewald.

—Sí, después de todo eres Drakoniano. Si algo puede matar a un dragón podrías saber qué es o al menos cómo reconocerlo o quizá sentirlo.

—No perdemos nada por plantearle las opciones a Camu —dijo Lasgol al que la idea le parecía buena, si bien veía muy complicado que su amigo pudiera saber qué arma podría matar al dragón.

«De acuerdo, yo intentar».

—Muy bien. He traído un objeto que os es ya familiar —dijo el mago y sacó el Cristal de Aprendizaje. Lo situó en el suelo.

—Lo es, sí —sonrió Lasgol.

«¿Lección?».

—No, no es para una lección. Lo que he hecho es introducir el conocimiento que tenemos sobre esas armas en el Cristal de Aprendizaje de forma que podamos visualizarlas y hasta percibir algo de su poder. Sin embargo, he de deciros que es una aproximación, por supuesto no son las verdaderas armas.

—Quizá ayude —asintió Lasgol, que deseaba probarlo.

—Creo que Camu es quien puede tener la clave para percibir o identificar cuál puede ser —explicó Eicewald.

«Yo preparado».

—Muy bien, lo activaré.

El mago puso las manos sobre el objeto y comenzó a conjurar. Se formó una neblina y poco a poco un arma fue tomando forma en medio de ella, a tamaño natural. Apareció una bella espada larga de oro con inscripciones a lo largo de su filo.

—Es la Mata-dragones de Neils, capaz de atravesar las duras escamas de un dragón —dijo Eicewald—. Concéntrate, Camu. Siéntela, intenta descubrir si en realidad puede o no hacerlo. Cuéntanos qué impresión te da. Cualquier sensación puede ser una pista.

«Yo concentrar. Yo intentar».

La siguiente imagen que apareció fue la de la Lanza dorada de Rogdon, la lanza del Rey Gontel Dungers.

Lasgol observaba la bella lanza, también del color del oro del estilo a la que usaban los lanceros rogdanos. Parecía tan real que casi podía tocarla con sus dedos. Le entraban ganas de empuñarla y atravesar con ella a una bestia salvaje.

Camu observaba muy concentrado y ni pestañeaba. Intentaba captar el poder del arma que se le estaba presentando. Eicewald dejó que se mostrara un buen rato para que la percibiera bien.

Le siguió el Cuchillo de Sansen que, al igual que las armas anteriores, era dorada. Parecía muy afilado y denotaba muerte. Lasgol sintió que era un arma letal con la que se podía destripar a cualquier bestia.

Luego apareció la Doble Muerte de Gim. El hacha de guerra de dos cabezas era tan imponente que Lasgol sintió que con aquella arma sí se podría matar a un dragón. Lo que le provocó dudas fue si tendría la fuerza o la maestría suficiente para empuñar semejante arma pues debía de pesar una barbaridad.

La siguiente imagen mostró el Arco de Aodh. Le pareció ligero y se

preguntó si en realidad estaba hecho de oro. No podía ser… pero claro, estaban ante un arco mágico.

Finalmente apareció el Rayo de Antior, una jabalina dorada preciosa que parecía muy ligera y fácil de lanzar. Lasgol percibió que sería certera. Con brazo fuerte se podría lanzar lejos y atravesar a un monstruo de lado a lado.

«Más» pidió Camu.

Eicewald asintió. Conjuró y volvió a mostrar todas las armas a Camu una segunda y hasta una tercera vez.

Camu pestañeó finalmente y Eicewald detuvo las imágenes.

—¿Qué opinas, Camu? —preguntó Eicewald.

«No saber. Buenas todas».

—¿No hay una de ellas que te haya hecho sentir que pudiera ser la elegida? —preguntó el mago.

«No poder elegir. Todas parecer buenas armas».

—Vaya, es una pena —se lamentó Lasgol.

—Inténtalo, Camu. Si tuvieras que elegir, ¿cuál escogerías? —preguntó Eicewald.

Camu se quedó pensativo con los ojos cerrados.

«Espada, hacha y lanza más impresionar» transmitió al abrir los ojos.

—Solo impresionar, ¿nada más? —preguntó Eicewald.

«Nada más».

—No sé si eso es suficiente —dijo Lasgol.

—No, yo tampoco creo que sea suficiente. Pensaba que sacaríamos más de ello —Eicewald suspiró hondo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Lasgol.

—Creo que llegados a este punto no queda más remedio que simplificar el asunto —expuso Eicewald—. Yo conozco una de las armas. La he estudiado y la he buscado con anterioridad. El resto no las conozco e imagino que encontrarlas va a resultar muy difícil y nos llevará un tiempo del que no disponemos.

—Te refieres a el arco de Aodh, ¿verdad?

—Así es. Veo que lo recuerdas.

—Recuerdo que lo mencionaste cuando te dirigiste a Irinel tras regresar del reino de la reina turquesa.

—Así es. Les dije a Thoran y a Orten que iba a ir a Irinel en busca del arco y es allí donde después nos volvimos a encontrar.

Lasgol asintió.

—Olvidé lo del arco por completo hasta que Egil lo mencionó el otro día. No te pregunté nunca sobre lo que sucedió con tu búsqueda por esa razón.

—No pude encontrar el arco en Irinel. Quien lo tenía, Riagáin, un noble muy importante en Irinel primo del Rey Maoilriain y antecesor al actual rey Kendryk, lo sacó de allí a escondidas.

—¿Temía que se lo robaran?

Eicewald negó con la cabeza.

—Parece ser que las tiranteces entre Riagáin y Kendryk han ido en aumento en los últimos años. Riagáin está en la línea de sucesión al trono que ahora ostenta Kendryk. Por lo que pude averiguar, temiendo por su vida Riagáin abandonó Irinel y antes de hacerlo envió sus más preciadas posesiones.

—Ya veo que no somos el único reino que tiene problemas de sucesión.

—Casi todos los reinos los tienen de una forma o de otra. Siempre hay más de un contendiente al trono.

Lasgol asintió.

—¿Dónde se refugió?

—Ese es el problema. Fue al reino de Moriar.

—¿Reino de Moriar? —Lasgol desconocía aquel nombre. Le pareció extraño, pues conocía los reinos principales de Tremia.

—Es un reino de reciente creación. Está situado al sur de Irinel, al este. Hasta hace unos años era solo un reino tribal, vivían en ciudades escarbadas en la roca de su gran cadena montañosa. En los últimos quince años ha crecido rápidamente y se está convirtiendo en un reino importante. Tiene disputas terrenales con Irinel.

—Y por eso ha elegido Riagáin ese lugar para refugiarse.

—Así es. Cuenta con el apoyo de nobles de Moriar, a los que conoce y a los que ha prometido devolver las tierras disputadas si alcanza el poder en Irinel.

—Tremia, sus reinos y sus disputas no dejan de sorprenderme.

—A ti y a todos —sonrió Eicewald.

—¿Crees que logrará la corona de Irinel?

—No lo creo, al menos no de momento. Y menos cuando Irinel y Norghana sean aliados tras la boda. Moriar es un reino pequeño, no tiene suficiente fuerza todavía.

—¿Quién reina en Moriar?

—La reina Niria. No sé mucho sobre ella, dicen que es inteligente y muy bella.

—Una reina… interesante.

—Sí. Quise ir a Moriar, pero se me negó la entrada en la frontera.

—¿Y crees que Riagáin tiene el arco con él en Moriar?

—Debería tenerlo. Por lo que se sabe, es un gran tirador y usa el arco a menudo. Lo considera su bien más preciado, así que no creo que se haya deshecho del arma. Creo que la sigue teniendo él.

—En ese caso le haré una visita.

—Eso te llevará mucho tiempo. Está muy lejos de aquí. Tendrías que ir hasta Erenal y coger un barco hasta Moriar.

—Tengo otro plan para hacer el trayecto más rápido.

—¿No será tu plan ir volando sobre Camu? —bromeó Eicewald.

«Lasgol pesar mucho».

—No, no es ese mi plan, pero no vas descaminado.

—Pues espero que funcione. En cualquier caso, cuando llegues a Moriar no te será fácil arrebatárselo. Riagáin tiene con él a dos docenas de soldados leales a su causa.

—Eso no es bueno. Si son leales a la causa de su sucesión al trono opondrán mucha resistencia.

—Eso me temo —dijo Eicewald.

—De acuerdo. Nos pondremos en marcha con el amanecer.

—Te deseo mucha suerte.

—Antes de irnos, ¿dónde has escondido la Perla de Plata? Dijiste que lo harías aquí, pero… ¿dónde?

«Yo saber».

Eicewald sonrió.

—Camu te lo puede decir.

«En estanque».

Lasgol se quedó perplejo.

—¿Quieres decir dentro del estanque?

—Precisamente ahí. En el fondo del estanque, para ser más exactos.

Lasgol abrió mucho los ojos.

—Es un buen lugar para ocultar cosas.

—Eso mismo pensé yo. Ahora debo regresar al castillo. Mañana tengo un día ajetreado sirviendo al rey.

—También te deseo suerte —sonrió Lasgol.

Eicewald se despidió y marchó.

Lasgol se quedó con un extraño sentimiento en el pecho. No tenía muy claro que el arco de Aodh fuera el arma acertada. Era la única

sobre la que tenían una pista, y eso no la convertía en la opción adecuada. Resopló e intentó relajarse. Las preocupaciones comenzaban a pesarle.

Capítulo 28

Era de noche cuando un Guardabosques de guardia fue hasta la habitación de las Panteras y llamó a la puerta golpeando con el puño con urgencia.

Astrid se puso en pie de un salto y empuñó sus cuchillos.

Ingrid se levantó un instante después y le hizo una seña a Astrid para que aguardara.

—¿Quién es? —preguntó Nilsa, que se apresuró hasta la puerta mientras el resto de las Panteras se levantaban.

—Guardabosques de guardia —respondió el que llamaba.

—¿Se puede saber qué pasa? ¡Estamos durmiendo! —se quejó Viggo todavía en su catre con un ojo abierto y el otro cerrado.

Nilsa abrió la puerta.

—El Guardabosques Primero os requiere frente a la torre —informó el Guardabosques de guardia.

—Muy bien, ahora mismo bajamos —dijo Nilsa, que cerró la puerta y se volvió hacia sus compañeros con expresión de incógnita en el rostro.

—Parece que algo sucede —comentó Ingrid.

—Salgamos a ver qué es —propuso Astrid—. Espero que no sea nada relacionado con Lasgol y la búsqueda del arma.

—No sé qué será, pero desde luego no son horas para jueguecitos —refunfuñó Viggo poniéndose en pie.

—No creo que sea ningún jueguecito si nos busca Raner —reflexionó Gerd.

—Salgamos rápido y averigüémoslo —dijo Ingrid, que ya estaba lista.

Viggo torció el gesto, pero no dijo nada y se vistió.

Salieron frente a la torre y se encontraron al Guardabosques Primero y los Guardabosques Reales formando y mirando hacia la gran puerta de la muralla exterior.

—Águilas Reales, formad a ese lado —ordenó Raner señalando a su derecha.

—Sí, señor —respondió Ingrid.

Formaron como les habían indicado. Llovía ligeramente y a pesar de ser una lluvia cálida, a entender de los norghanos, no por ello mojaba menos.

De súbito la puerta principal se abrió y una comitiva formada por una docena de jinetes entró al castillo.

—Tenemos visita —susurró Nilsa.

—Importante, supongo —murmuró Astrid.

La comitiva llegó frente a Raner. Portaban capa con la capucha puesta, por lo que no se les veía el rostro. La iluminación exterior de la torre tampoco era excesiva, lo que hacía que las figuras parecieran misteriosas.

—¿Se puede saber por qué razón estamos formando bajo la lluvia de noche? —preguntó Viggo en un susurro a sus compañeros.

—Porque lo ha ordenado el Guardabosques Primero —respondió Ingrid.

—Pues podía ordenar ir a la taberna a tomar unas cervezas.

—Calla, merluzo, que te va a oír.

—¿Nilsa, tú sabes quiénes son y por qué esperamos? —preguntó Gerd.

—Ni idea —se encogió de hombros Nilsa.

—Si estamos nosotros y los Guardabosques Reales es porque son importantes —dijo Egil—, y pertenecen a los Guardabosques…

—Oh… —Gerd entendió a quién se refería Egil.

Del interior de la torre salió Gondabar escoltado por dos de sus ayudantes. El Líder de los Guardabosques caminaba despacio y arrastrando los pies. Bajo la lluvia tenía todavía peor aspecto de lo habitual. Llegó frente a la comitiva, que desmontó a una señal del Líder.

—Tienes muy mal aspecto, Gondabar, Annika tendrá que examinarte a conciencia —dijo la persona a la cabeza, que resultó ser una mujer.

—Me alegro de ver que sigues tan directa como siempre, Madre Especialista —dijo Gondabar con una sonrisa.

—Perdona, ya sabes que no soy muy amiga de los formalismos —dijo Sigrid, descubriendo su cabeza.

Annika se echó la capucha atrás y desmontó.

—Me vas a hacer trabajar mucho, viejo amigo —dijo mientras se acercaba y le examinaba con ojos expertos en encontrar enfermedades y males en el cuerpo.

—Me temo que bastante, sí —reconoció Gondabar con una sonrisa

de pesar.

—Yo no te veo tan mal —dijo Ivar—. Seguro que todavía puedes manejar un arco.

Gondabar soltó una pequeña carcajada.

—Ojalá pudiera, pero no. Eso quedó ya en el olvido.

Engla echó la capucha atrás y Gondabar sonrió.

—¿Cómo está la Maestra Especialista de Pericia?

—Bastante mejor que mi Líder —replicó ella.

Gondabar asintió varias veces y luego abrió los brazos.

—Dadme un abrazo, líderes del Refugio, padres de los Especialistas.

Sigrid fue la primera en dárselo, lleno de cariño. Luego, uno tras otro, los Maestros Especialistas le abrazaron y mostraron a Gondabar el aprecio y el respeto que sentían por él. El Líder de los Guardabosques no pudo evitar sentirse emocionado y honrado. Su rostro mojado por la lluvia no podía esconder las lágrimas que humedecían sus ojos.

—Hemos traído a alguien más por si los cuidados de Annika no son suficientes —dijo Sigrid y con el brazo señaló a una figura de la comitiva que se acercó hasta Gondabar. Se quitó la capucha y el líder la reconoció al instante.

—Sanadora Edwina, ¡cuánto tiempo sin vernos! Me alegro de verte.

—La alegría es toda mía —dijo ella realizando una pequeña reverencia.

—Nada de cortesías. Es un placer volver a tener a una Sanadora entre nosotros —dijo Gondabar.

—Quizá ella pueda mejorar ese aspecto tuyo —dijo Sigrid.

—Haré cuanto esté en mis manos —aseguró Edwina.

—Estoy seguro de que entre los cuidados de Annika y Edwina quedaré hecho todo un mozo y hasta podré sujetar un arco de nuevo.

—No creo que sus poderes alcancen a tanto —sonrió Sigrid.

Gondabar sonrió a su vez.

—Deberíais haber llegado de mañana para poder organizar un recibimiento como os merecéis —dijo Gondabar.

—Nada de recibimientos y formalismos —negó Sigrid con la cabeza —. Es mejor que nuestra llegada pase desapercibida.

—Es lo más prudente habiendo tanto movimiento por el reino y en la ciudad —dijo Raner.

—Sí, por ello no he avisado de nuestro momento de llegada, ni de

la ruta que hemos seguido. Ya hemos tenido sorpresas en el pasado. Es más seguro hacer la travesía de incógnito.

—La Madre Especialista es sabia más allá de sus años —alabó Gondabar.

—No sé si tanto. Será mejor seguir esta conversación dentro antes de que el agua nos cale hasta los huesos.

—Por supuesto —Gondabar hizo una seña para que entraran en la torre.

Sigrid se volvió hacia uno de los jinetes.

—Molak, encárgate de las monturas.

—Al momento —respondió el jinete, que se quitó la capucha para saludar con respeto a la Madre Especialista.

Viggo lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Qué hace el capitán Maravilla con los Maestros Especialistas?

—Supongo que guardar que no les suceda nada —dedujo Nilsa.

—Lo que me faltaba, ahora tendré que aguantarlo.

—Molak es un gran Especialista y no es ninguna carga que tengas que aguantar —dijo Ingrid.

—Ya, eso lo dices tú… —Viggo observó con el gesto torcido cómo se llevaba a los caballos.

Gondabar y los Maestros Especialistas entraron en la torre. Un momento más tarde Raner dio la orden de romper filas.

—Volved al descanso —ordenó y marchó con los Guardabosques Reales hacia el edificio principal del castillo.

Al día siguiente llegaba la primera comitiva real y no era otra que la del reino de Irinel. A diferencia del resto, tenía permiso para llegar hasta el castillo al completo, con todos sus miembros y acompañantes. El rey Thoran mostraba así a sus futuros padres políticos que confiaba en ellos y les abría las puertas de su reino. El resto de las comitivas tendrían que ser mucho más reducidas en número, al menos antes de llegar a la ciudad.

Para representar la unión de los dos reinos de forma simbólica, y para recibir a su nueva familia con los honores que se debían, Thoran había organizado un gran desfile de bienvenida a los reyes de Irinel. Se preparó durante tres días en los cuales toda la capital estuvo trabajando día y noche.

Daba la impresión de que estaban en pie de guerra: los tres ejércitos norghanos se situaron alrededor de la capital. El Ejército del trueno, los que abren camino, derriban murallas y toman fortalezas, formaba al sur. Eran inconfundibles con sus vívidos uniformes de

color rojo con trazas diagonales blancas con el escudo de Norghana en el centro del peto: una majestuosa águila nívea con las alas desplegadas, el ave insignia del reino, en un blanco albino refulgente. El Ejército de las Nieves formaba al este, con sus vestimentas y estandartes en blanco. El Ejército de la Ventisca, la fuerza móvil ligera, con petos con trazas de colores rojo y blanco en horizontal, al oeste. Los Invencibles del Hielo, la mejor infantería pesada del continente, formaba en el patio de armas del castillo.

La comitiva del reino de Irinel estaba compuesta por la familia real y sus asistentes, además de un millar de soldados de escolta. Todos vestían sus mejores galas. Cuando llegaron a la puerta sur de la ciudad el Ejército del Trueno aguardaba en cerrada formación. A una orden de su general Olagson se dividió en dos con marcial eficiencia dejando un largo pasillo por el que la comitiva real de Irinel accedió a la puerta de la muralla sur. La mitad de los soldados abrían camino en cabeza con la familia real en medio y la otra mitad iba tras ellos. Los soldados norghanos saludaron con respeto y desde las murallas se anunció su entrada en la ciudad con cuernos de bienvenida.

La comitiva entró en la urbe y la encontró atestada de público, no cabía un alfiler en las calles de Norghania. Medio reino estaba allí para presenciar el recibimiento a la casa real de Irinel. La ciudad estaba engalanada con los colores del reino de Norghana y los del reino de Irinel. El rojo y blanco predominaban entre el mar de público asistente, así como en las calles, las casas y el castillo sin descuidar que de tanto en tanto se viera el verde y blanco de Irinel. Los colores en honor de la familia real de Irinel se apreciaban en estandartes y banderas situadas a lo largo de toda la avenida mayor, por donde avanzaba la comitiva.

Los reyes y el príncipe de Irinel saludaban a la multitud mientras subían por la avenida mayor, que estaba acordonada por soldados norghanos para impedir al público poder llegar hasta la comitiva real. Había demasiado en juego y Thoran no quería ni un descuido. Sus soldados guardaban las calles de la ciudad y se aseguraban del buen comportamiento de los ciudadanos entre los que se esperaba que hubiera ocultos espías y asesinos de otros reinos. Junto a los soldados se habían colocado a un lado estandartes y banderas de Norghana y al otro de Irinel.

Además, se había dispuesto a los Guardabosques entre el público a lo largo de todo el desfile. Estaban situados cada pocos pasos en la trayectoria que iba a seguir la comitiva. Adicionalmente, había reclutas apostados con los arcos listos en los tejados y posiciones elevadas en las casas a ambos lados de la avenida mayor. Eran conscientes de que entre los asistentes al desfile podría haber

elementos peligrosos de otros reinos, así que tenían orden de mantener los ojos bien abiertos y evitar cualquier intento de ataque sobre la familia real de Irinel. Si alguien rompía el cordón de seguridad de los soldados para llegar a la comitiva, los Guardabosques los abatirían.

Thoran no quería que nada sucediera durante la boda y por ello tenía a todo su ejército tomando las calles y los alrededores de la capital, incluyendo a los Guardabosques, que había situado de forma estratégica a lo largo de todo el recorrido. Raner y Gondabar se habían encargado de establecer las posiciones y el plan de acción. Los Guardabosques estaban listos y atentos a lo que pudiera suceder y tenían orden de tirar a matar si alguien intentaba algo sospechoso contra la familia real.

El público aplaudía y vitoreaba a la comitiva. El sonido que los miles de asistentes producían podía oírse a leguas de distancia. La familia real continuaba saludando desde sus bellos corceles con expresiones de estar complacidos por el gran recibimiento que estaban teniendo mientras los cuernos seguían sonando con fuerza anunciando su llegada.

Los soldados de Irinel, que acompañaban a los reyes, marchaban como si regresaran victoriosos de una conquista. Eran inconfundibles con sus cabellos pelirrojos de varias tonalidades y sus rostros pálidos salpicados de pecas. Eran delgados y fibrosos y tenían miradas vivas. Llevaban armaduras medias de malla con casco sin visor. En la mano derecha y a la espalda portaban jabalinas y en la izquierda escudos de lágrima de acero. El uniforme y el escudo estaban pintados de verde y blanco a partes iguales. Llevaban como emblema la flor blanca de seis cabezas de Irinel. Si alguien intentaba acercarse a los reyes, lanzarían esas jabalinas atravesando a quien osara hacerlo.

Las Águilas Reales habían recibido orden de esperar a la comitiva en el castillo junto a Gondabar, Raner y los Guardabosques Reales. Preferían escoltar a la comitiva de Irinel o situarse en posiciones estratégicas a lo largo de la avenida mayor por si alguien intentaba algo, pero esas no eran sus órdenes. Gondabar quería a las Águilas Reales con él durante el recibimiento en el castillo real.

Egil observaba interesado todo lo que sucedía. Thoran, Orten y la princesa Heulyn aguardaban la llegada de la comitiva en el patio de armas. Con ellos estaba el embajador Larsen y Ellingsen, el nuevo comandante de la Guardia Real, que formaba a la espalda de Thoran. El nuevo comandante llevaba poco en el puesto. Thoran había destituido a sus dos predecesores en sendos ataques de ira por no haber cumplido con sus expectativas, que eran muchas y altas. Egil estaba interesado en saber cuánto duraría Ellingsen en el cargo. No le

auguraba un futuro muy prometedor, aunque si mantenía el puesto durante la boda sería todo un triunfo.

Thoran y Orten vestían sendas armaduras de gala norghanas, en oro el rey y en plata su hermano. Ambos llevaban espada larga de mango de cruceta y cuchillos largos a la cintura, armas de gran calidad ornadas con joyas como correspondía a su estatus. De los hombros les caía una capa de color rojo y blanco hasta el suelo, y Thoran portaba la corona de rey de Norghana. La princesa Heulyn vestía con un elegante vestido de tonalidad verde con una mantilla de piel blanca. Sus cabellos de fuego caían a su espalda y en la cabeza llevaba una diadema de plata.

Formando un semicírculo, los Invencibles del Hielo arropaban a todos. La temible infantería de élite norghana iba vestida completamente de blanco de pies a cabeza. La armadura de cota de malla quedaba oculta bajo petos, capas y el escudo de color blanco. Portaban cascos alados también blancos y hasta la empuñadura de sus espadas era del mismo color.

Algo más apartados, los nobles de la corte del rey aguardaban a los visitantes vistiendo sus mejores vestimentas hechas con caras telas y pieles al estilo norghano y armados con inmensas espadas. Las damas llevaban vestidos largos de tela cara y joyas preciosas adornando sus cuellos y manos que destellaban al sol.

Por la expresión de disgusto que Heulyn tenía en su rostro cada vez que miraba hacia donde estaban formando las Águilas Reales, Egil podía ver que no estaba nada contenta con que ellos estuvieran formando allí, en el recibimiento a su familia.

La comitiva real continuó avanzando por la avenida entre los vítores y aplausos de alegría de los norghanos, que no habían presenciado un evento positivo de semejante importancia en muchísimo tiempo. Guerra, muerte y destrucción era lo que conocían, y un giro de situación tan propicio como aquel tenía a todos muy contentos. La ilusión por una Norghana fuerte y en paz era algo que todos ansiaban.

Los Guardabosques que estaban a ambos lados de la avenida avanzaban como podían siguiendo la comitiva. Se movían entre la gente como si estuvieran cruzando un bosque cerrado lleno de árboles y maleza impracticables. Los de los tejados y balcones se aseguraban de que nadie intentara nada desde las alturas. Saltaban de un tejado a otro siguiendo la caravana real. Ya habían revisado los tejados y los pisos altos siguiendo el trayecto desde la primera luz de la mañana. Habían tenido que desalojar las posiciones elevadas para evitar problemas, lo que no había sido fácil, pues los habitantes de las viviendas querían ver el desfile desde sus casas. Con la ayuda de los

soldados las habían dejado vacías para poder controlar mejor la situación.

De pronto, varios soldados norghanos del cordón protector fueron empujados hacia el empedrado cerca del lugar donde la familia real pasaba en ese momento. De inmediato, los Guardabosques apostados en los tejados apuntaron con sus arcos hacia el lugar de los hechos y los soldados de Irinel reaccionaron de inmediato para proteger a sus monarcas. Algunos alzaron las jabalinas, listos para tirar contra lo que fuera que estaba poniendo en peligro a sus reyes y otros levantaron los escudos para bloquear un posible ataque.

Varias personas cayeron a la calle por los empujones y el ímpetu del público que quería ver de cerca a los monarcas de Irinel. Se formó un pequeño tumulto entre soldados norghanos, de Irinel, y el público que salía empujado hacia la calle y caía al suelo, unos sobre otros. Los Guardabosques no perdían detalle y estaba listos para tirar. Sin embargo, no fue necesario. El alboroto era consecuencia de la masiva afluencia de gente y su afán por ver a la realeza en el desfile de llegada a la ciudad.

Se produjeron más caídas y encontronazos a ambos lados de la avenida según la comitiva se acercaba al castillo y los soldados de Irinel se vieron obligados a formar un rectángulo defensivo con un muro de escudos alrededor de los reyes y el príncipe mientras la comitiva seguía avanzando. Los monarcas sonreían y saludaban al público sin dar mayor importancia a los desórdenes que su presencia creaba entre los asistentes.

Finalmente, la comitiva de Irinel llegó hasta el castillo. Los soldados norghanos formaban a la entrada y sobre las murallas. Se pusieron firmes y saludaron permitiendo la entrada al interior del castillo, donde los monarcas de Irinel eran esperados por Thoran y la princesa Heulyn.

Al entrar en el gran patio central del mismo, los soldados de Irinel en cabeza se apartaron a un lado formando un cuadrado compacto para dejar paso libre a sus monarcas. Los que iban detrás hicieron lo mismo, pero al otro lado. Los reyes de Irinel avanzaron sobre sus monturas hasta estar frente a Thoran, Orten y Heulyn.

—Majestades y Príncipe Real de Irinel, bienvenidos a Norghania —saludó Thoran inclinando levemente la cabeza.

—Nos alegramos de estar aquí y apreciamos el gran recibimiento que se nos ha dispensado —dijo el rey Kendryk en norghano con acento del este.

El rey vestía su impresionante armadura pesada de placas de color verde brillante sobre un peto blanco. Impresionaba no solo la

armadura sino también su altura y fortaleza física, con un pelo largo y rubio que ya comenzaba a mostrar los primeros mechones blancos del paso del tiempo. Observando su rostro se apreciaba que era más agradable que el de un norghano, con la nariz fina y los ojos pardos del este. A sus cincuenta años se le veía con un físico poderoso.

—Espero que el recibimiento haya estado a la altura de lo esperado por los monarcas de Irinel —dijo Thoran.

—Lo ha estado. Ha sido un recibimiento memorable y un honor que aceptamos agradecidos —respondió Kendryk.

—Esperamos que el viaje haya sido agradable —dijo el duque Orten con una falsa amabilidad que resultaba extraña en él.

—Lo ha sido. Hemos tenido vientos favorables y la mar en calma, por lo que los barcos han hecho la travesía sin mayores incidentes.

—Hija, nos alegramos de verte bien —se dirigió a su hija la reina Gwyneth, que vestía con finas telas de Irinel de varios verdes de diferentes tonalidades y con bordados de flores de color blanco. Madre e hija se parecían mucho. La reina llevaba suelta una larga y preciosa melena del color del fuego que le caía en bucles sobre los hombros y la espalda. Su rostro era bello, delicado, con una piel muy blanca casi descolorida. Pecas rojizas decoraban su nariz y mejillas. Debía rondar los cuarenta y cinco años y se conservaba muy bien.

—Y yo me alegro de ver con tan buena salud a mis padres y a mi hermano —respondió la princesa haciendo una pequeña reverencia.

El príncipe Kylian, que iba tras sus padres, le devolvió la reverencia. Iba vestido con los colores del reino y portaba una armadura pesada muy elaborada con el escudo de Irinel sobre el corazón.

Tras la familia real iban dos hombres entrados en años. Uno llevaba armadura de gala de muy buena confección y una capa verde que le caía sobre los hombros. Era Reagan, General Primero de los ejércitos de Irinel. A su lado estaba el consejero real Kacey.

Egil distinguió a una persona en la comitiva que le llamó la atención. No era otro que el druida Aidan. Con él iban otros tres druidas con sus característicos tatuajes y forma de vestir. Egil se preguntó qué harían allí. Que estuviera Aidan era hasta cierto punto comprensible, pues actuaba como intermediario con su pueblo, pero no entendía la razón de traer otros druidas a la boda.

Por un rato continuaron los saludos y alabanzas formales entre las dos casas reales. Thoran también presentó a varios de los nobles importantes de la corte a los monarcas de Irinel. Todos parecían estar disfrutando del recibimiento, los honores y los saludos formales, todos menos Orten, cuya expresión era de no querer estar allí ni un instante

más. Heulyn se percató y le lanzó varias miradas de desdén.

Finalmente, el recibimiento se dio por finalizado y los monarcas de ambos reinos entraron en el castillo.

Egil observó cómo se retiraban al interior entre los aplausos de los nobles norghanos y los vítores de los soldados que allí formaban, y tuvo la sensación de que aquella boda iba a volverse de lo más interesante.

Capítulo 29

Dos días después de la llegada de la comitiva de Irinel comenzaron a llegar las de los reinos aliados y las de aquellos que mantenían buenas relaciones hasta el momento con el reino de Norghana. Gondabar encargó a Raner la asignación de protecciones.

La primera en ser llamada para asignar su protección fue Ingrid.

—Señor —se presentó Ingrid ante el Guardabosques Primero cuando la requirió.

—Se te asigna la protección de la comitiva del reino de Rogdon. Están al llegar. Sal a su encuentro a las afueras de la ciudad, preséntate y escóltalos hasta aquí.

—Muy bien, señor. ¿Vienen los monarcas de Rogdon en la comitiva, señor?

—Me temo que no —dijo Raner y por el tono con el que lo dijo Ingrid intuyó que algo malo sucedía.

—El rey Solin y la reina Eleuna se han excusado y han rechazado asistir a la boda.

—¿El príncipe de Rogdon entonces?

Raner negó con la cabeza.

—No, no envían a Gerart, lo que es comprensible porque es joven todavía y no tiene experiencia en asuntos políticos. Envían a Drocus, General Primero del ejército de Rogdon, al embajador Albust y a algunos nobles del reino —explicó Raner.

—Oh, entiendo —Ingrid intentó disimular que le extrañaba que no asistieran al evento.

—Debo advertirte de que la situación se ha complicado y de que tendrás que tener mucho ojo…

—No entiendo, señor…

—Verás. El rey Thoran se ha tomado como un insulto personal que los monarcas de Rogdon no asistan a su boda y está hecho una furia. He tenido que sobrellevar sus gritos al respecto. Su hermano Orten se lo ha tomado peor y va más lejos todavía, habla de ir a la guerra contra Rogdon por semejante insulto.

—No podemos ir a la guerra… tenemos un acuerdo de paz firmado con Rogdon, ¿no es así?

—Lo tenemos, sí, y ahí reside el problema. Siendo aliados deberían haber acudido a la boda. Thoran lo esperaba, son el reino más poderoso del Oeste y aunque la relación con nuestro reino siempre ha sido tirante, llevamos tiempo en paz. El rey Thoran quería mostrar al rey Kendryk que cuenta con aliados poderosos y el reino de azul y plata con sus lanceros montados es una gran potencia tanto militar como económica.

—Y han rechazado venir… —Ingrid veía el conflicto y las repercusiones que podía traer.

—Y eso hace quedar mal al rey ante su suegro. Hace parecer que el rey Solin no le respeta. El hecho de que envíe a Drocus, su mejor general, se puede interpretar como que Rogdon está avisando a Norghana de que está preparado para la guerra, si llegase.

—Una situación incómoda —convino Ingrid.

—Que ha hecho que el rey y su hermano estén furiosos. Por lo tanto, es importante que estando las cosas tan tensas como están, no les ocurra nada al general y al embajador de Rogdon.

—Yo me encargo, no les sucederá nada.

—En estos momentos hasta creo que el propio rey podría provocar una situación nada deseable…

—Entiendo, señor, no hace falta que diga más —cortó Ingrid, pues sabía lo incómodo que era para Gondabar y Raner explicar los arrebatos del rey y su hermano Orten.

—Confío en tu discreción sobre este asunto.

—Puede contar con mi más absoluto silencio —respondió Ingrid.

—Muy bien. Confío en ti.

—Cumpliré con la misión —aseguró ella y marchó.

Esa misma tarde fue a Egil a quien llamó el Guardabosques Primero.

—Señor, ¿en qué puedo servir al reino? —se presentó Egil.

—Te he hecho llamar para asignarte la protección de una de las comitivas reales que está ya cerca de la ciudad.

—¿Qué comitiva se me asigna? —preguntó Egil intrigado.

—La comitiva del reino de Erenal.

—Oh, será un honor protegerles.

—Me han dicho que conoces su idioma, eso será una ventaja.

—Conocer es mucho decir, digamos que lo entiendo un poco. Estoy aprendiéndolo, me fascinan los idiomas.

—Sigue siendo una ventaja.

—Gracias, señor. La utilizaré si se presenta la ocasión, aunque imagino que vendrá algún embajador o intérprete que hable norghano.

—Cierto. Lo que ocurre es que viene el rey Dasleo en persona.

Egil abrió mucho los ojos. No lo esperaba.

—Curioso, no tenemos una alianza con dicho rey… —comentó Egil, a quien la presencia del rey de Erenal le resultó cuanto menos sospechosa.

—No, no la tenemos, lo que hace que su presencia en la boda sea importante. Thoran está muy contento con que asista. El reino de Erenal es uno de importancia. Por todos es conocido que se trata de una potencia económica y además un reino muy valorado por sus artes y búsqueda de avances tecnológicos. Habiendo recibido varias negativas importantes, esta buena noticia ha sido muy bien recibida por el rey y la corte.

—¿No tendrá que ver con que los zangrianos no envían a su rey? —sugirió Egil.

—Podría ser la razón, sí. Quizá el rey Dasleo quiera aprovechar para entablar alianzas con los otros reinos en ausencia del monarca zangriano.

—Sería una estrategia inteligente.

—Pero peligrosa. Los espías zangrianos estarán en alerta.

—Entonces será mejor que yo también lo esté.

—Eso quería remarcar. Esta misión es importante. Nada debe ocurrirle al rey Dasleo. Da igual las intenciones que el monarca tenga viniendo a la boda. Debe regresar a Erenal sin el más mínimo rasguño y contento con la visita. Es posible además que busque una alianza con Norghana para ir contra Zangria.

—Sí, eso ya había pasado por mi mente —asintió Egil.

—El rey Thoran espera que la asistencia del rey Dasleo sea fructífera. Y estando los zangrianos también en el evento debemos ser aún más cuidadosos. Se podrían hasta enzarzar…

—Lo seré, señor. Protegeré al rey Dasleo.

—Muy bien. Suerte.

—Gracias, señor.

Los últimos dos días antes de la ceremonia fueron los elegidos para la llegada de dos de las comitivas más conflictivas y peligrosas. La primera en llegar fue la del reino de Zangria, que esperó en la puerta de la capital a que se le permitiera entrar.

Raner hizo llamar a Viggo.

—Se te asigna la protección de la comitiva del reino de Zangria —informó el Guardabosques Primero.

—¿Protección? ¿No sería mejor liquidarlos? —propuso Viggo tan tranquilo.

Raner torció el gesto.

—He oído hablar de ti y de esa lengua tuya que no debería ir tan suelta —dijo a Viggo.

—Es natural, soy el Guardabosques Asesino mejor del reino. Y el más famoso, además de ser de las Águilas Reales del rey Thoran, que son ya muy conocidas.

—El Guardabosques Asesino mejor del reino soy yo, no tú —replicó Raner sin acritud, con seguridad, como estableciendo algo sin lugar a duda.

—Eso es discutible —comentó Viggo con su habitual tono ácido.

—No lo es, puesto que yo soy el Guardabosques Primero, lo que me convierte en el mejor de entre todos los Guardabosques. Eso incluye a los Asesinos, que además, es mi Especialización.

—Bueno, si el Guardabosques Primero así lo dice…

—Así lo digo.

Viggo se encogió de hombros.

—Tendremos que dejarlo en que no opinamos igual.

—Las opiniones tampoco sirven para nada, lo que cuentan son los hechos. Se te ordena proteger a los enviados zangrianos. ¿Cumplirás la orden?

—Yo siempre cumplo las órdenes, aunque no me gusten. Soy un Guardabosques después de todo.

—Muy bien. Nada debe ocurrir a la delegación que envían. ¿Queda claro?

—Cristalino. ¿Qué hago si sucede lo contrario?

—¿Lo contrario? ¿A qué te refieres?

—Si los pesco confabulando o intentando matar a algún rival…

Raner se llevó la mano a la barbilla.

—Cierto. Podría suceder…

—Conociendo a los zangrianos más que una posibilidad es una certeza.

El Guardabosques Primero quedó pensativo.

—Tu misión es de vigilancia y protección. Si descubres algo sospechoso nos lo comunicas a Gondabar o a mí de inmediato.

—¿No intervengo?

—No sin autorización nuestra.

—¿No se fían mis líderes de mi buen criterio?

—No es un tema de confianza, es un tema de repercusiones políticas. Nada puede suceder a los enviados zangrianos. Podría estallar una guerra por una intervención no deseada.

—Oh, ya entiendo… —Viggo sonrió—. Aunque intenten algo, puede que el rey no quiera que castiguemos a los enviados —le dio la vuelta al asunto.

—Algo parecido. Debemos entender lo que traman y cómo actuar sin provocar un conflicto político.

—Es decir, no los puedo matar en el castillo.

—No, no puedes.

—¿Herir, lisiar?

Raner negó con la cabeza.

—Solo proteger e informar. No les puedes tocar.

—Pues qué bien…

—Ni rozarles un pelo, ¿entendido?

—Entendido —se resignó Viggo resoplando decepcionado.

—En cuanto a quién es el mejor Asesino de Norghana, me apunto al reto. Lo retomaremos tras la boda.

Viggo sonrió, saludó con la cabeza al Guardabosques Primero y marchó.

La última comitiva en aparecer fue la del embajador noceano. Llegó a las puertas de la ciudad con medio millar de soldados de élite. Se les negó la entrada y acamparon en el exterior junto a los campamentos de las otras naciones que se habían asentado en la explanada al sur de la ciudad. Los campamentos de los diferentes reinos y naciones asistentes a la ceremonia formaban sus pequeños enclaves y la actividad y vigilancia en ellos era continua.

A los soldados norghanos de los tres ejércitos se les había prohibido acercarse a los enclaves. Los generales norghanos se aseguraban de que así fuera. Si saltaba una chispa en un enfrentamiento casual podrían tener un fuego entre manos difícil de controlar. Los generales tenían orden de mostrar el poderío norghano pero no ejercerlo, aunque sufrieran instigaciones o provocaciones.

El odio entre los soldados de los diferentes reinos era más que conocido. Todos querían demostrar que eran más fuertes y mejores

guerreros que los demás, cosa que podría provocar un conflicto que podía escalar a una guerra si no se andaban con cuidado. De momento los soldados y guerreros de los diferentes reinos y naciones en los enclaves se estaban comportando y no se habían producido más que pequeñas escaramuzas y peleas que no habían ido a más. La cuestión era si con la llegada de los zangrianos y los noceanos la cosa seguiría igual o cambiaría a peor.

El Guardabosques Primero hizo llamar a Astrid.

—Señor —saludó ella inclinando la cabeza.

—Acaba de llegar la última de las comitivas, la noceana. Se te encomienda su protección —anunció Raner.

—Muy bien, señor. Me encargaré.

—Mantente alerta. Los noceanos son probablemente los más temidos y no sin razón. Tienen muchos enemigos entre los asistentes pues su emperador, Malotas, busca seguir extendiendo su imperio fuera de los desiertos de Tremia.

—El Imperio noceano controla todo el sur del continente, pero tengo entendido que no se ha adentrado en reinos más allá de su territorio.

—Hasta el momento. Las guerras internas en el imperio han tenido muy ocupado al emperador. Sin embargo, corren rumores de que desea el oeste… y probablemente quiera llegar hasta el norte si consigue conquistar Rogdon.

—No estaba al corriente de esas intenciones.

—Es lo que se cree que el emperador ambiciona. Por ello, debemos mantener la vigilancia.

—No se preocupe, señor. Mantendré los ojos bien abiertos.

—Los noceanos pueden intentar algo para desestabilizar al oeste o al norte. El rey me ha indicado que debemos tener mucho cuidado con sus espías y asesinos, pues estarán ya entre nosotros…

—¿Intentarán algo durante la boda?

—Podría ser, aunque de hacerlo, no creo que sea un ataque directo. Intentarán culpar a otro reino. Son astutos, mucho.

—A mí no me engañarán —aseguró Astrid.

—Con esta comitiva en particular me preocupa más que intenten ellos algo a que los otros reinos vayan contra ellos.

—Entiendo… más que protegerles debo vigilarles.

—Así es, y evitar que intenten crear caos con algún golpe. De todas las comitivas esta es la que más me preocupa.

—Me encargaré de ello —dijo Astrid con seguridad.

—Me han hablado muy bien de todas las Águilas Reales, pero para esta misión necesito a alguien que sepa espiar, no solo asesinar. Por eso te he elegido a ti.

—Gracias. No fallaré.

—Quizá no intenten nada y solo vengan a recabar información para el emperador. En cualquier caso, no les quites los ojos de encima.

—Así lo haré.

Astrid marchó, y con ella finalizaron las asignaciones de las Panteras. Ahora debían evitar que nada sucediera durante la boda, lo cual no sería tarea sencilla.

Capítulo 30

Egil llegó cabalgando hasta las inmediaciones de la entrada de la Cueva del Monte Quemado rondando la media noche. Desmontó y dejó atado y escondido a su caballo en el bosque cercano. Aguardó un momento para ver si había peligro en los alrededores, pero no pudo discernir ninguno.

Vio llegar a tres jinetes que entraron directos en la gran cueva sobre sus monturas. La luna brillaba con bastante claridad y, aunque no había luz en la entrada, Egil pudo reconocer a los montaraces.

Decidió pasar a la acción. Necesitaba respuestas, así que no había otra cosa que pudiera hacer. No sería sencillo y temía que hubiera conflicto, pero aquella situación solo podía solventarla él, lo sabía y estaba decido a hacerlo. Si ocurría lo peor, al menos lo habría intentado. Quedarse de espectador sabiendo que las cosas se complicaban y podían estallar no era su estilo.

Sabía que no era una buena idea ir solo. Podía haberse llevado a Gerd de guardaespaldas, o incluso a todo el grupo, pero eso habría sido un problema. No conseguiría las respuestas verdaderas con las Águilas Reales presentes.

No lo pensó más y con cuidado se acercó. Aunque no se veía nada en el interior, Egil estaba seguro de que habría hombres armados de guardia dentro. No se equivocó. En cuanto estuvo lo bastante cerca una voz preguntó desde la oscuridad.

—¿Quién va?

—Un norghano en busca de cobijo —recitó Egil.

—En este lugar cobijo recibirán solo los hijos del oeste —respondió la voz.

—Norghano e hijo del oeste soy —respondió Egil, que era la forma en la que los de la Liga del Oeste se identificaban entre ellos.

—¿Vienes solo?

—Así es.

—Entra —dijo la voz.

Egil entró despacio y pronto pudo discernir en la penumbra a tres figuras armadas con arcos.

Al fondo de la cueva se vislumbraba una luz y otras tres sombras

junto a ella.

—Ve hacia la luz —dijo otra voz.

Egil hizo como le indicaban y se dirigió hacia la luz. Al llegar vio que era una entrada que daba a otra caverna. Los tres hombres que la guardaban saludaron a Egil con la cabeza y le indicaron que entrara.

—Os aguardan —dijo uno de ellos.

—Adelante, señor —dijo el otro con tono cortés.

Se relajó algo, parecía que todo iba bien. No tenía por qué no ser así, pero las noticias que había recibido no eran buenas y estaba preocupado. Podría haber traiciones inesperadas.

Egil reconoció a las figuras que aguardaban alrededor de una pequeña hoguera que iluminaba la caverna. A un lado estaban los duques Erikson y Svensen. Al otro, los condes Malason, el hijo mayor del difunto conde Bjorn, Axel y Harald. También había varios nobles menores del oeste algo más retrasados hablando entre ellos y un par de personas más que no conocía.

—Es un placer ver de nuevo a tantas caras amigas del oeste —saludó Egil con una sonrisa.

—Bienvenido, mi señor, rey del Oeste —respondió Erikson.

—La alegría es toda nuestra, majestad —saludó el duque Svensen.

—La Liga del Oeste aguarda ansiosa la visita de su rey —dijo Malason.

—Me alegra mucho encontraros a todos con tan buena salud. Sin vosotros la causa del oeste y el futuro de Norghana estarían en serio peligro —dijo Egil pasando la vista por todos los presentes.

—Que el rey no se preocupe. Si uno de nosotros cae, nuestros hijos y herederos nos reemplazarán. Están preparados para tal labor. Llevamos años enseñándoles lo que es el honor del Oeste —dijo Erikson, señalando al hijo mayor del conde Bjorn.

—Me alegra saberlo. La sangre del oeste es la que salvará a Norghana —proclamó Egil con seriedad.

—Esa es una gran verdad —dijo Svensen.

Egil sonrió y abrió los brazos para que pudieran saludarle con un abrazo. Él no era amigo de formalidades y mucho menos entre viejos amigos. Abrazó uno por uno a todos los duques y condes. Saludó a los nobles menores y dedicó una mirada amistosa a los que no conocía.

—Hacía tiempo que no nos reuníamos todos —dijo Egil.

—Desde la derrota contra el Este hemos tenido que extremar las precauciones… nos han vigilado día y noche. Parece que ahora empiezan a relajar un poco la vigilancia. Tienen otros asuntos más

importantes entre manos —comentó el duque Erikson.

—Los malos tiempos impiden los buenos rencuentros —dijo Svensen—. Esperemos que mejoren pronto.

Egil se percató de que si estaban allí casi todos los nobles de la Liga del Oeste era porque algo grave sucedía.

—Recibisteis nuestro mensaje —dijo Malason.

—Sí, por eso estoy aquí. Me alegra veros a todos, y veros bien. Sin embargo, por lo que decía la misiva, esta no es una reunión de cortesía, ¿me equivoco?

—El rey del Oeste rara vez se equivoca —dijo Erikson.

—Vayamos al asunto entonces. ¿Qué sucede? —preguntó Egil de forma directa ya que necesitaba respuestas.

Los duques y condes intercambiaron miradas. Svensen habló.

—Hay discrepancias en el seno de la Liga, discrepancias importantes.

—División es un término más adecuado —dijo Erikson.

—Discrepancias, división y urgencia —especificó Malason.

—Esto no suena muy bien —comentó Egil frunciendo la frente—. ¿A qué se deben las discrepancias que están provocando la división en el seno de la Liga?

—Todos aquí queremos expulsar a Thoran, Orten y sus aliados del Este, y retomar el trono para el Oeste —explicó Erikson.

Egil asintió.

—Ese es el objetivo y lo lograremos un día.

—Y es aquí donde las discrepancias comienzan —dijo Svensen—. Queremos echarlos ya. Hay una gran oportunidad y debemos aprovecharla.

—La boda real… —intuyó Egil.

—Es el momento de pasar a la acción. Podemos acabar con Thoran y su falso reinado de un solo golpe si actuamos en su boda —afirmó Svensen con tono convencido.

—Un intento contra la vida del rey durante su boda es demasiado arriesgado… —dijo Egil—. Si fallamos y sobrevive provocará una segunda guerra civil. El coste en vidas y económico de la primera fue demasiado alto, y este igualmente lo pagaremos durante años. Y ahora será todavía peor. Es más, con la alianza con Irinel, nos destrozarán. No sobreviviremos ninguno de los aquí presentes.

—Sabemos que si se produce la pactada alianza con Irinel mediante la boda nuestras posibilidades serán prácticamente nulas —dijo Erikson.

—Por eso hay que actuar ahora, hay que evitar la alianza —continuó Svensen.

—No es la oportunidad que esperamos. Durante la boda será muy difícil atacar al rey. Estará muy protegido precisamente porque teme un ataque —insistió Egil.

—Estamos cansados de esperar una oportunidad perfecta —comentó el nuevo conde Bjorn.

—Mientras seguimos esperando la oportunidad de la que hablas el Este se hace cada vez más fuerte. Con el refuerzo de Irinel, será dificilísimo derrocar a Thoran —dijo el Conde Axel.

—Sin olvidar que si de este matrimonio nace un vástago será el heredero al trono y nuestras posibilidades de recuperarlo prácticamente desaparecerían. Una cosa es derrocar a un impostor que se ha erigido en rey y otra muy diferente a un hijo que ha nacido para suceder a su padre en el trono —explicó Erikson.

Egil veía lo que querían transmitirle. Él también sabía las implicaciones de la alianza con Irinel y lo que un nuevo heredero al trono significaría.

—Disponemos de una ventaja —dijo Svensen—. No somos los únicos que no vemos con buenos ojos esta boda.

—Todos los reinos presentes en la boda, a excepción de Norghana e Irinel, están en contra de que la alianza se produzca, pues les fortalece —explicó Erikson.

—Incluso hay voces en Irinel que se alzan en contra. Quieren que les devuelvan a la Princesa Druida —dijo Svensen.

—¿Los druidas? —preguntó Egil.

—Así es. La llaman la Princesa Druida y la quieren de vuelta —explicó este.

—Sin embargo, ella no quiere regresar por las razones que sea —dijo Egil.

—En cualquier caso, presenta una oportunidad —afirmó Erikson.

—¿Queréis secuestrar a Heulyn y entregársela a los druidas?

—Es una posibilidad —dijo Erikson.

—También podríamos matarla y culpar al rey Thoran por su incompetencia —dijo Erikson—. La familia real de Irinel podría hasta declararle la guerra.

—No vamos a matar a la princesa de Irinel —se negó Egil en redondo moviendo con fuerza la cabeza—. No es solo arriesgadísimo, sino que no aseguramos que Irinel abandone su plan de alianza. El dolor de un padre por la muerte de sus hijos podría traernos la perdición. Podría tener el efecto contrario al que deseáis.

—Entonces mataremos a Thoran y se terminarán los problemas. No habrá boda ni tampoco alianza —concluyó Svensen.

—Ese es el camino más directo —se le unió Bjorn.

—¿De verdad queréis intentar matar a Thoran antes de la boda? —preguntó Egil, que no daba crédito a lo que estaban planteando.

—Durante la boda —dijo Svensen.

—Eso no va a funcionar, la seguridad es muy alta. Tiene a todo su ejército y a los Guardabosques protegiéndole. Además, está paranoico…

—Es el momento preciso. La sospecha no recaerá en nosotros —dijo Bjorn—. Recaerá en alguna de las delegaciones de los reinos que asisten al evento. Nosotros ni siquiera estamos en la mente del rey como un posible peligro.

Egil negaba con la cabeza. No lo veía claro.

—Ya se ha preparado —dijo Svensen de pronto.

Egil le miró a los ojos.

—¿Sin mi consentimiento ni aprobación? —ya esperaba aquel movimiento. Lo había intuido desde el momento en que había recibido la carta.

—Debe ser ahora, no tendremos otra oportunidad como esta. Todos están pendientes de las delegaciones extranjeras. Nadie está pendiente de nosotros —insistió Axel.

—Podríamos retomar la corona sin guerra civil. Mataremos a Thoran en su propia boda y la culpa recaerá en un reino extranjero. ¡Es perfecto! —dijo Svensen.

—Se declarará la guerra a quien se le atribuya la responsabilidad del regicidio —dijo Egil—. No es ni mucho menos perfecto. No tendremos guerra civil, pero sí una guerra contra otro reino que puede ser casi peor.

—Podemos elegir a quién culpar: Zangria, Erenal, Rogdon, los noceanos… prácticamente todos tienen motivos para querer a Thoran muerto y una Norghana débil —dijo Svensen.

—Es demasiado complejo. Hay muchas cosas que podrían salir mal. No estáis teniendo en cuenta todos los factores. Si descubren el plan, si atrapan a la mano asesina y habla, la culpa recaerá en nosotros. Thoran y Orten harán confesar a quien quiera que capturen, eso dadlo por hecho. Sus medios de tortura son muy eficientes.

—Pero nos habremos librado de Thoran y de la alianza con Irinel. Podremos conseguir el trono —replicó Svensen.

—Tú eres el rey del Oeste. Nuestro rey. Déjanos actuar y devolverte el trono que tú y tu familia merecéis —dijo Bjorn.

Egil se percató de que Malason no había intervenido y de que Erikson lo había hecho poco. ¿Estaban en contra del plan de regicidio? Tendría que averiguarlo.

—Dejadme pensarlo. Es un asunto muy grave con consecuencias que me temo serán terribles para nosotros.

—Creíamos que tendrías ya una idea de cómo llevarlo a cabo, que ya lo habrías planificado tú mismo —dijo Erikson.

A Egil la petición del duque le pareció un ruego. Quería ver si él tenía otro plan.

—Lo he pensado y yo también veo las posibilidades. Sin embargo, el plan es extremadamente arriesgado.

—Sin riesgo no hay victoria que valga —dijo Svensen.

—Un proverbio norghano que no es muy acertado —replicó Egil.

—Necesitamos que des la orden de seguir adelante —dijo Svensen.

—¿Quién está a favor y quién en contra de este plan? —preguntó Egil.

—Los que estamos a favor somos Bjorn, Axel y ellos —Svensen señaló a otros tres nobles menores.

—¿En contra?

—Yo estoy en contra —dijo Malason—. También el conde Harald y ellos tres —dijo señalando a otros nobles.

Egil asintió.

—Ya veo. ¿duque Erikson?

El duque resopló.

—Yo estoy indeciso. Veo la oportunidad y quiero tomarla, como ellos. También veo el alto riesgo y las grandes posibilidades de fracaso…

—Entiendo. Ya veo la división y la urgencia —comentó Egil, pensativo.

—Queremos vuestra aprobación, sois nuestro rey —pidió Svensen —. No queremos romper la Liga.

—Conde Malason, duque Erikson, duque Svensen —pronunció Egil mirándolos a los ojos—. Vosotros sois quienes creasteis la Liga del Oeste junto a mi padre, os pertenece.

—Y a ti —apuntó Erikson.

—Esta alianza existe gracias a vosotros —dijo Egil—. De una forma injusta y sangrienta, yo simplemente la he heredado.

—Sin ti no hay futuro para el Oeste —dijo Erikson.

—Sin un Olafstone, para ser más exactos. Soy el último de mi

estirpe, nada más —puntualizó Egil.

—Eres mucho más que eso —dijo Malason—. Gracias a tu ingenio e inteligencia hemos sobrevivido y seguimos aquí.

—Te necesitamos para liderarnos y recuperar el trono para el Oeste —dijo Svensen.

—Necesitáis un rey, no a mí en concreto —dijo Egil.

—Eres el heredero al trono. Mientras vivas, solo tú debes ser rey —afirmó Malason.

—¿Y si abdico? ¿Y si no deseo ser rey? ¿Y si algo me sucediera? —planteó Egil, que quería saber lo que la Liga haría entonces.

Los nobles se miraron entre ellos con rostros inquietos.

—En ese caso tendríamos que buscar entre tu linaje… —dijo Erikson.

—Como no tienes descendencia… buscaríamos entre tus familiares de sangre —añadió Svensen.

—No me queda familia —dijo Egil—. ¿Cogería alguno de vosotros el mando? —preguntó Egil. ¿Quién de ellos tomaría el liderazgo? Tendría que ser Erikson o Svensen.

Los tres nobles se miraron de nuevo.

—El conde Berge se casó con la hermana de tu padre, Alisa Olafstone —comenzó a decir Erikson.

Egil asintió.

—Eso es correcto, pero los condes de Berge murieron en su castillo en un incendio. Ellos y su descendencia —explicó Egil.

—Eso no es del todo correcto. Su hijo Lars sobrevivió —afirmó Svensen.

—¿Sobrevivió? —Egil estaba muy sorprendido—. Tenía entendido que nadie de mi familia se había salvado del incendio.

—Sobreviví —dijo una voz al fondo de la cueva.

Todas las miradas fueron hacia el fondo. Entre los nobles menores había un joven de no más de dieciséis años. Era rubio, alto y fuerte, mucho para su edad. Dio un paso al frente.

—¿Eres Lars? —preguntó Egil.

El joven dio un paso al frente dejándose ver.

—Hola, primo Egil. Sí, soy Lars Berge.

Egil observó sus rasgos. No se parecía a los Olafstone, pero claro, era un Berge. Intentó captar algo de su tía en él. Le pareció que los ojos, muy grises y de aspecto triste, eran como los que ella tenía.

—Saludos, primo. Me alegro de verte con vida. La última vez que

te vi tendrías unos cinco años. Has cambiado mucho.

—Tú está igual a como te recordaba —sonrió Lars.

—¿Por qué no se me ha informado de que seguía con vida? —preguntó Egil.

—Así lo quiso vuestro padre —dijo Erikson—. Sospechaba que su muerte no había sido accidental, sino intencionada. El conde Berge era un fuerte propulsor del Oeste.

—Sí, mi familia creía que el Este estaba tras el incendio —Egil recordaba las conversaciones con su padre y sus hermanos. Todos clamaban venganza, pero no se encontraron pruebas y su padre tuvo que echarse atrás en sus intenciones.

—¿Quién lo ha ocultado estos años?

—Lo he ocultado y lo he estado criando yo desde la muerte de sus padres a petición del tuyo —dijo Svensen.

Egil entendió la jugada de su padre. Si el Este hubiera sabido que quedaba un descendiente lo habrían asesinado. De pronto Egil vio claro lo que sucedía. El motivo por el que le habían ocultado la existencia de Lars.

—Veo que tenéis un nuevo candidato a la corona. Por eso lo habéis traído hoy aquí y me lo habéis mostrado.

—Nuestro candidato a la corona sois vos, porque sois el legítimo rey —aseguró Malasan.

Egil asintió mientras su mente iba a toda velocidad intuyendo las jugadas posibles en aquella partida.

—Sin embargo, si no me atengo a lo que la Liga desea podría ser reemplazado.

—Eso no sería lo deseable —dijo Svensen.

—Seguís siendo el heredero a la corona. Solo debéis estirar la mano para cogerla —dijo Axel.

Egil miró a su primo.

—Y si no estiro la mano, ya tenéis a quien lo hará en mi lugar.

—Esperamos que eso no sea así —dijo Bjorn.

—Pero podría llegar a serlo si no actúo como la Liga desea que haga —razonó Egil.

—Nadie desea eso. Todos queremos veros como rey de Norghana —aseguró el conde Malasan.

La advertencia era clara y la jugada, muy buena. Se habían cansado de su prudencia y de esperar a que actuara. Pensaban que el momento había llegado, que tenían una oportunidad manifiesta y que debían tomarla. Lo peor de todo era que se equivocaban. Sin embargo,

si no les daba lo que querían lo reemplazarían por Lars por las buenas o por las malas. La situación era tan grave como Egil había anticipado, si no más.

—Debo pensarlo. Regresaré a la capital y os comunicaré mi decisión.

—Aguardaremos ansiosos —dijo el duque Svensen.

—Confiamos en el criterio del rey —le dio su apoyo Malason.

—¡Por el Oeste, por el trono! —vitoreó Erikson.

—¡Por el Oeste, por el trono! —aclamaron el resto de las nobles.

Capítulo 31

Nilsa avanzaba por el largo pasillo custodiado por la guardia real. Tenía tarea de enlace de delegaciones, lo que significaba recogida de información sobre lo que estaba sucediendo. El resto de sus compañeros estaban asignados a la protección de las delegaciones y ella era la encargada de gestionar las comunicaciones y el flujo de información hacia Raner y Gondabar. Las delegaciones habían puesto muchas reticencias a que un Guardabosques fuera asignado a cada una de ellas, pero Thoran había sido inflexible en este punto. Las delegaciones tenían que aceptarlo por su propia seguridad. Los dirigentes extranjeros lo veían como una intromisión, un espionaje encubierto, y se habían enviado quejas formales al rey. Sin embargo, Thoran no había dado su brazo a torcer.

La situación en el interior del castillo era curiosa y muy tensa. Las delegaciones de cada reino tenían asignadas zonas específicas del castillo y, aunque no tenían prohibido ir a las otras, todos eran conscientes de que no era aconsejable. Los soldados de la guardia norghana vigilaban el resto de las áreas del castillo, pero no las zonas donde se alojaban las delegaciones. Cada reino tenía sus propios soldados y guardaespaldas personales custodiando sus alojamientos y protegiendo a sus líderes con la imposición real de un Guardabosques.

A Nilsa todo aquello le fascinaba. La organización de las zonas, el número de guardias que cada delegación tenía permitido traer al castillo, los aposentos, las comodidades exigidas y demás. Los mil y un arreglos que se habían tenido que hacer le habían traído de cabeza y al mismo tiempo le fascinaban. Ni en sueños hubiera pensado que una boda real supusiera tantos problemas a resolver. Por fortuna, ella solo se había tenido que encargar de parte de ellos. Thoran había dispuesto que sus jefes de intendencias, de sirvientes, mayordomos, encargados, cocineros, y responsables de todas las funciones del castillo se reforzaran con infinidad de ayudantes para poder hacer frente a los requerimientos del gran acontecimiento.

Torció a la derecha en el siguiente pasillo y se le escapó una sonrisa. Si algún día se casaba iba a montar una boda tan grande como aquella solo para disfrutar de no tener que hacer los mil y un encargos que había estado haciendo. Y bueno, para casarse. Apresuró la marcha entre sonrisas. Ningún guardia real la paraba ya para nada,

solo la saludaban al pasar. Los guardias estaban tensos y Nilsa lo notaba. Antes eran muy simpáticos y muchos le echaban flores. Ahora estaban serios y tiesos como lanzas. Los oficiales les habían advertido a gritos que al que fallara en sus obligaciones lo colgarían de la puerta del castillo.

Saludó al último guardia norghano del pasillo antes de llegar a la zona asignada al reino de Rogdon. Avanzó y al llegar a una antesala se encontró con cuatro guardias rogdanos. Vestían de azul y plata y llevaban coraza, casco sobre el cuerpo y lanza y escudo en las manos. La verdad era que su armadura y lanza brillaban como si pasaran toda la noche sacándole brillo. A Nilsa los rogdanos le caían bien. Eran educados, algo fríos y muy de normas, pero la trataban bien.

—Enlace Nilsa Blom —se presentó, aunque los guardias ya la conocían.

—¿Motivo de su presencia aquí? —preguntó un oficial que estaba algo más al fondo. Hablaba en un norghano con acento de Rogdon. Si los guardias brillaban, el oficial cegaba gracias a su armadura completa de metal. No llevaba lanza sino una espada larga a la cintura. Se llamaba Gustav y Nilsa creía que era algún noble sirviendo en el ejército.

—Debo comunicarme con la guardabosques Ingrid, asignada a la delegación.

Gustav se dio la vuelta y al momento apareció acompañando a Ingrid. Llegaron hasta Nilsa y el oficial volvió al interior dejando a las dos guardabosques a solas. Nilsa e Ingrid dieron la espalda al resto de guardias rogdanos y se separaron un poco para poder hablar sin que las escucharan.

—¿Cómo va todo? —preguntó Nilsa en un susurro.

—Todo bien. Ningún movimiento sospechoso hasta ahora —respondió Ingrid—. El General Primero Drocus, el embajador Albust y los nobles que los acompañan están descansando.

—¿Han hecho algún contacto? —preguntó Nilsa.

—No que yo haya visto. Pero me han informado de que el embajador Albust tiene una reunión en la biblioteca antes de la cena de gala de esta noche.

—¿Sabes con quién se reúne?

—Todavía no, pero lo acompañaré.

—Muy bien. Infórmame en la cena.

Ingrid asintió.

—Descuida.

—¿Qué tal son? —preguntó Nilsa, esto ya por curiosidad propia.

—Me gustan, son eficientes y de mente militar, incluso el embajador y los dos nobles que vienen con él, no solo el general Drocus —confesó Ingrid.

—Si a ti te caen bien, eso ya es mucho —sonrió Nilsa—. Voy a seguir con la ronda.

—De acuerdo.

—Ten cuidado, nunca se sabe…

—Lo tendré, descuida.

Nilsa maniobró por los pasillos y escaleras del castillo, que ahora conocía tan bien como la palma de su mano, y se dirigió rápida a ver cómo le iba a Egil con el reino de Erenal. Llegó hasta el área del castillo asignada al rey Dasleo y se detuvo ante media docena de soldados reales de Erenal que taponaban la antesala donde el rey y sus nobles se alojaban.

Los soldados le dieron el alto. Con ellos había alguien y Nilsa no tuvo duda de que era de la nobleza, por su porte y la lujosa vestimenta a forma de toga, así como las enjoyadas armas que portaba.

Se detuvo y pidió ver a Egil.

Los soldados pasaron la petición al noble que, tras un momento, envió a Egil.

—¿Alguna novedad? —preguntó Nilsa.

—Bastantes novedades, la verdad.

—¿Sí? ¿Qué sucede? —Nilsa se inquietó.

—Dasleo ha mantenido dos reuniones, una con nuestro querido Thoran y otra con el embajador que han enviado desde la Confederación de Ciudades Libres del Este.

—Vaya, no ha perdido el tiempo.

—Esta es una ocasión propicia para hablar cara a cara con monarcas y representantes de otros reinos y conseguir acuerdos que de otra forma son mucho más complicados de alcanzar.

—¿Sabes de qué han hablado? ¿Qué acuerdos están negociando? —se interesó Nilsa.

—Desafortunadamente no me han dejado asistir, he tenido que esperar fuera. He visto a Viggo, que acompañaba a la delegación zangriana, y a Sugesen, que está con la de la Confederación de Ciudades Libres del Este.

—¿Te han dicho algo? —Nilsa quiso saber de inmediato.

—Hay mucho movimiento y puede que se estén tramando cosas —dijo Egil.

—¿Ellos también te han informado de movimientos?

Egil asintió.

—Parece ser que tanto los zangrianos como la Confederación están realizando diferentes contactos.

—Tengo que ir a hablar con ellos de inmediato.

—Viggo me ha susurrado que el general que han enviado los zangrianos debe de ser muy conocido y de reputación sanguinaria, y que ha vencido a Erenal en varias batallas. Ha estado hablando con un par de personajes sospechosos en su alcoba. Viggo no ha podido oír qué decían, pero le han olido a espías. También me ha dicho que se muere de ganas de que los zangrianos intenten algo. En especial contra nosotros.

—¿Por qué está ese merluzo siempre buscando problemas? Como si no tuviéramos suficientes ya…

—Hay cosas que no se pueden cambiar de la naturaleza de algunas personas, son lo que les define —explicó Egil con una sonrisa.

—Espero que se equivoque. Siendo él, si atentan contra Thoran o su hermano el muy merluzo es capaz de no actuar y dejar que ocurra para ver qué sucede.

Egil hizo un gesto de que a él tampoco le extrañaría demasiado que eso sucediera.

—Viggo tiene sus propias lealtades…

Nilsa resopló.

—Espero que no ocurra nada. Lo que es peor todavía es que no puedo contar esta parte a Raner y a Gondabar por si Viggo la lía, para que no lo pillen.

—Mejor que quede entre nosotros, sí —convino Egil.

—Con lo sensatos que son Lasgol y Gerd, ¿por qué ha salido así Viggo? —protestó Nilsa, aunque sabía que era en vano.

—Sugesen me ha dicho que intuye que la Confederación está aquí intentando alcanzar acuerdos comerciales. Yo estoy de acuerdo con él, la Confederación no es amiga de alianzas y sí del comercio.

—Son una alianza de ciudades estado comerciales, después de todo —comentó Nilsa.

—El rey Dasleo de Erenal con nuestro rey Thoran habrán tratado el problema de los zangrianos.

—¿Crees que llegarán a algún acuerdo? —preguntó Nilsa muy interesada. Todo aquello le fascinaba.

—Con las ciudades del Este estoy casi seguro de que sí. Erenal tiene mar y necesita del comercio con la costa. En cuanto a nuestro monarca, es difícil predecir cómo habrá ido esa reunión. Erenal es un

reino avanzado y una potencia creciente… un rival para Norghana. Por otro lado, los dos reinos tienen un enemigo común, Zangria, que no es un reino tan avanzado ni ilustre, pero sí muy bélico y con un importante ejército que es una amenaza para ambos.

—En ese caso seguro que Norghana y Erenal se aliarán contra Zangria.

Egil puso expresión de duda.

—Dependerá de los egos de los dos monarcas. Recuerda que compiten por la gloria de ser el reino más poderoso de Tremia. Eso suele ser un impedimento bastante importante para llegar a acuerdos políticos.

—Bueno, tendremos que esperar y ver qué sucede.

—Eso parece. Lo que puedo asegurar es que cada vez vamos a ver movimientos más sospechosos. Todos traman y todos están aquí con intención de conseguir ventajas para sus reinos.

—Eso no suena nada bien —Nilsa se preocupó y su rostro así lo mostró.

—Es lo que tienen la política y las ambiciones de los monarcas. No todos pueden llegar a lo más alto —dijo Egil encogiéndose de hombros.

—Voy a seguir con la ronda.

—¿A quién vas a ver ahora?

—Primero voy a ver a Gonars. El reino que le han asignado es menor, pero parece que crece rápido y con fuerza.

Egil asintió.

—El reino de Moontian está ganando en fuerza y sus perspectivas son buenas.

—Lo curioso de este reino es que no tiene rey, sino reina, la reina Niria. Dicen que es joven y muy bella, como su reino montañoso. Dicen que sus habitantes tienen la piel de color violáceo. ¿No te parece increíble? —Nilsa hablaba muy excitada.

—Me parece fascinante. Un día quiero ir a verlo —sonrió Egil.

—Luego iré a ver a Frida. Le han dado dos naciones menores a cubrir. No creo que ellos tengan problemas. Y después a Elina, a la que han encargado los representantes tribales. Tampoco espero problemas. De ahí pasaré a Viggo.

—Veo que dejas a Astrid y los noceanos para el final —dijo Egil enarcando una ceja.

—Ahí sí que espero problemas. Se dice que su embajador ha venido con un Hechicero de Maldiciones y yo no tengo ni mi arco ni mis

flechas conmigo.

—No puedes tirar contra alguien de una delegación por ser hechicero.

—Seguro que intenta algo —dijo Nilsa que de solo pensarlo ya se estaba enfadando.

—Deja que Astrid se encargue —aconsejó Egil.

—Yo soy la Cazadora de Magos.

—Ahora eres enlace de información. No te involucres y cumple tu función, te necesitamos. Eres nuestro contacto.

—Tienes razón. Debo realizar mi trabajo y teneros a todos informados y coordinados.

—Eso es —sonrió Egil.

—Hasta luego.

Como ya esperaba, tanto Gonars como Frida y Elina no reportaron nada sospechoso. El tener que proteger a reinos pequeños y representantes tribales tenía esa ventaja. De todos modos, Nilsa les había recordado que nada debía sucederles pues si pasaba algo el rey montaría en cólera. Los tres Guardabosques habían asegurado que tenían todo controlado y que no se preocupara, pero Nilsa no se quedó muy tranquila. A veces los mayores problemas surgían en los lugares más insignificantes.

La visita a Viggo fue corta pues Zotomer, el general zangriano, quería dar un paseo por la ciudad para estirar las piernas. Lo que le había confirmado Viggo, como ella ya sospechaba, era que de atentar alguien contra Thoran y Orten no pondría demasiado ímpetu en impedirlo. Nilsa se había enfurecido y casi había gritado. Por suerte habían aparecido los guardias zangrianos y había tenido que tragarse los improperios que le iba a soltar.

Tras el breve encuentro con Viggo fue a ver a Astrid. No hacía más que correr por todo el castillo, pues las zonas de los invitados habían sido estratégicamente situadas lo más apartadas posible.

Al llegar a la zona noceana se encontró con cinco soldados guardando la entrada. Eran de tez morena y ojos negros y vestían una túnica larga de color azul sobre pantalones negros abombados. Portaban armadura de cota de malla larga que les cubría hasta los muslos. Sobre el torso y la espalda llevaban una coraza con un grabado dorado del astro sol, el emblema de los noceanos. Cubriendo sus largos cabellos rizados portaban casco de forma redondeada coronado por una afilada punta. En una mano llevaban una lanza y en la otra un pequeño escudo redondo de metal, similar al casco, con un punta afilada en el centro.

—Enlace Nilsa. Necesito hablar con la Guardabosques Astrid —comunicó. No estaba segura de que la fueran a entender, pues no había duda de que aquellos soldados eran del lejano sur, de los desiertos, y probablemente no hablarían el idioma unificado del norte.

Uno de ellos se volvió y dijo algo en noceano a unos enormes soldados que guardaban la entrada a la antesala de su señor. Eran tan grandes y fuertes, si no más, que un norghano de la guardia real del rey Thoran. Tenían la cabeza afeitada y su piel era tan oscura que a su lado los soldados que estaban frente a Nilsa parecían desteñidos. Llevaban los brazos al descubierto mostrando poderosos músculos. En los antebrazos, también fornidos, llevaban pulseras de un palmo de oro. Vestían una chaleco sin mangas rojo y sobre él una coraza. Los pantalones eran también rojos y bombachos. Colgada a su cintura llevaban una enorme cimitarra más grande que una espada larga.

Nilsa tragó saliva cuando uno de ellos se acercó hasta ella y la miró de arriba abajo.

—Ahora viene —dijo y se marchó.

Según se alejaba, Nilsa se percató de que la espalda de aquel hombre era tan grande como la de Gerd, pero más musculada. Debía de tener una fuerza enorme. Si alguna vez tenía que enfrentarse a aquellas montañas de músculo de los desiertos, tiraría primero. Estaba convencida de que si se le acercaban la partirían en dos de un solo golpe.

Astrid apareció al momento. Se apartaron un poco para poder hablar.

—Vaya matones que tienen los noceanos…

—Impresionan, ¿eh?

—Son casi tres veces mi anchura.

—No te preocupes, son lentos y torpes —le guiñó un ojo Astrid.

—Eso espero… ¿Novedades?

—Bastantes. El embajador Hamlal no ha parado de reunirse con diferentes personajes desde que ha llegado.

—¿Personajes? ¿A qué te refieres?

—A que no se ha reunido con nadie de las delegaciones, ni siquiera ha pedido audiencia con el rey Thoran o el rey de Irinel. Han bajado a la ciudad, no querían que los acompañara y me han dicho que me volviera al salir del castillo.

—Pero no lo has hecho.

—Por supuesto que no. Los he seguido, claro.

—Lo imaginaba. ¿Qué han hecho?

—Se han reunido con varios individuos oscuros en una casa de entretenimiento, probablemente espías. No he podido oír lo que decían pero las conversaciones parecían serias.

—¿Te han visto?

—No. Ten —disimuladamente Astrid le pasó una nota a Nilsa—. El local y las descripciones de los espías. Dáselo a Raner.

—De acuerdo —Nilsa guardó con disimulo la nota.

—¿Qué me dices del hechicero que han traído?

—Sí, Himnomec. Parece peligroso. Va a todos lados con el embajador, no habla nunca y lleva dos cuchillos curvos enjoyados que parecen ceremoniales.

—¿No te parece extraño que no se reúna con las otras delegaciones? Todos lo están haciendo.

Astrid se encogió de hombros.

—Bueno, los noceanos no tienden a realizar alianzas, más bien a romperlas, por lo que Egil me ha contado. Su emperador, Malotas, debe de vivir para la conquista. Quiere dominar Tremia y con esa premisa no creo que ningún reino quiera negociar con ellos.

—Puede que intenten algo contra Norghana o Irinel…

—Eso podría ser, sí. No creo que les interese que unan fuerzas.

—Informaré a Raner.

—Muy bien.

Nilsa marchó por los pasillos con paso acelerado. Las intrigas políticas le fascinaban, pero al mismo tiempo la ponían muy nerviosa. Cualquier cosa podía pasar y no sería buena.

Capítulo 32

Nilsa estaba nerviosísima y se frotaba las manos a la espalda para evitar que se le notara. Se estaba celebrando la gran cena de gala antes de la boda real. Estaban en el gran salón de actos adyacente a la sala del trono. Ella ocupaba su posición de pie junto a una de las columnas y tenía a un miembro de la guardia real a cada lado. Frente a ella estaba la larga mesa de honor donde cenaban el rey Thoran y su prometida.

Resopló. Necesitaba tranquilizarse, pero ante ella estaba la gran mesa llena de invitados importantes. Podía ver las espaldas y cabezas de los comensales y la animada charla retumbaba en sus oídos. Intentaba no oír conversaciones que no le incumbieran, pero era difícil, todo le parecía interesante.

En el centro de la mesa estaban Thoran y Heulyn, presidiendo el ágape. A la derecha de Thoran se sentaba su hermano Orten y varios miembros importantes de la nobleza como el conde Volgren y el duque Invernsen y sus acompañantes. Al final de la mesa, en el lado derecho, se sentaban Eicewald y Gondabar. Que el líder de los Magos de Hielo y el de los Guardabosques estuvieran en la mesa del rey indicaba su estatus en la corte. También mostraba a los otros reinos y naciones que Norghana disponía de Magos de Hielo y Guardabosques y todos sabían de su poder letal.

En el lado izquierdo de la mesa se sentaban los invitados de honor del reino de Irinel. El rey Kendryk, la reina Gwyneth y el hermano de Heulyn, el príncipe Kylian También se sentaban con ellos Reagan, General Primero de los ejércitos de Irinel, y el consejero Kacey.

Una hilera de guardias reales estaban situados a la espalda de todos los miembros de la mesa, hombro contra hombro, impidiendo que nadie pudiera acceder o atacar por la espalda a las dos familias reales y los miembros de sus cortes. El comandante de la guardia Ellingsen estaba en medio, justo detrás de la silla que ocupaba Thoran. Nadie podría llegar hasta él sin pasar antes por el comandante.

Entre los guardias reales y los comensales había situadas tres personas: Nilsa, justo detrás de Gondabar a su petición, el druida Aidan detrás del consejero Kacey de Irinel, y Valeria, justo a la espalda de la princesa Heulyn. Nilsa y Valeria habían intercambiado varias miradas. Ella le había preguntado por el druida con la cabeza.

Valeria le había hecho un gesto de que no se preocupara, que todo estaba bien. Nilsa confiaba en Valeria, al menos en aquel tipo de situaciones donde se encargaba de la seguridad de la princesa. En otras circunstancias diferentes no se fiaría de ella. Era una situación extraña estar allí entre la guardia real, lo que la ponía aún más nerviosa.

Dos mesas redondas habían sido colocadas en ambos extremos de la mesa de honor, un poco apartadas. En la de la derecha había miembros de la corte del rey y nobles importantes. Nilsa notó que si bien la mayoría eran nobles del Este, había un par del Oeste. Debía de ser una maniobra de Thoran para contentar al Oeste y que al menos pareciera que los tenía en cuenta. En la otra mesa estaban los líderes de los Guardabosques. Nilsa pudo ver a los Maestros Especialistas con Sigrid a la cabeza y a los Guardabosques Mayores con Dolbarar. Parecían estar disfrutando de la cena, lo cual agradó a Nilsa, que siempre los había visto preocupados por una cosa u otra. También pudo ver a Molak y Luca entre las sombras haciendo guardia tras la mesa de los Guardabosques. Les dedicó una sonrisa y los dos le devolvieron un saludo de forma disimulada, si bien sus sonrisas hacia Nilsa fueron amplias.

Que la mesa de los líderes de los Guardabosques estuviera algo apartada a un lado indicaba que el rey no los consideraba de lo más importante, pero que estuvieran invitados era revelador. Lo mismo sucedía con la otra mesa de nobles, los del Oeste, pero estaban allí y eso era destacable.

Situadas cerca y en perpendicular a la mesa de honor se habían dispuesto las mesas para los otros invitados, los realmente importantes. Cada mesa estaba asignada a una delegación de forma que estuvieran separadas. Nilsa sabía que no era solo por su comodidad, sino también por seguridad y para evitar posibles altercados. No era buena idea sentar juntas a naciones rivales y darles vino y cerveza.

Los sirvientes trabajaban sin descanso trayendo deliciosos platos de comida a las mesas acompañados de diferentes tipos de bebidas. Todos los invitados tenían un vaso grande para la cerveza de estilo norghano y una copa de plata para el vino. Las de la mesa de honor eran de una vajilla magnífica. Nilsa veía pasar manjares entre mesas que incluían desde faisanes y jabalíes asados a todo tipo de caza mayor y aves. También platos de acompañamiento con verduras, salsas aromáticas con esencias y otras delicias para aumentar los sabores.

En la mesa más a la derecha se sentaba la delegación del reino de Rogdon. Los de azul y plata hacían gala de su talante educado y frío.

Drocus, general del ejército de Rogdon, el embajador Albust y algunos nobles del reino cenaban apaciblemente. Nilsa vio a Ingrid de pie en guardia situada cerca de la mesa, en el extremo opuesto al rey, y eso relajó un poco sus nervios.

En la mesa siguiente estaba la delegación de Erenal con el rey Dasleo a la cabeza. Egil observaba no solo a la mesa de Erenal, sino todo lo que sucedía a su alrededor. Lo hacía con disimulo, pero no perdía detalle. El rey de Erenal venía acompañado de militares de rango además de un par de nobles de confianza. El general Augustus, comandante en jefe de una centuria del ejército de infantería, y el general Militius, estratega y consejero del rey, eran claramente identificables como militares pues llevaban armadura sobre sus togas, al igual que el rey Dasleo que llevaba una de láminas que parecía de plata sobre una toga roja.

La mesa de los zangrianos era la que más ruido hacía. Parecían protestar por todo y pedían más comida y bebida. A Nilsa le parecían unos groseros, de hecho, hacían honor a su fama de díscolos e insoportables. Viggo los vigilaba con una sonrisa en la boca. Le divertía lo mal educados que eran y el escándalo que estaban montando. Eran peores que cuando los norghanos se embriagaban, y eso ya era mucho decir.

La mesa de los noceanos era todo lo contrario. Parecían muy educados y daban las gracias por la comida y la bebida que les iban sirviendo. Apenas se les oía y sus modales eran exquisitos. A Nilsa le extrañó, pensó que serían como los zangrianos, pero se había equivocado por completo. No podía dejar de mirar al Hechicero Himnomec, que degustaba la comida junto al embajador Hamlal lanzando miradas disimuladas al rey Thoran. Astrid observaba de cerca a los noceanos. Si intentaban algo, ella se encargaría.

La siguiente mesa era la de la delegación de la Confederación de Ciudades Libres del Este. Su enviado, de nombre Cordilio, era delgado, alto y de pelo cano. Representaba a las seis ciudades-estado de la costa este. Era un hombre amable y muy experimentado en tratados comerciales y rutas de comercio marítimo, o eso le había contado Sugesen que observaba de pie cerca de la cabeza de la mesa. En ella había varios nobles de diferentes razas y aspecto variopinto. Debían de pertenecer a las diferentes ciudades y estaban allí para asegurarse de que los tratados a los que el representante llegaba eran aceptables para cada ciudad. Por lo que Nilsa había podido averiguar, la relación entre la Confederación y Norghana era casi inexistente, pero no así con Irinel. Según se decía, Irinel y la confederación no tenían buenas relaciones por problemas comerciales.

Al fondo del gran salón, en otras tres mesas situadas paralelas a la

de honor, estaban las delegaciones de los reinos menores y las tribales. Nilsa pudo ver a Frida, Elina y Gonars cerca de ellos.

El reino que habían asignado a Gonars era el reino de Moontian, uno que poco a poco estaba ganando en fuerza y que pronto se convertiría en una potencia, según su embajador Larsen. Tal y como le había explicado Gondabar a Nilsa, en el reino habían descubierto dos grandes minas de oro, las mayores de Tremia, y gracias a ellas estaban creciendo tanto en poder económico como en militar. El reino estaba al este, debajo del reino de Irinel, y empezaba a conquistar territorios que Irinel daba por suyos. Se anticipaban problemas similares a los que Zangria y Erenal tenían. El rey Thoran había estado a punto de no invitarlos por esta rivalidad, pero al final no le había quedado más remedio que hacerlo a petición de la Confederación. Que este nuevo reino tuviera el apoyo de la Confederación no era bueno para Irinel y esto suponía un problema para Thoran.

Una vez más, Nilsa se maravilló de lo complejas y retorcidas que eran las relaciones entre los reinos y naciones de Tremia. Se suponía que todos eran muy civilizados, pero la realidad era que a la mínima entraban en discusiones. Ahora cenaban todos en armonía y al mismo tiempo confabulan los unos contra los otros. A Nilsa le encantaría poder discernir líneas invisibles de diferentes colores yendo de una mesa a otra, indicando quién confabulaba con quién y en contra de quién. Probablemente todo el salón se llenaría de líneas en todas direcciones. Aquello parecía un avispero … Volvió a ponerse nerviosa.

Pasó la mirada por el gran salón y vio a Raner y a los Guardabosques reales apostados a lo largo de la sala de forma estratégica. Se sintió más tranquila. Ningún loco intentaría nada allí. Los Guardabosques reales los atravesarían con sus flechas o la guardia real los despedazaría con sus espadas. Raner, además, paseaba tras la mesa de honor llegando hasta las dos mesas circulares, asegurándose de que todo estaba bien. Resopló y se relajó. No iba a suceder nada. La cena y los comensales no podían estar más vigilados y a salvo que en aquella sala.

Los sirvientes seguían trabajando sin descanso. Las bandejas iban y venían de las mesas de los invitados a las cocinas. Predominaba la cocina norghana, como no podía ser de otra forma, famosa por su carne asada. Sin embargo, no se habían descuidado platos de Irinel para deleitar a los invitados de honor. Había también vino noceano y manjares de otros reinos. Thoran quería que todos estuvieran a gusto y parecía que lo estaba consiguiendo.

El rey se puso en pie y comenzó a hablar.

—Esta noche quiero daros las gracias… —comenzó a decir con voz fuerte sobre la infinidad de conversaciones que ocurrían en las mesas.

—¡Silencio! ¡Habla el rey! —gritó Orten.

Las conversaciones se detuvieron y todos se volvieron a ver qué sucedía.

—Sigue hermano —dijo Orten a Thoran.

Este asintió.

—Esta noche quiero daros las gracias a todos por estar aquí. Por haber aceptado la invitación al enlace. Es un honor especial la asistencia del rey de Erenal en persona.

El rey Dasleo se puso en pie e hizo un gesto de gratitud.

—Es mi honor venir a tan importante evento —dijo con tono cortés.

Thoran le devolvió el saludo de respeto.

—También quiero dar las gracias al embajador Albust por su presencia, aunque hubiera preferido que el rey Solin se hubiera dignado a venir —dijo sin poder evitar que la rabia se viera en su comentario.

El embajador saludó con un reverencia.

—Su Majestad el Rey os envía sus mejores deseos. Rogdon apoya esta magnífica unión —dijo con voz amable sin entrar en más discusiones.

Thoran no pareció nada convencido pero continuó con los saludos.

—El representante de la Confederación de Ciudades Libres del Este me ha transmitido el agradecimiento y buena voluntad de las ciudades-estado comerciales. Valoro mucho sus tratados —saludó Thoran a Cordilio.

—Las ciudades desean una larga y próspera vida al rey y a su esposa y que las relaciones comerciales entre nuestras naciones avancen trayendo riqueza para todos —respondió y realizó una reverencia.

—¡Sí, eso, riquezas! —exclamó Orten, que se notaba que había estado disfrutando mucho de la cerveza. La bebía sin parar de un vaso grande que parecía más una jarra que un vaso por su tamaño. Era algo habitual en Norghana, pues a sus ciudadanos les gustaba disfrutarla en enormes recipientes a poder ser.

Thoran pasó ahora a la mesa de los noceanos.

—Me alegra ver que el emperador Malotas nos tiene en consideración y envía una representación importante a la boda.

El embajador noceano se puso en pie y se inclinó bajando la cabeza.

—Nuestro emperador envía sus mejores deseos al rey de Norghana

y a su futura esposa, la princesa Heulyn de Irinel. Les desea una vida próspera y que la alianza entre los reinos de Norghana e Irinel sea larga y fuerte.

—Ya, seguro… —murmuró entre dientes Orten.

Thoran lo miró y le puso la mano en el hombro para que estuviera callado.

—Enviad al emperador nuestros mejores deseos. Que su imperio prospere más allá de sus sueños.

Orten se atragantó con la cerveza que estaba bebiendo al oír a su hermano.

Nilsa no había visto nunca a Thoran ser ni remotamente cortés, por lo que aquellas palabras le parecían no encajar saliendo de la boca del rey. Por otro lado, se dio cuenta de que este y la reina de Irinel no perdían detalle de lo que sucedía. Nilsa dedujo que las palabras de Thoran eran debido a ello. Todavía no se había casado con la princesa y no había una alianza en firme con Irinel, así que tenía que comportarse, al menos hasta la boda. Después sería otra cosa…

Thoran siguió dando la bienvenida y agradeciendo la presencia del resto de reinos menores y naciones, hasta de las tribales. Hizo hincapié en agradecer la presencia del joven reino de Moontian.

—Vuestro reino es joven, pero no por ello menos meritorio y me agrada que hayáis venido. La reina Niria es un misterio para todos nosotros —dijo abriendo los brazos y moviéndolos para abarcar toda la estancia—. Me gustaría conocerla, una lástima que no haya asistido.

—La reina Niria pide ser disculpada. Siente que no está al nivel de tan grandes reinos y monarcas. Debe mejorar sus artes políticas antes de poder hablar y tratar temas importantes con tan poderosas figuras.

A Nilsa las palabras del embajador le resultaron interesantes. La reina era lista, no se veía en condiciones de asistir y adulaba el poder de los otros monarcas, intentando aparecer débil, cuando económicamente no lo era. Nilsa también sintió curiosidad por aquella mujer, por sus planes e intenciones a futuro. Algo le decía que pronto oirían hablar de ella. Todos los integrantes de esa delegación parecían muy exóticos, con su piel violácea y ojos muy brillantes también de un color violeta.

—Me gusta que respete a los reinos poderosos —dijo Thoran y sonrió mirando al rey Kendryk de Irinel. Este le sonrió de vuelta y asintió.

Orten reía mientras pedía que le trajeran otra jarra de cerveza.

Finalmente el rey se dirigió a la mesa de la delegación de Zangria. Nilsa estaba temiendo lo que pudiera decirles.

—Veo que el general Zotomer y sus acompañantes están disfrutando de la cena esta noche. Me pregunto si disfrutarán tanto mañana en la boda cuando los reinos de Norghana e Irinel unan fuerzas. Quizá se les revuelva el estómago.

El general puso cara de que le hubieran abofeteado y todos en su mesa se pusieron muy tensos. Sin embargo, Zotomer se levantó despacio, se colocó bien su uniforme zangriano y respondió con voz tranquila.

—El reino de Zangria ha aceptado la invitación que el rey de Norghana les ha enviado. Sin duda una invitación de buena voluntad. No creo que esta deliciosa comida nos siente mal mañana. ¡No hay razón para ello! El reino de Zangria seguirá siendo la potencia bélica que es, muy superior a otros reinos aquí presentes hoy. Aprecia los esfuerzos que estos hacen por intentar llegar a su estatus, pero no teme que lo consigan en un futuro próximo.

Thoran se puso rojo al momento. Nilsa se dio cuenta de que el general lo había ninguneado delante de todos… a él, a Irinel y, por alusiones, a Erenal. El rey Kendryk se puso en pie con una expresión muy parecida a la de Thoran.

—Déjame que lo atraviese como a un cerdo —dijo Orten a su hermano más alto de lo esperado, por lo que se oyó claramente.

Todos en la mesa zangriana se pusieron en pie y se llevaron las manos a sus armas. La guardia real se preparó para intervenir y todos los Guardabosques reales pusieron una flecha en sus arcos listos para actuar.

Nilsa miró a Raner, que también tenía en su mano su arco, y se puso tensa. Con rapidez armó su arco por si tenía que defender a Gondabar o al rey. Miró a la mesa de los zangrianos y vio a Viggo tan tranquilo. Sonreía y tenía las manos a la espalda. Nilsa se percató de que ya tenía sus cuchillos en ellas. Junto al rey Dasleo, Egil también se había armado, eso no era bueno. La cosa estaba muy tensa. Una sacudida más y el avispero estallaría.

Thoran miró a Orten.

—Tranquilo, hermano —dijo y apretó con fuerza su hombro para que no dijera nada más.

Su expresión de monarca insultado cambió de pronto.

—Creo que el general Zotomer ha malinterpretado mis palabras. No deseo ningún mal ni a la delegación ni al reino de Zangria —dijo Thoran.

Orten se revolvió y fue a decir algo, pero Thoran apretó más fuerte.

Al ver que no podía hablar, Orten buscó cerveza. No le habían

traído todavía la suya así que cogió la del rey que acababan de traer y se la bebió entera de un trago.

—Me alegra escuchar eso, majestad. Siento el malentendido. Mis conocimientos son para el campo de batalla. Me temo que no soy buen diplomático, como podéis apreciar —se disculpó de forma falsa Zotomer.

—No hay por qué disculparse. Los malentendidos ocurren. Continuemos con la celebración.

—Continuemos —dijo el general y saludó con la cabeza a Thoran.

Nilsa pudo ver en el rostro del monarca que hacía un esfuerzo enorme por controlarse, algo raro en él. No quería un altercado allí ahora, pero más adelante el general Zotomer lo pagaría, de eso no tenía duda. Podía ver a los reyes Kendryk y Dasleo, ambos con expresión de estar muy molestos.

—Ahora, permitidme hacer un brindis —dijo Thoran volviendo a ponerse de pie y alzando la copa de vino—. Por mi futura esposa, que reinará en Norghana, y por la familia real de Irinel.

Todos levantaron las copas para brindar.

—Y por una alianza inquebrantable entre Norghana e Irinel —añadió Thoran.

Fue a beber cuando su hermano Orten se desplomó de bruces sobre la mesa.

—¿Qué es…? —masculló el rey.

Raner apareció como el rayo y le cogió la copa al rey de la mano.

—No bebáis, majestad —dijo—. ¡Que nadie beba! —gritó.

Nilsa se dio cuenta entonces de lo que sucedía.

¡Habían envenenado a Orten!

Capítulo 33

El caos que siguió al descubrimiento del envenenamiento de Orten fue absoluto. Thoran gritaba fuera de sí.

—¡Orten, hermano! —sacudía al pobre con fuerza intentando reanimarlo—. ¡Vuelve en ti!

El duque estaba sin sentido, como si le hubieran golpeado en la cabeza. Las sacudidas y gritos de su hermano no estaban consiguiendo nada.

—¡No bebáis ni comáis nada! —gritaba Heulyn a sus familiares.

El rey Kendryk estaba de pie con la mano en su espada.

La reina Gwyneth se había llevado las manos a la cabeza y parecía no poder creerse lo que sucedía.

El príncipe Kylian dejó la copa en la mesa, apartó el plato de comida que tenía delante y luego llevó su mano al mango de su espada. Reagan, general de los ejércitos de Irinel, y el consejero Kacey también estaban de pie mirando a Orten.

La guardia real rodeó la mesa de honor por completo impidiendo que nadie pudiera llegar a ella y que los invitados pudieran abandonarla. Los Guardabosques reales tomaron posiciones detrás y a los lados de la misma dispuestos pata tirar contra quien intentase algo.

En las mesas de los comensales de las distintas delegaciones todos se pusieron en pie. Los guardaespaldas y soldados sacaron sus armas y se dispusieron a proteger a sus nobles señores y reyes formando un círculo alrededor del rey, embajador o señor al que debían guardar. Los demás los rodeaban con sus armas mirando en todas direcciones.

Tras la primera confusión y al ver que no se producía un ataque de otras delegaciones, los grupos comenzaron a intentar moverse hacia alguna salida, pero estaban cerradas y guardadas por los soldados de Thoran. No querían moverse demasiado rápido para no provocar que la guardia real o los Guardabosques atacaran creyéndoles responsables. Tampoco estaban seguros de si otra de las delegaciones intentaría atacar, por lo que giraban sobre sí mismos sin avanzar demasiado en ninguna dirección. Junto a cada grupo estaba el Guardabosques responsable de su protección.

Nilsa se había quedado dentro del círculo protector que formaba la guardia real en la mesa de honor. Miró a Valeria, que observaba lo

que sucedía con su arco en la mano, y le hizo una seña preguntando si ella había visto algo. Nilsa le contestó también por seña que no, que no había visto cómo había sucedido. De lo que sí se había percatado era de que el druida Aidan se había movido y ahora estaba más cerca de la princesa y de Valeria.

—¡Llamad a los cirujanos del rey! —ordenó Ellingsen, que ya estaba junto al monarca y ayudaba a intentar mantener con vida al duque.

—¡Orten! ¡Aguanta, hermano! —gritaba Thoran fuera de sí.

Las delegaciones se vigilaban las unas a las otras con un nerviosismo considerable. Zotomer, el general zangriano, gritaba órdenes a su escolta para que repelieran cualquier ataque contra su persona. Viggo estaba junto a ellos con los cuchillos en las manos, vigilando. El rey Dasleo de Erenal se mantenía erguido junto a su mesa, rodeado de su guardia y defendido por sus dos generales. Mantenía la calma y miraba fijamente al general zangriano, que ladraba órdenes. Egil estaba junto al rey de Erenal, por alguna razón se había quedado dentro del perímetro defensivo que formaba la guardia real de Erenal. Observaba muy atentamente todo lo que acontecía en la mesa de honor.

Los rogdanos habían formado un rectángulo defensivo junto a su mesa. Los soldados habían cerrado filas escudo contra escudo y con las lanzas por delante, como si esperaran que les fueran a asaltar. El embajador estaba en medio del rectángulo y hablaba con Ingrid, que parecía indicarle que no había salida y debían permanecer quietos.

Los que parecían más calmados, y por lo tanto más culpables, eran los noceanos. No habían adoptado ninguna formación defensiva. Se mantenían tranquilos, sentados a la mesa, como si aquello no fuera con ellos. El embajador hablaba con Astrid de forma pausada y continuaba comiendo y bebiendo sin ningún temor. Sus guardias personales también comían, si bien tenían una mano en sus cimitarras, por si acaso.

En la mesa de los Guardabosques estaban todos de pie. Sigrid quería abrirse paso y llegar hasta el rey, pero la guardia real no se lo permitía. Estaba discutiendo con dos soldados explicándoles que podía ayudar, pero aquellos no eran Guardabosques y no les dejarían pasar.

Gondabar vio los intentos fútiles de Sigrid y decidió actuar. Intentó llegar hasta donde estaba el rey. Le costó pues al ponerse en pie del susto varios invitados habían hecho volcar sus sillas. Con la ayuda de Nilsa llegó hasta Raner.

—¿Qué es?

—Yo diría que veneno en la bebida. Han mandado llamar a los

cirujanos del rey. Están de camino.

—Hay que llevarlo a una habitación y que lo examinen con tranquilidad, no aquí —dijo Gondabar.

Raner asintió.

Ellingsen los oyó y también asintió.

—Majestad, hay que trasladarlo —dijo Ellingsen al rey.

Thoran miró a este con ojos poseídos por el dolor y la rabia.

—¡Nadie abandona la sala! ¡Nadie! —gritó a pleno pulmón.

Las delegaciones se detuvieron donde estaban y no intentaron seguir avanzando hacia alguna salida.

—¡Quiero al culpable despedazado vivo! —gritó Thoran.

Raner le tomó el pulso en el cuello a Orten.

—Majestad, sigue vivo, pero hay que darse prisa para salvarle la vida.

Aquello pareció hacer reaccionar al rey Thoran.

—¿No está muerto? —preguntó con la mirada perdida, como si estuviera en un sueño.

—No, sigue vivo —aseguró Raner.

Gondabar examinó la cara del Orten y vio que todavía respiraba.

—Majestad, rápido. Hay que examinarlo en otra sala. Llevaré a las Especialistas de curación.

Thoran pareció darse cuenta de lo que sucedía y de lo que debían hacer.

—Sí, llevémoslo, rápido.

—Guardabosques reales, a mí —dijo Raner.

Los seis más cercanos se acercaron rápidamente.

—Coged al duque, nos lo llevamos —dijo.

Los Guardabosques lo cogieron entre cuatro y se lo llevaron a la puerta tras la mesa de honor mientras todos los invitados miraban.

Gondabar hizo una seña a Sigrid.

—Que vengan Annika, Sylvia y Edwina.

—Ahora mismo —dijo Sigrid—. Necesitarán sus cosas. Voy a buscarlas.

—De acuerdo. Nilsa, ven con nosotros —dijo Gondabar.

Según salían de la cámara el rey se volvió hacia sus invitados.

—¡Quiero saber quién ha hecho esto! ¡El que haya sido que tenga las agallas de dar la cara!

Todos en el gran salón se quedaron quietos donde estaban

observando al monarca. Ninguno dijo nada ni hizo el más mínimo ademán de confesar por lo que había sucedido.

—¡Ellingsen!

—Sí, Majestad —dijo el comandante.

—Que nadie salga de esta sala hasta que yo vuelva —ordenó Thoran.

Los otros jefes de estado y miembros de las delegaciones comenzaron a protestar airadamente. Lo consideraban un ultraje, una afrenta a su honor y lo expresaron bien alto y claro.

—¡Nadie va a retenerme en contra de mi voluntad! —levantó la voz el rey Dasleo.

—¡A mí tampoco! —exclamó Zotomer.

—Nosotros podemos retirarnos, sin duda —dijo la princesa Heulyn señalando a sus padres.

—¡Nadie va a ningún lado hasta que esto se aclare! —exclamó Thoran fuera de sí.

—Nosotros estamos contigo —dijo el rey Kendryk con expresión muy contrariada.

—¡He dicho que nadie! —gritó Thoran.

—Esto es un ultraje —la reina Gwyneth se levantó y con ella el hermano de Heulyn, el príncipe Kylian.

—Comandante Ellingsen, nadie sale de aquí —repitió el rey.

—A la orden, Majestad —el comandante hizo una seña a sus hombres que se situaron reforzando la vigilancia de las puertas de salida y la mesa de honor.

El rey Thoran abandonó el salón por la puerta por la que se habían llevado a Orten y se dirigió con paso airado a una de las habitaciones donde varios Guardabosques hacían guardia.

Raner estaba en la puerta.

—Aquí, Majestad —indicó el Guardabosques Primero.

Thoran entró en la habitación como un ciclón.

—¿Cómo está? —preguntó acercándose a Orten, que yacía de costado en una cama. A un lado había una palangana con vómito.

Tres cirujanos reales lo estaban atendiendo. Uno lo examinaba y dos preparaban tónicos sobre una de las cómodas.

—Ha sido envenenado, mi señor —dijo el más anciano de ellos—. Le hemos hecho vaciar el estómago para que echara fuera el veneno ingerido —dijo señalando la palangana—. Esperemos que no haya asimilado mucho.

—¿Vivirá? —preguntó Thoran con la cara desencajada.

—Difícil saberlo, mi señor. El veneno parece extranjero…

—¿Extranjero? ¿Cómo lo sabéis?

El cirujano jefe señaló el vaso de cerveza del que había bebido Orten, que estaba sobre la mesilla.

—Hemos analizado la cerveza. Contiene veneno no conocido en Norghana.

—¿Quién ha traído el vaso?

—Yo, Majestad. Hemos pensado que parecía un envenenamiento y en esos casos es necesario analizar lo consumido para saber qué veneno se ha utilizado —dijo Gondabar, que estaba al otro lado de la estancia con Nilsa, Annika, Sylvia y Edwina.

—¡Bien pensado, viejo Guardabosques! —dijo el rey a modo de felicitación.

—No tenemos un antídoto contra él. Estamos combinando varios de los que tenemos para los venenos más usados en intentos de asesinato y se los estamos dando —explicó el cirujano jefe al rey.

—Entonces se salvará, ¿verdad? Con todos esos antídotos… —dijo Thoran que veía cómo le estaban administrando ahora los tónicos a su hermano.

El cirujano jefe suspiró.

—No sabemos si tendrán efecto contra el veneno…

—¡Os ordeno que lo salvéis! —gritó Thoran fuera de sí—. ¡Tiene que vivir!

—Hacemos todo cuanto podemos… —dijo el cirujano.

—¡Haced más! ¡Si muere os cortaré la cabeza a los tres! —amenazó.

—Majestad… —dijo Gondabar.

El rey se volvió hacia él.

—¿Qué? —gritó Thoran.

—Quizá ellas puedan ayudar donde los cirujanos no pueden… —ofreció Gondabar señalando a Annika, Sylvia y Edwina.

—¡Sí, que ayuden! ¡Que todos ayuden!

Nilsa observaba con un nudo en el estómago. Vio a las tres mujeres dispuestas a hacer cuanto pudieran. Al llegar los cirujanos reales les habían pedido que no hicieran nada afirmando que ellos se encargarían. Era lo habitual. Los cirujanos, y más los reales, tenían la autoridad en cuanto a curaciones. Los Guardabosques, incluso líderes como Annika y Sylvia, no tenían poder para contradecir a un cirujano y muchas veces ni a un curandero de ciudad. Después de todo, los

Guardabosques de la Maestría de Naturaleza tenían conocimientos de curación, pero no era esa su única labor.

En ese momento apareció Sigrid en la puerta.

—Las cosas de Annika y Sylvia — dijo mostrando a Raner dos macutos de Guardabosques.

—Adelante —indicó Raner con la cabeza.

Sigrid entró y les dio sus cosas a Annika y Sylvia. Comenzaron de inmediato a trabajar en un antídoto.

—¡Tiene que vivir! ¡Mi hermano tienen que vivir! —gritaba el rey con las manos en la cabeza.

—Majestad, quizá la Sanadora Edwina pueda ser de ayuda —dijo Gondabar.

—¿Sanadora?

—Sanadora de la Orden de Tirsar, señor. Su Don le permite curar.

—He oído hablar de ellas. Adelante, que lo intente. ¡Que todos intenten salvarlo!

Edwina se acercó y pidió que le dejaran espacio. Puso a Orten boca arriba y colocó sus manos sobre el pecho del duque. Cerró los ojos y se concentró. Las manos de Edwina resplandecieron en azul y la energía sanadora entró en el cuerpo de Orten. Ninguno de los presentes tenía el Don, por lo que no podían apreciar lo que estaba sucediendo, solo veían que la Sanadora había colocado sus manos sobre el torso de Orten.

—Necesitamos varios contenedores… vasos servirán, dos cazos y cucharas grandes de madera —pidió Annika.

—Al momento —se ofreció Nilsa que salió corriendo. Sabía dónde conseguirlos, las cocinas no estaban muy lejos del gran salón y allí encontraría todo lo que necesitaban.

—Y un fuego —pidió Sylvia señalando la chimenea.

—Yo me encargo de eso —se ofreció Raner.

Nilsa abandonó la estancia como un rayo. Corrió tanto como pudo por el pasillo y luego torció a la izquierda. Recorrió otro corredor y llegó a una puerta doble que estaba abierta y daba a la antesala de la cocina. Una cantidad enorme de sirvientes se amontonaban allí sin saber qué hacer después de lo ocurrido. La vieron llegar a la carrera y se apartaron. Nilsa entró en las cocinas y vio a todos los cocineros con miradas perplejas. Tenían aspecto extraño, desconcertados y asustados.

—Necesito dos cazuelas, cucharas de palo y media docena de vasos. ¡Rápido! —pidió.

Por un momento nadie se movió, lo que la dejó extrañada. Una cosa era que estuvieran confundidos y otra que no reaccionaran a una petición directa.

—¿Es que no me habéis oído? ¡Lo necesito ahora! —levantó la voz Nilsa.

—Sí, ahora mismo —dijo uno de los sirvientes y se apresuró a conseguírselos.

Los cocineros, sin embargo, la seguían mirando con rostros inquietos.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó—. Algo ocurre, ¿qué es?

Uno de los cocineros, al que Nilsa reconoció como el cocinero jefe, Paulsen, señaló con el dedo tras una de las mesas del fondo de la cocina, las que se usaban menos.

—No tenemos nada que ver, lo juro —dijo con temor en la voz—. Ni siquiera sabemos qué ha sucedido. Se han cerrado las puertas del gran salón y nadie nos da explicaciones.

—¿Pero sospechas que algo malo ha sucedido?

—Sí, algo malo, se han escuchado gritos del rey… —dijo con tono asustado.

Nilsa se acercó a donde apuntaba Paulsen y vio ropajes en el suelo escondidos tras la última mesa contra la pared.

—¿De quién es? —preguntó Nilsa.

—No lo sabemos, lo acabamos de descubrir tras la conmoción en el gran salón —dijo Paulsen.

Nilsa se agachó y metió la mano tras la mesa. Encontró un uniforme de cocinero y otro de sirviente.

—¿Quién falta? —preguntó Nilsa a Paulsen.

El cocinero jefe miró alrededor y comenzó a contar a sus cocineros con el dedo.

—Es difícil saber, no hemos parado en toda la noche ni un momento… Había muchísimo trabajo… tantos comensales… Falta… uno de los cocineros nuevos…

—¿Nuevos?

—No tenía suficientes manos para cocinar para todos los invitados a la boda y tuve que contratar cocineros nuevos para que ayudaran los días previos al evento.

—¿Cómo se llamaba el que falta?

—No estoy seguro…

—Se llamaba Jassmussen —dijo otro de los presentes—. Era buen cocinero, con experiencia.

—¿De dónde dijo que era?

—Del sur… de cerca de la fortaleza del duque Orten…

—¿Y el otro? ¿El sirviente? —Nilsa miró a Simonsen, jefe de mayordomos del rey, que ya había llamado a todos los sirvientes y hacía recuento.

—Falta… Sandvik… —dijo este.

—¿Qué sabemos de él?

—También es nuevo. Lo contraté hace unos días, demasiados invitados a servir… Dijo ser de cerca de Bilboson. Tenía experiencia en tratar a nobles del Este. Sabía llevar platos y vasos. Yo mismo lo entrevisté y lo puse a prueba.

Nilsa suspiró. Ya sabía cómo habían conseguido meter el veneno en el gran salón. Un cocinero y un sirviente falsos. Debía contárselo a Raner y rápido para que pudieran darles caza antes de que fuera demasiado tarde.

—Paulsen, Simonsen, que ninguno de vuestros cocineros y sirvientes abandonen estas cocinas y el área de servicio. Vendrán a interrogaros. Si alguien se marcha será perseguido y juzgado por alta traición.

Al oír a Nilsa todos los sirvientes y cocineros se pusieron tensos y comenzaron a murmurar llenos de preocupación. No sabían qué sucedía y las palabras de la guardabosques los habían asustado.

—Nadie irá a ningún lado —aseguró Simonsen.

Nilsa cogió todo lo que le habían pedido y echó a correr de nuevo. Al torcer en el pasillo se encontró con varios soldados de guardia.

—Que nadie abandone el área de las cocinas —dijo.

Los soldados asintieron y se fueron a cumplir las órdenes de Nilsa, que ya corría de nuevo hacia la habitación donde intentaban salvarle la vida al hermano del rey.

—Aquí… está todo… —dijo sin aliento.

—Muchas gracias —agradeció Annika cogiendo varios utensilios mientras Sylvia cogía los otros.

Mientras Edwina trabajaba con su magia, Annika y Sylvia lo hacían con sus conocimientos de curación. Prepararon varias pócimas para que el duque las tomara. Aunque iban tan rápido como podían el proceso de preparación era largo. Encendieron la chimenea de la habitación y pusieron varios cazos al fuego. Necesitaban agua hirviendo y cocer varias plantas y componentes para luego mezclarlos.

Nilsa aprovechó para explicar a Raner y Gondabar lo que había descubierto en la cocina. Lo hizo en un susurro para que Thoran no la oyera, estaba demasiado alterado.

—Yo me encargo —susurró Raner, que salió de la habitación e hizo llamar a dos Guardabosques reales a los que envió a las cocinas.

—¡Resiste, hermano! ¡Sobrevive! —gritaba el rey que iba de un lado a otro de la estancia gesticulando con la cara desencajada.

Edwina terminó de realizar la sanación y apartó sus manos.

—He podido sanar sus órganos vitales, pero el veneno está en su cuerpo, hay que combatirlo —explicó.

—Tenemos las pócimas listas —dijo Annika.

—Debe tomarlas todas —dijo Sylvia—, ya que no sabemos cuál funcionará.

—¡Haced que beba! —ordenó el rey.

Los cirujanos ayudaron a Annika y Sylvia a darle las pócimas.

—Es un hombre de constitución fuerte. Está luchando —dijo Edwina al rey Thoran.

—Salvadlo. Tenéis que salvarlo —Thoran sujetó la cabeza de su hermano, que estaba empapada de sudor.

—Hacen lo imposible —aseguró Gondabar.

Edwina volvió a ejercer su poder sanador sobre el cuerpo de Orten, sanando los órganos, que volvían a infectarse por el veneno en su sangre mientras las pócimas de Annika y Sylvia luchaban contra él.

Pasó un buen rato en el que el cuerpo de Orten luchó contra la substancia maliciosa con toda la ayuda que las tres mujeres le proporcionaban.

De pronto, Orten abrió los ojos como platos y exclamó:

—¡Estoy vivo!

Capítulo 34

—¡Hermano, vives! —gritó Thoran.

—¿Qué… me… ha pasado? —preguntó Orten medio incorporándose.

—Te han envenenado —dijo Thoran arrodillándose al lado de su hermano y ayudándole a no caer de espaldas.

—¿Envenenado? No recuerdo mucho… Me sentí muy mareado… luego perdí la consciencia. He tenido una pesadilla… pensé que moría…

—Has estado muy cerca de la muerte —dijo Annika.

Orten la miró sin reconocerla.

—¿Quiénes son esas mujeres?

—Son Annika y Sylvia, líderes de la Maestría de Naturaleza. Le han dado pócimas para contrarrestar el veneno —explicó Gondabar.

—¿Me han envenenado? —Orten tenía expresión de no poder creerlo.

—Así ha sido —dijo Thoran—. Si no es por ellas dos y la Sanadora estarías muerto.

Orten miró a Edwina con ojos muy abiertos.

—¿Sanadora? ¿De las que sanan con magia?

—Así es, mi señor —dijo Edwina con una pequeña reverencia.

—No me gusta nada que hayan usado magia en mi cuerpo —protestó Orten, que estaba tan débil que intentó ponerse en pie con la ayuda de su hermano y no lo consiguió.

—Sin la intervención de la Sanadora hubierais muerto —aseguró Gondabar con un tono que no sonó a crítica, sino a alabanza hacia Edwina.

Orten miró a Gondabar y no dijo nada más, estaba demasiado débil. Se dejó caer sobre la cama y respiró con dificultad.

—Nos encargaremos de cuidarlo, Majestad —dijo el cirujano jefe a Thoran e hizo una seña a los otros cirujanos para que se acercaran a ayudar.

De pronto un guardia real entró en la estancia. Bajó la cabeza con respeto y habló.

—Majestad, me envía el comandante Ellingsen. La situación en el gran salón es insostenible. Requiere de vuestra inmediata asistencia.

El rey Thoran lo miró.

—¿Cómo que insostenible?

—Están a punto de derramar sangre. Si no se les permite salir de allí se perderán vidas.

—¡Malditos engreídos!

—Ve… yo estoy bien… —dijo Orten.

—Lo quiero con vida y repuesto —dijo Thoran y señaló con el dedo índice a sus cirujanos.

—Por supuesto, Majestad —aseguró el cirujano jefe.

Thoran fue a marcharse, pero dudó. Se giró hacia Annika, Sylvia y Edwina.

—Aseguraos que se repone por completo —ordenó.

—Lo haremos, Majestad—aseguró Annika.

—¡Raner, conmigo! —gritó el rey y salió al pasillo. El Guardabosques Primero le siguió de inmediato.

Los cirujanos fueron a atender a Orten, que había vuelto a perder la consciencia.

—Mejor dejar que las Sanadoras se encarguen —cedió el cirujano jefe.

Edwina asintió y Annika y Sylvia se pusieron a ello. Los cirujanos se apartaron y las dejaron hacer.

Thoran entró en el gran salón y comprobó que, en efecto, la situación era insostenible. Las delegaciones se habían acercado hasta las puertas de salida y amenazaban con matar a los guardias reales y soldados que las custodiaban.

La excepción era la familia real de Irinel, que seguía en la mesa de honor con todos sus miembros de pie observando con mucha tensión lo que sucedía.

—Majestad, las delegaciones —señaló el comandante Ellingsen.

—¡Quietos todos! ¡Que nadie intente salir! —gritó Thoran.

Las delegaciones se detuvieron al oír al rey.

—Thoran, pon orden o correrá la sangre —dijo la princesa Heulyn.

—¡Volved todos a vuestras mesas! ¡Ahora! —gritó este como si estuviera poseído, y se dirigió a su sitio en la mesa de honor junto a la princesa.

Las delegaciones protestaron y expresaron sus negativas. No querían volver a las mesas, lo que querían era salir de allí con vida.

—Ellingsen, coge a la guardia real. Raner coge a los Guardabosques y ayuda al comandante.

—A la orden, Majestad —dijeron los dos casi al unísono.

Las delegaciones se vieron cercadas por la guardia real y los Guardabosques reales, que amenazaban con sus armas.

—¡No quiero convertir este banquete en un derramamiento de sangre! —exclamó el rey—. ¡Volved a las mesas!

Durante un largo momento hubo dudas. Los líderes de cada delegación miraban al rey y luego a los otros líderes. Estaban indecisos, se jugaban la vida. Una mala decisión y aquello podía terminar en una carnicería. Los soldados del rey eran una amenaza, pero más lo era cada delegación para las otras. Si se producía un primer derramamiento de sangre, seguiría una escabechina.

Poco a poco, mirándose los unos a los otros y con los guardias y Guardabosques con las armas preparadas y amenazantes, todos volvieron a sus mesas y se fueron sentando reticentes y con malas caras. La tranquilidad pareció volver al gran salón por un momento.

Nilsa entró con Gondabar y ocuparon sus lugares en la mesa de honor. Eicewald miró a Gondabar, que le hizo una seña de que luego le contaría lo que había sucedido. Valeria miró a Nilsa y le preguntó con la mirada. La guardabosques le dirigió un gesto de que luego hablaban. Buscó a sus compañeros y los encontró junto a las mesas de las delegaciones. Todos menos Viggo tenían cara de no estarlo pasando nada bien, excepto este último, que se lo estaba pasando en grande y su rostro así lo mostraba.

—¡Muy bien! —continuó hablando el rey—. ¡Sentémonos todos y tranquilicémonos!

Ellingsen y Raner se situaron tras el rey Thoran con varios guardias y Guardabosques.

—Querida princesa Heulyn, familia real de Irinel —dijo Thoran haciendo un gran esfuerzo por calmarse—. Creo que ya estáis al corriente pero, por favor, no comáis ni bebáis nada. Lo mismo os digo en mi lado de la mesa —dijo mirando a Eicewald—. Parece ser que han envenenado la bebida y puede que la comida.

—¡Esto es un ultraje! —Heulyn golpeó la mesa con ambas manos —. ¡Han arruinado la boda!

—¡Esto es muy grave! —dijo el rey Kendryk—. Un intento de asesinato sobre la vida del rey no puede quedar sin respuesta.

—¡Inaceptable e intolerable! —exclamó la reina Gwyneth. Todos en la familia real de Irinel estaban furiosos.

El príncipe Kylian no decía nada pero sus ojos ardían de furia y

barría las mesas frente a él en busca de un culpable.

—Lo es. Tenéis razón —asintió Thoran varias veces—. Lo peor es que el intento no ha sido sobre mi hermano, ha sido sobre mí. Orten ha cogido mi vaso. Lo cual quiere decir que alguien en este salón ha intentado matarme.

—¿A quién está acusando el rey de Norghana? —preguntó el rey Dasleo poniéndose en pie—. ¿No será a mí? Porque si lo es me acusa sin pruebas y eso es una afrenta que no puedo pasar por alto —amenazó Dasleo, monarca de Erenal.

Inmediatamente el general Zotomer, de los zangrianos, se puso en pie.

—Nosotros no envenenamos a nuestros rivales. Les vencemos en el campo de batalla, que es donde se deciden las guerras. No hemos intentado envenenar al rey de Norghana. Si nos culpa se estará equivocando y provocará una situación muy grave con el reino de Zangria que puede desencadenar en hostilidades a gran escala.

Los demás representantes de las delegaciones se fueron poniendo en pie con argumentaciones similares. Todos negaron haber intentado asesinar al rey Thoran y amenazaron con un conflicto bélico entre sus reinos si se les acusaba sin pruebas. Todos excepto los noceanos, que no dijeron absolutamente nada. Se mantuvieron tranquilos y en silencio. Por todos era conocido que el veneno era una forma de asesinato muy utilizada en el imperio noceano, eran prácticamente los inventores de esa manera de asesinar y tenían venenos altamente tóxicos y de lo más exóticos.

Nilsa se preguntaba si los noceanos, sabiendo que el tipo de intento de asesinato apuntaba directo a ellos, no se molestaban en negarlo porque sería en vano. Thoran escuchó a todos y se quedó en silencio. Miró uno por uno a los representantes de cada reino y luego a la familia real de Irinel.

—Estamos aquí para celebrar una gran boda. Este intento de acabar con mi vida será investigado y encontraré al culpable, que os aseguro pagará muy cara su osadía. Él o ella y su reino lo pagarán en sangre. Sin embargo, no quiero que este grave hecho sea un impedimento para la ceremonia que se celebrará mañana al mediodía —se giró hacia Heulyn y le ofreció la mano—. Si mi prometida así lo quiere, seguiremos adelante dejando atrás este lamentable incidente. ¿Cuál es tu deseo, princesa Heulyn?

Ella miró a su padre, el rey Kendryk. Este suspiró hondo y tras un momento de duda, asintió. Luego Heulyn miró a su madre, que le hizo un breve gesto indicando que sí. La princesa cogió la mano del rey Thoran y se puso en pie.

—La boda continuará como estaba previsto —anunció.

Thoran sonrió victorioso.

—La boda continua. Por la mañana acudiremos al Templo de los Dioses de Hielo a recibir su bendición. A mediodía se celebrará la ceremonia en la sala del trono. Espero veros a todos allí. Desposaré a la princesa Heulyn y se convertirá en reina de Norghana.

Las delegaciones no dijeron nada y sus líderes fueron asintiendo, algunos con clara desgana, dando conformidad a las palabras de Thoran.

—Y viendo que no podemos seguir con la cena de gala, os despido a todos y os agradezco vuestra presencia hoy aquí —dijo Thoran—. Podéis marchar. Que se abran las puertas —ordenó.

Un momento más tarde las delegaciones comenzaban a irse. Cada una se dirigió a una puerta y esperaron su turno para salir ordenadamente sin toparse con las otras. Los Guardabosques asignados marcharon con ellas. Nilsa vio partir a sus compañeros y se sintió intranquila. Deseó que no tuvieran problemas.

Thoran observaba cómo marchaban con ojos entornados. Parecía querer averiguar quién de ellos había sido. Cuando todos salieron se dirigió a la familia real y a Irinel.

—Siento lo ocurrido. Id a descansar.

—Esto no puede quedar así —dijo el rey Kendrick furioso—. También es una ofensa contra mi familia, contra Irinel. No puede quedar sin castigo.

—Lo sé. Encontraré al culpable —aseguró Thoran.

—Y arrasaremos su reino —dijo el príncipe Kylian con rabia.

—¿Por qué les has dejado ir? —preguntó Heulyn con tono de estar muy molesta.

—¡No puedo tocarles! —exclamó con rabia Thoran—. ¡No aquí y ahora sin pruebas! Si por mí fuera los torturaría a todos hasta sacarles la verdad. ¡Pero no puedo hacerlo! Están en mi reino con una invitación mía y nada puede sucederles o significará la guerra. Dasleo estaba a punto de declararla… no podía retenerlo, está en su derecho como rey. Yo en su lugar puede que hubiera perdido los estribos.

—Ha sido Zangria, es quien más tiene que ganar matándote y evitando esta alianza —dijo Kendrick.

—Cierto, puede ser, pero no puedo probarlo de momento.

—El veneno es el método de los noceanos y no han abierto la boca para desmentirlo —dijo la reina.

—Los noceanos no quieren reinos fuertes que les hagan sombra —añadió el príncipe.

Thoran asintió.

—Me hierve la sangre. Los degollaría a todos, pero no puedo hacerlo sin pruebas —se volvió hacia Ellingsen y Raner—. Investigad lo sucedido. Encontrad al culpable. ¡No me falléis u os juro que os despellejo vivos a los dos! —dijo en un nuevo ataque de furia apretando la mandíbula.

Raner miró a Nilsa.

—Lo encontraremos —dijo al rey.

Capítulo 35

Sin perder un instante Nilsa llevó a Raner y a Ellingsen a las cocinas a la carrera. Una vez allí les mostró lo que había descubierto.

—¿Qué aspecto tienen? —quiso saber Raner después de oír las explicaciones del jefe de cocina Paulsen y del jefe de mayordomos Simonsen.

Paulsen habló.

—El cocinero, Jassmussen, es de complexión media, moreno y con pelo corto. Sabía cocinar, tenía experiencia.

Simonsen habló al terminar Paulsen.

—Sandvik, el sirviente, era rubio, alto y delgado.

—Debemos asumir que los nombres e información que dieron son falsos —razonó Ellingsen.

Raner asintió.

—Su experiencia no es falsa, sabían realizar los trabajos para los que se les contrató. El resto de lo que dijeran, en efecto, debe de ser falso.

—Yo me encargaré de los interrogatorios y de averiguar cuanto se sepa de los dos sospechosos —dijo Ellingsen señalando a todos los criados y sirvientes que tenían allí retenidos—. Quizá revelaron por descuido algún detalle de importancia a algún compañero.

—Yo seguiré la pista de los dos huidos —dijo Raner.

—De acuerdo. No perdamos tiempo, no deben escapar —dijo Ellingsen, que comenzó a dar instrucciones a los miembros de la guardia real que iban con él.

Raner cogió las ropas que ambos hombres vestían y se las llevó con él. Señaló a seis Guardabosques reales.

—Vosotros conmigo —ordenó. Luego hizo un gesto a Nilsa para que lo acompañara. Abandonaron la zona de las cocinas y avanzaron con rapidez por los pasillos. Nilsa no sabía lo que planeaba Raner, pero actuaba con decisión, como si ya tuviera claro el plan de acción.

Salieron del edificio principal del castillo. Era de noche y todo estaba tranquilo en el gran patio exterior a excepción de una zona donde se cargaban y descargaban carros con provisiones, sacos, cajas y barriles. Había una veintena de obreros trabajando. Raner dio el alto

y observó los edificios cercanos y luego los barracones militares y puestos auxiliares que se habían montado para la boda.

—Dos de vosotros id a la puerta de salida y aseguraos de que no salga nadie —ordenó Raner.

—A la orden, señor —dijeron los Guardabosques y salieron corriendo. Nilsa se quedó sorprendida de lo rápido que corrían para lo grandes que eran.

—Dos a los establos. Revisadlos —ordenó Raner.

Otro par salieron corriendo.

—¿Habrán huido ya? —preguntó Nilsa, que no podía contenerse.

—No lo creo… La puerta principal no se ha abierto durante la cena. No han podido salir del castillo, todavía están aquí.

—¿Lo están? —Nilsa miraba en todas direcciones.

—Sí. Ocultos, lo que no sabemos es dónde… El castillo es enorme, pueden haberse escondido en muchos sitios. Lo que no es tan sencillo es salir de aquí sin ser visto —dijo Raner señalando las murallas donde había cantidad de soldados norghanos de guardia.

—¿Y cómo los encontraremos?

—Estarán escondidos en algún lugar aprovechando que es de noche. Tendrán un plan de fuga… una salida pensada… Lo primero que vamos a hacer es cortarlo.

—¿El plan de salida? ¿Cómo?

—Rodeando el castillo —sonrió Raner con picardía—. Si no pueden salir, no pueden escapar.

—Oh, ya veo…

—Vayamos a la torre de los Guardabosques —dijo Raner y echó a correr.

Nilsa y los Guardabosques reales le siguieron.

Llegaron hasta la torre. Había dos Guardabosques de guardia.

—Entrad y que todos los Guardabosques se presenten de inmediato armados y en silencio. Estamos en una situación de máxima gravedad.

—¿Doy la alarma, señor? —dijo uno de los que hacían guardia mostrando su cuerno.

—No. Los quiero aquí de inmediato y sin hacer un solo ruido.

—A la orden, señor —los tres Guardabosques entraron en la torre a la carrera.

Un momento después aparecían docenas de ellos, incluso las Panteras, lo que sorprendió a Nilsa. También vio a Gonars, Sugesen, Frida y los demás.

Raner pareció extrañarse también y se acercó a las Panteras.

—¿Por qué no estáis en vuestros puestos? —preguntó.

—Las delegaciones nos han echado, señor —respondió Ingrid.

—A todos —dijo Viggo—. Y a patadas —aclaró.

—Parece ser que lo sucedido en la cena no les ha sentado nada bien. No quieren a ningún norghano cerca ni para su protección —comentó Egil—. Cosa que por otro lado es completamente comprensible, dadas las circunstancias.

Raner asintió.

—Sí, lo es. Yo tampoco querría de estar en su situación.

—¿Qué necesita de nosotros, señor? —preguntó Astrid.

—Quiero que rodeéis el castillo por el lado exterior de la muralla y forméis un perímetro cerrado para que nadie pueda escapar de la fortaleza.

—No somos suficientes… —dijo Ingrid mirando alrededor.

—Avisad al resto de Guardabosques que están durmiendo en la parte posterior, en los barracones.

—Al momento señor —dijo Ingrid y se dispuso a marchar.

—Necesito sabuesos. ¿Tenemos aquí? —preguntó Raner.

—Sí, señor —dijo un Especialista que dio un paso al frente y mostró a Raner el medallón de Cazador de Hombres—. Soy Karlsen, he traído el mío y Markusen el suyo. Siempre viajan con nosotros —dijo señalando a otro Especialista a su lado.

—¿Dónde los tenéis?

—En las perreras reales, con los perros de caza del rey.

—Id a buscadlos, los quiero conmigo en aquellos carros —Raner señaló con el dedo índice.

—A la orden, señor.

El Guardabosques Primero se dirigió al resto.

—Buscamos a dos hombres que intentan huir del castillo y deben ser apresados. Los quiero con vida para poder interrogarlos. No los matéis. Es una orden.

—Entendido, señor —dijo Astrid.

Raner hizo una seña y se dirigieron a la puerta donde los Guardabosques reales que había enviado el Guardabosques Primero hablaban con el oficial de guardia.

—Necesito que los deje salir —dijo Raner al oficial.

—No podemos abrir la puerta durante la noche, señor —el oficial no parecía muy convencido.

—Órdenes del rey. Hay que capturar a dos fugitivos. Los Guardabosques rodearán el castillo. Avise a los guardias de las murallas para que den apoyo desde las alturas.

El oficial asintió.

—A la orden, señor.

Las puertas del castillo se abrieron y comenzaron a salir en fila de a uno. Las Panteras miraron a Nilsa, que les indicó que se quedaba con Raner.

—¡Vamos, apresuraos! —dijo Raner.

Un momento después todos corrían. Las puertas se cerraron tras ellos.

—Vamos —dijo Raner a sus hombres y a Nilsa corriendo hacia los carros, donde los operarios seguían trabajando.

Nilsa había pensado lo mismo que Raner. Aquel era el mejor punto para esconderse y salir del castillo. Los carros saldrían de allí una vez estuviera todo descargado y muy probablemente también transportarían material fuera del castillo, ya fueran desechos o sobras.

Raner hizo rodear los carros.

—¡Quietos todos donde estáis! —ordenó a los trabajadores.

—Señor, solo trabajamos… —dijo el que parecía el capataz.

—Todos a este lado, a la luz —ordenó Raner e hizo que formaran bajo unas antorchas que colgaban de la pared.

—¿Eres el jefe de esta cuadrilla de trabajo? —preguntó Raner.

—Lo soy, señor —dijo el capataz del grupo.

—¿Son estos todos los trabajadores de este turno?

El capataz miró a su cuadrilla y luego a los seis carros que tenían.

—Sí, señor.

—Cuéntalos a ver si están todos.

—Yo diría que sí…

—Cuéntalos —insistió Raner con tono firme.

—Sí, señor.

El capataz comenzó a contar a todos los trabajadores señalándolos con el dedo y nombrándolos a cada uno por su nombre. Cuando terminó miró a Raner.

—Están todos, señor.

—¿No tienes dos trabajadores de más?

—No… no, señor.

Raner los observó.

—Que nadie se mueva —ordenó y miró a sus Guardabosques para que los controlaran.

Los dos Especialistas llegaron con los sabuesos.

—Aquí los tiene, señor —dijo Karlsen presentándole dos hermosos y muy bien cuidados ejemplares de sabuesos de raza norghana.

—¿Qué rastro quiere que sigan? —preguntó Markusen.

—Este —Raner les dio las ropas de los dos fugitivos.

Con cuidado y dándoles tiempo para que pudieran familiarizarse con el rastro, los dos Especialistas les dieron la ropa a husmear.

Nilsa observaba muy interesada. Sabía lo buenos que eran los sabuesos con los rastros y siempre le maravillaba que fueran capaces de seguirlos por leguas. Aquellas dos preciosidades encontrarían la pista y les conducirían hasta donde se escondían los dos fugitivos.

—Preparados, señor —dijo Karlsen a Raner.

—Adelante. Que me encuentren a esos dos traidores.

A una orden de los Especialistas los dos sabuesos comenzaron a buscar. Raner, Nilsa y los Guardabosques reales observaba atentos y con las armas en las manos.

Los dos sabuesos buscaron el rastro alrededor de los carros, olisquearon a todos los trabajadores y al capataz y luego los sacos que estaban descargando. No encontraron nada.

—Los sacos en los carros —indicó Raner.

Los Especialistas guiaron a los sabuesos y los hicieron subirse a los carros. Nilsa preparó su arco, estaba segura de que los sabuesos encontrarían a los traidores escondidos entre los sacos.

Se equivocó.

—Aquí no están —afirmó Markusen.

Raner frunció la frente. El Guardabosques Primero también estaba convencido de que estarían allí.

—Que revisen toda esta zona. Tienen que estar por aquí —ordenó.

Los Especialistas hicieron lo ordenado y guiaron a los sabuesos por toda la zona e incluso a la parte posterior de los barracones, donde los soldados dormían. Rastrearon el área y al no encontrar el rastro continuaron alrededor del edificio principal del castillo. No encontraron nada.

—Revisad la parte descubierta hasta los establos —ordenó frustrado.

Nilsa no creía que fuesen a encontrar nada en la zona despejada porque se les vería intentando huir.

Del exterior tampoco llegaba nada, por lo que los Guardabosques

desplegados fuera no los debían de haber encontrado.

Raner torcía el gesto y se quedaba pensativo.

Nilsa casi podía leer sus pensamientos.

De pronto los sabuesos localizaron el rastro.

—Aquí, señor —indicó Karlsen.

Raner, Nilsa y el resto corrieron a donde Karlsen indicaba entre el establo y la torre de los Guardabosques. Llegaron y vieron que detrás de un cobertizo al este de los establos había huellas.

—Dos hombres, agazapados, aquí detrás —indicó Markusen.

Ranger y Nilsa se acercaron a investigar. El lugar estaba oscuro y Raner pidió antorchas que los Guardabosques reales trajeron.

Nilsa pudo comprobar que, en efecto, era el rastro de dos hombres que habían estado escondiéndose detrás del cobertizo. Raner miraba en todas direcciones. Detrás estaba la muralla, que no podían haber escalado sin ser vistos por los guardias de las almenas que ya estaban fisgoneando qué sucedía.

—¿El rastro va a los establos? —preguntó Raner.

Karlsen y Markusen indicaron a los sabuesos que fueran hacia allí, pero ellos se dieron la vuelta y siguieron el rastro en dirección contraria.

En dirección a la torre de los Guardabosques.

—¿Qué hacen? ¿Por qué van hacia la torre? —preguntó Raner desconcertado.

—El olfato les lleva allí, señor —dijo Karlsen.

—Eso no puede ser, en la torre había varios Guardabosques de guardia y los habrían visto —razonó Raner.

—Los sabuesos indican que el rastro va pegado a la muralla hasta la parte trasera de la torre —confirmó Markusen.

Raner y Nilsa observaban a los sabuesos indicando el lugar.

—Hay pisadas, señor. Dos hombres —dijo Karlsen.

Raner negaba con la cabeza.

—No tiene sentido. ¿Se escondieron detrás de la torre arriesgándose a ser vistos?

—Eso parece, señor —confirmó Markusen.

—¿Hacia dónde sigue?

Los sabuesos siguieron husmeando y de pronto se dirigieron directos a la gran puerta que daba salida al castillo.

El oficial y los soldados que la guardaban miraron extrañados al verlos llegar.

—¿Señor? —preguntó el oficial.

—El rastro muere aquí —dijo Karlsen.

Raner observó la puerta y luego miró la torre. De súbito se llevó las dos manos a la cabeza.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Nilsa preocupada.

—Nos han engañado —dijo Raner con expresión de incredulidad.

—¿Engañado? No entiendo. ¿Cómo han escapado?

Raner resopló con fuerza.

—Los hemos dejado salir nosotros —explicó con tono de desmayo.

Nilsa se quedó con la boca abierta. Tardó un instante en entenderlo.

—Nosotros, los Guardabosques…

—Han salido como si fueran Guardabosques —dijo en alto Nilsa según lo razonaba.

—Y Thoran me arrancará la piel por ello.

Capítulo 36

Con las primeras luces los soldados norghanos y los Guardabosques se dispusieron a lo largo de toda la ciudad para proteger la procesión real hasta el Templo de los Dioses del Hielo. El rey Thoran y la princesa Heulyn irían en comitiva a recibir la bendición de los Dioses de la mano de Helge, clérigo principal.

En el gran patio del castillo formaban los Invencibles del Hielo. La mitad del regimiento iría al frente de la comitiva y la otra mitad cerrándola. Estaban a cargo de proteger al rey y a la princesa durante el recorrido hasta el Templo y en su regreso al castillo. En medio formaban sobre sus monturas la guardia real con el comandante Ellingsen al mando, los Guardabosques reales con Raner a la cabeza, y las Águilas reales, ya que el rey había solicitado que se unieran a la comitiva. Por parte de Irinel estaban Valeria y Aidan.

Nadie más de las familias reales de Irinel y Norghana acompañarían aquella mañana al rey y a la futura reina. Aguardarían en el castillo el regreso de los novios y la boda se produciría entonces en la sala del trono, ya con la bendición de los Dioses del Hielo.

Mientras esperaban a que Thoran y su prometida aparecieran, las Panteras charlaban sobre sus caballos. Llevaban el ropaje de gala de los Guardabosques que Gondabar les había conseguido. No era muy diferente a lo que acostumbraban a llevar, algo más elegante y con ribetes plateados.

—Parece que hoy vamos a tener un día movidito —comentó en un susurro Viggo sobre su montura.

—Ya lo creo. Procesión de bendición y luego boda real. Va a ser tremendo —dijo Nilsa sacudiendo la mano derecha.

—Esperemos no tener problemas como en la cena… —Gerd puso cara de horror.

—Irá todo bien. Solo tenemos que formar y parecer las magníficas Águilas reales del rey —dijo Astrid.

—No sé cómo me habéis convencido para esto —dijo Molak, que formaba con ellos.

—Necesitábamos un Águila real más para cubrir la marcha de Lasgol, y tú estabas a mano —dijo Astrid guiñándole un ojo.

—Te agradecemos que hayas aceptado asumir su puesto —dijo

Ingrid.

—Yo no —dijo Viggo—. Yo opino como el capitán Maravilla, no sé para qué viene.

—Pues porque el rey espera siete Águilas Reales en el desfile y nos falta uno —aclaró Ingrid.

—Pues hay cientos de Guardabosques aquí. Podríamos haber elegido a otro —se quejó Viggo.

—Molak es de los mejores, si no el mejor, de los que hay aquí —dijo Ingrid—, y lo sabes.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues tiene que ver porque si nos pregunta el rey podemos alegar que hemos remplazado a Lasgol con alguien perfecto para el puesto —dijo Ingrid.

—Ese no es perfecto para nada y menos para ser de los nuestros —se opuso Viggo.

—No seas merluzo, ¿no ves que de lo contrario tendremos que dar explicaciones que no queremos dar, como dónde está Lasgol y haciendo qué? —respondió Ingrid.

—Yo, creo… quizá he aceptado demasiado a la ligera… —dijo Molak.

—Has hecho bien —le tranquilizó Egil—. Necesitamos un séptimo Águila Real y tú eres perfecto para el puesto. Además, el día de mañana podemos volver a necesitarte si a alguno de nosotros le ocurre algo. Te vendrá bien integrarte en el grupo y aprender cómo funcionamos y las cosas que hacemos.

—Yo voto por Luca, lo saludé ayer, ese sí que es un buen Guardabosques. Y nos sirve mucho mejor que este —opinó Viggo.

—¡Que te calles, que ya está decidido! —esgrimió Ingrid.

—Haces un gran Lasgol con la capucha puesta —sonrió Astrid—. No te preocupes, todo irá bien.

—No sé si el rey Thoran aprobará esto —comentó Molak con reticencia.

—Tenemos permiso de Raner y Gondabar. Ellos se lo explicarán al rey si se necesitase —dijo Ingrid—. No te vamos a meter en ninguna situación que sea problemática para ti, tranquilo.

—Bien, en ese caso es un honor ser de las Águilas Reales, aunque sea por un rato —sonrió Molak mirando a Ingrid.

—Un rato muy corto. No te pongas cómodo —lanzó Viggo.

—Silencio todos que ya vienen —avisó Nilsa.

Thoran y Heulyn aparecieron sobre sus magníficos caballos

blancos. El del rey era de batalla y el de la princesa una yegua veloz. Las Panteras guardaron silencio y los observaron acercarse y situarse en posición en el centro de la comitiva, delante de ellos. Un momento después Thoran daba la orden de avanzar y los Invencibles del Hielo se ponían en marcha.

Salieron del castillo y se encontraron con la capital de nuevo abarrotada, más incluso que en los días anteriores. Medio Norghana estaba allí para ver al rey y a su prometida. Los cuernos anunciaban la procesión desde lo alto de las almenas y la multitud aplaudía y vitoreaba llena de alegría.

Los Invencibles del Hielo marchaban por la vía principal, la avenida de las nieves, pisando el empedrado a ritmo marcial. Daba la impresión de que se dirigían a la batalla. La calle estaba tomada por soldados norghanos que habían doblado la seguridad. Tres filas de soldados a cada lado de la calle formaban dos muros humanos que impedían que nadie pudiera acercarse a la procesión. La marea humana empujaba en su ímpetu por ver al monarca y su prometida, pero los dos muros aguantaban los embates.

Sobre los edificios a ambos lados de la calle, los Guardabosques vigilaban que nadie intentara nada contra el rey o la princesa. Tenían los tejados y balcones controlados. Esta vez no había Guardabosques entre el público, estaban todos en las alturas y tenían tomado todo el recorrido. Era un espectáculo singular ver a cientos de Guardabosques encaramados a tejados y balcones, pero así lo había requerido Thoran, que no quería correr el más mínimo riesgo. Ya habían intentado matarlo una vez, podían volver a hacerlo y fuera de su castillo había más posibilidades para un golpe traicionero.

Thoran iba bien erguido, con la barbilla alta y portaba la corona real en la cabeza. No saludaba a su pueblo, que por el contrario sí lo hacía a su monarca. Heulyn tampoco saludaba e iba tan erguida como Thoran. Ni siquiera sonreían. Se dejaban adular sin inmutarse.

El desfile hacia el templo iba recorriendo la avenida principal en dirección al centro. La multitud no paraba de aclamar a su rey y a la que pronto sería su reina.

Mientras se desarrollaba el desfile las Panteras comentaban la situación en voz baja entre ellos.

—No saludan al público… —se percató Nilsa—. Están todos aquí por ellos, aclamándoles… Deberían ser más simpáticos…

—Su arrogancia y prepotencia se lo impide —comentó Viggo.

—Muy amigables no son. ¡Si la gente los adora! Con que saludaran un poco… —dijo Gerd observando a la multitud y los gritos que daban cuando el rey y la princesa pasaban cerca de ellos.

—¿No os parece un tanto extraño que sigan con la boda pese a todo? —comentó Astrid a sus compañeros.

—Parece que ambos son de ideas fijas —aventuró Viggo.

—Lo que a mí me parece increíble es que el rey no haya castigado a Raner todavía —dijo Nilsa con tono de temor mirando al Guardabosques Primero, que iba más adelante en la comitiva.

—¿Por la huida al estilo Guardabosques? —preguntó Viggo.

—¿Lo llamamos así? —preguntó Gerd.

—Claro, le va perfecto —respondió Viggo.

—El rey está furioso con Raner y también con Ellingsen —explicó Egil—. Se escuchaban los gritos desde el Continente Helado. Pero no puede prescindir de ellos ahora, los necesita para seguir adelante con la boda, que es lo que más le importa.

—Sin ellos para liderar a la guardia y a los Guardabosques se queda desprotegido y la desorganización podría ser caótica —dijo Ingrid.

—Cuando todo esto pase se encargará de ajustar cuentas con ellos —comentó Astrid señalando al gentío que vitoreaba y aplaudía al rey y a su prometida.

—Y con quién haya intentado matar al rey —afirmó Molak.

—Eso va a ser más difícil de dilucidar —comentó Egil—. Hay muchos posibles sospechosos.

—Que tenían a alguien infiltrado en el castillo está claro. Sabían cómo llegar hasta el rey y la huida se planeó muy bien —dijo Nilsa—. Yo me quedé pasmada cuando descubrimos cómo lo habían hecho.

—¿No los han encontrado todavía? —preguntó Gerd.

—Y no los encontrarán. Toda la operación ha sido planeada con mucho cuidado —dijo Astrid—. Ya estarán fuera de Norghana.

—Se requiere de mucho oro para dar un golpe así —dijo Viggo.

—Y de mucha astucia y temple —añadió Ingrid.

—Si se descubre quién ha sido esto se va a poner muy movidito —dijo Viggo con una sonrisa maliciosa.

Los Invencibles del Hielo llegaron a la altura del centro de la ciudad y giraron por una amplia calle en dirección a la plaza central, que estaba atestada de público. Daba la impresión de que todo Norghana había acudido a ver el desfile.

Los soldados habían abierto un pasillo por el que la comitiva circulaba. Las Panteras levantaron la mirada cuando cruzaban la plaza y vieron a sus compañeros en los tejados de los edificios que la rodeaban. Eso les proporcionó algo de tranquilidad, si bien la gran

multitud que les rodeaba cantando, gritando y aplaudiendo parecía que podría engullirlos si se abalanzaban sobre ellos. Los dos muros de soldados se volvieron de cuatro hileras de profundidad.

Cruzaron la plaza central y continuaron por una calle amplia hacia el norte hasta alcanzar otra muy grande que solo tenía esa única entrada. En medio estaba el inconfundible gran Templo de los Dioses del Hielo. Era un edificio completamente blanco construido imitando la forma de un alto glaciar rectangular. A cierta distancia parecía que realmente era de hielo. Los constructores habían logrado un efecto muy especial, como si fuera un glaciar que refulgía en blanco-azul y producía sus característicos destellos azules bajo los rayos del sol primaveral.

La plaza estaba desierta. Los soldados habían evacuado a todos los que se habían reunido en ella para que la comitiva pudiera llegar hasta el templo sin problemas. Los Invencibles del Hielo se abrieron y se situaron la mitad al este del templo y la otra mitad al oeste. Frente al edificio quedaron el rey Thoran, la princesa Heulyn y su escolta.

La guardia real desmontó a una orden del comandante Ellingsen y aseguraron la entrada al templo. Los Guardabosques reales, con Raner a la cabeza, se dirigieron a la parte trasera para asegurarla también. Las Águilas Reales tenían orden de seguir al rey Thoran y Heulyn cuando hicieran su entrada.

El comandante Ellingsen entró con parte de la guardia real y aseguraron el interior. Salieron al cabo de un momento.

—Majestad, el interior está asegurado —informó Ellingsen al rey.

Aguardaron a que Raner regresara acompañado de cuatro Guardabosques reales.

—La parte posterior está asegurada —informó el Guardabosques Primero.

—Muy bien. Entremos —Thoran desmontó y los acompañantes también.

Valeria se acercó a la reina y la ayudó a bajar de su montura ofreciéndole su mano. Luego miró a las Panteras y les dedicó una pequeña inclinación de cabeza. El druida Aidan se situó tras la princesa, junto a Valeria, y también saludó a las Panteras, que le devolvieron el saludo. No habían podido hablar con el druida y les intrigaba qué hacía allí junto a la princesa. Alguna razón había, pero no habían descubierto cuál era todavía.

Ellingsen y Raner abrieron camino con cuatro Guardabosques reales y media docena de guardias reales tras ellos. Thoran y Heulyn entraron a continuación seguidos de Valeria y Aidan. Las Panteras entraron los últimos. Llevaban los arcos en las manos con una flecha

en la cuerda, listos para tirar si algo sucedía.

Avanzaron por el extraño interior del edificio, que estaba hueco en gran parte. Sus paredes parecían ser de hielo si bien eran de granito. Llegaron hasta el centro, donde estaba la gran fuente coronada con unas abstractas representaciones de los dioses con formas indefinidas. La guardia real estaba apostada en la entrada y en el centro del edificio. Las altas paredes de hielo tenían ventanas en la parte superior que dejaban entrar la claridad. Eran estrechas y largas.

Encontraron a tres clérigos que aguardaban frente a unas esculturas que representaban a los Dioses del Hielo como fuertes guerreros y guerreras norghanos, con rostros no reconocibles. Los clérigos aguardaban de pie apoyados sobre bastones de cedro blanco. Vestían largas túnicas blancas y llevaban largos cabellos y barbas del mismo color que les hacían parecerse mucho a los Magos de Hielo.

—Bienvenidos al templo —pronunciaron—. Aquellos que acuden a los templos y rezan junto a los clérigos, reciben la bendición de los dioses —dijeron los tres al unísono.

—En busca de la bendición de los Dioses del Hielo venimos —respondió Thoran.

Los clérigos asintieron y les hicieron un gesto para que les siguieran. Les condujeron a una estancia al fondo. algo más grande que las demás. Allí aguardaba un religioso de muy avanzada edad en lo que parecía un trono de hielo.

—Majestad, princesa, bienvenidos al templo. Soy Helge y soy el responsable de la orden y del templo —se presentó.

—Vienen a buscar la bendición de los Dioses del Hielo —comunicó uno de los clérigos, si bien ya lo sabían pues estaba todo organizado con anterioridad.

—Reyes y campesinos por igual necesitan de la bendición de los Dioses del Hielo para que sus vidas sean largas y prósperas —dijo Helge asintiendo y abriendo los brazos.

Thoran y Heulyn se situaron frente al clérigo mientras el resto se colocaba detrás.

—¿Cuál es el motivo de requerir la bendición? —preguntó el clérigo a modo de formalidad.

—La princesa Heulyn de Irinel y yo, Thoran, rey de Norghana vamos a contraer matrimonio. Estamos aquí como ordena la tradición norghana para recibir la bendición de los Dioses de Hielo y que nuestra unión sea una gloriosa, llena de triunfos y riquezas.

Helge asintió.

—La bendición de los Dioses de Hielo buscáis y yo, como su

representante en este reino, os la concederé—. Por favor, rey Thoran, sentaos en el trono de hielo —dijo el clérigo señalándolo.

El rey se sentó y apoyó su espalda y brazos en la estructura de hielo.

Helge se acercó con una bandeja de plata llena de agua helada.

—Introduce las manos en el agua de los dioses y moja tu cabeza con ella para que la bendición descienda del reino de los hielos y entre en ti —dijo mirando al techo del edificio.

Thoran introdujo las manos en el agua y luego mojó su cabeza con ella.

—Que los Dioses del Hielo te bendigan, Thoran, rey de Norghana —expresó el clérigo en forma de bendición.

—Que así sea —dijo Thoran y se levantó.

Le tocó el turno a Heulyn, cuya expresión era de incredulidad. Se sentó en el trono de hielo como había hecho Thoran. Helge trajo más agua y repitieron el ritual.

—Que los Dioses del Hielo te bendigan, Heulyn, princesa de Irinel.

La princesa asintió y se levantó.

—Quiero recibir también la bendición druida —pidió Heulyn mirando a Aidan.

—¿Qué bendición es esa? —preguntó Thoran.

—Soy de sangre druida. Quiero la bendición de mis raíces, de mi pueblo —argumentó Heulyn.

Thoran miró a Helge.

—¿Hay alguna contradicción si recibe ambas bendiciones?

—Los Dioses del Hielo son magnánimos y ven bien las bendiciones de otros dioses menores. No hay problema en que reciba las dos.

—Adelante entonces —dijo Thoran a Heulyn, aunque su mal gesto daba a entender que no estaba contento con aquello.

Aidan se acercó hasta la princesa.

El druida sonrió.

—La bendición de los druidas es solo para aquellos de la sangre de su pueblo.

Heulyn se subió las mangas del vestido mostrando sus pálidos antebrazos.

Aidan comenzó a murmurar entre dientes moviendo el cayado de madera que llevaba con él. Las Panteras se dieron cuenta de que estaba invocando magia druida, lo que hizo que se pusieran alerta.

—¿Qué hace? —preguntó Thoran, que también intuyó que ocurría

algo.

—Es magia, Majestad —advirtió Raner.

—¿Magia? Retrasémonos —ordenó Thoran y marchó atrás unos pasos hasta el centro de la estancia. Los Guardabosques reales y la guardia real se retrasaron con él, al igual que Raner y el comandante.

Valeria no se movió y tampoco lo hicieron las Panteras. Conocían a Aidan, no iba a hacer nada dañino ni a la princesa ni a ellos. Molak, que no lo conocía, se movió inquieto. Ingrid lo agarró del brazo para tranquilizarlo. A Viggo no se le escapó el gesto.

Aidan continuó conjurando. Con un movimiento leve, tocó con la punta de su vara el antebrazo derecho de la princesa y al hacerlo un tatuaje comenzó a formarse sobre la piel, uno de color verde, del estilo que los druidas llevaban. Continuó con el conjuro y tocó el antebrazo izquierdo de la misma forma. Otro tatuaje comenzó a formarse en aquel lugar.

—La bendición de los druidas está contigo, siempre te protegerá pues en tu piel grabada queda —dijo Aidan.

—Agradezco la bendición de mi sangre, de mi pueblo.

Aidan realizó una reverencia ante Heulyn.

—Que tengas un futuro pleno y feliz —deseó Aidan.

—Que las bendiciones de tu pueblo, el antiguo y el nuevo, te protejan y guíen —deseó Helge, que había presenciado el rito druida sin pestañear.

Las Panteras observaban el ritual sin entender muy bien qué estaba pasando. Sabían que la princesa era de sangre druida, pero había aceptado casarse con Thoran renunciando a sus ancestros, o eso habían entendido. ¿Quizá no era así? ¿Había pedido a su padre que le permitiera reconciliarse con los druidas y por ello el rey había traído a Aidan? Desde luego, todo aquello era extraño y que la princesa se tatuara como un druida todavía más.

Heulyn miró a Thoran.

—Druida soy y druida seré —dijo mostrándole los dos tatuajes.

—Serás reina de Norghana, druida o no —dijo Thoran.

—Seré reina druida —respondió ella, desafiante.

Thoran abrió la boca para replicar.

De súbito, del techo cayeron varios objetos que impactaron contra el suelo y se rompieron con un sonido de cristales rotos.

Un humo amarronado comenzó a salir de los objetos rotos expandiéndose por toda la estancia.

—¡Nos atacan! —exclamó Ingrid.

Todos prepararon sus armas.

Capítulo 37

—¡Guardia real, proteged al rey! —ordenó el comandante Ellingsen.

La guardia real rodeó al rey en el centro de la estancia protegiéndole, formando una muralla de escudos circular. Junto al rey estaba el comandante dando las órdenes.

—¡Guardabosques, repeled el ataque! —gritó Raner, que se había quedado fuera del círculo y armaba su arco.

Los Guardabosques reales apuntaron con sus arcos, pero el humo amarronado no les permitía ver contra qué tirar.

Al fondo de la estancia Valeria y Aidan se situaron junto a la princesa.

—Conmigo, princesa —dijo Valeria, que tenía su arco preparado.

Las Panteras miraban en todas direcciones listas para tirar, pero no distinguían enemigo alguno. El humo amarronado era cada vez más sólido y llenaba toda la estancia. Lo que había empezado como una neblina era ahora humo cerrado que no dejaba ver nada.

—¡Atentos! —dijo Astrid a sus compañeros.

—¡No veo a nadie! —exclamó Nilsa.

—¿Dónde están los atacantes? —preguntó Gerd mirando en todas las direcciones.

—Espalda con espalda —dijo Molak—. No perdáis contacto.

Se escucharon nuevos objetos caer al suelo. Al romperse comenzó a salir una substancia violeta que se entremezcló con el humo marrón que impedía la visión.

—Esto tiene mala pinta —dijo Viggo.

—¿Cómo de mala? —preguntó Astrid.

—Muy mala.

—¡Sacad al rey de aquí! —gritó el comandante Ellingsen y comenzaron a retrasarse hacia la salida de la estancia.

De pronto la puerta de acceso se cerró por el lado por donde ellos estaban.

El comandante vio cómo lo hacía, como si un fantasma la empujara.

—¡Es una trampa! —gritó.

—¡Derribad la puerta! —aulló Thoran—. ¡Sacadme de aquí!

La guardia real comenzó a golpear la puerta para derribarla.

Al fondo de la estancia la situación no era mejor.

—Valeria, Aidan, protegedme —ordenó la princesa Heulyn.

—Nadie va a haceros daño —aseguró Valeria.

—Estamos para proteger a la princesa —dijo Aidan.

—Helge, ¿hay alguna salida trasera? —preguntó Valeria al clérigo.

—No… la delantera es la única forma de salir que hay.

Aidan comenzó a conjurar en el suelo. Utilizando su magia druida creo una enorme mariposa del tamaño de una persona. La mariposa comenzó a aletear sin moverse de donde estaba. Con su aleteo alejaba la substancia que los rodeaba. No la apartaba toda, pero sí lo suficiente para que la princesa pudiera respirar aire no contaminado.

A su lado las Panteras intentaban decidir cómo salir de aquella situación.

—¿Dónde están los atacantes? ¿Por qué no atacan? —preguntó Molak.

—Ya lo están haciendo —dijo Egil.

—¿Dónde? —quiso saber Gerd, que miraba en todas las direcciones sin ver ni tan siquiera una sombra.

—Poneos los pañuelos de Guardabosques y cubrid boca y nariz —dijo Egil—. Valeria, Aidan, vosotros también, usad pañuelos o rasgad la ropa.

—¿Ese gas lila es tóxico? —preguntó Ingrid, que miraba a todas partes intentando ver a los atacantes.

—Es veneno —confirmó Viggo.

—¿Corremos hacia la salida? —preguntó Nilsa.

—El color es más lila en el centro, si nos acercamos moriremos —dijo Astrid.

—¿Entonces qué hacemos? No podemos quedarnos aquí quietos —dijo Molak.

—Tirad contra las ventanas, hay que romperlas —dijo Astrid.

—¡Rompedlas, que salga el humo venenoso! —dijo Ingrid, que comprendió lo que Astrid intentaba.

Mientras las Panteras tiraban contra las ventanas altas, el veneno comenzó a hacer efecto y varios guardias reales se fueron al suelo, y un momento después también dos de los Guardabosques.

—¡Poneos los pañuelos todos! —ordenó Raner—. Majestad, no

respiréis este aire, está envenenado —advirtió.

Thoran buscó desesperadamente un pañuelo y al no encontrarlo el comandante Ellingsen se rasgó su peto y se lo dio al rey para que lo usara para protegerse.

—¡Hay que salir de aquí! ¡Derribad la puerta!

La guardia real golpeaba la puerta, pero era de roble macizo y no cedía.

Al otro lado de la estancia las cosas no iban mejor.

—¡Las ventanas no se rompen! —dijo Ingrid.

—¡Son de hielo o de un cristal muy duro! —dijo Astrid.

—¡Utilizad flechas elementales! —dijo Valeria, que ya tiraba con una—. ¡Los estallidos puede que las rompan!

—Buena idea, ¡flechas elementales! —dijo Ingrid.

Egil se agachó, sacó un bote y empapó su pañuelo con el líquido que llevaba.

—Pasadlo y vertedlo sobre los pañuelos.

—De acuerdo —dijo Nilsa echando parte en el suyo.

Las Panteras tiraban contra las ventanas con flechas de fuego, tierra y aire. Las detonaciones comenzaron a surtir efecto. ¡Empezaban a resquebrajarse!

—¡Vamos, ya lo tenemos! —animó Ingrid.

La flecha de Molak rompió una de las ventanas.

—Una rota —dijo.

Nilsa hizo estallar otra en mil cristales.

—Otra más.

Continuaron tirando y Valeria rompió una tercera.

—¡Todos contra esa cuarta ventana! —dijo Ingrid.

Ocho flechas golpearon contra ella con sus múltiples detonaciones y el cristal terminó de romperse.

El humo venenoso comenzó a salir.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Nilsa.

Una silueta descendía por la pared a espaldas del grupo como una araña oculta en el humo amarronado que no permitía verla bajar. Iba completamente vestida de blanco y se fundía con el muro. En las manos llevaba dos cuchillos también blancos.

Finalmente, la guardia real tumbó la puerta.

—¡Sacad al rey! —gritó el comandante.

Los guardias reales que todavía estaban en pie sacaron al rey de la

estancia y se lo llevaron a la contigua junto a la gran fuente. Allí se les unieron más guardias.

El rey tosía y el comandante también.

—¿Es… segura… esta zona? —preguntó a sus hombres.

—Sí, señor. Zona segura.

—Majestad, ¿estáis… bien?

Thoran tosía.

—¡Traedme… a los cirujanos! —ordenó.

Raner salió al cabo de un momento arrastrando a uno de sus hombres y miró alrededor.

—¿Es seguro?

El comandante Ellingsen asintió.

—Zona asegurada.

Un Guardabosques real salió tosiendo.

—Voy a sacar al resto —dijo Raner y colocándose mejor el pañuelo volvió a entrar.

La silueta se acercó por la espalda hasta la princesa Heulyn. El humo todavía los cubría hasta la cintura, pero el asesino avanzaba arrastrándose por el suelo como una víbora blanca.

Las Panteras estaban mirando al techo y a la salida que se acababa de librar.

—Salgamos de aquí —dijo Valeria a la princesa.

—Vamos, protejamos a la princesa hasta la salida —dijo Egil.

Ingrid y Nilsa se adelantaron con Molak con los arcos preparados. Egil se acercó a Valeria y Aidan.

—Salgamos rápido —dijo.

En ese instante, el asesino blanco surgió de entre el humo marrón y saltó a la espalda de la princesa.

—¡Muerte a la reina druida! —gritó.

Heulyn se giró y vio cómo el asesino blanco se le venía encima con sus cuchillos directos a su corazón.

Aidan comenzó a conjurar, pero sabía que no detendría el golpe a tiempo.

Valeria levantó su arco para tirar.

Los cuchillos fueron a dar muerte a la princesa.

De súbito, con la velocidad del rayo, Viggo apareció entre la

princesa y el asesino blanco y desvió los dos cuchillos con los suyos.

—¡Maldito! —exclamó el asesino intentando un contrataque. Astrid apareció a su espalda y le clavó el cuchillo en el costado.

El asesino rugió de dolor e intentó rehacerse.

La flecha de Valeria le atravesó el corazón.

—¡Sacad a la princesa, puede haber más! —gritó Ingrid.

Valeria y Aidan cogieron a la princesa y se la llevaron. Las Panteras fueron tras ellos avanzando de espaldas con arcos y cuchillos preparados por si aparecía otro asesino de entre el humo, que todavía cubría todo el suelo de la estancia y tenía una vara de altura.

Raner llegó hasta ellos.

—Salgamos rápido, la otra estancia está limpia.

Consiguieron salir, pero Helge murió por el humo tóxico.

Llegaron hasta la fuente y la princesa se fue al suelo.

Valeria la ayudó y Aidan le dio un tónico reconstituyente que llevaba con algo de magia de los druidas.

—¿Qué ha pasado ahí adentro? ¡Quiero explicaciones! —gritaba el rey Thoran tumbado en el suelo.

—Ha sido una trampa —dijo Raner.

—¿Para matarme? ¿Otro intento de acabar con mi vida? —Thoran miraba a todos buscando explicaciones.

—Han intentado… matarme… a mí —dijo Heulyn con voz entrecortada.

—¿A ti? —Thoran abrió mucho los ojos.

—Sí, hay un asesino muerto al fondo que lo prueba.

—¿Un asesino? ¿Quién lo ha matado?

—Tus Águilas Reales —dijo Heulyn, que no parecía demasiado agradecida.

Thoran miró a las Panteras.

—¿Qué ha pasado? ¡Explicadlo!

—Majestad, hemos caído en una trampa muy bien elaborada —explicó Egil—. Hemos sobrevivido por muy poco. Han utilizado gas tóxico mezclado con otro para impedirnos ver lo que sucedía mientras un asesino se acercaba a matar a la princesa por la espalda. En el último instante hemos detectado la amenaza y la hemos neutralizado.

—¿Seguro que querían matar a la princesa y no a mí?

—Seguro. El asesino ha gritado “Muerte a la reina druida”. En cuanto a su majestad, podría ser también que buscaran ambas muertes —explicó Egil.

—¡Entrad ahí y registrad la estancia!

La guardia real entró corriendo y comenzaron a inspeccionar. El humo tóxico ya se estaba disipando.

—¡Y traedme a ese asesino! ¡Quiero verle la cara!

No tardaron demasiado en salir con el asesino muerto. Lo dejaron a un lado.

El rey se puso en pie.

—Lleva una máscara blanca.

—Probablemente para protegerse del humo venenoso —explicó Egil.

—¡Quitádsela!

El comandante Ellingsen se la quitó.

—¡Es un zangriano!

Los rasgos eran zangrianos sin lugar a duda. Tenía la tez oscura y cabello oscuro largo con cejas pobladas. Era bajo y muy fuerte.

—¡Voy a arrasar ese maldito reino! ¡No dejaré a un zangriano con vida!

—Majestad, que sea de allí no quiere decir necesariamente que trabaje para ellos —dijo Egil con tono suave.

—¡Si es blanca y viene de la vaca solo puede ser leche! —respondió el rey a gritos.

—Majestad, no siempre… —comenzó a decir Egil, pero viendo la expresión de ira en el rostro del rey se detuvo. No estaba para razonamientos.

—¡Detened a toda la delegación zangriana! ¡Metedlos en los calabozos reales!

—Majestad… eso provocará una crisis política… —dijo el comandante Ellingsen.

—¡Han intentado matar al rey de Norghana y a la que va a convertirse en reina! ¡Eso es lo que va a provocar una crisis política! —Thoran gritaba tan fuerte que sus palabras rebotaban en las paredes del templo.

—¡Comandante, cumpla mis órdenes! ¡Detenga a todos los zangrianos que estén en la capital!

—¿A todos, Majestad?

—¡A todos y cada uno! —Thoran estaba fuera de sí de la rabia.

—Se hará como ordenéis… —acató Ellingsen.

—¡Esto es inaceptable! ¡Atentan contra mí! ¡Y en mi propia boda! —Thoran tenía las manos en la corona. Parecía incapaz de aceptar lo

que había sucedido.

—También han atentado contra mí y también en mi boda —apuntó Heulyn.

—Tenemos varias bajas, Majestad —dijo Raner—. Han muerto cuatro miembros de la guardia real y tres de mis Guardabosques reales.

—¡Pagarán por esto, lo juro! —gritó Thoran.

—Voy a ver cómo está el exterior y si hay más peligro —dijo Raner, que hizo una seña a las Águilas Reales para que se quedaran. Cogió a tres Guardabosques y salió a la parte exterior del templo.

Se recuperaron mientras aguardaban a que Raner regresara. En el interior no había más peligro y la guardia y los Guardabosques vigilaban atentos.

Valeria miró a las Panteras y les dio las gracias con un gesto.

Nilsa la saludó de vuelta.

—Todo despejado en el exterior —dijo Raner—. Nadie se ha dado cuenta de lo que ha sucedido aquí dentro.

—Eso está bien —dijo de pronto el rey.

—¿Bien? —preguntó Heulyn con cara de no poder creerlo.

—Nadie sabe lo que ha pasado aquí y no tienen por qué saberlo —dijo el rey más para sí que para los que escuchaban.

—¡Claro que tienen que saberlo! ¡Mi padre tiene que saberlo! —exclamó Heulyn.

—Y lo sabrá, pero no ahora. Ahora seguiremos con la boda como estaba previsto.

Todos miraron al rey con rostros de confusión.

—Majestad… han intentado mataros, no podéis seguir adelante con la boda… —dijo Ellingsen.

—Puedo y seguiré —afirmó Thoran.

—Es muy peligroso. Ya ha habido dos intentos de acabar con vuestra vida —dijo Raner.

—No esperan que haya salido vivo de esta y tampoco esperan que siga adelante con la boda. Por eso voy a seguir.

El comandante y Raner se miraron inquietos.

—Tienes razón. No tendrán nada planeado. Seguiremos adelante con la ceremonia —se unió Heulyn.

—Saldremos de aquí como si nada hubiera pasado. Dejad a unos guardias para que controlen a los clérigos y no se vayan de la lengua —dijo el rey.

—El clérigo Helge ha muerto —dijo Raner.

—Ya lo enterrarán mañana cuando la boda haya terminado —dijo el rey con tono de que no le importaba lo más mínimo.

—Muy bien, señor —dijo Raner bajando la cabeza.

—Vosotros, mis Águilas Reales —dijo el rey, que los miró y los señaló con el dedo índice lo que provocó que se inquietaran.

—¿Majestad? —preguntó Ingrid.

—Habéis salvado a la princesa. Os encomiendo su protección hasta nueva orden. Nada debe ocurrirle.

—¡De eso nada! ¡No los quiero a mi lado! —protestó Heulyn.

—Te han salvado la vida y siempre cumplen sus misiones. No me han fallado nunca, no como el resto de los que están aquí —dijo Thoran mirando al comandante Ellingsen y a Raner.

—Los detesto. Me secuestraron y me trataron como a una prisionera. Me pusieron las manos encima. Deberían estar muertos por ello.

—Eso fue siguiendo mis órdenes. Y te trajeron hasta mí como les pedí.

—¡No quiero su presencia a mi lado! ¡Lo sabes! ¡Te he pedido sus cabezas varias veces!

—Y yo te las he negado. Si te las hubiera concedido ahora estarías muerta.

—Tengo a Valeria y a Aidan conmigo. ¡No los necesito!

—¡Harás como tu rey ordena! —exclamó Thoran furioso.

Heulyn fue a replicar, pero viendo que Thoran estaba ya casi fuera de sí se contuvo.

—Obedeceré a mi rey.

—Muy bien —asintió Thoran y se volvió hacia las Panteras—. Protegedla, es una orden del rey.

—Así lo haremos —confirmó Ingrid.

—Y ahora saldremos de aquí, desfilaremos de vuelta al castillo y la boda tendrá lugar como si nada hubiera pasado —dijo Thoran.

—Así se hará, Majestad —dijo Ellingsen.

Capítulo 38

La boda continuó su curso, tal y como el rey había ordenado. En el desfile de regreso al castillo no hubo ningún incidente. Thoran y Heulyn montaron en medio de los Invencibles como si nada hubiera sucedido. El pueblo tampoco supo de lo acontecido y disfrutaron de la procesión vitoreando, aclamando y aplaudiendo a gritos.

Los que parecían más tensos ahora eran las Panteras, que no estaban precisamente encantadas con la nueva misión que les había encomendado el rey. La que sí parecía divertirse con la nueva situación era Valeria, que sonreía. Ahora tendrían que trabajar con ella. La vida daba muchas vueltas.

Alcanzaron el castillo y una vez dentro y a salvo Thoran y Heulyn desmontaron. Los demás aguardaron para poder hacerlo.

—Comandante Ellingsen, encárgate del problema zangriano —dijo el rey.

—Al momento, Majestad.

—Iremos directos a la sala del trono para la ceremonia —anunció el rey.

—Quiero cambiarme el vestido, este tiene un olor terrible y no es el que tengo para la boda —dijo Heulyn a Thoran.

—No vamos a correr más riesgos. En la sala del trono estaremos a salvo. Si quieres cambiarte haz que te lleven el vestido de boda allí.

—¡No voy a cambiarme en la sala del trono delante de todos!

—En la estancia posterior. Las Águilas se encargarán de protegerte.

—¡Esto es inaceptable! ¡No voy a cambiarme en una sala y menos delante de ellos!

—¡Sí lo vas a hacer porque es lo más seguro y porque así lo manda el rey! —gritó Thoran.

Las Panteras se miraban entre ellos de forma disimulada. El rey estaba intratable y todos sabían que en esas situaciones era mejor apartarse.

Thoran entró en el castillo seguido de la guardia real junto con Raner y los Guardabosques reales. Los Invencibles se quedaron formando en el patio de armas. La princesa Heulyn siguió al rey mascullando improperios.

Un rato más tarde, mientras los invitados de las delegaciones y los nobles norghanos accedían a la sala del trono para la ceremonia, las Panteras aguardaban en la sala posterior a que trajeran el vestido de la princesa.

Todos estaban en silencio. Heulyn les lanzaba miradas de odio en posición junto a Valeria y Aidan. Por fin aparecieron dos sirvientas con el vestido y se lo entregaron a la princesa.

—¡Ya era hora! —gritó Heulyn.

Valeria cogió el vestido y lo examinó por si había algo que pudiera ser peligroso, como un alfiler envenenado o similar. No encontró nada y se lo dio a la princesa.

—¡Id al fondo y no miréis! —ordenó Heulyn a todos señalando el extremo opuesto de la estancia.

Todos obedecieron y la princesa comenzó a vestirse con la ayuda de las dos sirvientas mientras seguía soltando improperios.

—Vaya, parece que volvemos a colaborar —susurró Valeria con una sonrisa sagaz.

—Eso parece —dijo Ingrid con tono serio.

—Molak, ¿desde cuándo eres de las Águilas Reales? —Valeria se había percatado de lo que sucedía.

—Desde hace poco, cosas que ocurren… —disimuló él.

—Seguro que haces muy bien de Lasgol —le guiñó un ojo con picardía.

—Lo intento —se encogió de hombros.

—Habéis elegido a un buen sustituto —dijo Valeria—. Molak es muy bueno y leal.

—¿A ti qué más te da lo que hagamos nosotros? —dijo Astrid con tono que dejaba clara su enemistad.

—Siempre me interesa lo que hacéis. Y ahora mucho más, ya que tenemos que trabajar juntos.

—No será por mucho tiempo —cortó Astrid.

—¿Qué ha sucedido en el templo, Egil? —preguntó Valeria de forma directa.

—Una trampa, una muy bien pensada y ejecutada.

—¿Crees de verdad que han sido los zangrianos?

—Es difícil de saber, si bien a eso apuntan las pruebas. Por otro lado, las pruebas muchas veces se plantan o son dejadas a propósito para despistar.

—¿No es muy compleja para que sea una trampa zangriana? No son conocidos por su sesera —comentó Valeria llevándose el dedo

índice a la frente.

—Habría que investigarlo a fondo para llegar hasta quien lo haya preparado —dijo Egil—. No será nada fácil encontrar al culpable, me temo.

—¿Crees que está relacionado con el envenenamiento del rey en la cena? —preguntó Aidan.

—Podría estarlo, sí —asintió Egil.

—Los dos ataques han sido con veneno —razonó Aidan—. Coincidencia no parece.

—¿Qué haces con la princesa, Aidan? —preguntó Ingrid mirando de reojo para ver si Heulyn escuchaba. Estaba absorta poniéndose un vestido muy elegante y gritando a las dos pobres sirvientas, que hacían cuanto podían por complacerla.

—La princesa ha requerido de un guía druida y el rey Kendrick me ha asignado esta importante labor.

—¿Guía druida? —se extrañó Nilsa.

—La princesa quiere ahondar en sus raíces. Desea explorar su potencial como druida. Al ser de la sangre está en su derecho. He venido con maestros druidas que me ayudarán en la labor.

—¿Va a convertirse en druida como tú? —preguntó Astrid extrañada.

—Cuánto desee profundizar en nuestras raíces y en lo que quiera convertirse es decisión suya —explicó Aidan—. Mi labor es guiarla por el bosque bajo los designios de la madre naturaleza.

—Pero para eso, aparte de sangre druida, debe tener el Don… —razonó Astrid.

—Así es —confirmó Aidan—. No todos los de sangre druida tienen el Don, pero sí muchos.

Astrid miró a Egil, que escuchaba muy atento. Si la princesa resultaba tener el Don muchas cosas podrían cambiar.

—Pues yo quiero verla tatuada como tú y los tuyos —dijo Viggo—. Sobre todo, en la cara —sonrió con malicia.

—Los tatuajes marcan etapas en el crecimiento del druida —dijo Aidan—. Solo aquellos que alcanzan los niveles más altos y profundos llegan a tatuarse el rostro.

—Pensé que quizá habías venido para llevártela —dijo Egil—. Corren rumores de que el pueblo druida la quiere de vuelta.

—Esos rumores son ciertos. Por ello el rey Kendrick permite que la instruya en la forma de vida druida. Es un compromiso, si mi pueblo ve que la princesa sigue nuestras leyes y cultura, puede que se

contenten y se eviten problemas.

—El rey Kendrick siempre encuentra la forma de negociar una salida —dijo Egil con tono de respeto.

—Es un rey inteligente —confirmó Aidan.

—¡No habléis de mi padre! —ordenó la princesa, que ya se había vestido y había escuchado las últimas palabras.

Llevaba puesto un elegantísimo y majestuoso vestido de seda verde con ribetes blancos.

—¡Ni de él, ni de mí, ni de nadie de mi familia! —los gritos que daba le hacían perder ese aire majestuoso.

—Estáis radiante —dijo Aidan.

—Bellísima. Toda una princesa —aduló Valeria.

—Y en breve seré toda una reina —dijo con determinación.

—Voy a ver si podéis hacer ya vuestra entrada —dijo Valeria, que abrió la puerta que daba a la sala del trono—. Están todos esperando. Podéis entrar, alteza.

—Muy bien, vamos allá —dijo la princesa e indicó a Valeria y a Aidan que abrieran camino.

Entraron en la sala del trono y la encontraron abarrotada. Todas las miradas se volvieron hacia la princesa y su séquito. La mitad de la sala estaba llena de miembros de las delegaciones que estaban juntos, pero ligeramente separados los unos de los otros, como si fueran portadores de alguna enfermedad única de su reino y nadie quisiera tocar a nadie. También existía el riesgo de una puñalada por la espalda o en el costado. Las delegaciones llevaban a sus guardaespaldas, que estaban tensos y muy alerta.

La guardia real y los Guardabosques reales vigilaban de cerca. Estaban apostados en las cuatro paredes y las columnas de la sala, controlándolo todo. No habría más intentos de asesinato hacia el monarca o su prometida.

La otra mitad de la estancia estaba a rebosar con los nobles de la corte. Estaban los principales nobles del Este, como el conde Volgren, el duque Uldritch, el duque Oslevan y otros señores importantes. Los acompañaban esposas, hijos y familiares cercanos, así como señores menores que les servían. Los más importantes ocupaban las primeras filas, cerca del trono del rey, mientras que los menores se situaban más atrás.

Situados los últimos en la zona noble estaban los nobles del Oeste. El duque Erikson asistía, al igual que el duque Svensen y el conde Malason y algunos señores menores del Oeste. Debían hacerlo, pues el rey los había invitado y de no asistir Thoran sospecharía de ellos. Los

nobles del Oeste debían reconocer a su rey y nueva reina, les gustara o no, y por ello estaban allí. Por eso y para ver cómo terminaba la boda y coronación de la nueva reina.

El rey Thoran aguardaba en el trono y junto al suyo se había puesto un segundo trono para la nueva reina. A la derecha de Thoran estaba su hermano Orten, así como el comandante Ellingsen y el Guardabosques Primero Raner.

A la izquierda, frente al trono que iba a ocupar Heulyn, estaba su familia: el rey Kendrick y la reina Gwyneth, junto al príncipe Kylian.

La princesa llegó frente al rey Thoran y realizó una reverencia. Se quedó aguardando a que su prometido le ofreciera el trono.

El rey bajó del suyo y le ofreció su mano a la princesa, que la aceptó, y la acompañó hasta el trono de la reina.

Las Panteras, Valeria y Aidan se situaron a la izquierda del trono, frente a la familia real de Irinel.

Comenzó la ceremonia. El encargado de oficiarla fue el Magistrado Tarseson, que aguardaba en un lado. Era un hombre delgado de pelo corto y cano. Debía rondar los ochenta años y se encargaba de los asuntos legales más importantes del reino. Rara vez se le veía pues pasaba la mayor parte del tiempo en su estudio en el castillo con sus ayudantes. Se acercó hasta el rey y la princesa y saludó con formalidad.

—Nos encontramos hoy aquí para ser testigos de la unión en matrimonio del rey Thoran de Norghana y la princesa Heulyn de Irinel —dijo en voz alta y grave —. Es un día glorioso en el que coronaremos a una nueva reina para Norghana.

Mientras Tarseson soltaba un discurso solemne a los invitados como parte de la ceremonia, las Panteras observaban la sala del trono. Lo que les sorprendió fue que ninguna de las delegaciones había abandonado el castillo después de todo lo que había sucedido. Exceptuando la zangriana, a la que habían detenido y estaba ahora encerrada en las mazmorras.

—¿Por qué siguen aquí? —preguntó Gerd en un susurro—. Yo me hubiera ido de vuelta a mi país.

—Eso me preguntó yo también —dijo Nilsa—. El rey les ha gritado y faltado al respeto, pensaba que se habrían ido casi todos.

—Quizá estén aquí por deber —dijo Ingrid.

—Por deber no es, mi rubita belicosa —dijo Viggo guiñándole un ojo.

—¿Entonces por qué?

—Porque el que marche parecerá culpable y Thoran tiene a sus

ejércitos rodeando la ciudad. No llegarían lejos.

—No es por eso… —dijo Ingrid mirando a Egil para que le confirmara que no era ese el caso.

—Me temo que nuestro malpensado amigo tiene bastante razón —dijo Egil sonriendo.

—¿Ves? Piensa mal y siempre darás en el blanco —sonrió Viggo muy orgulloso de sí mismo.

—Los monarcas y las delegaciones no quieren marchar a media boda después de todo lo que ha ocurrido, ya que inmediatamente Thoran y Orten desconfiarán de quien lo haga —explicó Egil—. Es natural. Si hay intentos de asesinato sobre el rey y la futura reina y las delegaciones parten en mitad del evento resultarán sospechosos de inmediato.

—Sí, sospechoso es… —dijo Gerd.

—Muy sospechoso —Viggo enarcó ambas cejas.

—Bueno, podrían marchar todos a una —dijo Ingrid—. Así Thoran no sabría a quién echarle la culpa. Todos no pueden haber sido.

—Eso requeriría que hablaran entre ellos y se pusieran de acuerdo, cosa que como habéis comprobado no va a ocurrir ni ahora ni en un futuro cercano —argumentó Egil.

—Eso también es verdad —dijo Nilsa gesticulando con grandes ojos.

—Se estarán preguntando qué ha sucedido con la delegación de Zangria —dijo Molak—. ¿Creéis que saben lo que ocurrió en el templo?

—En esta ciudad se sabe todo, y más ahora que está llena de espías. Todos lo saben. También saben que Thoran cree que han sido los zangrianos y por eso los ha detenido —dijo Astrid.

—Muy cierto —afirmó Egil.

—Veremos si esto termina bien…. —dijo Viggo.

—No empieces… —replicó Ingrid.

—Tenemos que proteger a la princesa —dijo Nilsa—, y no va a ser cosa fácil.

—Es que nos adora por lo de Irinel —dijo Gerd.

—¿Siempre tenéis estos líos entre manos? —preguntó Molak—. Sabía que os metíais en situaciones comprometidas, pero vamos…

—Bah, esto no es nada. Espera a que te liemos para matar al dragón —dijo Nilsa.

—¿Matar al dragón? Es broma, ¿verdad? —Molak miró a Ingrid en busca de una respuesta.

—Me temo que de broma nada.

Molak se quedó más serio todavía de lo que habitualmente era.

—Al capitán Maravilla se le ha atragantado la conversación —rio por lo bajo Viggo.

—Eso le pasa a cualquiera que ande con nosotros —defendió Astrid —. Tranquilo, Molak, estás preparado para eso y para mucho más.

—Espero estarlo —asintió él.

La ceremonia continuó y Tarseson dio paso al tradicional intercambio de regalos entre el novio y la novia.

—Que los novios intercambien obsequios ahora como marca la tradición en las bodas norghanas —anunció Tarseson.

—Con respeto os ofrezco este presente —dijo la princesa de Irinel y pidió que le trajeran el regalo para Thoran. Un sirviente se acercó y le dio un objeto a Heulyn, que a su vez se lo ofreció a Thoran. Iba envuelto en un trapo verde y era de un tamaño considerable.

Thoran quitó el paño verde y descubrió un hacha de guerra norghana con oro y joyas preciosos dignas de un rey guerrero. Era un arma bella, letal y se podía comprobar que había sido confeccionada por un artesano de renombre.

—Es un arma… magnífica —dijo Thoran levantándola y sopesándola mientras la inspeccionaba.

—Que esta arma os lleve a muchas conquistas en los años futuros.

—Gracias, lo hará, estoy seguro —Thoran estaba encantado con su hacha de guerra.

Heulyn se quedó esperando su obsequio. Thoran estaba disfrutando tanto con su hacha que parecía haberse olvidado de que estaban en medio de la ceremonia. Su hermano, que no quitaba el ojo al arma, carraspeó con fuerza. Thoran se percató.

—Oh, sí. Toma, hermano. Cuídamela —dijo y le dio el hacha.

—Con gusto —dijo Orten, que se puso también a examinarla.

—El obsequio —pidió Thoran y un sirviente lo trajo enseguida.

—Majestad —se lo ofreció el sirviente.

Thoran lo cogió. Era una caja de madera forrada de terciopelo blanco y rojo.

—Os ofrezco este presente con respeto —dijo Thoran y se lo dio.

Heulyn cogió la caja, que era de dos palmos por dos palmos, y la abrió. De su interior sacó un collar precioso de oro con una docena de enormes rubíes que destellaban en rojo. Los asistentes emitieron suspiros ahogados al ver semejante colgante. Debía valer una fortuna.

—Es… hermosísimo… —balbuceó Heulyn.

—Nada menos merece mi reina. Permitidme ponéroslo —dijo Thoran, que se situó tras ella y le colocó el enorme collar en el cuello. Los asistentes aplaudieron el increíble regalo. Los reyes de Irinel asentían muy orgullosos. El regalo les había parecido que estaba a la altura de lo que merecía su hija.

—Es exquisito, impresionante —dijo Heulyn, que no podía apartar los ojos del valiosísimo collar.

—Y ahora que se firme el documento para que quede constancia escrita a las futuras generaciones de la boda real hoy suscrita —anunció Tarseson.

El embajador Larsen apareció con un pergamino real y el sello del rey Thoran acompañado del consejero Kacey, que llevaba el del rey de Irinel. Les seguían dos sirvientes que portaban un atril de madera y una caja con pluma y tinta. Colocaron el atril frente a Thoran y Heulyn.

Tarseson puso el pergamino real con el contrato de boda.

—Firmad aquí, alteza —le dijo primero a Heulyn señalando dónde debía firmar.

La princesa miró a su padre, el rey Kendrick, que le hizo un gesto afirmativo. Luego miró a Thoran, que aguardaba sonriendo.

Heulyn suspiró hondo y firmó el documento.

A continuación, fue el turno el rey Thoran.

—Aquí, Majestad —indicó Tarseson.

El rey firmó.

Tarseson llamó al duque Orten, que se acercó y firmó el documento en calidad de testigo. Luego llamó al rey Kendryk, que se acercó y también firmó como testigo.

Larsen le dio el sello real a Thoran, que lo quemó en una vela y luego lo estampó en el documento real. Kacey hizo lo propio con el sello real de Irinel y el rey Kendrick estampó el sello en el documento.

Por último, el Magistrado firmó el documento por su cara posterior indicando la fecha.

—Es oficial. La unión queda completada —anunció Tarseson con voz potente—. ¡Os presento al rey y la reina de Norghana!

El rey Thoran le puso la corona de reina a Heulyn en la cabeza.

—¡Larga vida al rey! —vitoreó Orten.

—¡Larga vida! —gritaron todos los nobles.

—¡Larga vida a la reina! —proclamó Orten.

—¡Larga vida! —vitorearon todos.

Thoran indicó a Heulyn que se pusieran en pie para recibir los

vítores.

—¡Os presento a la nueva reina de Norghana! —exclamó Thoran.

—¡Viva la reina! —gritaron los nobles.

—¡Viva la reina druida! —gritó alguien de entre las delegaciones.

Hubo un instante de duda, pero los nobles del Oeste no dudaron.

—¡Viva la reina druida! —gritaron.

Thoran se sentó en su trono junto a su reina y levantó la mano para que siguieran los vítores.

—¡Viva la reina druida! —vitorearon todos.

Capítulo 39

Lasgol, Ona y Camu estaban frente a la Perla Blanca sobre la Madriguera, en el Refugio. Con ellos estaba Loke, el Especialista Masig.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres hacer, Lasgol? —dijo Loke con tono de preocupación.

—Lo estoy. Todo irá bien, no te preocupes —aseguró.

—Sigrid me ha encargado la vigilancia de la Perla y no me ha comentado nada de que quisieras usarla…

—¿No querrás prohibírmelo?

—No estoy prohibiéndotelo. Solo digo que puede ser peligroso y que a mi entender nada debe hacerse con ella por lo que pueda suceder. Además, por rango nada puedo prohibirte.

—Deja que la use —dijo una voz a la espalda de Loke que al oírla se volvió a ver quién era. De la Madriguera subían Endualdy Galdason.

—¿Estás seguro de que es lo mejor? —Loke no parecía nada convencido.

—Lo es —dijo Galdason uniéndose a la afirmación de Endualdy.

Los dos magos llegaron hasta ellos.

—Hola —saludó Galdason con una sonrisa amable.

Endualdy levantó la mano a modo de saludo, pero solo emitió un pequeño gruñido.

—Me alegra veros a los dos con tan buena salud.

—Y algo aburridos y frustrados —dijo Galdason—. No hay Especialistas formándose y no avanzamos demasiado con la magia de la Perla.

—Intuyo que Sigrid os ha contado todo lo relativo a las perlas y Camu, ¿verdad?

Endualdy asintió.

—Es información muy importante que debemos entender —dijo Endualdy.

—Estamos estudiándolo —dijo Galdason.

—Es bueno que alguien más investigue el poder de las perlas —dijo

Lasgol—. Alguien con el Don. Estoy seguro de que conseguiréis avances —animó el muchacho, que se alegraba de tener ayuda con el tema.

—No estoy tan seguro. Nuestra magia no es como la de la criatura —dijo Endualdo señalando a Camu.

—La Perla no responde a nuestra magia —dijo Galdason—. Al menos de momento…

—¿Creéis que gente con el Don puede interactuar con el objeto de poder, aunque sea de un tipo de magia diferente?

—Es una de las cosas que queremos averiguar —asintió Endualdo.

—La magia es universal, deberíamos poder encontrar la forma de traspasar la restricción del tipo de magia requerida para activar el portal —explicó Galdason.

—Espero que lo consigáis —deseó Lasgol.

—¿Por qué estáis aquí? ¿Qué planes tenéis? —preguntó Endualdo señalando la perla.

—Veréis, tenemos que ir hasta el reino de Moontian con urgencia. Está en el este. Creemos que con el portal podríamos llegar allí y regresar rápidamente —explicó Lasgol.

—Interesante teoría —dijo Galdason—. Podría funcionar, sí.

—Si es que hay una perla allí… —apuntó Endualdo.

—Cierto. ¿Sabéis si la hay? —preguntó Galdason.

Camu negó con la cabeza.

—No lo sabemos, es lo que queremos averiguar. Creemos que las perlas están situadas a lo largo de Tremia. Debería de haber una al este —explicó Lasgol.

—Una suposición fundada, pero una suposición después de todo —dijo Endualdo no muy convencido.

—¿Podrá Camu encontrar la perla que supuestamente está en el este? —preguntó Galdason.

«Yo poder» transmitió Camu a todos.

Loke echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—Bueno, eso tenemos que verlo —aclaró Lasgol.

—En cualquier caso, a nosotros nos vendrá bien que Camu abra un portal. Así podremos interactuar y analizar la magia que lo rige —dijo Galdason.

—Así mejor, mucho mejor —dijo Endualdo.

«Abrir portal no problema» transmitió Camu.

—Adelante entonces —dijo Galdason con anticipación.

—Esperad, tengo algo que puede ayudaros —dijo Enduald y marchó hacia la Madriguera.

Esperaron a que Enduald volviera. Por su corta estatura no era muy rápido y menos bajando y subiendo a la Madriguera, así que aguardaron impacientes. Cuando llegó le mostró un tomo a Lasgol.

—En este viejo tomo se habla del reino de Moontian y hay un pequeño mapa. No es muy detallado y tiene varios años, pero puede que te sea útil cuando llegues allí.

—¡Muchas gracias! Seguro que me será de mucha ayuda —Lasgol ojeó el mapa y en efecto era pobre y viejo, pero serviría. Metió el tomo en su macuto de viaje.

—Camu, por favor, abre el portal —pidió Lasgol.

«Yo abrir».

Camu cerró los ojos y se concentró. Se produjo un destello plateado que recorrió todo su cuerpo. Siguieron dos destellos más y Camu comenzó a enviar pulsaciones plateadas al gran objeto de forma rítmica. Había encontrado la cadencia correcta en los pulsos que le enviaba para activarlo, por lo que Lasgol observaba el proceso tranquilo.

La perla respondió con un gran destello plateado y poco después el portal comenzó a formarse sobre ella.

«Empezar a abrir».

Sobre la perla se crearon tres formas circulares de color plateado. Primero se formó un círculo del mismo tamaño que la perla sobre esta, luego un segundo de forma ovalada más grande y, por último, todo se transformó en una enorme esfera plateada.

«Portal casi abierto» transmitió Camu.

La perla no parecía emitir ningún destello o reflejo. Su circunferencia inferior estaba a unos pocos palmos de tocar la superior.

«Portal abierto».

«Perfecto. Concéntrate en captar la runa que indique una perla lo más al este posible».

«Yo intentar. No fácil».

«Lo sé, pero es la única forma de que lleguemos al reino de Moontian de manera rápida. Debes captar una runa al este de Tremia».

«De acuerdo». Camu se concentró y comenzó a manipular el portal con su energía. «Captar runa aquí».

«Muy bien. Busca otras runas» pidió Lasgol.

Camu se concentró y comenzó a buscar en el centro del portal.

«Encontrar runa desierto. También Continente Renacido».

«Intenta encontrar una runa que apunte a una perla al este».

Camu se quedó en silencio por un largo momento.

«Yo encontrar runa».

«¿Al este? ¿Seguro?».

«Este, sí. No seguro».

«De acuerdo. Tendremos que arriesgarnos».

«Runa elegida» transmitió a Lasgol indicando que el portal estaba listo.

—Loke, si no te importa cuida de Trotador, no voy a llevarlo a través del portal. Y también de Milton, está con él —pidió Lasgol.

—Descuida, me encargaré de cuidarlos bien.

—Y vigila que no salga nada del portal que no seamos nosotros.

—¿Como un dragón, quieres decir? —insinuó Loke arrugando la frente.

—Sí, como un dragón o similar.

—Si lo hace avisaré a todos en la capital.

—Gracias. No os recomiendo que os enfrentéis a él.

—No lo haremos, no sin refuerzos —aseguró Enduald.

—Nuestra magia de ataque no es muy poderosa —se lamentó Galdason.

—Lo importante es encontrar una forma de derrotar al dragón. Todo lo que podáis averiguar en ese sentido, bienvenido será.

—Lo intentaremos —dijo Galdason.

Enduald asintió y soltó un pequeño gruñido.

—Ahora que el portal está abierto, podremos estudiarlo mejor.

—Suerte —dijo Lasgol.

—Y a vosotros —deseó Loke.

«Vamos, entremos» transmitió Lasgol a Ona y Camu.

Ona fue la primera en entrar con dos grandes saltos seguida por Camu. Loke ayudó a Lasgol a subir y todos cruzaron el portal.

Lasgol se despertó con un terrible dolor de cabeza y bastante

mareado. Se encontraba mal. Era de nuevo aquella sensación que ya conocía, como si le hubiera pasado por encima una estampida de caballos salvajes. Sabía que probablemente había vomitado y que le llevaría un rato reponerse, así que no se precipitó y se lo tomó con calma.

«¿Todo bien?» envió cuando fue capaz de usar su Don, todavía sin abrir los ojos.

«Todo bien. No peligro. Tranquilo» le respondió Camu.

Aguardó hasta que estuvo algo mejor y abrió los ojos. Se percató de que algo raro pasaba. Estaban en un agujero junto a la perla.

«Qué extraño…».

«Un poco».

La perla parecía estar en el fondo de una depresión circular bastante profunda en lugar de en una colina, lo que hacía que no se pudiera distinguir en la distancia. Era como si alguien hubiera cavado un gran hoyo para depositar la perla en su interior.

«Subamos y veamos dónde estamos» transmitió Lasgol después de inspeccionar el hoyo.

Ona ya subía por la rampa y en nada llegó arriba. No emitió ningún sonido de alarma, por lo que Lasgol y Camu subieron tranquilos. Ona miró alrededor y desapareció al alejarse del borde.

Cuando Lasgol alcanzó la superficie un soplo de brisa muy potente le alcanzó y casi se fue al suelo. Se dio cuenta de que aquella no era una brisa normal, era brisa de mar. Miró en la dirección en que soplaba el viento y el olor a salitre le llegó de inmediato. Estaban al final de un acantilado altísimo que se precipitaba al agua.

«Cuidado, no caer al mar».

Ona observaba el océano desde la altura con la brisa meciendo su pelaje.

«Acantilado alto. Mucho mar».

«Sí, eso es el océano, debe de ser del mar del este… y aquello que se ve en la distancia…» Lasgol se quedó pensativo. Podía ver una isla que parecía estar amurallada y con torres. Entonces se dio cuenta. Era la ciudad-estado de Galdar perteneciente a la Confederación de Ciudades Libres del Este.

«¿Saber dónde estar?» preguntó Camu.

«Creo que sí. Aquello debe de ser la isla de Galdar. Es la única de las cinco ciudades que no está en la costa sino en una isla, calculo que estamos al final del continente, en la costa este».

«¿Cerca?».

«Me temo que nos hemos pasado de tirada. Estamos más al este de lo que queríamos y más al norte. Pero bueno, estamos mucho más cerca que antes. Irinel está al noroeste. Por lo tanto, Moontian debe estar al suroeste».

«¿No muy lejos?».

«No mucho. Nos llevará unos días».

«Yo bueno. Encontrar perla».

«Ya lo creo, aunque un poco más y salimos en el mar».

«Perla este ser esta. Yo no colocar».

«Ya, cierto. Lo has hecho muy bien».

Ona himpló una vez.

«¿Un tanto extraño este lugar, no creéis?» dijo Lasgol mirando el agujero y lo cerca que estaba del acantilado. Había solo cinco pasos hasta el borde.

Ona gimió una vez.

«Perla abajo, no arriba. Raro».

«Sí, muy curioso. Es como si estuviera oculta».

«Casi en agua».

«Eso también».

«Yo buen trabajo entonces».

«Sí. De todas formas debemos asegurarnos de dónde estamos. Creo que no me equivoco, pero tampoco estoy del todo seguro. Me baso en lo que he visto en mapas y en la asunción de que estamos al este, al final del continente».

«¿Cómo asegurar?».

«Lo haremos a la vieja usanza».

«¿Ser cómo?».

«Preguntando» sonrió Lasgol.

Camu asintió con la cabeza y movió su larga cola contento.

«Sigamos el camino hacia el suroeste. Moontian está al sur y su territorio llega hasta el mar central, así que si estamos donde creo que estamos deberíamos encontrar el reino o el mar si seguimos hacia el sur».

«De acuerdo».

Ona himpló una vez.

Se pusieron en marcha en dirección sur. Los parajes no eran muy diferentes a los del reino de Irinel. Había algunas colinas más elevadas que las pocas que habían visto allí. Paisajes verdes de llanos sin bosques cubiertos por hierba era cuanto el ojo alcanzaba a ver.

Caminaron hasta llegar la noche. Encontraron unos pocos robles sueltos y acamparon bajo uno de ellos. La temperatura era más cálida que en Norghana, así que no necesitarían un fuego. Descansaron de forma apacible. A Lasgol le gustaba volver a estar de expedición, explorando tierras nuevas que desconocía. Que fuera por motivos tan graves, lo enturbiaba un poco, pero decidió apreciar solo el lado positivo de la situación: estaban en tierra lejana, extranjera y explorando. Eso era estupendo.

Con las primeras luces del amanecer Ona ya estaba lista para seguir así que Lasgol y Camu se pusieron en marcha. Continuaron hacia el sur por dos días, pero no vieron a nadie, solo llanuras y algunos bosques dispersos.

Al tercer día, por fin, apareció en la distancia una carreta tirada por dos mulas y sobre ella un hombre. Parecía un buhonero.

«Escondeos» dijo Lasgol, que fue a interceptar al comerciante.

El buhonero, al ver a Lasgol acercarse a la carrera paró su carreta y lo esperó.

—Buenos, días. ¿Hablas mi idioma? —preguntó Lasgol.

El buhonero negó con la cabeza y respondió en un idioma extraño.

Lasgol puso cara de no entender. El comerciante lo intentó en otros dos idiomas y Lasgol se sintió un tanto lerdo. Dedujo que debían de ser los idiomas de las ciudades-estado del este, que por supuesto Lasgol no conocía.

Para entenderse Lasgol le preguntó muy despacio por Moontian. Lo pronunció varias veces tan claro como pudo. Como el buhonero no le entendía intentó pronunciarlo con acento de Irinel, que era bastante peculiar.

—Moontian —dijo por fin el buhonero asintiendo con un acento que Lasgol entendió.

—¿Dónde? —preguntó Lasgol señalando con el dedo índice en varias direcciones.

El buhonero se puso de pie en el carro y señaló al oeste y un poco al sur. Se quedó un momento señalando para que Lasgol lo entendiera.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! —dijo Lasgol y le dio unas monedas de su paga.

El buhonero miró las monedas sorprendido. Las observó y estudió por delante y por detrás y luego las mordió. Parecieron gustarle porque se fue muy contento y con una enorme sonrisa.

Si el buhonero estaba contento, más lo estaba Lasgol. Ya sabía por dónde debía ir.

«Vamos, ya sé por dónde es».

«Mucho estupendo».

Les llevó varios días divisar la gran cordillera montañosa en la lejanía, pero ya no había duda, estaban en territorio de Moontian.

Siguieron andando y de pronto vieron unas granjas en la distancia.

«Gente» avisó Camu.

«Los veo. Ona y tú quedaos apartados y camuflados. Iré a preguntar».

«Tener cuidado».

«Tranquilo, son solo campesinos».

Lasgol se acercó hasta la primera granja y vio a dos personas trabajando la tierra que parecían padre e hijo. Esperaba encontrarse a gente de cabello pelirrojo, piel blanca y pecas, similar a las que habitaban Irinel, pero se equivocó por completo. Tenían la piel de color violáceo y los ojos de un rosa suave. Sus rostros eran algo toscos pero la combinación del color violeta de la piel con el rosa de sus ojos los hacía parecer muy bellos. No tenían cabello en la cabeza, la llevaban afeitada y sus caras eran anchas. Parecían como hinchados. Eran de altura media tirando a bajitos comparando con un norghano, pero con aquellos cuerpos daban la impresión de ser muy fuertes.

Al ver a Lasgol, los dos granjeros se inquietaron.

—Tranquilos, solo quiero haceros unas preguntas —dijo Lasgol levantando las manos y mostrándoles sus palmas.

Padre e hijo agarraron sus azadas a modo de arma. El padre le habló en su idioma, que Lasgol no pudo entender. Ellos dos tampoco entendían lo que él intentaba preguntarles desde una distancia prudencial.

El intercambio de palabras no estaba funcionando, así que Lasgol buscó un palo cercano, lo cogió y comenzó a dibujar un mapa de Tremia. Padre e hijo lo miraban y poco a poco se dieron cuenta de lo que representaba el dibujo. Lasgol indicaba con su palo dónde creía que estaba. Al rato de señalizar, preguntar y gesticular el padre pareció entender lo que el guardabosques le intentaba decir.

Se acercó y con el dedo le señaló dónde se encontraban. Resultó que estaban cerca de donde Lasgol creía, pero más al sur, ya casi en el mar. Agradeció la ayuda con sonrisas y gestos de gracias que parecieron entender.

Ahora debía encontrar el lugar donde residía Riagáin. Debía ser algún tipo de fuerte o casa fortaleza que sus hombres pudieran defender. El problema era que no tenía ni idea de dónde podría estar

el reino. Necesitaba una ciudad grande donde poder preguntar a alguien que hablara norghano.

Lasgol recordó el tomo de Endualdy lo sacó, ¡se le había olvidado por completo que lo tenía en el morral! Les mostró el mapa en el que estaba dibujada una majestuosa cordillera montañosa y varias ciudades en sus laderas con nombres extraños. Lasgol señaló la que parecía la ciudad más grande, que generalmente solía ser la capital del reino.

El padre lo entendió y señaló con el dedo al noroeste. Luego le enseñó tres dedos con lo que Lasgol intuyó que se refería a que le llevaría tres días llegar hasta allí.

Agradeció la información y marchó.

«Ya casi estamos».

«Gente bonita aquí».

«¿Bonita? Pero si están como hinchados y son de color violeta».

«Mucho bonito».

Lasgol se quedó sorprendido.

«Me alegro de que te gusten».

Ona himpló una vez. A ella también le gustaban.

Caminaron a buen ritmo y en dos días y medio ya estaban ante la gran ciudad de Enmemounte, la capital de Moontian. La ciudad estaba tallada en la propia ladera de la gran montaña que parecía no tener fin. Las casas parecían colgar ella apiladas unas sobre otras. Era una ciudad construida por entero en la gran ladera. Parecía una colmena de roca gris.

Observaron la extrañísima urbe un buen rato desde el camino que conducía a ella.

«Curioso sitio. Nunca en mi vida pensé que llegaría a ver algo así».

«Mucho rara. Casa en piedra».

A Ona, en cambio, sí parecía gustarle. Movía su gran cola de lado a lado.

«Ha llegado el momento de encontrar a Riagáin» anunció Lasgol.

«Encontrar y conseguir arco fuego».

«Eso es. Vamos a ello».

Capítulo 40

Lasgol dejó a Camu y a Ona a las afueras de la ciudad junto a un arroyo que corría entre un pequeño bosque de abedules. Los dos querían ir a la gran ciudad en la montaña, pero Lasgol sabía que eso no era buena idea. Lo mejor sería ir él primero e intentar conseguir la información que necesitaban. Bastante iba a llamar la atención él solo, como para ir con ellos. Camu insistía en ir los dos camuflados, pero habría mucha gente y si Ona salía del área de camuflaje sería peligroso. Mejor no arriesgarse.

No se equivocó en su apreciación. Ya en la entrada, que era una rampa en cuesta muy empinada y larga, pudo apreciar a multitud de lugareños que colmaban el lugar. Lo que serían calles en una ciudad normal, allí eran tramos esculpidos en la roca de la ladera que entraban hacia el interior de la montaña, o escaleras que subían a pisos superiores.

La primera complicación llegó pronto, antes siquiera de entrar en la ciudad. Al comienzo de la gran rampa que ascendía hacia la zona baja de la capital, se encontró con dos enormes monolitos de roca que presidían la entrada y a una treintena de guardias armados que controlaban el acceso y que por supuesto le dieron el alto.

Lasgol observó que los soldados eran de la misma constitución hinchada que el granjero que había encontrado, solo que se les notaban más los músculos en brazos y piernas. Vestían coraza, braceros y perneras de color dorado y una falda con láminas metálicas, también de color dorado, que les llegaba hasta las rodillas. En la cabeza portaban un casco rectangular y plano, sin visor, por lo que se apreciaban sus bellos ojos de diferentes tonalidades de rosa. Iban armados con grandes escudos rectangulares que les cubrían de tobillo a cuello. Como armas portaban picos y martillos gruesos y contundentes que empuñaban como si fueran las hachas de guerra norghanas.

Lasgol se percató de que eran un pueblo nacido de la montaña. Los picos y martillos de guerra así lo indicaban. Intentó comunicarse con ellos, pero no tuvo suerte. Por más que gesticulaba que quería entrar en la ciudad, no se hacía entender, o al menos eso parecía por las expresiones de incomprensión de los soldados. Lo que estaba claro era que no le dejarían pasar.

Después de un buen rato de conversaciones infructuosas apareció un anciano acompañado de un soldado. El anciano tenía el cabello muy rizado y completamente blanco. Lasgol no sabía qué edad podía tener aquel hombre, pues con la piel violeta todos parecían más jóvenes de lo que realmente deberían de ser. Por el cabello y la lentitud con la que andaba parecía ser muy mayor. Otra cosa que le sorprendió de él era que no estaba tan hinchado como los jóvenes, sino que se había quedado chupado, intuyó que por la edad o porque estaría enfermo.

El anciano se situó frente a Lasgol y le habló en varios idiomas. Lasgol no los entendió, así que negó con la cabeza.

—¿De dónde eres? —preguntó de pronto en norghano y por fin Lasgol pudo entenderlo.

—Soy norghano —replicó rápido Lasgol antes de que el hombre cambiase a otro idioma.

El anciano asintió y sonrió.

—Me estaba quedando sin idiomas que ofrecer —dijo en un norghano muy bueno.

—Han sido bastantes, señal de que es un hombre muy culto —alabó Lasgol.

—Más que culto aficionado a las lenguas extranjeras. Siempre me han gustado mucho.

—Por desgracia las lenguas no son mi fuerte —se disculpó Lasgol, que se sentía mal por no saber el idioma local y, de hecho, nada de aquella cultura tan pintoresca.

El anciano lo miró de arriba abajo y se fijó en el arco compuesto que llevaba a la espalda.

—¿Eres cazador? —preguntó.

—Algo así, sí —respondió Lasgol, que no quería entrar en detalles de quién era y qué hacía allí.

—Mi nombre es Minotem, soy el intérprete de la puerta a la montaña —dijo señalando a los dos grandes monolitos.

—Yo soy Lasgol.

Minotem bajo la cabeza a modo de saludo, que Lasgol imitó.

—Nuestra querida ciudad Enmemounte no está abierta a extranjeros —dijo señalándola a su espalda—. Es por ello por lo que los guardias te impiden el paso.

—Oh… vaya… necesito entrar.

—¿Puedo saber para qué? Quizá pueda ayudarte.

Lasgol pensó un momento qué decir. El hombre estaba siendo

amable y seguramente no fuera a ir en su contra, pero siempre era mejor ser prudente.

—Estoy buscando a una persona.

—¿En nuestra gran ciudad en las entrañas de la madre montaña?

—Sí, así es.

—¿Es uno de los nuestros? ¿Alguien de Moontian?

—No, es un extranjero como yo.

—¿Norghano?

—No, del reino de Irinel.

El anciano asintió varias veces.

—Entiendo que la persona que buscas reside en la ciudad.

—No sé si en la ciudad misma, pero reside en el reino. Necesito saber dónde para encontrarle. He pensado que alguien en la ciudad podría saberlo.

—Ya veo… Debe de ser algo importante si has venido desde Norghana hasta aquí…

—Muy importante, sí —aseguró Lasgol.

—Está bien, déjame que lo aclaré con los guardias.

El anciano habló con ellos en su idioma durante un momento. Para sorpresa de Lasgol los guardias asentían a lo que el intérprete les decía y finalmente se apartaron dejando el camino libre.

—¿Puedo entrar?

El anciano asintió.

—Puedes, pero acompañado —dijo y se señaló a él y a los guardias.

—Oh, ya veo. Gracias.

—No hay de qué. Vamos, te mostraré el camino. Nuestra ciudad es bella, pero a los forasteros les resulta un tanto impracticable.

Lasgol comenzó a seguir al anciano mientras hablaba y se puso a su lado. Tras ellos iban tres guardias.

—¿Impracticable? —preguntó Lasgol observando las casas, que parecían colgar de la roca, como si estuvieran pegadas a ellas por algún medio mágico. Sin embargo, estaban cinceladas en la pared. Entre grupos de casas se apreciaban pasillos que se adentraban en el interior y numerosas escaleras y pasos entre las diferentes alturas de las construcciones frontales que ascendían por toda la falda de la montaña hasta la parte más elevada.

—Sí, nuestras casas están construidas en su mayoría en la cara de la montaña, sin profundizar mucho en ella. Eso dificulta crear calles convencionales.

Lasgol observaba la ciudad según ascendían por la gran rampa hacia las primeras casas, las que estaban a la altura del suelo. A partir de ahí comenzaban a surgir hileras, unas sobre otras, todas colgando de la gran montaña. La altura a la que debían de estar las casas superiores, las que se perdían de vista mirando hacia la cima de la cordillera, lo dejó atónito.

—Unas construcciones de lo más peculiares —dijo Lasgol.

—Nosotros, los Moontian, somos el pueblo de la montaña. Los que viven en su cara exterior.

—Impresionante —dijo Lasgol cuando ya estaban cerca y comenzaba a darse cuenta de lo que habían construido. Era magnífico.

—¿Verdad que lo es? Los extranjeros suelen quedarse pasmados. Mi pueblo no entiende otra forma de vivir y no lo aprecian en su justa medida.

—¿No viajan mucho?

El anciano se detuvo y rio.

—Mi pueblo no abandona su montaña sagrada —dijo señalando la interminable cordillera que se extendía leguas en ambas direcciones —. Nacemos y morimos aquí.

—Pero la montaña no puede alimentar a miles de personas…

—Cierto. Tenemos granjeros, leñadores, pescadores y otras profesiones que deben vivir lejos. Sin embargo, cuando llega el momento, dejan sus casas y vienen aquí. Pasan los últimos días de su existencia descansando en las entrañas de la madre montaña y se les cuida y respeta por su sacrificio. Se les recompensa así el haber tenido que vivir fuera.

—Muy interesante.

—Por eso en las zonas bajas de la montaña, hacia el interior, verás muchos ancianos como yo —explicó y sonrió.

—Entiendo. Una cultura fascinante.

—Yo diría que sí, comparada a la de otros reinos civilizados. Solo unos pocos viajan y suele ser por motivos de estado.

—¿Motivos políticos?

—Así es. Ahora mismo nuestro embajador está en Norghana asistiendo a la boda del rey Thoran.

—Cierto. La gran boda —Lasgol se quedó algo extrañado de que el anciano estuviera al tanto de lo que sucedía en Norghana, o que supiera dónde estaba su embajador si era un simple intérprete de la puerta.

Alcanzaron la base de la falda de la gran montaña, donde estaban

las primeras casas. Les había llevado un buen rato pues el anciano andaba despacio. Lasgol pudo ver a las mujeres del reino de Moontian y se quedó sorprendido. Tenían el mismo aspecto que los hombres, pero no parecían tan hinchadas, aunque sí tenían cuerpos curvos. Eran muy bellas y delicadas en apariencia. Su piel era de un violeta pálido sobre ojos rosas y labios también rosados y tenían rostros de facciones bellas.

—La belleza de nuestras mujeres es algo de lo que estamos muy orgullosos como pueblo —dijo el intérprete, que se había fijado en que Lasgol las observaba sorprendido.

—Oh… perdón, no quería ofender, es que…

—Nada que perdonar. Es la reacción habitual de los extranjeros al verlas.

—Si los ancianos viven abajo, en el interior, ¿quién vive arriba? —preguntó Lasgol mirando las casas más altas que llegaban hasta la cima de la cordillera.

—En la cima reside la reina Niria, en lo más alto, como debe ser por su posición. Algo más abajo los nobles y luego los artesanos y mercaderes. En el centro viven las familias jóvenes con hijos y más abajo los soldados. Abajo del todo, los ancianos.

—Fascinante, como diría un amigo mío.

—Ven, te llevaré a ver a Mostiais.

—¿Quién es?

—Es el oficial de permisos. Si hay un noble de Irinel viviendo entre nosotros él tendrá que haber expedido el permiso y sabrá dónde está.

—Oh, mil gracias —dijo Lasgol.

—No hay de qué. Sígueme y ten cuidado donde pisas. Debemos subir hasta los niveles medios y nuestros caminos pueden resultarte peligrosos.

—Tendré cuidado.

Lasgol se quedó todavía más sorprendido según ascendían por las escaleras y pasarelas de piedra entre las innumerables casas que vestían toda la fachada de la cara exterior de la montaña. No profundizaron demasiado hacia el interior de la misma, pero Lasgol podía ver gran cantidad de personas allí. Incluso tenían cascadas que caían de diferentes secciones por varios pisos para formar estanques. También pudo ver fuentes, lo que le dejó maravillado. Daba la impresión de que más hacia el interior de la montaña, donde habían horadado la piedra, guardaban algún tipo de gran misterio.

Las personas que se iban cruzando se le quedaban mirando muy intrigados, sobre todo los niños, que seguían a Lasgol para verlo

mejor. Estaba claro que allí no iban muchos extranjeros. Lo que le resultaba extraño era que no necesitaban pasamanos, cuerdas o barandillas para sujetarse y no despeñarse desde aquella gran altura. Todos se manejaban como si fuera imposible perder pie o el equilibrio y caer al vacío. Eso le impresionó, y mucho.

En varias secciones Lasgol tuvo que detenerse y mirar bien por dónde seguir pues las escaleras se dividían de pronto en tres y hasta en cuatro que iban a diferentes lugares. Le maravilló la tranquilidad y la entereza con la que Minotem subía. Debía de ser por los extraños cuerpos que tenían y por toda una vida viviendo allí arriba. A Lasgol las piernas se le comenzaban a cansar, no por el duro esfuerzo, sino porque no estaba acostumbrado a subir tantas escaleras de piedra.

También observó que en cada nivel o fila de casas que alcanzaban había soldados de guardia. Eran inconfundibles con aquellos enormes escudos rectangulares, sus vistosas armaduras y sus cascos cuadrados. Los picos y martillos que llevaban como armas eran mucho más letales que los que tenían los trabajadores. La mayoría de la gente vestía túnicas cortas de lana de diferentes colores, aunque todos llevaban gruesas botas. Lasgol pensó en lo difícil que sería tomar aquella ciudad para un ejército invasor. Era como una enorme muralla de treinta pisos que no podía ser derribada, solo escalada, y habría que subir y tomarla piso a piso. No se imaginaba a ningún ejército lográndolo. Tirar con arcos y balista tampoco serviría pues solo tenían que dar un par de pasos atrás y refugiarse en las casas de piedra.

Finalmente llegaron a una zona intermedia donde Minotem giró a la izquierda y se adentró en la montaña. Lasgol le siguió y se percató de que, si bien la montaña tenía cuevas, lo que habían hecho era agrandarlas para construir casas de roca en su interior. Se oían golpes de pico y martillo de forma incesante por doquier, como si estuvieran trabajando siempre en ampliar aquella ciudad inmensa.

—¿Este repiqueteo que escuchamos no cesa nunca? —preguntó.

—¿Repiqueteo? Oh, ya sé a qué te refieres. No, no cesa nunca. Siempre estamos trabajando en mejorar la ciudad. A nosotros no nos molesta, estamos tan acostumbrados que ni lo oímos.

—Entiendo —asintió Lasgol que vio una cuadrilla de hombres con picos dirigirse a una zona superior.

Llegaron a una casa de piedra tallada que tenía una losa por puerta. Cinceladas sobre ella había unas extrañas palabras que Lasgol no entendió.

—Es aquí —indicó Minotem, que llamó en voz en alto a Mostiais.

Un momento más tarde la losa se movía a un lado con un sistema de poleas y cadenas.

Lasgol observó la extraña puerta con grandes ojos.

Entraron y Minotem habló con Mostiais en su idioma. La conversación llevó un rato y Lasgol no sabía si iba bien o mal porque ninguno de los dos hombres expresaba mucho en su rostro o tono de voz. Tuvo que aguardar.

Finalmente, Mostiais sacó unos pergaminos y los estuvo leyendo como buscando algo. Pareció encontrarlo y se lo indicó a Minotem, que leyó a su vez.

Los dos hombres parecieron despedirse. Mostiais miró a Lasgol de arriba abajo.

—Ya tengo la información que buscas.

—¡Fantástico!

—Bueno, no tanto.

—¿No?

—Hablemos fuera —Minotem le indicó la salida.

—De acuerdo —Lasgol dejó que el anciano saliera primero y luego lo siguió al exterior.

—Ese noble de Irinel está bajo la protección de la reina Niria.

—Oh, ya veo.

—Si tu visita le incomoda de cualquier forma estarás en un gran aprieto.

—¿Los guardias? —Lasgol miró a la escolta que llevaban y les había seguido en silencio durante toda la ascensión.

—Así es. Te lanzarán a un calabozo en lo más profundo de las montañas. No es una experiencia agradable, se pasa mucho tiempo dentro y no hay luz.

—Lo entiendo —Lasgol hizo ademán de que entendía la advertencia.

—Muy bien. La casa que buscas está en la hilera de casas decimoquinta comenzando por arriba. Está a mano izquierda —dijo señalando—. La reconocerás porque es una casa muy grande con guardias extranjeros.

Lasgol hizo un gesto afirmativo.

—Muchas gracias por la ayuda.

—Espero que todo salga bien.

—Yo también. Ha sido un placer conocerte… y a tu gente —dijo Lasgol mirando alrededor, donde varias mujeres observaban y cuchicheaban moviendo sus ojos y labios rosas.

—Vuelvo a mis quehaceres en la puerta —dijo el anciano. Hizo un

gesto a la guardia para que bajaran con él y desaparecieron al momento escaleras abajo.

Lasgol se quedó solo.

Se acercó hasta el borde y miró las casas que tenía debajo y que descendían hasta el suelo a una gran distancia. Había llegado el momento de actuar. Tenía una mala sensación, como si estuviese traicionando al anciano intérprete, después de todo estaba allí para robar un arco muy valioso. Se justificó a sí mismo diciéndose que era importantísimo conseguir el arco, pero de alguna forma sentía que traicionaba la hospitalidad que le habían ofrecido. Es más, una vez se supiera lo que había hecho aumentaría la reticencia de ese pueblo a los extranjeros y a dejarlos entrar.

Suspiró. No quería robar, pero no tenía otra opción.

O quizá sí.

Capítulo 41

Lasgol descendió por las escaleras hasta llegar a la base de la gran montaña. Todos los lugareños le observaban y cuchicheaban y los niños se arremolinaban a su alrededor. Llegó hasta la gran rampa que llevaba a los monolitos que formaban la entrada y descendió un poco. Varios grupos de soldados que vigilaban la base de la montaña miraban con recelo.

Se concentró cerrando los ojos, buscó su energía interior y una vez la localizó en el lago que formaba en su pecho cogió una buena cantidad e invocó Comunicación Animal, pero ampliando su alcance, consumiendo más energía de la requerida.

«Camu, ¿te llega mi mensaje?» envió tan lejos como pudo.

Un momento después llegó una respuesta algo débil.

«Llegar…».

«Camúflate y acércate un poco para que podamos comunicarnos mejor» transmitió Lasgol.

Pasó otro momento.

«Yo más cerca» le llegó a Lasgol, pero mucho más claro.

«Perfecto. Escucha con atención. Tengo un plan».

«Yo escuchar».

«Bueno tiene dos partes. Plan A y plan b. Te necesito para el plan b».

«Yo plan b. Entendido».

Caía la noche sobre la gran ciudad de Enmemounte y Lasgol estaba frente a la casa de Riagáin. Le había llevado una eternidad ascender hasta aquel nivel y sentía los gemelos muy cargados. Encontrar la casa había sido fácil una vez alcanzada aquella fila de edificios, la única con guardias de Irinel. Las antorchas y lámparas de aceite se habían prendido y toda la gran cueva brillaba con destellos de miles de pequeñas luces. Era de lo más curioso.

Había llegado el momento de poner el plan en acción. Dejó sus

armas y macuto en una esquina, pues no iba a necesitarlas de momento, y se acercó hasta la entrada de la gran casa que era como un palacete, solo que dentro de una enorme cueva y toda de roca. Tenía dos torreones, uno a cada lado de la puerta principal. Lo único que le ponía un poco nervioso era que la puerta y los torreones daban al vacío. Si lo empujaban y caía se iba a romper todos los huesos de su cuerpo.

Los guardias frente a la puerta y los que estaban en las torres lo miraron extrañados. Lasgol se imaginó que ellos tampoco habían visto a un extranjero en mucho tiempo. Le dieron el alto y Lasgol se quedó quieto. Comenzaron a hacerle preguntas, pero como hablaban en el idioma de Irinel, Lasgol no entendía lo que decían, aunque se lo podía imaginar por los gestos y las caras de confusión.

—Riagáin —dijo Lasgol con tranquilidad.

Los guardias comenzaron a dar negativas y le hicieron claros gestos de que no.

—Riagáin —repitió Lasgol y esta vez añadió otro nombre—. Kendryk.

La mención del nombre del rey de Irinel captó la atención de los guardias.

—Norghano —dijo Lasgol señalándose a sí mismo.

Los guardias intercambiaron una mirada de indecisión, aquello les había interesado. Lasgol intentaba crear la duda y el interés al mencionar el nombre del rey y decir que él era norghano. Los guardias podían pensar que algo le había sucedido al monarca en Norghania y eso le interesaría a su señor. Además, que un norghano apareciera allí llamando a su puerta en aquel recóndito lugar de Tremia era de lo más desconcertante, por lo que su señor querría saber el motivo.

Le indicaron que se quedara donde estaba con señas y uno de los guardias fue al interior. Lasgol tuvo que aguantarse una sonrisilla de triunfo, el plan estaba funcionando. Los guardias miraban con rostros hoscos, pero eso era algo de esperar. No tardó mucho en volver a salir el que había entrado.

Le permitieron entrar al palacete de piedra y le llevaron a un gran patio con una gran fuente en medio de un pequeño estanque. Lasgol volvió a maravillarse de la habilidad de aquel pueblo, capaces de llevar el agua a cualquier parte y crear fuentes como aquella.

De allí lo condujeron al piso superior por unas escaleras. El palacete de piedra era más grande de lo que parecía desde fuera. Al estar construido en el interior de la montaña, el efecto óptico que producía era que todo pareciera más pequeño. Las luces que las antorchas proporcionaban también ayudaban a dar ese sensación.

Llegaron hasta una gran puerta doble donde dos soldados hacían guardia.

Los soldados que lo acompañaban llamaron a la puerta y recibieron la orden de entrar desde el interior. Era una estancia enorme, muy larga, con una mesa de roble labrado al fondo frente a la que aguardaba de pie un hombre. Lasgol no tuvo duda de que era Riagáin. Era un noble de Irinel alto, esbelto, de piel pálida, cabello pelirrojo y ojos pardos claros.

A un lado de la gran habitación, entre dos grandes armarios, había una chimenea con fuego encendido y sobre ella, en la pared, colgaba el Arco de Aodh. Era inconfundible. Un arco que parecía hecho de oro con inscripciones extrañas grabadas a lo largo de todo su cuerpo. Brillaba con el leve destello del oro, lo que provocaba que fuera imposible no fijarse en él y mirarlo.

Lasgol avanzó hasta situarse cerca del noble y cuatro guardias se pusieron tras él.

—Vaya, vaya, ¡sorpresas que te da la vida! —comentó Riagáin en norghano con acento de Irinel.

—Habláis norghano, eso facilitará mucho las cosas —sonrió Lasgol.

—Me criaron para ser rey de Irinel. Estudié muchas cosas, entre ellas idiomas de reinos rivales importantes —dijo con una sonrisa ácida.

—Yo no he tenido esa suerte y la verdad es que cada vez me doy más cuenta de que saber idiomas es de lo más importante en esta vida.

—Veo que el viaje hasta este reino tan peculiar te ha impresionado.

—Todo en este reino me ha impresionado y mucho.

—La verdad es que es muy pintoresco, sí. Lo cual me lleva a la pregunta de cómo te llamas y qué haces aquí.

—Me llamo Lasgol Eklund y soy Guardabosques norghano.

—Interesante, más sorpresas todavía. ¡Un Guardabosques nada menos!

—¿Nos conocéis, señor?

—Sí, sé de vosotros y vuestras misiones. Especialista, supongo.

—Lo soy —asintió Lasgol.

—Qué interesante. Podéis dejarnos —dijo a los guardias—. Aguardad fuera a que os llame.

—Si, señor.

Los guardias marcharon.

—Has mencionado al rey Kendryk, eso me interesa. ¿Qué ocurre con mi querido usurpador?

—Veréis… lo he mencionado para que me dejaran entrar. Mi misión no tiene que ver con el rey. Está en Norghana asistiendo a la boda de su hija.

—Sí, eso tengo entendido. Espero que se tuerza y sea un baño de sangre. Ojalá se despedacen todos en el banquete.

—Podría suceder… —Lasgol esperaba que no, pero no sería la primera vez que una boda termina en un evento sangriento.

—Es decir, que has usado el nombre del rey para llegar hasta mí. Bien jugado. ¿Y qué quiere un Guardabosques Especialista conmigo?

—Es un asunto de índole complicada.

—Bueno, tengo tiempo. No es que aquí pasen demasiadas cosas. La verdad es que estoy bastante aburrido.

—Si me permitís, os contaré el motivo de mi visita. Puede resultaros difícil de creer.

Riagáin sonrió.

—Lo dicho, entretenme. Sácame de mi aburrimiento en este destierro forzado.

—Muy bien, os lo contaré todo.

Lasgol narró al noble todo lo referente a Dergha-Sho-Blaska, lo más importante, sin entrar en detalles colaterales al problema principal. Le explicó cómo lo habían encontrado. Le habló del orbe, las sectas, la reencarnación en el dragón fosilizado, las armas que podían matarlo y de su arco. Lo explicó tan bien como pudo y con tanta credibilidad como fue capaz de proyectar. El rostro del noble permaneció impasible, por lo que Lasgol no pudo determinar si le estaba creyendo o no. Lo más probable era que no, ¿quién lo haría sin haber estado inmerso en todo aquello? Pero tenía que intentarlo.

Cuando terminó, Riagáin lo observó por un largo momento con los ojos entrecerrados. Lasgol pensó que estaba dilucidando si aquello era una broma pesada o si un loco había ido a verle.

—Esa es una historia portentosa —dijo asintiendo—. Impresionante relato.

Lasgol lo miró. Seguía sin saber si le había creído o si se estaba burlando de él.

—Os aseguro que es la verdad.

—Es una verdad extremadamente difícil de creer.

—No digo que no lo sea, pero es la verdad.

—Me gustaría creerte, más que nada por lo enrevesado de la historia, pero no puedo, lo siento.

Lasgol ya se temía aquella reacción y suspiró.

—Aunque no me creáis, ¿me cederéis el arco? Os lo devolveré una vez ya no lo necesitemos.

—Me temo que tampoco. Ese arco es inigualable. Un tesoro, si bien no es mágico como tú dices, pero sí muy ligero y certero. Lo he usado cientos de veces, puedo asegurártelo —dijo señalándolo sobre la chimenea.

—Lo necesitamos. El dragón está a punto de aparecer, lo presiento. El arco es la única arma con la que podremos derrotarlo.

—No sé qué pretendes viniendo aquí, a mi destierro, y pidiéndome mi más preciada posesión. No sé si esto es algún retorcido plan de Kendryk en mi contra. Lo que puedo asegurarte es que no conseguirás nada —dijo Riagáin ahora con tono de enfado.

—Os aseguro que no…

—¡Guardias! —llamó Riagáin.

Cuatro guardias entraron en la sala armados con los escudos y jabalinas característicos de Irinel y rodearon a Lasgol con sus armas.

Lasgol levantó las manos.

—Apresadlo y echadlo. ¡Que no vuelva a molestarme! Entregadlo a los guardias de la montaña y explicadles que me ha perturbado.

Lasgol volvió a suspirar.

—Quiero que quede constancia de que lo he intentado por las buenas…

—¿Qué insinúas?

—Que he venido y os he pedido el arco de forma amable, explicándoos lo grave que es lo que sucede. No me dejáis más remedio que llevármelo por las malas, siento que tenga que ser así.

Los soldados se pusieron muy tensos, pero Lasgol no se movió.

«Camu, plan B» envió Lasgol.

«Plan B preparado» respondió Camu de inmediato.

—¡Lleváoslo! Si intenta algo atravesadlo.

En ese instante Camu se hizo visible tras los soldados. Había entrado en la estancia por la puerta que los soldados habían dejado abierta.

—¿Qué… es… eso? —Riagáin balbuceó al ver a Camu y desenvainó su espada con ojos llenos de terror.

Los soldados se volvieron y al ver a Camu dieron un paso atrás sobresaltados.

—Este es mi compañero, Camu —explicó Lasgol tranquilamente y se acercó a él.

Los soldados no sabían qué hacer, si atacar, defenderse o huir corriendo.

—¡No os quedéis ahí parados! ¡Atacad! —gritó Riagáin a sus hombres.

—Yo no haría eso… —advirtió Lasgol.

Dos de los soldados dieron un paso al frente y se dispusieron a lanzar sus jabalinas.

Camu abrió la boca y utilizó su habilidad Aliento Helado. Se produjo un siseo muy agudo al que siguió un chorro enorme de vaho gélido que salió de la boca de Camu a gran velocidad y congeló a los dos soldados antes de que pudieran lanzar sus jabalinas. Quedaron hechos dos estatuas de hielo.

—¡Por Irinel! ¿Qué es esto? —exclamó Riagáin.

Camu avanzó hacia los otros dos que se escondían tras sus escudos. Esta vez utilizó Latigazo Mágico y con su cola envió a ambos por los aires. Se estrellaron contra la pared del fondo y casi se llevan a Riagáin con ellos. No se levantaron del tremendo batacazo. El noble se había parapetado tras su escritorio.

—Siento que las cosas tengan que ser así —dijo Lasgol, que se acercó hasta la chimenea y con cuidado cogió el Arco de Aodh. Al tocarlo, sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

—Llévate el arco, pero dile al monstruo que no me mate —pidió Riagáin sin salir de detrás de la mesa.

—No va a matarte y tampoco esos dos soldados congelados morirán. Se descongelarán para el amanecer, aunque quedarán bastante tocados y les costará unas semanas recuperarse.

—Iros, no quiero más problemas.

—No los tendrás. Una cosa, estabas equivocado. El dragón existe, como existe mi compañero, y este arco tienen magia, aunque tú no la percibas.

—Marchad —dijo y se agachó tras la mesa de nuevo.

«Vamos, lo has hecho muy bien» transmitió Lasgol.

«Yo poner cara de fiero».

«Ya me he fijado, todo un monstruo».

«Ser difícil».

«¿Poner cara de monstruo?».

«Sí. Yo demasiado guapo».

Lasgol no pudo contener la carcajada.

Capítulo 42

Camu descendió camuflado por la cara exterior de las casas talladas en la gran montaña y abandonaron la gran ciudad de Enmemounte. Como podía adherirse le resultaba sencillo, era como una gigantesca lagartija. Por suerte nadie podía verlo, de lo contrario a más de uno le hubiera dado un ataque al corazón. Lasgol no tenía esa habilidad así que tuvo que bajar las mil y una escaleras hasta llegar a la zona de abajo. Se frotó los gemelos cuando alcanzó la rampa de bajada hasta los monolitos que hacían de entrada.

Echó una última mirada a la gran ciudad en la montaña con sus miles de luces, sus casas de roca y sus gentes violeta de ojos rosas. Una civilización de lo más curiosa. Tendría que regresar algún día y pasar más tiempo allí. Los guardias no le pusieron impedimento para salir y Lasgol tuvo la sensación de que se alegraban. Le había quedado claro que no eran muy amigos de los extranjeros.

Ona esperaba enfadada no muy lejos. No había podido participar en la recuperación del arco y estaba de mal humor. Lo expresó con varios gruñidos que Lasgol enseguida calmó con caricias y palabras dulces. Un momento después ya se le había pasado y volvía a ser la buena y obediente pantera de siempre.

Lasgol se detuvo a contemplar el precioso arco de oro que tenía entre las manos. Era muy ligero y apenas pesaba nada. No estaba hecho de oro, eso lo sabía por el peso. Tampoco creía que estuviera hecho de algún metal ligero desconocido y bañado luego en oro, aunque era una opción. Le daba la sensación de que el material utilizado era de ese color dorado y que era algún tipo de metal que no tenían en Tremia o que no habían descubierto todavía. Tendría que dejar que Egil y Eicewald lo examinaran.

El cordaje también era especial. No era una cuerda de arco normal, más bien parecía algún tipo de alambre elástico de oro, aunque eso era imposible. La sensación al tocar la cuerda era que era metálica. Las inscripciones grabadas a lo largo de las dos caras del arco eran preciosas pero incomprensibles. Se preguntó quién las habría tallado y qué fin tendrían. Desde luego no se parecían a ninguna runa que Lasgol hubiera visto antes.

«¿Qué hacer ahora?» quiso saber Camu.

«Ahora regresaremos a Norghana».

«¿Portal?».

«Sí, vamos hasta la perla y a ver si puedes llevarnos de vuelta a la perla del Refugio».

«De acuerdo».

El regreso hasta la perla del este, como la habían denominado, fue tranquilo. Los tres compañeros hicieron el camino lo más rápido que pudieron con la intención de regresar lo antes posible a Norghana.

Al llegar Lasgol observó la isla en la distancia y sintió ganas de visitarla un día. Pero ya habría ocasión, no era el momento.

Descendieron al enorme hoyo en el que se encontraba el monolito.

«Todo tuyo, Camu. Abre el portal».

«Yo abrir».

Camu usó su poder, envió las pulsaciones a la perla con la cadencia exacta y se formó un destello plateado. Un momento más tarde el gran portal se abría.

Lasgol observaba a Camu buscando la runa de la perla del Refugio.

«No te equivoques…».

«Tranquilo. Yo saber».

Lasgol suspiró.

«Eso espero».

«Ya estar» dijo.

«Muy bien, vamos».

Ona subió de un salto enorme y sin detenerse dio otro salto potente y entró de cabeza al portal.

Lasgol sonrió, invocó Agilidad Felina e imitó a Ona entrando de cabeza con dos grandes saltos.

El último en entrar fue Camu, que como podía adherirse a la superficie no necesitó saltar.

Lasgol despertó en una cama con algo de dolor de cabeza.

Estaba en una habitación. Por un momento se preocupó, pero luego se dio cuenta de que el lugar le resultaba vagamente familiar. Se incorporó a medias en la cama.

La puerta se abrió y Endualdentró acompañado de Galdason.

—Ya ha despertado por fin el bello durmiente —dijo Endualdcon tono de queja.

—¿Dónde estoy?

—En la Caverna de Invierno en una de las habitaciones de invitados —explicó Galdason—. No podíamos dejarte tirado junto a la perla.

Lasgol se dio cuenta de que no se sentía nada mal para lo que solía ser después de cruzar el portal.

—¿Me habéis dado algo?

—En efecto —dijo Enduald.

—¿Funciona? —preguntó Galdason.

—Sí, muy bien.

—Dale las gracias a Annika cuando la veas. Ella ha creado esta poción para aliviar los viajes a través del portal basándose en los síntomas que experimentabais.

—Pues ha acertado de lleno.

—Nos alegra verte sano y salvo.

—Y con el arco —dijo Enduald.

—El arco, ¿lo tenéis vosotros?

—Sí, tranquilo. Lo hemos estado estudiando para ver qué podíamos descubrir sobre el arma y su poder. También para ver si realmente es un arma especial o simplemente una arma hechizada o encantada, que son más comunes.

—¿Y el resultado? ¿Es especial?

—Definitivamente especial. Hemos analizado su magia y no es nada corriente. ¡Es antiquísima! —dijo Galdason.

—Hemos concluido que no es una simple arma encantada —dijo Enduald.

—Entonces puede que realmente nos sirva.

—Hay más —dijo Galdason.

—Algo muy interesante y raro —añadió Enduald.

—¿Qué es?

—¿Recuerdas que cuando analizamos tu magia descubrimos algo muy interesante y a la vez desconcertante? —dijo Galdason.

—Sí… —Lasgol no se sentía muy a gusto hablando de ello.

—Descubrimos que en tu magia hay dos tipos de energías básicas diferentes —explicó Enduald—. Si recuerdas, la primera, más actual, la trazamos hasta su origen hace cerca de tres mil años. El segundo tipo en más de cinco mil.

Lasgol asintió.

—Me dijisteis que mi magia está compuesta de dos tipos de magia de orígenes ancestrales.

—Y la que data de hace cinco mil años es similar a la de Camu —apuntó Enduald.

—Así es —confirmó Galdason—. Digamos que eres una rareza

arcana, algo muy poco común. Por tus venas corren dos magias diferentes y muy antiguas.

—Lo recuerdo… —dijo Lasgol que no había terminado de asimilar del todo las implicaciones de aquello.

—Verás —continuó Galdason—, la magia del arco es similar a una de tus magias base, la de hace tres mil años —explicó Endualdo.

Lasgol abrió mucho los ojos.

—¿Similar?

—Casi idéntica —dijo Galdason.

—No entiendo… ¿Qué significa eso?

—Que quienes crearon el arco son los dioses que desaparecieron hace tres mil años y cuya magia corre por tus venas —dijo Endualdo.

—¿Seguro?

—Sí, lo hemos estudiado a fondo mientras descansabas. Nos hemos llevado una grata sorpresa —dijo Galdason—. El arma es auténtica y data de aquella época. Fue creada por los dioses que se supone que vivieron entonces y tiene fuertes trazas de su magia.

—Pero… si es un arma para matar dragones… ¿no deberían haberla creado con magia de dragones?

—¿Te refieres a la otra magia base que encontramos que corre por tus venas? ¿La que es similar a la de Camu? —preguntó Galdason.

—Sí, bueno, eso tendría más sentido, ¿no?

Galdason y Endualdo se miraron. Los ojos de ambos se abrieron mucho, como si hubieran llegado a alguna conclusión.

—Al contrario, Lasgol. Piénsalo bien. El arco está hecho con la magia de los dioses que se enfrentaron a los dragones. Ese arco es un arma que se creó con su magia para luchar contra la de ellos —dijo Galdason.

Lasgol lo meditó.

—Sí, tiene más sentido que sea así. Como toda la magia con la que nos hemos estado encontrando, las perlas, los portales, el orbe… todo tiene magia Drakoniana, había supuesto que estas armas también la tendrían.

—Lo importante es que es en verdad un arma construida con la magia de los dioses desaparecidos —dijo Galdason.

—Eso nos conduce a pensar que fue creada con ese fin, o al menos que gracias a esa magia es capaz de matar dragones —concluyó Endualdo.

—Pero no lo sabremos hasta que llegue el momento…

—Me temo que no —dijo Galdason.

—Solo puede probarse en un dragón —dijo Enduald.

Lasgol se quedó pensativo.

—¿Habéis probado el arco? —preguntó de pronto.

—Lo ha probado Loke.

—¿Y qué ha sucedido? ¿Se ha activado su magia?

Los dos magos negaron con la cabeza.

—Loke ha tirado con él y se comporta igual que un arco normal. Es muy liviano y preciso, pero no se ha activado ninguna magia —dijo Galdason.

—Vaya… —se lamentó Lasgol.

—Pero he aquí donde la tuya entra en juego —dijo Galdason.

—¿Mi magia?

—Creemos que es muy probable que para poder usar el arma e invocar su poder, el tirador deba de ser como sus creadores o un descendiente de ellos —dijo Enduald.

Lasgol observó a los dos magos, que le miraban muy animados.

—Oh… Ya veo, creéis que como yo tengo esa magia podré usar el arco.

—Eso pensamos —asintieron los dos.

—Solo hay una forma de comprobarlo —Lasgol se puso en pie—. Vamos.

Salieron al exterior de la Madriguera y se encontraron a Loke con el arco en la mano. Junto a él estaban Ona y Camu.

«¿Tú ya bien?».

«Sí, muy bien».

«Mucho estupendo».

Ona le lamió el reverso de la mano a Lasgol situándose a su vera.

—Un arma exquisita —dijo Loke y se la pasó a Lasgol.

—Voy a ver si consigo activar su poder.

Todos observaron cómo Lasgol ponía una flecha en la fina cuerda del arco dorado. Apuntó a un roble a unos doscientos pasos, se concentró e intentó conectar con el arco. Para ello usó su habilidad Comunicación Arcana, que le permitía comunicarse con objetos mágicos y de poder.

Por un largo momento nada sucedió, no consiguió interactuar con la magia del arco. La flecha voló directa al árbol y alcanzó en el centro del tronco, donde Lasgol había apuntado. Sin embargo, no hubo ningún efecto mágico asociado al tiro. Lasgol tampoco sintió que hubiera activado la magia del arma.

Arrugó la nariz y volvió a intentarlo. Invocó Comunicación Arcana pero esta vez cogió una gran cantidad de su energía interna para maximizar su efecto. Eicewald le había enseñado a hacerlo y quizá funcionara. Tenía la sensación de que el arma debía de estar creada por y para seres de gran poder mágico y él no estaba a ese nivel, le quedaba todavía mucho camino por recorrer.

Se llevó la cuerda hasta la nariz y apuntó. Se concentró en el arma y esta vez sintió la extraña sensación de hormigueo de cuando una habilidad se activaba. Se produjo un destello verde que recorrió el cuerpo de Lasgol y luego el arco. Como respuesta, el este emitió un destello dorado. Fue uno pequeño y débil, pero Lasgol sintió que el destello podía ser mucho más potente. Soltó y la flecha salió del arma. El arco pareció coger fuego y lo mismo la flecha. Era una mezcla entre fuego y oro. El efecto visual era increíble. La flecha alcanzó el árbol y al golpearlo se produjo un estruendo. La flecha penetró el roble de lado a lado para seguir avanzando y perderse en la distancia.

—Eso ha sido increíble —dijo Loke—. Lo ha atravesado creando un orificio enorme.

Lasgol miró el arco, que refulgía y ardía en oro.

—Lo ha sido.

—¿No te quemas? —preguntó Galdason señalando el arma.

—No, no siento nada.

—Déjame probar algo —dijo Endualdestirando la mano para coger el arco.

—¡Ouch! —apartó la mano al momento—. Quema mucho.

—¿Sí? Yo no siento nada —Lasgol se cambió el arco de mano para asegurarse de que no se había achicharrado y no lo sintiera. No, no se había quemado, aunque el arco ardiera.

—Impresionante —dijo Galdason.

—Lo es, pero seguimos sin saber si esto será suficiente para matar al dragón inmortal.

«Yo ser Drakoniano. Tú probar en mí» se ofreció voluntario Camu.

Lasgol echó la cabeza atrás.

«No. Bajo ningún concepto».

«Yo valiente. Tú tirar. Apuntar punta cola».

«No, no voy a tirar contra tu cola».

«No matar. Seguro que no doler mucho».

«Eso no lo sabemos».

—Cierto, eso sería arriesgado —dijo Endualdl—. No sabemos el efecto de la magia del arco. Podría crear un dolor insufrible y hasta

producir la muerte, como hace la magia de Maldiciones. O podría envenenarte con una toxina que mate Drakonianos.

—Enduald tiene razón. No sabemos qué efecto tiene la magia de este arma en un draconiano, no podemos arriesgarnos.

«Ya lo has oído» dijo Lasgol.

«Yo resistir todo eso. Seguro».

«Ya, pero no lo vamos a probar».

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Galdason a Lasgol.

—Debo regresar con el arco. Quiero que lo examine también Eicewald, quizá él pueda ayudar con el poder del arma. Tengo la sensación de que solo he conseguido activar una mínima parte de su poder y no creo que sea suficiente. Es solo una sensación que tengo, pero no me suelen fallar mucho.

—Buena idea. El Mago de Hielo podrá ayudarte en eso mejor que nosotros —dijo Galdason.

—Eicewald es sabio y mucha de su magia es de ataque. Ha pasado años estudiando y focalizándose en magia de guerra. Podrá ayudar con la magia del arco, que también tendrá ese fin —dijo Enduald.

Lasgol asintió.

—¿Tenéis a Milton?

—Sí, lo cuidamos, y también a Trotador —dijo Loke.

—Mil gracias. Enviaré a Milton y pediré a Eicewald que se reúna conmigo en el Bosque del Ogro Verde. Allí podremos experimentar tranquilamente con el arco hasta dominarlo.

—Me parece un plan acertado —dijo Galdason.

—Mucha suerte —deseó Enduald.

—Muchas gracias a los tres por todo —agradeció Lasgol.

—Siempre a tu disposición —respondió Galdason con una sonrisa.

—Disposición mágica —puntualizó Enduald.

Lasgol sonrió.

—Nos vemos pronto.

«¿Marchar?» preguntó Camu.

—Sí, regresamos.

«Mucho estupendo».

Lasgol sonrió.

«Eso mismo».

Capítulo 43

Lasgol, Camu y Ona estaban sentados frente a la tienda junto al estanque en el Bosque del Ogro Verde y Trotador bebía tranquilo a un lado del estanque. Lasgol tenía el Arco de Aodh sobre sus piernas cruzadas. Había estado practicando toda la mañana y ya era capaz de invocar la magia del arco con cada tiro. Era un gran avance pues hacía solo un día fallaba la mitad de las veces y el arco realizaba tiros normales.

Tenía unas ganas inmensas de ver a Eicewald para explicarle todo lo referente al arco y para que el mago le ayudara con el problema de activar todo su poder. También se moría de ganas de saber lo que había pasado durante la boda, que ya habría concluido y se había perdido. Habían ido directos al bosque sin pasar por la capital para poder enseñarle el arco a Eicewald y Lasgol no tenía información sobre los últimos eventos.

Estaba atardeciendo cuando por fin llegó Eicewald. El Mago de Hielo se acercó hasta la tienda apoyándose en su vara blanca con una sonrisa en su rostro.

«¡Eicewald! ¡Contento!» transmitió Camu junto a un gran sentimiento de alegría por ver al mago.

—¡Camu, Ona, Lasgol! Qué alegría veros a los tres —respondió.

—La alegría es toda nuestra —respondió Lasgol, que no pudo evitar sonreír de oreja a oreja al ver al maestro que tanto les había enseñado y al que consideraban toda una eminencia.

Eicewald dio abrazos a Camu, a Ona y luego a Lasgol.

—¿Qué ha pasado en la boda? ¿Ha ido todo bien? —quiso saber Lasgol.

Eicewald hizo un gesto de resignación.

—Digamos que ha ido tan bien como cabía esperar.

—Entonces ha habido problemas.

—Bastantes y serios.

—¿Tenemos reina? —Lasgol lo preguntó temiendo la respuesta.

—Tenemos reina druida.

Lasgol abrió muchos los ojos.

—Luego te lo explico todo. Las Panteras están bien y han tenido

una participación estelar. Tan buena que ahora Thoran les ha encargado la seguridad de su reina.

—Ops… Eso no es bueno…

—Sí, eso te espera a la vuelta. Eso y una guerra.

—¿Guerra? —Lasgol echó la cabeza atrás por la sorpresa.

—Estamos a punto de entrar en guerra con Zangria. Cosas del rey Thoran, ya te lo contaré…

—Veo que habéis estado de lo más entretenidos.

Eicewald asintió sonriendo.

—¿Y vosotros? ¿Cómo estáis? ¿Ha ido todo bien? —preguntó el mago.

—Estamos muy bien. El viaje ha sido toda una experiencia. Moontian y sus gentes son fascinantes.

«Gente lila. Ojos rosa. Muy bonitos. Vivir en gran montaña. Casas colgar de la montaña. Muy divertido».

Eicewald sonrió.

—Veo que os ha gustado.

—Mucho, la verdad.

—¿Y el arco de Aodh? ¿Lo conseguisteis?

Lasgol le señaló el arco apoyado sobre su macuto.

—Lo conseguimos.

—¿Es ese? ¿Es el verdadero? —Eicewald se aproximó a examinarlo.

—Lo es.

—Parece un arma magnífica —Eicewald lo tocó con su báculo y cerró los ojos—. Percibo su magia antigua y poderosa.

—Necesito de tu ayuda para usarlo. No soy capaz de utilizarlo con todo su poder.

«Eso es porque la sangre de sus creadores no corre fuerte en tus venas», sonó una voz muy potente y profunda en la mente de todos.

Lasgol miró a Eicewald.

Él negó con la cabeza.

—Problemas…

«¡Magia draconiana!» avisó Camu muy alarmado.

Lasgol cogió el Arco de Aodh y puso una flecha de su aljaba en la cuerda. Miraba a todos lados, pero no veía nada. Trotador se movía inquieto junto al estanque.

Eicewald comenzó a crear protecciones sobre sí mismo. Conjuró una esfera protectora de hielo duro contra ataques físicos y a

continuación otra translúcida anti-magia.

Lasgol, al verlo, se dio cuenta de que se aproximaban serios problemas e invocó todas las habilidades que le ayudarían en el combate tan rápido como pudo. Terminó con Protección de Boscaje, que lo cubrió por completo de pies a cabeza.

Ona miraba y gruñía hacia el este del lago, como si pudiera ver algo allí, pero no había nada.

«¡Magia Drakoniana aquí!» avisó Camu junto a un sentimiento de mucha inquietud.

De pronto, como si surgiera de otra dimensión para materializarse ante ellos, apareció la cabeza de un terrorífico dragón.

—¡Dergha-Sho-Blaska! —exclamó Lasgol, que lo reconoció de inmediato.

«Así es, insignificante humano. Soy Dergha-Sho-Blaska, dragón inmortal, rey entre dragones, renacido en un nuevo cuerpo».

Lasgol apuntó a la cabeza del dragón. Reconoció de inmediato los ojos amarillos reptilianos que brillaban con nueva vida, los cuernos sobre ellos y la cresta que coronaba la cabeza. También las enormes y letales fauces que mostraba para intimidarlos.

Eicewald, al igual que Lasgol, apuntó con su báculo a la enorme y terrorífica cabeza que flotaba en el aire frente a ellos.

«¿Está aquí?» preguntó Lasgol a Camu pensando que quizá era una visión, ya que solo podían ver la cabeza.

«Sí estar. Magia camuflaje».

«El pequeño Drakoniano es inteligente» transmitió Dergha-Sho-Blaska con su potente voz haciendo que sus mentes sufrieran como si las hubiera sacudido.

Lasgol entrecerró los ojos mientras aguantaba el efecto negativo en su cabeza.

—Muéstrate —pidió.

Los ojos del gran dragón destellaron y de pronto el cuerpo de la monstruosa criatura comenzó a hacerse visible como si surgiera de otro mundo, solo que estaba allí frente a ellos. Su descomunal cuerpo, de más de cincuenta varas de longitud, se hizo visible poco a poco. Una cresta le bajaba de la cabeza y le recorría la espalda para descender por la larga y potente cola. Todo su cuerpo estaba recubierto de escamas de color rojo negruzco. Cuatro cortas y poderosas patas terminadas en garras de aspecto devastador, afiladas y letales sostenían el gran cuerpo. Tenía las enormes alas recogidas contra él.

«Ahora que me veis arrodillaos ante vuestro señor» ordenó con un

mensaje mental enviado con tal fuerza que impactó contra las mentes de todos.

Lasgol lo sufrió al igual que Ona y hasta Trotador, que se quejaron. Eicewald pareció soportarlo gracias a la protección anti-magia que tenía levantada. Camu creó una cúpula de negación de magia para protegerse a sí mismo y a Ona, que estaba a su lado.

—Nuestro señor es el rey de Norghana —respondió Eicewald con tono sosegado, como estableciendo un hecho, no negándose a obedecer.

«Jajaja».

Una risa profunda y potente llegó a su mente, sacudiéndola.

«Vuestra ignorancia y ceguera es ridícula. Yo soy Dergha-Sho-Blaska, el dragón inmortal, aquel que duerme y no muere. Rey entre los dragones».

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó Lasgol con cuidado de no ofender a la criatura.

«Recuperar lo que por derecho es mío, mi reino… ¡Mi mundo! El mundo de los de mi sangre».

—Ese reinado fue hace mucho tiempo. El mundo ha cambiado. Ahora reyes y emperadores humanos reinan sobre Tremia —explicó Eicewald, que intentaba hablar con el dragón sin provocarlo.

«Eso es irrelevante. Este mundo es de los de sangre plateada, siempre lo ha sido y siempre lo será. Recuperaré lo que fue nuestro para que mi pueblo pueda volver a surcar los cielos y reinar como lo hicieron hace diez mil años».

—No es necesario que haya derramamiento de sangre. Podemos llegar a algún tipo de entendimiento —presentó Lasgol.

«Solo hay un entendimiento. Yo reinaré sobre este mundo y todos los humanos se arrodillarán ante mí y me rendirán pleitesía o serán exterminados».

—Los humanos son muchos y de diferentes procedencias —comentó Eicewald.

«Los humanos son insignificantes. Una molestia que pronto dejará de serlo».

—Los humanos no causaron la marcha de los dragones. No tenemos nada que ver con ello y no deberíamos ser castigados por algo que no hicimos —argumentó Lasgol intentado aclarar su relación con la guerra con los dragones.

Dergha-Sho-Blaska volvió a reír con aquella risa profunda y despectiva.

«Los humanos nada pueden contra los dragones. No fueron ellos

quienes nos derrotaron. Olvidas que yo estaba allí cuando ocurrió. Tu pequeña y básica mente no puede asimilar que yo he vivido miles de años y he surcado estos cielos mucho antes de la llegada de los hombres a Tremia».

—Debe de haber alguna forma de evitar el enfrentamiento. Podemos encontrar la manera de trabajar juntos y acordar una paz entre humanos y dragones para el futuro —dijo Eicewald con un ruego en su tono.

«Solo hay una forma de evitar el enfrentamiento. Todo humano se rendirá ante mí».

—Los reyes y emperadores humanos no se rendirán tan fácilmente… —dijo Lasgol—. No renunciarán a sus tronos.

—Por desgracia lucharán —añadió Eicewald.

«En ese caso morirán y con ellos todos quienes se enfrenten a mi poder. Es inútil ofrecer resistencia. Nada pueden contra mí».

—Tienen ejércitos de miles de soldados y poderosos magos que enviar a la lucha —dijo Lasgol.

«Los ejércitos y los magos humanos nada pueden contra Dergha-Sho-Blaska y sus armas nada pueden contra mí. Su magia es muy débil. ¡Nunca conseguirán derrotarme!».

—¿Ni aunque se unan todos los reinos? —preguntó Eicewald.

«Solo conseguirán ser una molestia y prolongar su agonía. Los humanos nada pueden contra los de sangre de plata. Si he de matarlos a todos, lo haré».

—Si es así… ¿por qué no ha comenzado ya el dragón inmortal su campaña de conquista? —preguntó Lasgol enarcando una ceja. Algo no encajaba, si tan poderoso era, ¿por qué no lo estaba haciendo ya?

Dergha-Sho-Blaska miró fijamente a Lasgol.

«Solo un necio adelanta sus planes al enemigo. Vuestras pequeñas mentes son incapaces de comprender mis planes y su ejecución».

—Debe de ser porque necesita algo que todavía no tiene —dijo Lasgol a Eicewald.

—O porque no nos está contando el verdadero plan y hay otro muy diferente que oculta —dijo Eicewald.

Dergha-Sho-Blaska volvió a reír y esta vez lo hizo con tanta fuerza que Lasgol pensó que las carcajadas le reventarían la mente.

«Los intrascendentes humanos intentan entender los planes de un ser superior. ¡Patético!».

—Entonces… ¿por qué estás aquí? —preguntó Lasgol—. ¿Qué quiere el gran dragón de nosotros?

«Tú eres interesante, humano. Tienes sangre de plata y oro en tus venas. Algo que me sorprende y yo rara vez lo hago. Llevo miles de años de existencia y he visto mucho».

—¿Estás aquí por mí? —Lasgol se extrañó.

«No. Estoy aquí por el pequeño» transmitió y miró a Camu.

«Yo no pequeño».

«Lo eres. Todavía eres una cría que tiene que crecer y desarrollarse para convertirse en un poderoso Drakoniano».

«Yo ya crecer con tiempo».

«Quiero que lo hagas a mi lado. Yo soy de los tuyos, tu sangre y la mía están relacionadas. No debes estar con humanos, son inferiores a nosotros. Muy inferiores. Debes estar con los de tu nivel».

«Yo contento con humanos».

«Es una aberración que estés con ellos. No pueden ayudarte a desarrollarte. Conmigo alcanzarás tu pleno potencial y podrás reinar».

«¿Yo rey?».

«Te concederé parte de este mundo. Elige los reinos que quieras y serán tuyos. Serás señor de Norghana y de Rogdon, si lo quieres. Todos te temerán y adorarán como a un dios».

Camu se quedó pensativo.

«Camu, no te dejes engañar» le transmitió Lasgol solo a Camu, pero de alguna forma Dergha-Sho-Blaska lo interceptó.

«No te atrevas a poner al pequeño en mi contra» envió a Lasgol con tanta fuerza que este sufrió una terrible migraña.

Eicewald, al ver a Lasgol retorcido de dolor, conjuró una esfera defensiva anti-magia a su alrededor.

«Mago, no fuerces tu suerte. Si vuelves a conjurar en mi presencia te mataré» amenazó a Eicewald y movió su enorme cabeza hacia él.

Camu parpadeó con fuerza.

«Estos humanos mis amigos. Yo quedar con ellos».

«Esa es una mala decisión. Esperaba más de un Drakoniano».

«Ser mi decisión».

«Recuerda que no eres un dragón. No tengo por qué respetar tu vida».

«Yo quedar con amigos».

«Mala decisión».

—¿Nos dejarás ahora? —preguntó Lasgol, que se temía que no sería sí.

«No he venido solo a por el pequeño».

Eicewald y Lasgol intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿Qué buscas? —preguntó Eicewald, aunque Lasgol creyó que ya sabía el motivo.

«Vengo a por lo que escondiste en el fondo de ese estanque» les transmitió mirando hacia el lugar, a su espalda.

Dergha-Sho-Blaska destelló en rojo y de pronto todo el estanque comenzó a temblar como si se estuviera produciendo un terremoto. El agua comenzó a elevarse hacia el cielo como si fuera un géiser y en la punta, que se elevó diez varas de altura sobre la superficie del agua, apareció la perla de plata.

Con un movimiento de la cabeza Dergha-Sho-Blaska dirigió la perla hasta dejarla junto a su pata delantera izquierda.

Lasgol observaba estupefacto. ¿Cómo había descubierto que la perla estaba escondida allí? ¿Y cómo era posible que pudiera mover los objetos con su mente?

—¡La perla! ¡Eso es lo que buscabas…! —murmuró Eicewald.

«Ese no es su nombre, pero eso es irrelevante. Dime, mago, ¿dónde has escondido las perlas menores?».

—No sé a qué te refieres —disimuló Eicewald.

Lasgol sabía que se refería al collar.

«Última oportunidad. ¿Dónde están las doce perlas menores?».

Lasgol miró a Eicewald. Solo él sabía dónde las había escondido, pues no se lo había revelado al guardabosques todavía.

—Creo que te equivocas… —comenzó a decir Eicewald.

«Crees mal, mago inferior».

Dergha-Sho-Blaska abrió sus inmensas alas y emitió un rugido atronador que hizo que todos se agacharan. Extendió las alas, de más de veinte varas de amplitud, y las batió con fuerza. El empuje del torbellino que creó empujó a Trotador, que salió despedido, y chocó contra los árboles.

—¡Trotador! —exclamó Lasgol muy preocupado.

Ona salió al ataque con toda la potencia de sus fuertes patas.

El dragón la golpeó con una de sus alas y la envió volando por los aires al igual que al pony.

—¡No! —gritó Lasgol horrorizado.

Dergha-Sho-Blaska lanzó un fuerte ataque mental contra Eicewald. Lasgol podía ver la magia del dragón atacando en forma de un cono rojo que salía de su mente y que estaba bañando al mago. Se sorprendió de poder ver la magia del dragón.

La defensa de Eicewald, la esfera anti-magia, pareció aguantar un

momento el ataque. Pero poco después se vio forzado a enviar más y más energía para reforzarla.

—¡Déjalo estar! —gritó Lasgol.

«Insignificantes seres inferiores. ¡Vais a aprender a respetar a un ser superior!».

Lasgol podía ver cómo la esfera de Eicewald se descomponía bajo el influjo del cono de ataque. Pese a que enviaba toda su energía esta no aguantaba.

Eicewald cambió de táctica y conjuró un ataque ofensivo. Movió el báculo y de él salieron una docena de proyectiles de hielo con forma de afiladas estacas que se dirigieron directas al torso de Dergha-Sho-Blaska. Lasgol comprobó con incredulidad cómo las estacas de hielo golpeaban el cuerpo del dragón. Una capa de energía roja se hizo visible envolviendo todo el cuerpo de la criatura en el momento del impacto. Los proyectiles no la atravesaron.

—¡Tiene protección anti-magia! —avisó Lasgol a Eicewald, que seguía luchando por mantener la barrera defensiva levantada.

«Te dije que si conjurabas morirías. Es tu final» transmitió Dergha-Sho-Blaska con un fuerte golpe mental.

Lasgol aguantó gracias a la esfera que Eicewald había levantado a su alrededor.

Tenía que ayudar al mago o el dragón lo mataría. Levantó el arco y apuntó a donde supuso que tendría el corazón.

«No seas ridículo, humano. No puedes manejar ese arco».

Lasgol se concentró y utilizó toda la energía que pudo para activar el poder del arco y así sobrecargarlo. Se produjo un destello verde intenso y luego otro dorado y Lasgol soltó. El arco cogió fuego y la flecha que salió de él también.

La saeta se dirigió directa al cuerpo de Dergha-Sho-Blaska, que la vio y movió su gran ala izquierda situándola en la trayectoria de la flecha. El proyectil golpeó el ala y se produjo un estallido dorado. La flecha atravesó el ala y quedó insertada en ella.

Dergha-Sho-Blaska abrió sus ojos reptilianos y Lasgol captó al instante la incredulidad de la criatura ante lo que acababa de suceder. Miraba la flecha en su ala y no podía creerlo.

«Me has herido. Eso es imposible» envió Dergha-Sho-Blaska más sorprendido que furioso.

Lasgol se apresuró a poner otra flecha en el arco viendo que tenían una oportunidad.

Dergha-Sho-Blaska dio un salto hacia él y lo golpeó con el ala herida. El impacto fue tan duro que Lasgol salió volando por los aires

y cayó a treinta pasos dándose un golpe fuerte. Por suerte llevaba encima Protección de Boscaje, que amortiguó la fuerza y el choque posterior. El dragón se había quitado a Lasgol de encima como quien espantaba a un mosquito.

Camu, al ver a Lasgol golpeado, pasó al ataque. Abrió la boca y usó Aliente Helado. El chorro se dirigió directo al cuerpo del dragón. Lo alcanzó de pleno, pero de nuevo la capa de energía roja que lo protegía detuvo la embestida. Camu insistió y continuó enviando más Aliento Helado, pero siempre moría en la capa protectora sin afectar al dragón.

Eicewald aprovechó que la bestia no estaba centrada en él y conjuró una potente tormenta invernal sobre ella, que lo congelaría hasta la médula con sus bajas temperaturas y fuertes vientos helados. Todos los Magos de Hielo sabían que nada sobrevivía a una tormenta de hielo de máximo poder como la que Eicewald acababa de conjurar utilizando casi toda la energía que le quedaba.

«Vuestra magia es tan inferior y fútil que simplemente es irrisoria».

Dergha-Sho-Blaska se mantuvo bajo la tormenta invernal sin inmutarse. Su protección mágica la absorbió por completo al igual que absorbía el Aliento Helado de Camu. Agitó las alas como bañándose en la tormenta.

«Es tú final, mago» afirmó Dergha-Sho-Blaska, que atacó con otro potente ataque mental a Eicewald. Esta vez la barrera no aguantó y este cayó al suelo de rodillas con sus defensas rotas. Se llevó las manos a la cabeza y gritó de dolor. Dergha-Sho-Blaska lo estaba matando, estaba destruyendo su mente.

Camu corrió a su lado y lo protegió dentro de su cúpula de negación de magia. El ataque mental de Dergha-Sho-Blaska no consiguió penetrar la cúpula.

«Sorprendente. El pequeño es más poderoso de lo que parece. No importa. No tenéis escapatoria».

El dragón saltó hacia delante con ayuda de sus alas. Era como si un águila gigante hubiese descendido sobre ellos. La criatura cayó sobre Camu y Eicewald con las garras por delante. La capa anti-magia de Camu no servía de nada contra ataques físicos, por lo que las garras del dragón les golpearon.

Lasgol se estaba poniendo en pie cuando lo vio.

—¡No!

Las garras no pudieron atravesar las duras escamas de Camu, que salió despedido a un lado con un tremendo golpe de las fuertes patas traseras. Eicewald, por desgracia, no tuvo la misma suerte. Las garras de una pata delantera destrozaron su defensa de hielo y las de la otra

le destrozaron el cuerpo.

Lasgol cogió el arco y puso una nueva flecha en él.

Dergha-Sho-Blaska le miró y le envió un ataque mental con un golpe de fuerza. Lasgol recibió el impacto en mente y cuerpo por igual y se fue de espaldas diez pasos. Se quedó tumbado de lado, con sangre que le caía de la boca y los oídos.

El descomunal dragón sacudió sus alas victorioso y rugió a los cielos con un rugido atronador. Soltó a Eicewald, que se volvió hacia Lasgol con sus últimas fuerzas y sonrió.

—No… —Lasgol estiró la mano hacia el mago.

Eicewald murió.

—¿Por… qué? —preguntó Lasgol.

«Porque soy un ser superior, ¡supremo! Reinaré sobre todo este mundo. Arrasaré los reinos que se me opongan. Aniquilaré toda resistencia».

—Podríamos… convivir…

Dergha-Sho-Blaska dio otro salto y se situó sobre Lasgol. Lo observó un momento, decidiendo qué hacer con él.

«Te perdono la vida porque eres de los de mi sangre, la sangre de los de plata. Pero si vuelves a enfrentarte a mí te mataré. No olvido que también eres de los de sangre de oro, mis enemigos».

Lasgol tenía las fauces del dragón sobre su rostro. Los mensajes mentales tronaban en su cabeza y estaba a punto de perder el sentido.

—Espera…

Dergha-Sho-Blaska extendió sus enormes alas, dio un potente salto y tomó aire aleteando con fuerza y levantando un vendaval bajo su cuerpo.

«No volváis a cruzaros en mi camino».

Con esa advertencia el descomunal dragón marchó volando, llevándose la perla de plata en una de sus garras.

Lasgol miró a Camu, que respiraba entrecortadamente. Parecía herido.

—Camu… —y perdió el sentido.

Capítulo 44

Lasgol despertó tres días después en la torre de los Guardabosques en una habitación que no era la que habitualmente compartían.

—Veo que no dejas de meterte en líos —dijo una voz femenina que reconoció.

—Sanadora Edwina, ¿pero qué…? ¿Dónde…? ¿Cómo…? —Lasgol intentaba entender la situación.

—Y veo que sigues con la misma afición a las preguntas —sonrió amable—. No te muevas, has recibido una paliza terrible, física y mental.

—¡Eicewald! —exclamó Lasgol. Le llegaban recuerdos de lo que había sucedido en el enfrentamiento con Dergha-Sho-Blaska.

—Lo siento, Lasgol. Eicewald ha muerto.

—¡Oh, no! —Lasgol se llevó las manos a la cabeza.

—Tranquilo, no te muevas tanto. He sanado el daño físico del cuerpo, pero no he podido hacer mucho con el daño que tu mente ha recibido. Debes reposar y descansar. Nada de movimientos bruscos.

Más imágenes llegaron a la cabeza de Lasgol.

—¡Camu! ¿Cómo está Camu?

—Tranquilo —la sanadora le puso la mano en el pecho para que no se incorporara en la cama—. Camu se está recuperando. Tiene una pata y varias costillas rotas, pero está bien.

—¿Dónde está? ¿Puedo verlo?

—Está en el Refugio con Annika y Sigrid, que cuidan de él. No te preocupes, se recupera bien. No podíamos traerlo al castillo.

—¿Y Ona? ¿Y Trotador?

—Ona está con Camu, no quería separase de él. Esa pantera debe de tener siete vidas porque no le ha sucedido nada, si bien los moratones que presentaba eran enormes.

—¿Y Trotador?

—Verás… Trotador…

—¡No!

—No es lo que piensas, tranquilo. Se está recuperando en los establos reales, pero se ha fracturado la pata trasera izquierda. Ha sido

una fractura muy fea. Se la he curado, pero sus días de aventuras contigo han terminado. Si se vuelve a romper esa pata, y podría ser ya que mi sanación solo puede reparar hasta cierto punto, habría que sacrificarlo.

—¡Oh, no!

—Me temo que sí. Tendrás que buscar otra montura.

—Pobre Trotador… —Lasgol se llevó las manos a los ojos. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—No es tan malo. Tendrá una vejez tranquila en los establos reales y podrás visitarlo cuando estés en el castillo.

—Ha salido todo tan mal…

—Míralo por el lado positivo. Camu y tú estáis muy magullados, pero seguís vivos. Podríais haber muerto.

—Sí, lo sé. Estuvimos muy cerca…

—Tus compañeros están deseando verte. Te daré un momento para que te repongas y después los dejaré pasar. Son muy insistentes.

—Sí, lo son.

—Luego volveré a ver qué tal te recuperas —dijo la sanadora dirigiéndose hacia la puerta de la habitación.

—Edwina —llamó Lasgol.

—¿Sí, Lasgol?

—Muchas gracias de nuevo.

La sanadora sonrió.

—Procura que no nos veamos así en un tiempo —dijo con una sonrisa.

—Lo intentaré, descuida.

La sanadora no pudo mantener fuera a las Panteras ni un suspiro. Astrid entró como una centella y tras ella llegaron Nilsa, Ingrid, Gerd, Egil y Viggo.

—¡Lasgol! —Astrid se le echó encima y le besó—. ¡Qué miedo hemos pasado!

—Astrid —sonrió Lasgol.

—Deja a los demás que lo abracemos —dijo Nilsa a Astrid, que se resistió a apartarse. Un momento después todas las Panteras abrazaban a Lasgol una a una, colmándolo de cariño y atención.

—Estoy bien, de verdad —decía él.

—Eso es porque no has visto la cara que tienes —dijo Viggo.

—¿Tan mala?

—Parece que te han dado en la cabeza con un hacha de guerra —

dijo Gerd.

—Estás guapísimo con esos ojos morados —bromeó Nilsa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Egil.

—Creo que sí —Lasgol miró a su amigo con ojos de que había sufrido.

—Bueno, rarito, has vuelto a demostrar que no podemos dejarte solo ni un momento sin que te metas en el mayor de los líos —dijo Viggo ofreciéndole un brazo que Lasgol aceptó gustoso.

—¿Sabéis lo que ha pasado? —preguntó Lasgol.

—Lo sabemos —dijo Ingrid.

—El bicho nos lo ha contado todo —aclaró Viggo—. A su manera, claro.

Lasgol asintió.

—¿Cómo nos habéis encontrado?

—Eicewald nos dijo que iba a reunirse contigo. Como no volvisteis nos preocupamos y fuimos a buscaros —explicó Astrid—. Lo que nos encontramos casi nos hace saltar el corazón.

—¿Y Dergha-Sho-Blaska? —preguntó Lasgol.

—Ni rastro de la criatura. Se ha esfumado —dijo Ingrid.

Lasgol miró a Egil.

—Trama algo. No sé qué es todavía, pero trama algo. Busca las perlas de plata.

Egil asintió.

—Por eso no se deja ver. Hay algo más que quiere hacer antes de darse a conocer al mundo.

—Igual es que es tímido —bromeó Viggo.

—Quiere conquistar el mundo y que toda la humanidad se arrodille ante él como el ser superior que es —explicó Lasgol—. No creo que tímido lo describa, precisamente.

—Si eso es lo que quiere alcanzar, entonces algo le falta —razonó Egil.

—¿Qué vamos a hacer con el dragón ahora? —preguntó Ingrid muy preocupada.

—La pérdida de Eicewald es irreparable —se lamentó Egil.

—Era un gran hombre —dijo Nilsa con ojos húmedos.

—Yo todavía no puedo creer que haya muerto —dijo Gerd con gran tristeza en su tono y expresión.

—Tenemos que seguir luchando contra Dergha-Sho-Blaska. Debemos detenerle antes de que consiga llevar a cabo sus planes —

dijo Lasgol—. Se lo debemos a Eicewald, que luchó y murió intentando impedirlo.

—Sí, se lo debemos y lo detendremos —dijo Astrid, convencida.

—Entre todos encontraremos la forma —aseguró Ingrid.

—¿Qué ha pasado en la boda? —preguntó de pronto Lasgol.

—Te has perdido una buena —dijo Nilsa.

—Con intentos de asesinato del rey y la reina —añadió Gerd.

—¿Quién ha intentado asesinarles? —preguntó Lasgol asombrado.

—Vamos, Egil, confiesa que has sido tú quien ha envenenado a Orten, aunque lo que buscabas era matar a Thoran —dijo Viggo.

—No digas tonterías, merluzo —dijo Ingrid.

Egil guardó silencio y todos le miraron.

—Egil, tú no has sido, ¿verdad que no? —preguntó Nilsa con expresión de que se estaba preocupando mucho con el silencio que Egil guardaba.

—No he sido yo… —dijo Egil.

—¿Ves? A veces dices cada cosa… —reprendió Ingrid a Viggo.

—Déjale terminar. Aquí hay más de lo que parece —dijo Viggo.

—¿Lo hay? —quiso saber Gerd, que ahora comenzaba a preocuparse.

Egil guardó silencio un momento, reflexionando.

Todos le miraban fijamente aguardando su respuesta.

—Me va a dar un síncope si no te explicas —dijo Nilsa, que comenzó a dar saltitos donde estaba.

—Es complicado… —dijo Egil.

—Conocemos lo complicado. Dinos qué ocurre —pidió Astrid.

Egil asintió.

—La Liga del Oeste se ha cansado de esperar y han pasado a la acción contra mi recomendación de aguardar un momento mejor para intervenir.

—¿Han sido ellos? —preguntó Ingrid.

—Eso tendría sentido. Los que más quieren ver muerto a Thoran son los nobles del Oeste. Más incluso que Zangria, Rogdon, el Imperio Noceano u otros reinos —dijo Nilsa.

—Egil, ¿han sido ellos? —insistió Ingrid.

—¿O ha sido alguno de los otros reinos? —preguntó Astrid.

—Ha sido la Liga. El intento de asesinato de Thoran durante la cena de honor antes de la boda fueron ellos. Intenté que no lo

hicieran, pero no me escucharon. Las probabilidades de que saliera bien eran muy bajas, como al final sucedió. El plan era bueno, pero casi cualquier plan hubiera salido mal en aquellas circunstancias.

—Esto son muy malas noticias —dijo Ingrid—. Si Thoran lo descubre tendremos otra guerra civil.

—Thoran cree que han sido los zangrianos, de momento no hay peligro por ese lado —dijo Astrid.

—Cuéntales todo, Egil —dijo Viggo.

—¿Hay más? ¿A qué se refiere? —preguntó Ingrid, que miraba a Viggo y luego a Egil.

—¿Ocurre algo que debamos saber? —preguntó Astrid.

Egil suspiró.

—Ayudé con el plan de fuga. La idea de cómo sacar al cocinero y al sirviente del castillo fue cosa mía —reconoció Egil.

—¡¿Por qué te has involucrado?! —exclamó Ingrid, que no podía creerlo.

—No tuve más remedio —dijo Egil encogiéndose de hombros—. A veces en la vida no puedes quedarte cruzado de brazos viendo los acontecimientos pasar.

—¿Te obligaron de alguna forma? —quiso saber Astrid.

—Sí y no. Me obligaron porque lo iban a hacer de todas formas, ya estaba planeado. Si no intervenía iba a ser un desastre. Les hubieran pillado y hubiéramos tenido una nueva guerra civil con miles de muertos y la hubiéramos perdido porque Thoran tendría el apoyo de Irinel. Tenía que evitar que eso sucediera. Como no podía evitar el golpe, pues no me confiaron cómo iban a hacerlo, decidí que era mejor involucrarme y salvar la situación.

Todos escucharon la explicación y se quedaron en silencio, pensativos.

—Bueno. No ha habido guerra civil —dijo Gerd.

—Eso es. Hiciste bien —dijo Nilsa.

Egil negó con la cabeza.

—No hice bien.

—No lo entiendo. Si impediste que los apresaran —dijo Ingrid.

—Falta la parte del no de la pregunta anterior —dijo Viggo—. Explícate.

Egil sonrió a Viggo.

—No se te escapa nada —Viggo hizo un gesto de alarde—. La parte del no es que también participé porque no quería que me apartaran del trono.

—¿Te iban a apartar? —preguntó Astrid—. ¿Cómo?

—Mi primo Lars Berge ha entrado en el juego político. Lo tenían escondido, protegido. Si yo no daba un paso adelante como líder de la Liga y luchaba por el trono me iban a apartar y seguir con él.

—¿Pero tú realmente quieres el trono? —preguntó Gerd—. Porque si no lo quieres deja que se lo quede tu primo y la Liga. No es necesario que cargues con toda la responsabilidad.

—Eso, no hace falta que seas rey si no lo deseas de corazón —dijo Nilsa—. Ya has hecho mucho por el reino. Ser rey y lo que conlleva conseguir el trono arrebatándoselo a Thoran y a los suyos es una carga tremenda.

Egil suspiró hondo.

—He ahí la cuestión. ¿Deseo el trono o no?

—Eso solo tú puedes saberlo. Tu corazón te lo tiene que decir —dijo Astrid.

—Lo he pensado largo y tendido. Todo este tiempo he estado intentando posponer lo inevitable, la decisión que debía tomar. Si quiero ser rey debo pasar a la acción, asumir los riesgos tanto míos como de todas las gentes del Oeste y liderar el camino a seguir con determinación, guiando a la Liga, a los míos. Si no lo hago otro lo hará por mí y los resultados pueden ser terribles para el Oeste y para Norghana.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —preguntó Nilsa.

—Dice que va a luchar por la corona —aclaró Gerd.

Egil asintió varias veces.

—Es lo mejor para Norghana.

—Pero dices que no es lo que realmente quieres, lo que es mejor para ti —dijo Astrid.

—Porque no lo es —dijo Viggo—. En realidad el sabiondo no quiere el trono. Lo hace porque sabe que si no lo hace él quien vaya a por el trono causará una catástrofe.

—Lo hace para evitar una nueva guerra civil que el Oeste perderá y evitar así que después un reino extranjero nos invada cuando estemos medio muertos desangrándonos —dijo Astrid.

—No quiero ser rey, nunca lo he querido. Sin embargo, veo que de no hacerlo todo Norghana sufrirá. Por ello acepto serlo.

—Debemos pensar esto con mucho cuidado. Nos convertiremos en traidores de nuevo —dijo Ingrid.

—Thoran nos colgará si tiene la más mínima sospecha —dijo Nilsa.

—Esto se pone divertido —dijo Viggo frotándose las manos y

sonriendo con picardía.

—Entenderé que no os queráis ver implicados en esto —dijo Egil ofreciéndoles una salida—. Es alta traición.

—No será la primera vez —le guiñó un ojo Astrid—. Yo estoy contigo, Thoran nos llevará a todos a la ruina tarde o temprano. Eso lo sé.

—Yo opino como Astrid. Thoran destruirá el reino y no es un rey al que quiera seguir a la muerte —dijo Nilsa negando con la cabeza.

—Cuenta conmigo. Necesitarás que te cubran las espaldas —dijo Gerd dándole una palmada en la espalda.

—Yo no me lo pierdo por nada —dijo Viggo—. Va a ser divertidísimo.

Egil miró a Ingrid, que se debatía internamente.

—Mi honor me dice que no puedo cometer alta traición, pero, por otro lado, opino como Astrid y Nilsa. Nada me gustaría más que ver un rey digno en el trono de Norghana, uno honorable e inteligente que haga prosperar el reino —suspiró profundamente—. Estoy contigo, Egil. Te apoyaré.

Lasgol fue el último en pronunciarse. Había estado escuchando todo lo que se había perdido.

—Estoy contigo, Egil. Siempre lo he estado y siempre lo estaré —le dijo a su amigo.

—Gracias. Gracias a todos. Significa mucho para mi contar con vosotros.

—Una cosa no me queda clara —dijo de pronto Nilsa—. Si el intento de asesinato en la cena fue la Liga, ¿quién intentó matar a la princesa en el templo?

Todas las miradas fueron a Egil.

—Ese misterio no lo he podido resolver todavía —comentó él.

—Pero no fue la Liga —aclaró Astrid.

—No, no fue el Oeste.

—Pues los zangrianos —dijo Ingrid—. El asesino era zangriano.

—Eso es demasiado evidente y fácil —dijo Viggo—. No han sido ellos.

—Entonces, ¿quién? —preguntó Nilsa.

—Es algo que tendremos que averiguar. Tenemos un nuevo jugador en la partida y está apostando fuerte —dijo Egil—. Quién es y lo que persigue no lo sabemos. De momento ha conseguido que Zangria y Norghana entren en guerra y eso arrastrará también a Irinel por el nuevo acuerdo firmado.

—Pues debe de ser alguien que odie a Zangria —dedujo Nilsa.

—O alguien que quiera debilitar a Norghana, o incluso a Irinel. Las guerras desgastan mucho a las naciones —dijo Ingrid.

—Hay muchos jugadores en la partida con diferentes intereses y muchas jugadas que no tienen por qué ser directas y pueden provocar carambolas que ahora mismo no podemos ver —dijo Egil.

—¿Quieres decir que es posible que aún no conozcamos a quien haya provocado esto? —preguntó Astrid.

—Es probable que hasta la siguiente jugada no sepamos quién es —confirmó Egil.

—No puedo esperar a ver qué jugada es esa —sonrió Viggo.

—Sea como sea y venga lo que venga —comenzó a decir Lasgol, que seguía postrado en la cama con Astrid sentada a su vera—, lo afrontaremos juntos, como siempre hacemos.

—Y saldremos vencedores —levantó el puño Ingrid.

—Me tenéis a mí, así que de eso no cabe la menor duda —dijo Viggo con una sonrisa enorme.

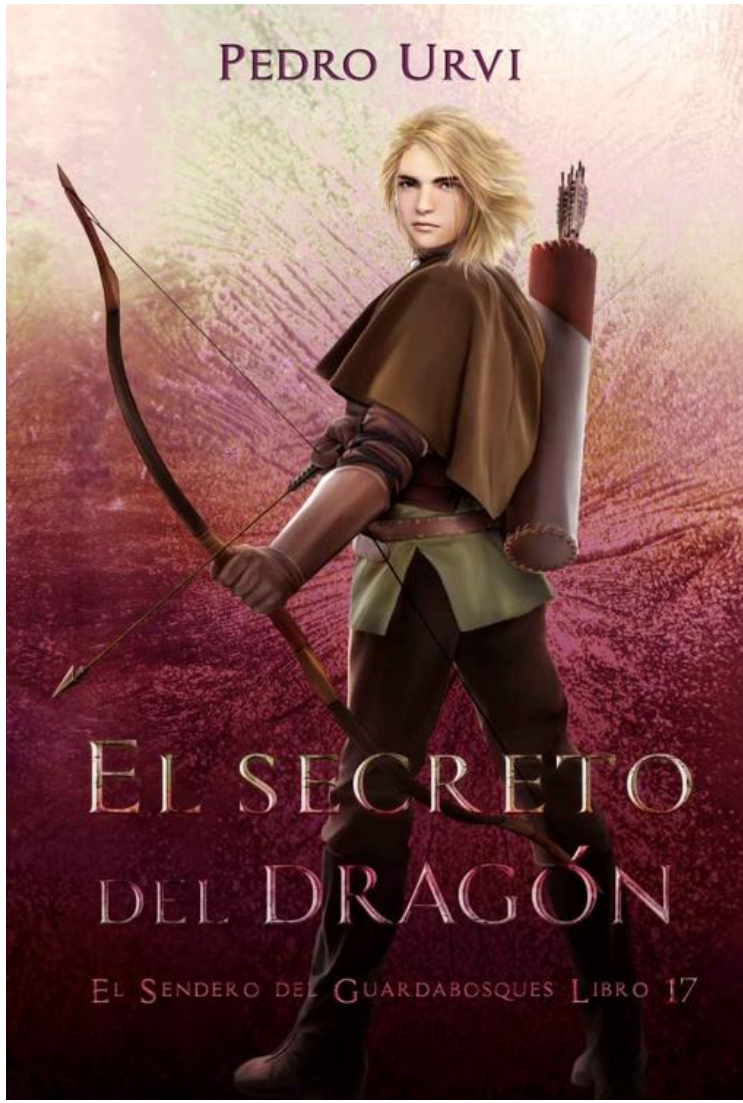
—¡Por las Panteras! —vitoreó Nilsa.

—¡Por la Panteras! —se unieron todos.

La aventura continua en:

El Secreto del Dragón (El Sendero del Guardabosques, Libro 17)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!



Mientras esperas a la siguiente entrega de El Sendero del Guardabosques te recomiendo otras dos series mías con las que está relacionada:

Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre unos pocos años después de la serie del Sendero del Guardabosques.

Haz clic en el enlace o la foto

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes de la serie del Sendero del Guardabosques y está relacionada.

Haz clic en el enlace o la foto

Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo ya que no tengo editorial que me apoye. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias.

Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

A Oihana, mi musa, por toda la inspiración y mucho más.

A mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y "plot twister" excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los "deadlines" se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Kenneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martínez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles.

A Tanya, por su Ojo de Halcón, y por lo que me ha ayudado con sus comentarios e ideas.

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: http://pedrourvi.com/

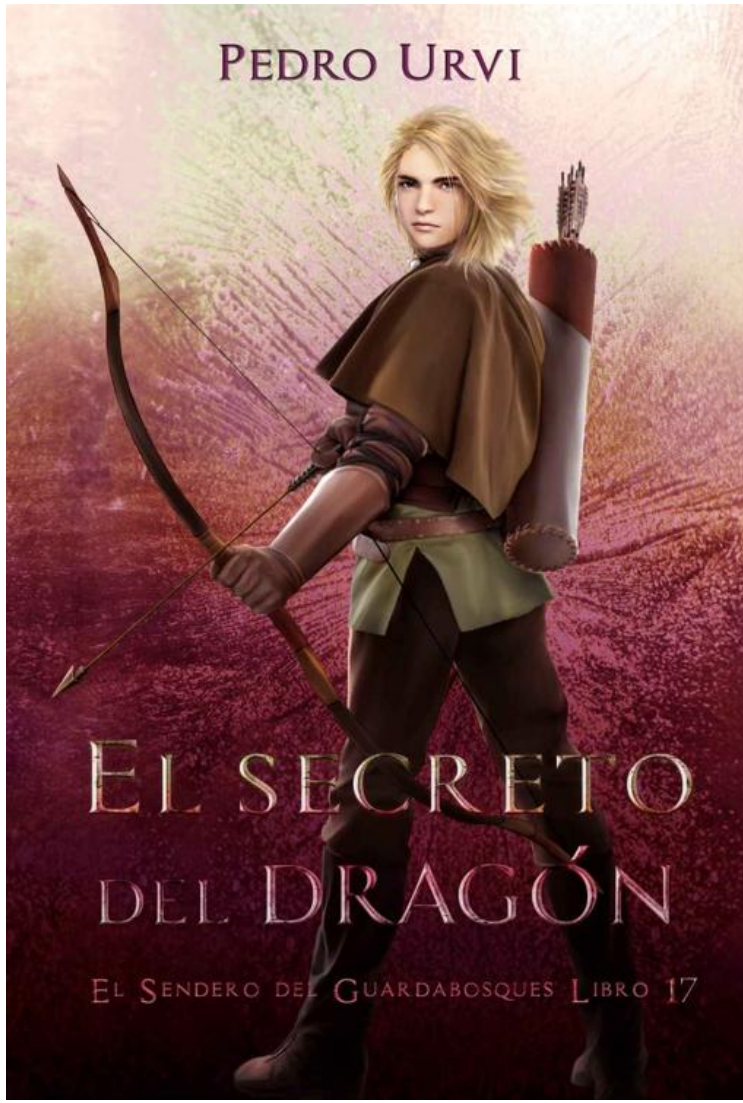
Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: http://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

El Secreto del Dragón (El Sendero del Guardabosques, Libro 17)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!